JOHN MERRIMAN

EL CLUB DE LA DINAMITA

CÓMO UNA BOMBA EN EL PARÍS *FIN DE SIÈCLE* FUE EL DETONANTE DE LA ERA DEL TERRORISMO MODERNO



Siglo XXI / Colección Hitos

John Merriman

El club de la dinamita

Cómo una bomba en el París fin de siècle fue el detonante de la era del terrorismo moderno

Traducción: Ana Useros Martín

Diseño de portada

RAG

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original: The Dynamite Club. How a Bombing in Fin-de-Siècle Paris Ignited the Age of Modern Terror

París, 1894

Lugares en los que vivió y trabajó Émile Henry

1. Rue Marcadet, 101
2. Boulevard Morland, 10
3. Rue Véron, 31
4. Villa Faucheur, 1-3, rue des Envierges
5. Rue du Sentier, 32
6. Rue de Rocroy, 5

Otras direcciones

7. Taller de Constant Martin
3. Rue Joquelet
8. Oficinas de La Révolte, rue Mouffetard, 140
9. Salle du Commerce, rue du Faubourg-du-Temple, 94
10. Casa de Élisa Gauthey, boulevard Voltaire, 167
11. Compañía Minera de Carmaux
11. Avenue de l'Opéra
12. Comisaría de Policía, rue des Bons Enfants, 22
13. Cadalso, place de la Roquette
14. Café Terminus, rue Saint-Lazare



Para Victoria Johnson

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE BOLSILLO.

EL TERRORISMO AYER Y HOY

[1]

La noche del 12 de febrero de 1894, Émile Henry, un joven anarquista, arrojó una bomba en el Café Terminus, cerca de la estación de Saint-Lazare en París. Fue el primer acto terrorista moderno. Era la expresión de algo nuevo y aterrador: un ataque a personas inocentes, que se encontraban por azar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Henry consideraba que la burguesía que estaba en el Café Terminus era culpable por el mero hecho de existir[2].

La bomba que puso Henry, por ejemplo, se distinguía de los ataques violentos que habían tenido lugar en Rusia, donde el blanco eran zares, gobernadores u oficiales del Ejército a quienes, por razones obvias, se les identificaba con el Estado. En ese sentido, fue también muy diferente al ataque terrorista que sufrieron los redactores y dibujantes del periódico satírico Charlie Hebdo en París, en enero de 2015, que mató a once personas, o a los asesinatos en un supermercado kosher del sur de París, que se produjeron dos días más tarde, en los que murieron cuatro rehenes judíos. En otra masacre horrible, en junio de 2015, un joven supremacista blanco mataba a nueve personas de origen afroamericano en una iglesia de Charleston, Carolina del Sur. Estos ataques, en combinación con los asesinatos en masa perpetrados por el ISIS en nombre de su visión de un Estado islámico en Siria e Irak, y los de Boko Haram en África, nos recuerdan trágicamente que vivimos en un mundo en el que cada vez es más patente la amenaza del terrorismo.

Hay diferencias esenciales entre los anarquistas del siglo XIX y los terroristas del presente[3]. La más obvia es que sus objetivos son muy diferentes. El terrorismo anarquista, y aquí es fundamental recordar que la mayor parte del anarquismo no era terrorista, quería destruir el Estado. El terrorismo islámico de hoy quiere imponer un Estado fundamentalista religioso estricto. En Irak, el terrorismo se aprovechó de un gobierno central enormemente débil; el anarquismo reaccionaba contra Estados que cada vez se hacían más fuertes.

Aun así, Émile Henry y otros terroristas anarquistas del siglo XIX tienen importantes puntos en común con los terroristas que estrellaron aviones secuestrados contra el World Trade Center y el Pentágono el 11 de septiembre de 2001[4]. Estos puntos en común, que se pueden encontrar en las lecciones de la historia y en los orígenes del terrorismo moderno, pueden ayudarnos a decidir cómo reaccionar y cómo defendernos ante el terrorismo contemporáneo.

En primer lugar, a finales de la década de los noventa del pasado siglo, Osama Bin Laden anunció que, a partir de ese momento, apuntaría a civiles americanos, no solamente a los líderes y a los objetivos militares, para atacar así al gobierno estadounidense. Por supuesto, la población civil había sido blanco de ataques con anterioridad, pero Bin Laden estaba dejando claro que la política de Estados Unidos en Oriente Próximo (y en otras partes del mundo) justificaba, en su opinión, la declaración de una guerra religiosa contra la población civil estadounidense, además de contra sus soldados y sus líderes políticos[5]. Henry había tomado una decisión mortal similar un siglo antes. Cuando lanzó su bomba dentro del Café Terminus, transformó el concepto mismo de terrorismo. De la misma manera, por ejemplo, durante las décadas de los veinte y los treinta, los activistas bengalíes consideraban que todo europeo era un objetivo legítimo[6].

En segundo lugar, tanto el terrorismo anarquista como el fundamentalismo islámico de hoy es transversal a las clases sociales. En Francia, durante los primeros años de la década de 1890, los dinamiteros anarquistas franceses eran parias sociales. La mayoría de los anarquistas en Francia, Italia y España eran artesanos u obreros industriales y, en Italia y en España, algunos eran campesinos. Quienes llevaron a cabo atentados anarquistas durante la primera ola de terrorismo fueron, en su mayoría, personas con una escasa formación. En un contraste radical, Henry era un intelectual de clase media. Lo mismo se puede decir de quienes han protagonizado las más recientes olas del terrorismo. Muchos revolucionarios rusos tenían un origen social modesto, pero tanto Mijaíl Bakunin como Piotr Kropotkin procedían de la nobleza. Bin Laden era el hijo de una familia saudí extremadamente rica.

En tercer lugar, Émile Henry y sus predecesores perseguían la inmortalidad revolucionaria. Estos militantes tenían la esperanza de inspirar a otros con su martirio heroico, al estilo de los pilotos kamikaze japoneses de la Segunda Guerra Mundial y de los terroristas suicidas de hoy[7]. La prosecución y la celebración del martirio caracterizó la primera ola de violencia terrorista, que exaltaba la escena de la ejecución de los autores (como en el caso de los

«mártires de Chicago», ahorcados después de la masacre de Haymarket Square el 4 de mayo de 1886, así como de los anarquistas franceses guillotinados Ravachol y Auguste Vaillant). Esta búsqueda del martirio se ha hecho común en la más reciente ola de terrorismo, proporcionando sentido y meta a los terroristas suicidas. Estas muertes violentas no se consideran en absoluto derrotas, sino que son más bien la prueba de que es posible entablar batalla con los poderosos Estados[8].

En cuarto lugar, ambos conjuntos de terroristas apuntan a un enemigo poderoso, a una estructura que tratan de destruir, mientras que al mismo tiempo aterrorizan, como mínimo, a una población específica. «Matar a uno para advertir a cien», reza un proverbio chino del siglo VI[9]. Para el anarquismo estos enemigos suelen ser el Estado y el capitalismo (junto con los poderes que los sustentan, la Iglesia y el Ejército) y, para muchos de los terroristas de hoy, Occidente y, en especial, el poder de Estados Unidos. En ambos casos, el enemigo se considera como gente normal que oprime, ya sea imponiendo las normas del gobierno y la desigualdad económica a finales del siglo XIX, ya sea planteando una amenaza al islam, al menos tal como lo define el fundamentalismo.

En quinto lugar, la dinamita y las bombas se convierten en las armas predilectas, las formas más accesibles para penetrar las defensas de unos Estados bien protegidos. Los anarquistas y los terroristas modernos partidarios de la «propaganda por el hecho» (y, para el caso, los combatientes de las guerrillas en los movimientos nacionalistas) han encontrado formas de fabricar bombas que pueden esconderse y usarse con efectos letales. Las potencias estatales del pasado han sido vulnerables a los movimientos guerrilleros, como cuando los campesinos españoles, italianos y rusos hicieron la vida imposible a los Ejércitos napoleónicos. Los artilugios explosivos improvisados han añadido ahora una dimensión nueva al concepto «armas del débil»[10]. Demuestran una vez más que las potencias estatales son vulnerables incluso ante pequeños grupos de opositores decididos, que pueden causar pánico y hacer disminuir la confianza en los gobiernos e incluso en los sistemas[11].

En sexto lugar, los terroristas creen con fervor en su ideología y conservan la confianza de que sus partidarios aumentarán y de que, con el tiempo, ganarán la batalla. Esto presta a los movimientos terroristas un aspecto apocalíptico, casi milenarista. Algunos de los actos terroristas violentos de hoy en día, como lo eran en el siglo XIX, los cometen jóvenes decididos a cambiar el mundo de la manera que consideran que es mejor. Émile Henry fue ejecutado a la edad de 21

años. La juventud era una característica de los terroristas revolucionarios socialistas rusos durante la primera década del siglo XX[12].

En séptimo lugar, a la hora de tratar con el terrorismo, tanto el gobierno francés de finales del siglo XIX como el Ejército norteamericano durante la debacle de la Guerra de Irak, se tiende a buscar una conspiración masiva, centralizada y organizada en lugar de reconocer el papel de los pequeños grupos e incluso de los individuos aislados que asumen operaciones organizadas localmente o incluso de manera autónoma. Los anarquistas de finales del siglo XIX no tenían una organización real ni unos líderes capaces de controlar a sus fieles. Los anarquistas subrayaban la total autonomía del individuo. A pesar de la globalización del anarquismo, no hubo una conspiración anarquista organizada a escala internacional. Al igual que Henry, tanto Sante Geronimo Caserio, quien en 1894 asesinó al presidente de Francia, Sadi Carnot, como Gaetano Bresci, quien asesinó al rey Umberto I de Italia en 1900, actuaban en solitario. El «Club de la dinamita» existía únicamente en la imaginación de sus contemporáneos. El terrorismo anarquista operaba mediante redes informales que, como mucho, proporcionaban únicamente un apoyo financiero y emocional[13]. Los exiliados anarquistas se refugiaban en Londres o en las barriadas y suburbios obreros de París y Barcelona. De la misma manera, los potenciales terroristas islámicos de hoy suelen refugiarse en las comunidades musulmanas de los Estados occidentales. Un análisis reflexivo del terrorismo fundamentalista islámico en la primera década del siglo XXI destacaba «el desplazamiento desde una central cohesionada de Al Qaeda a una proliferación global de grupos terroristas autoconstituidos»[14]. El énfasis musulmán en el martirio religioso ha convertido el bombardeo suicida en una opción atractiva para las personas de una manera más generalizada que en los días de apogeo del anarquismo. Además, en un mundo global, la publicidad instantánea que logran estos ataques, tengan el éxito que tengan, probablemente influye en los posteriores ataques en otros lugares. El contagio se extiende, como ha ocurrido con África y otros lugares más recientemente[15].

Aun así, sigue habiendo diferencias esenciales entre la violencia revolucionaria, como en los casos de Ravachol, Vaillant y Henry, y la violencia de resistencia contra las potencias ocupantes como Francia en Argelia, Israel en Palestina y Estados Unidos en Vietnam e Irak.

Los terroristas revolucionarios y de resistencia habitualmente dirigen su violencia contra los Estados a los que consideran opresores y cuya presencia

consideran injusta. De hecho, los orígenes de la palabra «terrorismo» nos remiten al terror estatal, tal como lo practicaba el Comité de Salud Pública durante la Revolución francesa. Maximilien Robespierre tomó prestada la palabra «terrorismo» de la historia de Tácito de la Roma clásica. Los terroristas originales estaban al servicio del Estado, castigando a quienes desafiaran su autoridad[16]. Y, como se ha señalado, el terrorismo de Estado no solamente apareció primero, sino que siempre ha sido infinitamente más peligroso que el terrorismo destructivo que practican los enemigos irredentos de las estructuras existentes del Estado. Según un triste recuento, en el siglo XX, unos 170 millones de personas fallecieron a manos de las autoridades gubernamentales, la mayoría de ellas en su propio Estado. Durante la década de 1890, las acciones anarquistas mataron a un máximo de 60 personas e hirieron a poco más de 200. Es trágico, sin duda, pero sigue siendo una cifra muy pequeña en comparación con las víctimas del terrorismo de Estado. La proporción de las víctimas del terror estatal con la obra sangrienta de los terroristas autónomos o los terroristas «no estatales» es aproximadamente de 260 a 1[17]. El terrorismo de Estado a menudo se olvida convenientemente, o se pasa por alto.

El terrorismo, por lo tanto, se ha incorporado al proceso político, es una especie de danse macabre entre los Estados y sus oponentes más duros[18]. Ambos interaccionan de manera dinámica y retroalimentan las reacciones violentas del otro. El odio que la disidencia siente se nutre del combustible de la reacción desmesurada de las autoridades. La represión directa a veces no parece funcionar, no hace sino azuzar más violencia. El miedo que comprensiblemente recorrió Estados Unidos después de los ataques de septiembre de 2001 nos remite al que sentía Francia y, sobre todo, París durante el periodo de los asesinatos anarquistas, que eran la excusa y la justificación para la represión gubernamental de los anarquistas en general. La reacción desmesurada únicamente aumenta las filas del terrorismo, como ocurrió en España y en Italia durante la década de 1890[19].

Este fue el caso también en el mundo que surgió después de septiembre de 2001, más claramente en la catástrofe de la invasión americana de Irak, un país que, a pesar de tener un gobernante demoníaco, no planteaba una seria amenaza a Estados Unidos y no tenía nada que ver con Al Qaeda. Es decir, no tenía nada que ver hasta que la Guerra de Irak llevó allí a la organización terrorista.

Desde la masacre de los communards en París durante la Semana Sangrienta del 21 al 28 de mayo de 1871, hasta la pequeña masacre de Fourmies en el norte de

Francia el 1 de mayo de 1891 y el maltrato de tres anarquistas después de los sucesos de Clichy de ese mismo año, la respuesta estatal violenta ante la violencia anarquista quedaba grabada en la memoria colectiva de mucha gente[20]. Sin duda, la brutal represión estatal provocó más atentados en Italia, España y Francia. Pero la Policía francesa en la década de 1890, a diferencia de sus homólogos españoles, en realidad no torturaba a los presos. El mundo se enteró con horror del maltrato e incluso de la tortura sistemática de los presos que el Ejército de Estados Unidos custodiaba en Irak. Los presos estaban confinados durante años en el centro de detención de Guantánamo y se les negaba cualquier representación legal sin ni siquiera haber sido acusados de nada. A diferencia de las instalaciones carcelarias secretas de Estados Unidos (a veces denominadas «black sites») que supuestamente gestiona la CIA en un buen número de países, incluyendo Egipto, Polonia, Rumanía y la República Checa, el recurso de Guantánamo fue un intento de hacer «legal» y conocido por la opinión pública el internamiento de supuestos combatientes extranjeros en condiciones a menudo horripilantes. El vicepresidente Dick Cheney respondió casi presumiendo cuando se le cuestionó el trato dado a los presos, como lo hizo también el presidente Bush con una de sus sonrisas de autocomplaciencia. Estas respuestas de Bush y Cheney sin duda alguna contribuyeron a que aumentara exponencialmente la recluta de terroristas. Sin infravalorar en ningún sentido la amenaza terrorista, incluso un columnista sugirió que «la respuesta ante el terrorismo [es] potencialmente más destructiva que el acto en sí», porque provoca más acciones de violencia terrorista[21].

Los acontecimientos recientes nos recuerdan repetidamente que el terrorismo sigue siendo una enorme amenaza a escala mundial. A medida que los gobiernos trabajan por su cuenta o con otros Estados para combatir el terrorismo, es sin duda importante sopesar los orígenes y el desarrollo histórico del terrorismo, que empezó en Europa. Este libro repasa la corta y violenta vida de Émile Henry. La bomba que arrojó en el Café Terminus en París en febrero de 1894 marca el origen del terrorismo moderno.

[1] Gracias a Richard Ratzlaff por sus comentarios.

[2] R. D. Sonn, Anarchism and Cultural Politics in Fin-de-Siècle France,

Lincoln, Neb., 1989, p. 248.

[3] Se podría argumentar, no obstante, que el anarquismo comparte algunas características de una religión seglar, con sus fieles devotos.

[4] Véase el artículo fundamental de D. C. Rapoport, «The Four Waves of Modern Terrorism», en A. Cronin y J. Ludes (eds.), Attacking Terrorism: Elements of a Grand Strategy, Washington, 2004, pp. 46-73. En este artículo localiza el origen de la primera ola –la asociada con el anarquismo– en Rusia en la década de 1880, antes de extenderse a Europa occidental, los Balcanes y Asia. M. Silvestri, «The Bomb, Bhadralok, Bhagavad Gita and Dan Breen: Terrorism in Bengal and Its Relation to the European Experience», no publicado, 2007, p. 39 (el artículo se publicó dos años después de que este libro viera la luz, en Terrorism and Political Violence 21 [2009], pp. 1-27 [N. del Ed.]). Véase también M. Sedgwick, «Inspiration and the Origins of Global Waves of Terrorism», Studies in Conflict and Terrorism 30 [1997] pp. 97-112.

[5] Según dice la fatua de Bin Laden de 1998: «El mandato de asesinar americanos y sus aliados –civiles y militares– es un deber individual para todo musulmán que pueda hacerlo en cualquier país en el que se pueda hacer»; S. Gerwehr y K. Hubbard, «What Is Terrorism? Key Elements and History», en B. Bongar, L. M. Brown, L. E. Beutler, J. N. Breckenridge y P. G. Zimbardo (eds.), Psychology of Terrorism, Nueva York, 2007, p. 96. D. A. Bell ha señalado recientemente que durante las Guerras Napoleónicas esa distinción entre combatientes y no combatientes se volvió mucho menos clara (The First Total War, Boston, 2006), algo que sin duda había ocurrido también durante la Guerra de los Treinta Años.

[6] Martin Miller aporta esta idea en «The Intellectual Origins of Modern Terrorism», en M. Crenshaw (ed.), Terrorism in Context, University Park, Penn., 1985. Véase también M. Silvestri, «The Bomb…», op cit.

[7] James Joll describe «el valor purificador de la acción revolucionaria»; J. Joll, The Anarchists, Londres, 1979, p. 129. M. Silvestri señala lo mismo en «The Bomb…», op cit., p. 34.

[8] G. Esenwein, «Sources of Anarchist Terrorism in Late-Nineteenth-Century Spain», no publicado, p. 8; D. C. Rapoport, «Then and Now: The Significance or Insignificance of Historical Parallels», no publicado, p. 9.

[9] «La acción terrorista se diseña específicamente para que tenga unos efectos psicológicos que superan con mucho a las víctimas inmediatas o al objeto del ataque terrorista. Busca inocular el miedo y, por lo tanto, intimidar a un "público" más amplio que puede incluir a un grupo étnico o religioso, un país entero, un gobierno nacional o partido político, o a la opinión pública en general. […] Mediante la publicidad que genera su violencia, los terroristas tratan de obtener la posición ventajosa, la influencia y el poder del que carecen por otros medios para lograr un cambio político ya sea a escala local o internacional»; Gerwehr y Hubbard, «What Is Terrorism?», op cit., pp. 87-90. La cita no tiene relación con el confucianismo.

[10] J. C. Scott, Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance, New Haven, 1985.

[11] J. N. Breckenridge y P. G. Zimbardo, «The Strategy of Terrorism and the Psychology of Mass-Mediated Fear», en B. Bongar, L. M. Brown, L. E. Beutler, J. N. Breckenridge y P. G. Zimbardo (eds.), Psychology of Terrorism, Nueva York, 2007, p. 117.

[12] Una puntualización de Marc Sageman, citada en J. Fallows, «Declaring Victory», The Atlantic 298, 2, septiembre de 2006, p. 68. M. Silvestri, «The Bomb…», op. cit., p. 9; W. Laqueur, The Age of Terrorism, New Brunswick, N. J., 2006, p. 100. Una diferencia importante, por supuesto, es que los «terroristas» bengalíes eran nacionalistas, influenciados hasta cierto punto por la lucha irlandesa por la independencia. Solamente en el caso ruso había un porcentaje apreciable de terroristas, aproximadamente un cuarto de ellos.

[13] G. Esenwein, «Sources of Anarchist Terrorism…», op. cit., p. 5, señala que el anarquismo español de los primeros años de la década de 1880, muy imbricado en el movimiento obrero, estaba dominado por grupos autónomos de afinidad en los que sus miembros tenían la libertad de hacer lo que quisieran.

[14] J. Fallows, «Declaring Victory», op. cit., p. 64.

[15] M. Sedgwick, «Inspiration and the Origins…», op. cit., pp. 101 y 106-109, señala la influencia de Naródnaya Volia, si bien fracasada, en los terroristas armenios posteriores, así como la influencia de los carbonari italianos y de los intentos de Mazzini y Garibaldi de lograr la unificación italiana a partir de los terroristas italianos. El éxito de la insurgencia afgana contra las tropas soviéticas

también influyó mucho en Al Qaeda.

[16] Martin A. Miller denomina esto una «danse macabre», en I. Tharoor, «The Boston Blasts and Terrorism: A Historian's Take on What It Means», Time, 16 de abril de 2013. Véase, por ejemplo, P. Robert, Dictionnaire de la langue française, París, 1989: «Terrorismo: 1794, una palabra que se empleaba durante el periodo del Terror en los años 1793-1794. […] El terrorismo puede ser un método de gobierno (Romains)». O: «Terror: a partir de 1789, un miedo colectivo que puede imponerse sobre una población (Hist): el conjunto de medidas excepcionales adoptadas por el gobierno revolucionario. Terrorismo: gobierno mediante el terror». Y «Aterrorizar, golpear con medidas excepcionales». «Atacar con el miedo (mediante las medidas excepcionales adoptadas por el gobierno revolucionario).» También, «Terror: aplicar o fomentar la política del terror. Atacar con el terror, hacer que la población viva con miedo». La palabra «terrorismo» fue empleada por primera vez por Edmund Burke para describir el Terror en Francia. Gerwehr y Hubbard, «What Is Terrorism?», op. cit., p. 90.

[17] C. McCauley, «Psychological Issues in Understanding Terrorism and the Response to Terrorism», B. Bongar, L. M. Brown, L. E. Beutler, J. N. Breckenridge y P. G. Zimbardo (eds.), Psychology of Terrorism, Nueva York, 2007, pp. 13-14; R. Bach Jensen, «Daggers, Rifles, and Dynamite: Anarchist Terrorism in Nineteenth-Century Europe», Terrorism and Political Violence 16, 1, primavera de 2004, p. 134.

[18] Martin A. Miller aporta una mirada interesante a la yuxtaposición de los dos terrorismos en «danse macabre». Sopesa la «relación continua e interactiva entre las fuerzas hostiles en un antagonismo agresivo uno contra otro, gobiernos en un caso y sociedades en el otro» (p. 5), concluyendo que, hasta cierto punto, ambos terrorismos se necesitan mutuamente. Véase también M. Silvestri, «The Bomb…», op. cit.: «Es también importante señalar que los revolucionarios bengalíes generan sus acciones como respuesta a la violencia del gobierno colonial, que podría en ciertos momentos denominarse una forma de "terrorismo estatal" (p. 4), por ejemplo, la venganza sobre la matanza en Amritsar de 1919» (pp. 36-39). A menudo se pasa por alto el hecho de que Estados Unidos hace una diferencia habitualmente entre «nuestros terroristas», que, por lo tanto, son los buenos, como por ejemplo quienes buscaban expulsar a Gran Bretaña de Palestina después de la Segunda Guerra Mundial, o quienes trabajaban contra gobiernos a los que se opone Estados Unidos, como Nicaragua en la década de

los ochenta del pasado siglo y Cuba desde la década de los sesenta, y que el gobierno de Estados Unidos a veces ha incorporado el terrorismo como parte de su política directa o indirecta frente a la disidencia, por ejemplo en el caso de los primeros defensores de los derechos civiles. Quien es terrorista para unos es un luchador por la libertad para otros.

[19] M. Silvestri, «The Bomb…», op. cit., p. 4, y después señala la ira de la población bengalí por las detenciones sin juicio.

[20] J. Merriman, Massacre: The Life and Death of the Paris Commune, Nueva York, 2014 [ed. cast.: Masacre. Vida y muerte en la Comuna de París de 1871, Madrid, Siglo XXI de España, 2017].

[21] J. Fallows, «Declaring Victory», op. cit., p. 69, citando a David Kilcullen.

PRÓLOGO.

EL CAFÉ TERMINUS

En su cuarto en la periferia parisina, Émile Henry preparaba una bomba. Cogió una tartera metálica de obrero, rompió el asa y la tapa, y colocó dentro un cartucho de dinamita. Después llenó un tubo de zinc con 120 perdigones, añadió pólvora verde[1] y ácido pícrico para componer una mezcla mortífera. En una pequeña abertura del tubo colocó una cápsula de fulminato de mercurio, junto con una mecha que ardería durante quince o dieciocho segundos y que pegó con cera. La mecha sobresalía por el agujero donde antes un tornillo había fijado el asa. Una vez que soldó el contenedor de lata y lo envolvió con alambre, Émile guardó la bomba, que pesaba unos 2,5 kilogramos, en uno de los bolsillos de su abrigo. Después se armó con una pistola cargada y un cuchillo, y salió por la puerta. Era el 12 de febrero de 1894.

Sujetando la bomba con firmeza con la mano, el pálido joven se dirigió hacia los elegantes bulevares del barrio de la Opéra. Quería detonar la bomba en ese distrito adinerado, matando a cuanta más gente mejor. Contaba con quince muertos y veinte heridos como poco.

Al final de la avenue de l’Opéra, Émile Henry se detuvo frente al edificio dorado semejante a una tarta de bodas que albergaba la Ópera. Su tamaño y su recargada decoración simbolizaban la ambición monumental y la autocomplacencia de sus fundadores y clientes. En el edificio, que entonces tenía veinte años, se celebraba un elegante baile y Émile sabía que los guardas no le dejarían pasar y no podría arrojar la bomba. Mientras se alejaba de allí murmuraba sin dirigirse a nadie en especial: «¡Oh, yo les habría hecho bailar de lo lindo!». Comprobó el restaurante Bignon y el chic Café de la Paix en el Grand Hôtel y después se dirigió al Café Americain, en la rue de la Paix. (Si hubiera consultado el Baedeker de 1889 habría sabido que este último, «por la noche, no estaba tan concurrido».) Tenía un poco el aspecto de un flâneur, de un intelectual que podría también ser algo así como un dandy, pero Émile, en realidad, era un burgués empobrecido que vivía en los márgenes de la vida urbana. Paseaba por los grands boulevards no solamente para observar con desapego la vida, sino para odiar y para matar. Entre los carruajes y carretas que pasaban por su lado a lo largo del boulevard

des Capucines bien podría haber pasado una carreta negra que transportara el «árbol de la justicia», la guillotina[2]. A la mañana siguiente estaba prevista una ejecución en la place de la Roquette, en un barrio obrero de París.

Hacia las 20:00, Émile llegó al Café Terminus, a la vuelta de la esquina de la bulliciosa estación de Saint-Lazare. El Hôtel Terminus tenía únicamente unos veinte años. El café, al que se entraba por la rue Saint-Lazare, ocupaba la planta baja; las habitaciones del hotel ocupaban los pisos superiores. En la pared opuesta a la entrada estaba la barra, donde los camareros recogían las bebidas de los clientes y tras el cual se situaban camareros y cajeros. Detrás, subiendo unos pocos escalones, estaba el gran salón del restaurante Terminus. En la esquina del fondo a la izquierda se había erigido un pequeño escenario, listo para una orquestina gitana que iba a tocar esa noche.

Aunque su ropa distaba de ser elegante, con sus pantalones y corbata oscura y un sombrero de terciopelo negro, Émile Henry tenía el aspecto de alguien que bien pudiera permitirse entrar en un lugar así. A las 20:00 el café se iba llenando poco a poco. Entró y ocupó una mesita a la derecha de la puerta de cristal que daba a la rue Saint-Lazare. Pidió una cerveza y enseguida otra, junto con un cigarro, y los abonó mientras la orquesta tocaba. El programa musical comenzó exactamente a las 20:30, como cada noche. Estaba previsto que incluyera siete piezas en la primera parte, seguidas de cinco solos de violín (entre ellos obras de Meyerbeer y Rossini). Ofrecía también varias transcripciones para orquesta de arias populares; un breve entreacto, consistente en polkas, y después algo de Wagner. Hacia las 21:00 se habrían congregado unas 350 personas en el Terminus. A las 21:01 la orquestina acababa de empezar a tocar la quinta pieza de la primera parte, una melodía procedente de la ópera de Daniel Auber Les diamants de la couronne.

A Émile le aburría esa música pero, en cualquier caso, tenía otros planes. Sacó la bomba del bolsillo de su abrigo, se levantó y caminó hacia la puerta, con un camarero pisándole los talones. Cuando había dado uno o dos pasos en el exterior, Émile se giró, prendió la mecha (al tercer intento) con su cigarro, abrió la puerta, la agarró con su mano izquierda para sujetarse y lanzó la bomba dentro del café, en dirección a la orquesta[3].

La razón de este libro es una pregunta muy sencilla: ¿por qué Émile Henry hizo

aquello? No es fácil entrar en la mente de un dinamitero, especialmente cuando su acción tuvo lugar hace más de un siglo y a miles de kilómetros de distancia. Pero, para un historiador de principios del siglo XXI, la tentación es irresistible. Ahora que estamos ensimismados en nuestra propia «guerra contra el terrorismo», puede ser instructivo mirar al pasado. El paralelismo no es perfecto, las diferencias entre los fundamentalistas islámicos y Émile Henry son obvias, pero una mirada más en profundidad revela un tenue hilo que conecta ambas realidades. Y en ese hilo hay una historia importante.

París a finales del siglo XIX era un lugar de impresionante desigualdad social. Más allá de la magnífica catedral de Notre Dame, del reluciente Palacio de la Ópera, de la recién construida Torre Eiffel, en aquel momento la estructura más alta del mundo, y lejos de las resplandecientes luces eléctricas, grandes almacenes y cafés florecientes de la «capital de Europa», los pobres vivían en barrios decrépitos. No tenían recursos económicos y políticos para mejorar su suerte ni tenían voz en el gobierno. A lo largo del siglo XIX, los Estados europeos habían aumentado muchísimo su capacidad de recaudar impuestos del pueblo y reclutar a los hombres para el Ejército, todo ello en nombre del orgullo nacional. Estas exigencias eran una pesada carga en los hombros de millones de súbditos y ciudadanos, a quienes las clases dirigentes exigían una lealtad inquebrantable, incluso aunque ellos empezaran las guerras y aplastaran la disidencia política. Los poderosos incluso se dedicaban a un terrorismo respaldado por el Estado; los términos terror y terrorismo, después de todo, habían sido acuñados para describir políticas estatales durante la fase más radical de la Revolución francesa.

Naturalmente, este estado de cosas fomentaba el descontento entre muchos parisinos. Uno de ellos era Émile Henry, quien culpaba al capitalismo, a la religión, al Ejército y al Estado de las desgracias de la clase trabajadora, que luchaba por sobrevivir mientras los ricos se pegaban la gran vida. En la Ciudad de las Luces, Émile Henry se sentía desplazado, alienado y rabioso, cualidades que lo convertían en un candidato perfecto para el anarquismo.

Un historiador dijo en una ocasión que «es mucho más duro escribir la historia de los restantes»[4]. Este es sin duda el problema al que se enfrenta cualquier crónica del anarquismo, una filosofía que hoy tiene muy pocos seguidores. Durante su apogeo, entre 1880 y 1914, se produjeron asesinatos anarquistas y atentados[5] con bomba en 16 países, según un recuento, incluyendo Australia, Europa, América del Norte y América del Sur. Como muchos movimientos

utópicos, el anarquismo se desarrolló a medida que las condiciones sociales y políticas intolerables conducían a sus partidarios a imaginar y luchar por un mundo diferente y más justo, en el que por fin triunfarían los desdichados. Esta visión trascendía las fronteras nacionales y culturales.

Así pues, El club de la dinamita es una historia de Europa a finales del siglo XIX: de quienes ostentaban el poder y de quienes se alzaron contra ellos, en nombre de lo que consideraban una causa justa. Pero es también la historia de un mundo en proceso de cambio, en el que nuevas redes de comunicación y de transporte conectaban a las personas en todo el planeta y llevaban olas de inmigrantes a países como Estados Unidos.

Por encima de todo, es la historia de un terrorista poco habitual. Armado con una bomba (y no era la primera), Émile Henry golpeó a ciegas. Mientras que los anarquistas anteriores elegían, por razones simbólicas, a jefes de Estado y oficiales de uniforme, Émile era diferente: estaba dispuesto a sacrificar vidas inocentes por lo que él consideraba una gran causa. Más aún, a diferencia de muchos anarquistas, él no había nacido en la mayor de las miserias. Su familia tenía propiedades y él era un intelectual con logros académicos, con un futuro brillante. El día que arrojó la bomba en el Café Terminus fue un momento definitorio de la historia moderna. Fue el día en el que las personas normales y corrientes se convirtieron en objetivos del terrorismo.

[1] Mezcla de nitrato potásico, tiza y sulfuro que arde de manera más lenta e irregular que la pólvora negra [N. de la T].

[2] G. A. Jaeger, Anatole Deibler (1863-1939): L'homme qui trancha 400 têtes, París, 2001, p. 117.

[3] Relato a partir de Le Soleil, 13 de febrero de 1894; Le Gaulois, 17de febrero de 1894; Le Figaro, 15 y 28 de abril de 1894; Archivos de la Prefectura de Policía, Ba 1115, prefecto de la Policía, 14 de febrero de 1894.

[4] Charles Tilly.

[5] R. Bach Jensen, «The International Campaign Against Anarchist Terrorism, 1880-1914/1930s», no publicado, p. 2 (el artículo se publicó dos años después de que este libro viera la luz, en Terrorism and Political Violence 21 [2009], pp. 89-

109 [N. del Ed.]). Según los cálculos de Jensen 160 personas murieron y al menos 500 resultaron heridas por los atentados anarquistas durante este periodo.

I. LUCES Y SOMBRAS DE LA «CAPITAL DE EUROPA»

En los inicios del Segundo Imperio francés (1852-1870) el emperador Napoleón III convocó a Georges Haussmann, prefecto del département del Sena. Le ordenó que abriera anchos bulevares atravesando la madeja de calles parisinas. Ostensiblemente, el objetivo del emperador era contribuir a liberar el flujo de mercancías y comercios y dejar entrar más luz, más aire y, por lo tanto, mejorar la salubridad de la orgullosa capital de Francia. Pero también había un objetivo más sutil. En un momento en el que las monarquías europeas trataban con desesperación de conservar su autoridad contra los movimientos en alza liberales, nacionalistas y socialistas (al siglo XIX se le llamaría «el siglo de la rebelión»[1]) París era la capital de la revolución. Napoleón III quería que Haussmann arara nuevos bulevares que atravesaran y rodearan algunos de los barrios más tradicionalmente revolucionarios que se habían alzado durante la Revolución francesa de 1789, la Revolución de julio de 1830 y la Guerra Civil parisina de junio de 1848. Incluso en años más recientes se habían levantado barricadas como respuesta al golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, que había dado Luis Napoleón Bonaparte, entonces presidente de la Segunda República francesa. Después de derrocar la República él mismo se proclamó emperador al año siguiente, de la misma manera que su tío, Napoleón Bonaparte, lo había hecho casi medio siglo antes.

La insurgencia parisina había empleado las calles estrechas de las barriadas plebeyas para tomar ventaja en diversas insurrecciones. Ahora, bajo la minuciosa dirección de Haussmann, cuyo nombre con el tiempo se convertiría en un verbo francés «haussmanizar» algo significa arrasarlo), se construyeron 180 kilómetros de nuevas calles y bulevares. Haussmann, a quien se le apodó a partir de entonces el «Atila alsaciano», debido a que su familia procedía de aquella provincia del este francés así como por su pasión por la demolición urbana, llevó a cabo un imperialismo de la línea recta, diezmando barrios del corazón de París donde vivían decenas de miles de personas corrientes. La reconstrucción y el alza brutal de los alquileres que siguió a la demolición obligó a muchas de estas personas a mudarse a la periferia urbana y, por este traslado, recibieron una compensación equivalente a unos 10 dólares por familia. La mayoría no podía permitirse vivir en los 34.000 nuevos edificios, con sus 215.000 pisos, que bordeaban los bulevares. Para el pintor impresionista Auguste Renoir, los

impresionantes edificios nuevos con fachada a los bulevares eran «fríos y alineados como soldados pasando revista»[2]. El término Vía Triunfal, que a veces se aplicaba a la avenida de los Campos Elíseos, se ajustaba bien a otros bulevares. (Un chiste de la época de Haussmann habla de un soldado anciano especulando si también van a enderezar el Sena, «porque esa curva que hace, si lo piensas bien, es escandalosa»[3].)

Cuando brotó de nuevo la insurrección en París en 1871, los bulevares de Haussmann sirvieron para uno de sus fines principales. En las elecciones que siguieron a la aplastante derrota de Francia en la Guerra franco prusiana (1870-1871), los conservadores se impusieron, eligieron un parlamento mayoritariamente monárquico. Los parisinos corrientes se sintieron traicionados. Después de todo, ellos habían movilizado todos sus recursos para defender la capital contra los prusianos, y ahora sufrían un desempleo masivo y los precios en aumento de la comida que escaseaba. Los rentistas les exigían el alquiler de los meses precedentes, que no pudieron pagar de ningún modo durante los cuatro meses terribles del sitio de París.

El 18 de marzo de 1871, Adolphe Thiers, el jefe del gobierno provisional, ordenó que las tropas se apoderaran de los cañones de la guardia nacional en Montmartre. Como respuesta, los vecinos cogieron a dos generales, los pusieron contra la pared y los ejecutaron. El 26 de marzo el pueblo de París, o, por lo menos, los hombres, eligieron a su propio gobierno, al que llamaron la Comuna de París. La Comuna fue, en cierto sentido, un «festival de los oprimidos», permitiendo a muchos parisinos corrientes convertirse por primera vez en los dueños de sus vidas, aunque fuera durante muy poco tiempo. El idealismo y el optimismo desbordaban. La Comuna inició una serie de reformas sociales importantes, por ejemplo, abolió hornear pan por la noche (una queja habitual del gremio de panadería), fundó guarderías para las madres trabajadoras y reconoció los sindicatos de mujeres. El pintor Gustave Courbet, quien había escandalizado a la crítica burguesa con sus cuadros realistas de campesinos y obreros, profesaba el socialismo y adoptó un papel activo en la Comuna. Por iniciativa suya se usaron enormes poleas para derribar la Columna Vendôme, sobre la que se alzaba una gran estatua de Napoleón. Las fotos de esa época muestran a obreros con sus familias posando junto a los trozos del caído monumento imperial, en una de las barriadas más elegantes del oeste de París. Sencillamente ahora caminaban por las calles elegantes de las que la realidad económica y los prejuicios de la Policía los habían excluido previamente.

Pero las autoridades no tardaron en contraatacar. El Ejército de Versalles entró en tropel por las murallas occidentales de París el 22 de mayo y la red de anchos bulevares de reciente construcción le permitió penetrar con eficacia en la zona y aplastar la Comuna. Unos 25.000 parisinos murieron a manos de los soldados del Ejército, tanto en las batallas callejeras como ejecutados. Para la elite, la Comuna representaba una visión apocalíptica de la revolución social. Se impuso el mito de que los communards estaban formados por «chusma ebria» y «apóstoles de la absenta». El gobierno investigó a más de 40.000 parisinos, algunos de los cuales fueron condenados y enviados a la cárcel u obligados a exiliarse. En palabras de uno de los fiscales: «En París, todos eran culpables».

A los católicos irredentos, la sorprendente derrota de Francia en la guerra y el surgimiento posterior de la Comuna de París les parecía un castigo divino impuesto sobre una «nación caída en desgracia», impartido por «una espada que blande un dios vengativo». Como expiación por los pecados del país, se eligió Montmartre como lugar donde erigir «un templo sobre un monte sagrado que se eleve por encima de lo profano», un «punto de intersección entre el cielo y la tierra». No obstante, para quienes rechazaban el papel público de la Iglesia en Francia, el resplandeciente mármol blanco del Sacré-Cœur representaba, como los bulevares de Haussmann, la arquitectura de la conquista, que se alzaba desafiante apartándose de su entorno obrero: un «monstruo colosal»[4] extraño.

Cuando Émile Henry arrojó la bomba en el Café Terminus, París, la «capital de Europa», en realidad comprendía dos ciudades. Los boulevards Saint-Michel, Sebastopol y Saint-Denis, que se unían en una única y larga franja que atravesaba París de norte a sur, simbolizaban la distancia entre el «París popular» del este y los barrios cada vez más elegantes del oeste. Estos últimos, especialmente después de que Luis XIV construyera su opulento palacio real y sus jardines en Versalles en el siglo XVII, habían desplazado los privilegios hacia el oeste, dejando a la clase artesana y obrera apañarse por sus medios en los barrios del centro y del este de París. Hacia el oeste, el Bois de Boulogne se había convertido en el lugar donde la clase opulenta iba a ver y que la vieran, pavoneándose en la comodidad de sus carruajes dirigiéndose a los restaurantes y bailes al aire libre. Para un crítico, «la línea recta [de los bulevares] ha eliminado lo pintoresco y lo inesperado»[5]. La rue de Rivoli, «tan larga, tan ancha y tan fría, por la que se pasea gente tan próspera y tan fría como la calle por la que pasea», era un ejemplo perfecto.

Vista desde el Sacré-Cœur en Montmartre, las luces eléctricas, que habían sustituido a las antiguas lámparas de gas, resplandecían en los barrios elegantes de los bulevares y creaban un espectáculo mágico, pero también, en cierto sentido, irreal[6]. Algunos aspectos del París de fin de siècle eran tan sorprendentemente nuevos que abrumaban un poco.

A finales del siglo XIX los grands boulevards de París simbolizaban la modernidad urbana, sus anchas aceras con árboles plantados y que dejaban amplio espacio para pasear, para mirar escaparates y para soñar. Los bulevares se convirtieron en el escenario de la belle époque (los «buenos tiempos de antaño» o los «alegres años noventa»), ese periodo de aceleración del progreso material y de una innovación cultural emocionante. Las grandes avenidas estaban punteadas de quioscos que ofrecían un amplio abanico de periódicos y revistas, algunas ya ilustradas a todo color. Los grandes almacenes, dotados de luz eléctrica, unos escaparates perfectamente dispuestos y una amplia gama de productos, acogían un flujo constante de clientes. El novelista Émile Zola denominaba a estas tiendas, que se crearon en los inicios del Segundo Imperio de Napoleón III, las «Catedrales de la Modernidad». Sus naves parecían una extensión de los grandes bulevares[7]. Sustituyendo al regateo, aquella forma venerable de adquirir productos en un mercado tradicional, en los nuevos grandes almacenes simplemente se abonaba el precio que estaba marcado.

Los bulevares de la orilla derecha del Sena lucían hoteles lujosos y restaurantes caros frecuentados por los turistas extranjeros y sus equivalentes de otras regiones de Francia. Los nombres de los grands cafés, que servían a una clientela adinerada, reflejaban la influencia británica o americana[8]: Grill Room, Express Bar, Piano Player. Un entendido contemporáneo insistía en que «el bar, el café democrático y moderno, ha destronado a los viejos lugares donde se bebía, que estaban en las esquinas de las calles y que ahora están desapareciendo. […] ¡Qué se puede decir del enorme daño que han traído los bares, ese invento extranjero!». Los flâneurs observaban el espectáculo inacabable de los bulevares[9]. Aquí, el París oscuro, sucio y superpoblado parecía fundirse en una «ciudad de luz».

Frente a la recién construida estación de tren de Saint-Lazare se alzaba el Hôtel Terminus. La generalmente respetada guía Baedeker lo describía como «no tan bien situado» como el resto de los grandes hoteles, ligeramente fuera del barrio más elegante. Tenía 500 habitaciones, todas con luz eléctrica y teléfono, y la más barata costaba cuatro francos, el salario de un día completo para muchos obreros.

El almuerzo, que incluía vino, café y licores costaba 5 francos; la cena costaba 7 y se podía optar por pensión completa por 16 francos.

La elegante avenue de l’Opéra, por la que carretas y carruajes, entre ellos los de la Policía, aún circulaban tirados por caballos, estaba sembrada de hoteles, cafés (en especial el Café de Paris) y tiendas de lujo. La avenida, de casi 700 metros de largo y 35 de ancho, se extendía desde la place du Theatre Français, no lejos de la rue de Rivoli, que discurre en paralelo al Sena, hasta el palacio de la Ópera. En la avenida no se habían plantado árboles para que nada obstaculizara la vista del impresionante edificio.

Con la inscripción Académie Nationale de Musique, la Ópera, inaugurada en 1875, era en aquel momento el teatro más grande del mundo[10]. Ocupaba casi 10.000 metros cuadrados, pero tenía únicamente 2.156 asientos, menos que La Scala de Milán, San Carlo de Nápoles o la Ópera de Viena. Una famosa guía apuntaba con orgullo que «no existe apenas una variedad de mármol o de piedra cara que no se haya empleado», granito rojo y verde de Escocia y Suecia, mármol amarillo y blanco de Italia, porfiria roja de Finlandia y mármol procedente de otras regiones de Francia. Para la compra del solar y la construcción del edificio se invirtieron sumas fabulosas. Se tardó 14 años en montar la fachada principal; su rica ornamentación incluía un pórtico de siete arcos, cuyas columnas estaban adornadas con estatuas que representaban la Música, la Poesía Idílica, la Poesía Lírica, el Drama, el Drama Lírico, la Danza y la Canción. Dentro, una inmensa escalera conducía a los palcos y galerías de cada planta, desde las que los aficionados elegantemente ataviados podían contemplar el magnífico escenario, de 60 metros de ancho por 25 de fondo. Las representaciones de las noches de los lunes y los viernes se consideraban las más a la moda, y se exigía traje de noche para las mejores localidades, que costaban el equivalente a tres o cuatro días de sueldo de la mayoría de los obreros.

En Paris, la novela de Émile Zola (1898), el abad Pierre Froment llega a la place de l’Opéra y la describe de esta manera:

El corazón de la gran ciudad parecía latir en ese lugar, en esa amplia explanada en la que se cruzaban tantas vías, como si desde cada punto la sangre de los distritos lejanos fluyera por avenidas triunfales. Hacia el horizonte se extendían los grandes huecos de la avenue de l’Ópera, la rue de Quatre-Septembre y la rue

de la Paix. […] Allí estaba también la masa separada del Palacio de la Ópera, alzándose a contraluz, inmensa y misteriosa como un símbolo, con la figura de Apolo portando la lira en lo alto atrapando el último reflejo del día entre el cielo lívido. Y todas las ventanas de la fachada del edificio empezaron a brillar, el gozo surgía de aquellos miles de lámparas que centelleaban una a una; una nostalgia universal de la comodidad y de la gratificación de cada deseo se propagaba a la vez que el crepúsculo; mientras que, a intervalos largos, los grandes globos de las luces eléctricas brillaban tanto como si fueran las lunas de las noches despejadas de la ciudad[11].

La avenue de l’Opéra y el propio Palacio de la Ópera eran la culminación de una ciudad atrapada en una orgía de consumo. Por el escenario de los bulevares parisinos se paseaban orgullosos banqueros, magnates de la industria y comerciantes de éxito, ataviados con abrigos oscuros y sombreros de copa; sus damas estaban engalanadas en vestidos largos y elegantes, corsés apretados e inmensos sombreros a la moda. Los porteros entrechocaban sus talones en señal de respeto cuando los ricos pasaban por delante y los policías y soldados se cuadraban. El porte de los ricos decía a los pobres: «Vivimos a vuestras expensas»[12].

El término boulevardier se acuñó para describir a los hombres que se presentaban «en el momento adecuado en el café adecuado»[13]. Según La vida en París, de Jules Claretie: «En el bulevar cada día se puede apostar amor o dinero, se puede ganar o perder, los boulevardiers están como pez en el agua en este acuario urbano, residentes en este zoo en el que es mejor ser un joven pez o un joven león»[14]. Para las clases altas, este despliegue era parte de la vida urbana, algo que constantemente reafirmaba y festejaba su distancia social respecto a, por ejemplo, los camareros de los refinados restaurantes, que les traían plato tras plato de elaboradas recetas, junto con un vino que, según el gusto de la época, se elegía para complementar cada plato.

Vendidos en los quioscos, anunciados por vendedores ambulantes y enviados a las casas, los periódicos florecían como nunca antes lo habían hecho en el París de la belle époque. Como su coste era bajo y como París no dejaba de crecer, la tirada de los veinte periódicos diarios se duplicó en la década de 1880 y a esto se añadieron suplementos semanales, todo esto gracias en buena parte a las mejoras en las técnicas de impresión. La máquina de linotipia, que hace su aparición en

la década de 1880, facilitó enormemente la composición. Mediante la litografía aparecieron en la prensa la fotografía y el color. La oferta incluía un gran número de temas: escándalos sensacionalistas, de los cuales hubo muchos en las primeras décadas de la Tercera República, así como seriales narrativos, grandes y pequeñas crónicas negras y atractivos anuncios. Algunos periódicos publicaban entrevistas e investigaciones.

La prensa desempeñó un papel decisivo en la politización de las masas en esta época, y cada uno de los periódicos tenía una tendencia política definida. La gente se enteraba de la mayor parte de las noticias, así como del debate sobre los temas de actualidad, por los periódicos, que en su conjunto moldeaban poderosamente la opinión pública. El gobierno pagaba a periodistas para que apoyaran su política, y los políticos mismos redactaban artículos para los principales periódicos. Zola describía «el periodismo a pleno pulmón, apañado en veinte minutos, editado al vuelo, escrito a todo galope sobre la mesa de un café»[15]. Le Matin había empezado a publicarse en 1882 y muchos lo consideran el primer periódico francés «al estilo americano». El relativamente moderado Le Petit Parisien imprimía casi medio millón de ejemplares de cada número a principios de la década de 1890 y Le Petit Journal, un millón. Por todo París había carteles que anunciaban la llegada de Le Journal, en septiembre de 1892, con una ambiciosa tirada inicial de 200.000 ejemplares. Los opulentos leían el derechista L’Écho de Paris y los republicanos más moderados, Le Temps, considerado un periódico de calidad y más serio (especialmente en lo que se trataba de expandir el imperio colonial francés)[16] que otros contendientes más floridos, junto con su rival Le Figaro. Los monárquicos tenían sus propios periódicos (Le Soleil y Le Gaulois) entre otros de la derecha política (L’Intransigéant, La Presse, La Cocarde, Le Drapeau, L’Éclair, La Patrie y el furiosamente antisemita La Libre Parole). La prensa de derechas dominaba París y tuvo su apogeo durante la campaña, unos años más tarde, en contra el capitán del Ejército judío Alfred Dreyfus, acusado falsamente de vender secretos militares a Alemania.

Las glorias modernas de París se desplegaron a la vista de todos durante la magnífica Exposition Universelle de 1889, una feria mundial que afirmó el triunfo de la Tercera República, el papel destacado de Francia dentro de Europa y el imperio colonial francés en expansión en el Sudeste asiático y África. Este imperio, por supuesto, había sido construido a expensas de las personas consideradas pertenecientes a «razas inferiores», como las denominó Jules Ferry, quien había ocupado el cargo de ministro de Asuntos Exteriores. Esta actitud se

reflejaba en algunas de las exposiciones, incluyendo la «aldea negra» que presentaba a cientos de personas africanas. La exposición, que se extendía a ambos lados del Sena en el oeste de París, también festejaba el progreso tecnológico (con recordatorios omnipresentes de que Francia y París eran el centro de las Bellas Artes). La mayoría de los más de 32 millones de visitantes que paseaban por la inmensa Galèrie des Machines contemplaban desde una pasarela las maravillas que había logrado la ciencia, especialmente bajo la forma de bienes de consumo. El propio Thomas Edison, el «mago de Menlo Park», fue a visitar el pabellón que celebraba su obra, diez años después de que la electricidad iluminara por primera vez un gran café parisino.

La Torre Eiffel conmemoraba la Revolución y la Tercera República francesa. De una altura de más de 300 metros, fue entonces la estructura más alta del mundo. Construida en hierro, la torre simbolizaba las maravillas de la ingeniería, así como de la era industrial en general.

Pero el progreso que la exposición homenajeaba y los frutos del capitalismo que se exhibían en los bulevares, en los grandes almacenes, en los hoteles y en los cafés trajeron unas consecuencias económicas y sociales no previstas. Incluso aunque las clases medias accedieran a los elegantes cafés de París, a las carreras de caballos en el Hippodrome de Longchamp y a los paseos por el Bois de Boulogne, algunos burgueses empezaron a sentirse desconectados, incluso aislados, anónimos e indefensos, a medida que buscaban nuevos placeres urbanos[17]. La obra de los primeros impresionistas, especialmente la de Gustave Caillebotte, refleja esta sensación de distanciamiento. Las parejas o los individuos burgueses comparten un espacio, pero nada más, o miran hacia la calle desde la seguridad aislada de su piso. El poeta y escritor católico Charles Péguy exclamó que «el mundo ha cambiado menos desde Jesucristo que en los últimos treinta años»[18] y era difícil ajustarse al ritmo de la innovación.

Pero, a la hora de ser una víctima de esta tendencia, mucho mejor sin duda ser una víctima rica o, por lo menos, de clase media, que realmente pobre. Las maravillas aparentemente inagotables de los tiempos modernos no le habían aportado gran cosa al indigente. Augustin Léger, un anarquista, describía la place de l’Opéra en la imaginación de los pobres:

¡Qué no veía yo por las noches cuando me paseaba por los barrios altos! El otro

día caminaba cerca de la Ópera. Había algún acontecimiento nocturno en marcha, […] vi lujosos carruajes, hombres y mujeres cubiertos de joyas, vestidos con sus mejores galas, llevando flores exóticas y me percaté de escenas escandalosas, también. Estaba escandalizado. Qué hermosa sociedad en la que el presupuesto del Estado invierte cuatro millones de francos anuales para subvencionar la Ópera con el objetivo de hacerla aún más hermosa, […] mientras que los pobres tratan de salir adelante en las calles y en las plazas, sin tener un lugar donde vivir. […] ¡Qué clase de sociedad es esta en la que mientras los ricos beben champán en copas a rebosar, con mujeres a las que entregan dinero a puñados, mientras sus hermanos de las clases inferiores mueren de pobreza, de frío y de hambre![19].

Un visitante que contemplaba el horizonte desde el centro de la floreciente prosperidad parisina observaba que «a lo lejos, en la distancia, sobre el horizonte, a través de las neblinas de luz violácea, se extendían perfiles inciertos de suburbios neblinosos, tras los cuales, aún sin verlo, imaginábamos París. Por otro lado, otros suburbios enormes, repletos hasta los topes de Ejércitos listos para descender, llenos de tristeza y amenaza»[20]. Ese invitado miraba hacia el norte y el noreste. París, después de todo, era predominantemente una ciudad obrera, a pesar de los barrios privilegiados del oeste de París. La producción artesana era aún importante en la capital del lujo, pero había descendido relativamente. La Segunda Revolución Industrial habría traído fábricas que producían caucho, acero y máquinas a los arrabales de París, una zona que ofrecía más espacio, cercanía al transporte por ferrocarril y fluvial, y una manera de evitar las barreras aduaneras que gravaban los productos que entraban dentro de los límites municipales de París, por lo tanto consiguiendo que las materias primas fueran un poco más baratas. Los faubourgs del norte y del este, asentamientos periféricos que antes estaban fuera de los límites de la ciudad pero que ahora ya habían sido absorbidos, dieron paso a suburbios cada vez más industrializados, donde vivía la mayoría de la clase obrera. Esta clase incluía a obreros especializados como los fundidores, herreros y mecánicos; obreros semiespecializados, como quienes atendían las máquinas; proletarios sin oficio, entre ellos miles de mujeres; y trabajadores del sector servicios, que vivían en las afueras de París pero que, a menudo, trabajaban en los barrios más elegantes del centro y del oeste. Las industrias «sucias», como las fábricas de jabón y productos químicos, eran relegadas a las afueras e implicaban actividades y personas a las que no se les quería ver en el centro. Más allá de los límites de la

ciudad, el vino y otras bebidas eran más baratos y los bares modestos proliferaron.

En la segunda mitad del siglo XIX, las vidas de la mayoría de los obreros habían mejorado ligeramente, al menos si tenemos en cuenta los sueldos y el coste de la vida. Su dieta era más variada y el precio relativo de la comida había bajado. Aun así, la estabilidad económica, el agotamiento físico y el paro frecuente aún definían la existencia de la clase obrera. El contraste entre el oeste, relativamente próspero, y el proletario este cada vez se iba igualando con la disparidad entre el centro y la periferia, un desarrollo que las construcciones de Haussmann aceleraron[21]. A mediados de la década de 1880, en 12 de los distritos más pobres, los obreros componían más del 70 por 100 de la población. Otros barrios tenían incluso una proporción superior.

De hecho, la población de París había aumentado desde unos 1,8 millones de personas en 1872 hasta casi 2,5 millones en 1891. Las personas empobrecidas, procedentes de las provincias, llegaban a París y aceleraban la creación de suburbios de clase obrera en los márgenes de la vida urbana. Esta inmigración hinchó las filas de los parisinos, muchos de ellos, si no la mayoría, empujados a la vida urbana por la dificultad monumental de ganarse la vida en la Francia rural. La caída de los precios de los productos de granja suponía muy poco dinero a cambio de lo que criaban los granjeros. Además, la epidemia de filoxera de la uva atacó los viñedos del país. En París, la producción artesanal se saturó. Estos nuevos obreros encontraron empleos en las industrias de creación reciente, como la metalurgia, que en 1898 ocupaba más de 2.000 fábricas, donde trabajaban más de veinte obreros en cada una. Los distritos (arrondissements) exteriores crecieron mucho más rápido de lo que lo hacía la ciudad central. Estos suburbios industriales, con alta concentración de población, subsumieron una tierra que, hacía no mucho, presentaba un paisaje bucólico de aldeas y granjas.

Aunque los salarios y las condiciones de vida habían mejorado para los obreros parisinos durante la década de 1870, el paro seguía manteniendo a la mitad de la población obrera en el límite del desastre económico. Durante los años de recesión, especialmente 1883-1887, 1889 y 1892, entre un cuarto y la mitad del total de los obreros de las industrias principales estaba en paro. Y en la mayoría de los años, tal vez la mitad de todos los obreros industriales vivían en la pobreza, especialmente porque los salarios en algunos sectores bajaron. Conseguir comida suficiente era una preocupación constante para la clase trabajadora.

Dentro de los propios límites de la ciudad decenas de miles de obreros se apuñaban en casas viejas, en sótanos, buhardillas e incluso establos que habían sido divididos y subdivididos en pequeños cuartos. Muchos tenían pocos metros cuadrados de tamaño, algunos con techos a una altura menor de dos metros. Cuando era posible se les añadía unas torpes tarimas. Esos diminutos apartamentos insalubres a menudo no tenían agua caliente ni calefacción. Miles de obreros vivían en pensiones, que ofrecían poco más que una cama en una habitación diminuta o un dormitorio común, donde las camas se colocaban una al lado de otra. Debido a esta situación, los caseros eran el blanco de la ira popular.

El «París popular» seguía siendo en muchos aspectos un lugar muy poco salubre, con sus cuchitriles de mala muerte. Las tasas de mortalidad infantil y de fallecidos por tuberculosis eran mucho más elevadas en la periferia (en el caso de la tuberculosis, cinco veces mayor en el empobrecido distrito 20, en el extremo noreste, que en el distrito de l'Opéra). Además, en los suburbios industriales, en medio de las fábricas químicas y metalúrgicas, las tintorerías, las estaciones de trenes de carga y los canales, barracas de todo tipo formaban incipientes asentamientos informales, entre el barro y los residuos. Aunque en el centro de París ahora había agua potable, no era este para nada el caso de los suburbios industriales como Saint-Ouen, donde las mujeres hacían cola desde primera hora de la mañana acarreando cubos para conseguir agua filtrada cuando se abrían los surtidores para los limpiadores de las calles. En los suburbios había más de 33.000 pozos cerca de fosas sépticas que casi nunca se vaciaban[22].

La gente con posibles se movía por París en omnibuses –vagones cerrados y rectangulares, con ventanas, tirados por dos o tres caballos–, en tranvía, taxi o carruaje privado. Treinta y cuatro líneas de omnibuses atravesaban París desde las 7:00 hasta poco después de medianoche. Se suponía que pasaba un ómnibus cada cinco minutos. Eran un complemento a los tranvías, carretas aún más grandes de las que tiraban caballos sobre raíles, que podían albergar hasta 50 personas. Pero los pobres, sin embargo, tenían que caminar, porque no tenían dinero para el billete.

A mediados de la década de 1880 las líneas de tranvía irradiaban hasta una serie de suburbios, entre ellos Saint-Denis, Génnevilliers y Vitry, así como hasta Versalles, que era un tipo distinto de suburbio. Pero su precio, 50 céntimos para el tranvía, era prohibitivo para mucha gente. Los barcos fluviales (bateaux mouches) habían empezado a circular por París en 1867, tomando y dejando

pasajeros en ambas orillas del Sena. Ahora había más de 100, pero, una vez más, costaba entre 10 y 20 céntimos montar en ellos. Los carruajes privados, mucho más caros, estaban fuera de toda cuestión para la gente normal. Así cada día, desde los distritos 18, 19 y 20, miles de obreros y criados de todos los tipos imaginables caminaban hasta su trabajo y regresaban a pie por la noche. Casi todos los desplazamientos de un suburbio a otro se hacían a pie, porque no había otra manera: las líneas del transporte público en París irradiaban como los radios de una rueda, tal como lo hacían las vías férreas, con origen y destino en la capital.

En resumen, la belle époque no era tan belle para la mayoría de los hombres y mujeres de Francia, que no tenían apenas razones para el optimismo y sí una enorme preocupación por el futuro. Millones de personas vivían aún en la miseria más abyecta. El abismo entre los ricos y los pobres, si acaso, se había ampliado. El livret, un cuaderno que los obreros estaban obligados a llevar consigo en el que se apuntaba su experiencia laboral (y que hacía sencillo poner en la lista negra a los militantes) no desapareció hasta 1890. En las mejores circunstancias, una familia obrera de cuatro miembros en la que todos trabajaban y en la que el padre, si trabajaba 300 días al año, podía traer a casa unos 450 francos, su esposa podía ganar unos 180 francos y los dos niños unos 65 cada uno, reunía un total anual de 760 francos. Desgraciadamente, una familia de cuatro personas necesitaba unos 860 francos solamente para apañarse[23].

Los residentes de la elite, en los distritos del centro y el oeste, consideraban que la periferia de París era peligrosa, aunque en realidad no supieran casi nada acerca de esos barrios. Los partidarios conservadores de la República asociaban la pérdida de valores religiosos, los delitos y el radicalismo político con esas áreas urbanas de las afueras, especialmente si se trataba de los distritos que se situaban más allá de las ahora obsoletas fortificaciones («Es un área completamente roja, que exuda muerte y sangre»). De hecho, la mayoría de los arrondisements exteriores, con la excepción del oeste de París, ha apoyado siempre a candidatos socialistas en las elecciones municipales y nacionales. Empezando por el 1 de Mayo de 1890, donde los obreros se manifestaron por la jornada de 8 horas en un país cuyas reformas legislativas tardaban en llegar en comparación con otras naciones-Estado, cada 1 de Mayo parecía suscitar la posibilidad del Armagedón en París, a pesar del hecho de que las manifestaciones eran invariablemente pacíficas.

Los numerosos bares de los barrios de clase obrera, de los cuales unos 25.000

tenían licencia para vender alcohol en París en la década de 1890, suscitaban aprensión, incluso miedo, entre las clases altas[24]. Henry Leyret, un periodista, se compró un mugriento café, Le Déluge, en Belleville, para poder observar por sí mismo la vida de las personas corrientes de París. Era en lugares así, «apenas amueblados con los objetos más básicos, extremadamente modestos, con varias mesas de maderas cubiertas de una tela encerada, donde el obrero se siente en casa, y puede mostrarse tal como es. Se siente aquí tranquilo, habla, cotillea, cuenta sus historietas, con los codos sobre la mesa. […] Por el precio de un café en París aquí puede pagarse una copa de absenta o varios vasos de vino»[25]. Leyret contó 25 lugares para beber a menos de 200 metros de su bar, un mundo de habla popular, de ruidosa celebración así como de terrible desesperación.

Leyret observó la solidaridad de la gente corriente, su constante necesidad de préstamos a corto plazo y su odio consciente a la Policía y a los pequeños burgueses, muchos de los cuales habían olvidado convenientemente sus orígenes obreros para medrar en la sociedad y ahora miraban con desprecio a los trabajadores, cuando no con completo asco. Para el pequeño burgués, «cada uno a lo suyo»[26].

Los obreros vivían en un miedo perpetuo a no llegar a fin de mes. En palabras de Leyret: «La vida no es un camino de rosas. Hay que comer, es la necesidad absoluta que domina todo sentimiento»[27]. Había 200.000 obreros en paro en París. Cuando sus hijos se quejaban, «¡Papá, tengo hambre!», algunos se veían obligados a robar y algunas mujeres recurrían a la prostitución ocasional para pagar las facturas. En la opinión del circunstancial hostelero, los trabajadores no podrían tolerar por mucho tiempo una vida así. Estaban muy decepcionados con la Tercera República, que bullía de escándalos financieros. Pero solamente una minoría de estos obreros se había afiliado a un sindicato. Algunos no se fiaban de ellos y otros no duraban el tiempo suficiente en un empleo sindicado. Otros muchos se mostraban indiferentes o desmoralizados. La mayoría ignoraba las elecciones, que no habían hecho prácticamente nada para mejorar sus vidas. El desagrado total por el Parlamento cada vez era mayor, especialmente por el Congreso de los Diputados al que se le llamaba, despectivamente, el Acuario.

Leyret se acordaba de una conversación con un musculoso obrero, que exclamaba: «Maldita sea, hay hambre de verdad en París, tanto que podrían coger los rifles, las herramientas, las hachas y otras cosas, ¡y darle una buena paliza al gobierno y a esos gatos gordos de los diputados, eso habría sido una revolución! […] Pero después se pasan la vida quejándose y parloteando y ahí se

queda todo»[28]. Cuando el gobierno clausuró la Bolsa de Trabajo de París en un típico acto de represión, Leyret quedó sorprendido por lo rápidamente que se movilizó la clase obrera en un inicio, a medida que se corría la noticia, «desde el Barrio Latino hasta la place de la Bastille, desde la place Maubert hasta Ménilmontant, hasta llegar a los altos de Belleville, despertando los viejos instintos de los viejos luchadores parisinos que trabajan duro y sufren mucho»[29]. Pero eso fue todo. ¡Los partidarios de la violencia perdieron una «ocasión estupenda»! No había líderes que tomaran el mando. Aun así los grupos de estudio y las organizaciones políticas habían proliferado. Las asambleas públicas y los debates llenaban los salones de la periferia. Los socialistas, que ahora se habían organizado en partidos políticos, se beneficiaban de todo esto y estaban aumentando sus filas. Para algunos, al menos, ofrecían alguna esperanza.

Pero también estaban quienes se sumían en la desesperación. Odiaban a los ricos, que iban por la vida bailando, con aparente olvido e indiferencia ante la miseria de buena parte de la población trabajadora. Desde la cama del hospital, M. L., un obrero de una fábrica de porcelana, escribió una carta que expresaba el sentir de muchos[30]. La tisis le estaba matando y no había nada que los médicos pudieran hacer por él. No sabía cuánto tiempo de vida le quedaba, con suerte un año. Se sentía morir. Le ardía el pecho. «Maldita sociedad», escribía, «eres responsable de mi enfermedad». Era la organización de la sociedad francesa lo que le estaba matando: «Por ti los desgraciados mueren de pobreza, si no se quitan antes la vida en un acto cobarde e inútil». Obrero e hijo de obreros, se había amarrado a un «oficio insalubre», ingresando en la fábrica a una edad muy temprana. Cuando enfermó, le despidieron y le echaron a la calle, «como una máquina vieja y estropeada». Los políticos burgueses y los reformadores sociales únicamente hablaban y hablaban sobre cómo mejorar la situación de la clase obrera y querían liderar la batalla contra la pobreza animando a «ahorrar».

El único remedio, según M. L., era la destrucción del orden existente, si era necesario mediante la violencia, para poder reemplazarlo por una sociedad «libre de mentiras burguesas, de leyes, jueces, Policía y verdugos. Irónicamente, las clases dominantes han logrado convencer a las masas de que la propiedad es inmutable y de que la autoridad es indispensable y de que solo queda esperar a que las cosas mejoren. Han castrado a las masas, aniquilado sus sentimientos más sanos, proclamando que así es como siempre han sido las cosas y así serán siempre». ¿Acaso la sociedad burguesa no entiende el mal que puede causar

alguien como él, alguien a quien, en cualquier caso, ya no le queda mucho tiempo de vida y no tiene nada que perder? Los acomodados no deberían dudar del «poder de un solo hombre, completamente decidido, señor de sí mismo […]. Insensatos y crueles burgueses, ¿no sienten que puedo transformarme en alguien que puede enderezar los errores, un vengador de las innumerables existencias que vuestra sociedad ha masacrado, un vengador de todos aquellos que se han rebelado y que han vivido como forajidos, y de aquellos que han sido torturados y eliminados?». Él moriría pronto, por supuesto, pero no moriría solo. «¡Burgueses! […] Quiero llevarme conmigo al menos a unos cuantos responsables de mi muerte».

En la novela de Émile Zola, Germinal, publicada en 1885, el anarquista ruso Souvarine hace detonar una mina. Zola advierte a «los amos de la sociedad de que tomen buena nota. […] Tened cuidado, mirad bajo la tierra, mirad a estos despojos que trabajan y sufren. Tal vez haya aún tiempo para evitar la catástrofe definitiva. […] Pero aquí está el peligro: la tierra se abrirá y las naciones quedarán sepultadas en uno de los cataclismos más terribles de la historia»[31]. En el París en el que vivía Émile Henry, esta profecía parecía hacerse realidad.

[1] Ch. Tilly, L. Tilly y R. Tilly, The Rebellious Century: 1830-1930, Cambridge, Mass., 1975 [ed. cast.: El siglo rebelde, 1830-1930, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 1998].

[2] R. L. Herbert, Impressionism: Art, Leisure, and Parisian Society, New Haven, 1988, p. 15.

[3] T. J. Clark, The Painting of Modern Life: Paris in the Art of Manet and His Followers, Nueva York, 1984, p. 35.

[4] É. Zola, Paris, París, 1898, p. 394 [ed. cast.: París, Madrid, Cabaret Voltaire, 2010].

[5] Ch. Yriarte, «Les types parisiens — les clubs», Paris-Guide, París, 1867, pp. 929-930, tomado de J. P. A. Bernard, Les deux Paris: Les réprésentations de Paris dans la seconde moitié du XIXe siècle, Seyssel, 2001, p. 199.

[6] Véase R. H. Williams, Dream Worlds: Mass Consumption in Late Nineteenth-Century France, Berkeley, 1982, pp. 84-85; Bernard, Les deux Paris,

op. cit., p. 193; V. R. Schwartz, Spectacular Realities: Early Mass Culture in Fin-de-Siècle Paris, Berkeley, 1998.

[7] Ph. Nord, Parisian Shopkeepers and the Politics of Resentment, Princeton, 1986, p. 133.

[8] Bernard, Les deux Paris, op. cit., pp. 218-219.

[9] Algo que ha señalado, entre otros, V. R. Schwartz.

[10] K. Baedeker, Paris and Environs, with Route from London to Paris, París, 1896.

[11] Zola, Paris, op. cit., p. 91.

[12] R. Shattuck, The Banquet Years: The Origins of the Avant Garde in France, 1885 to World War I, Nueva York, 1968, pp. 5-6.

[13] Ibid., p. 10.

[14] Bernard, Les deux Paris, op. cit., pp. 208-209.

[15] Schwartz, Spectacular Realities, op. cit., p. 28.

[16] P. Ory, L'Expo Universelle, París, 1989, p. 95.

[17] Clark, The Painting of Modern Life, op. cit., caps. 3 y 4.

[18] Shattuck, The Banquet Years, op. cit., p. xv.

[19] A. Léger, Journal d'un anarchiste, París, 1895, pp. 308-309.

[20] N. Evenson, Paris: A Century of Change, 1878-1978, New Haven, 1979, p. 13, citando a E. de Amicis, Studies of Paris, 1882.

[21] L. R. Berlanstein, The Working People of Paris, 1871-1914, Baltimore, 1984, pp. 11-12.

[22] Ibid., pp. 58-59.

[23] Este cálculo supone que el alojamiento cuesta 130 francos, la comida 570

francos, ropa y zapatos unos 140 francos y al menos 20 francos, el mínimo absoluto, para otros gastos, transporte, médico, etcétera.

[24] H. Leyret, En plein faubourg, París, 2000, publicado originalmente en 1895, p. 8.

[25] Ibid., pp. 20-21.

[26] Ibid., pp. 142-146.

[27] Ibid., p. 67.

[28] Ibid., p. 114.

[29] Ibid., pp. 115-116.

[30] Le Libertaire, 4 de febrero de 1895.

[31] E. Herbert, The Artist and Social Reform: France and Belgium, 1885-1898, New Haven, 1980, p. 153, en Zola, Oeuvres, 50, 650, diciembre de 1885.

II. EL HIJO MEDIANO DEL EXILIO

Émile Henry había nacido dentro de la militancia política, pero no dentro del terrorismo. Su padre, Sixte-Casse Henry (a quien siempre llamaron Fortuné), el hijo de un peletero, había nacido en Nimes en 1821. Cuando tenía unos 9 años, su maestro, un cura, lo acusó de robar una barra de pan y lo llamó «ladronzuelo». El chico volvió a coger la barra de pan y golpeó con ella al cura en la cara. A la edad de 16 años salió de su casa en busca de aventuras y las encontró en las barricadas de París durante la Revolución de 1848, un levantamiento de republicanos y de algunos socialistas que condujo a la Segunda República francesa (1848-1951). Ese régimen fue barrido en una ola de reacción y represión orquestada por Luis Napoleón Bonaparte, su primer y único presidente. Durante el Segundo Imperio, Fortuné fue un republicano y después socialista. Se afilió a la Asociación de Trabajadores de la Primera Internacional, una organización socialista fundada por sindicalistas y militantes políticos en Londres en 1864. En 1857, Fortuné se casó con Rose Caubet, quien también procedía del sur, de la Cataluña francesa, en los Pirineos orientales. Ambos conservaron toda la vida un fuerte acento meridional. Elegante y correcto, con una cara rubicunda y un mechón de cabello blanco, Fortuné era inteligente y culto. Escribía poesía y editaba un periódico radical en Carcasona, donde fue detenido por ultrajes «contra la religión católica» y «contra la moral pública» en 1861, así como en Montpellier, ese mismo año, por acusaciones similares. Se mudó entonces a Brévannes, una aldea del sureste de París, donde trabajó en las canteras. En 1863 fue detenido de nuevo por su militancia política, pasando varios meses en prisión y después, una vez más, en 1867.

Fortuné Henry se convirtió en una figura destacada de la Comuna. Elegido para representar al plebeyo arrondisement 10 (que incluye la estación del Norte y la estación del Este) Fortuné firmó autorizaciones para enviar cañones y municiones al suburbio occidental de Neuilly, un «certificado de indigencia» para una persona muy pobre, el requisamiento de 100 rifles Chassepot para el Comité de Seguridad pública, una orden para «que se haga efectivo el decreto referente a los rehenes» y otra ordenando que las estaciones de tren del oeste de París «no dejaran partir a nadie hacia Versalles». Fortuné también firmó con su nombre una orden para que tres rehenes procedentes del clero, de las autoridades judiciales, del Ejército o de la burguesía, «fueran ejecutados por cada civil

parisino que mataran las bombas de los atacantes».

Cuando las tropas de Versalles cañonearon a los parisinos, Fortuné consiguió escapar, disfrazado de pintor. Llegó a Zaragoza en España y después a Barcelona donde ya se había refugiado previamente su esposa. El gobierno de Versalles lo condenó a muerte «por insurrección».

Al principio a la familia de Henry le fue bien en España. Fortuné trabajó en una mina de cobre en Cataluña y después en una mina de carbón en Bayarque, cerca de Cartagena. Llegó a ocupar el puesto de director en una de ellas. La vida era difícil en un nuevo lugar, no obstante, con una nueva lengua que aprender, el catalán (al menos para Fortuné, Rose Caubet Henry probablemente sabía ya algo de catalán debido a su lugar de nacimiento). Fortuné Henry se enfrentaba al reto de ganar suficiente dinero para mantener a su familia a la vez que seguía soñando con regresar a Francia, donde su hijo mayor, Jean Charles Fortuné (a él también se le conoció siempre como Fortuné) había nacido en 1869. Émile (Joseph-Émile Félix), el segundo hijo de Fortuné, nació en 1872 en San Martín de Provensals, en Poblenou, en los límites de Barcelona, que entonces empezaba a industrializarse. Los testigos oficiales del bautizo del bebé fueron un soldado y un herrero. La expansión de Barcelona convirtió a Poblenou en parte integrante de la ciudad catalana, añadiendo sus plantas textiles y químicas al paisaje cada vez más industrializado. Un tercer hijo, Jules, nacería en 1879[1].

Cuando Émile tenía 6 años, lo hizo tan bien en el examen obligatorio que se hacía en la escuela primaria de San Martín de Provensals que se le concedió un certificado de méritos, que proclamaba que el chico había demostrado «grandes pruebas de su diligencia y su talento». El diploma se lo entregó, en nombre del rey Alfonso XII, el gobernador de Barcelona el 1 de junio de 1878.

Las cosas empezaron a torcerse para la familia Henry. «Varios reveses nos sucedieron», recordaría más tarde la señora Henry. El anarquismo encontraba cada vez más adeptos en España, especialmente en Cataluña, donde el anarquista italiano Giuseppe Fanelli había llegado para propagar su credo. El anciano Henry fue acusado de estar implicado en el movimiento anarquista catalán y señalado como uno de los instigadores en Cartagena y Murcia. El gobierno español confiscó las posesiones de la familia.

Después de la amnistía de 1879 para los communards la familia Henry regresó a Francia, instalándose en Brévannes, donde tenían una pequeña propiedad. Durante la Comuna, para evitar que el gobierno se apoderara de la propiedad de Henry, su tío, Jean Bordenave, dispuso que se le transfiriera a la cuñada de Fortuné, una diminuta jorobada que vivía con la hermana mayor de Fortuné, la marquesa de Chamborant, en el elegante barrio de Passy, en el extremo occidental de París. La familia Henry pudo reclamar la propiedad, aunque para ello tuvieron que amenazar con acciones legales a sus familiares.

Brévannes era parte de la comuna de Limeil-Brévannes, dos aldeas separadas por menos de 3 kilómetros, situadas a 14 kilómetros al sudeste de París. Desde el cerro de Limeil se podía ver París en la lejanía. La vista desde Brévannes, situada a menor altitud, quedaba tapada por una enorme colina. Limeil tenía una iglesia del siglo XIII, y Brévannes únicamente una capillita atendida por un capellán. Brévannes no tuvo escuela pública hasta 1867. En septiembre de 1870, cuando las tropas prusianas comenzaban el asedio de la capital, durante la Guerra de 1870-1871, prácticamente todos los habitantes de Brévannes huyeron a París. Cuando regresaron, después de la capitulación francesa a finales de enero de 1871, se encontraron sus casas saqueadas[2].

Más tarde, en 1881, Fortuné Henry publicó el primer volumen de una colección de canciones y danzas infantiles[3] (finalmente no habría una continuación). Dedicó el libro a las madres y a los maestros. La canción Campesinos y obreros homenajeaba las riquezas de los campos y los talleres de Francia, finalizando:

el trabajo es lo que nos une,

el trabajo que mañana podrá

aportar felicidad a toda la raza humana.

Las ideas políticas radicales de Fortuné y su desprecio por el Ejército, que, después de todo, había masacrado a miles de communards, queda claro en otra composición, Los dos mambrús (una corrupción de Malborough), que se canta sobre la melodía de una canción que escribieron los soldados franceses para burlarse del general inglés John Churchill, duque de Malborough (un antepasado

de Winston Churchill), contra quien habían luchado.

Fortuné Henry había regresado de España con un envenenamiento por el mercurio, que había contraído bien por los vapores de mercurio que emanaban de las minas de cobre o en una fábrica de sombreros, donde también había trabajado. Empezó a sufrir «ataques de fiebre cerebral». Se encontró con un viejo conocido, un médico y antiguo communard llamado Goupil. Este último vio que Fortuné era pobre pero trabajador y lo contrató como secretario. Pero Fortuné murió en 1882, cuando Émile tenía solamente 10 años. Dos años más tarde, Émile contrajo fiebres tifoideas. No pudo ver durante varios meses, aunque finalmente se recuperó.

La señora Henry luchó para llegar a fin de mes, al principio trabajando como costurera. El doctor Goupil se ofreció a hacer una colecta pública para ayudar a la familia. La cuñada de la señora Henry, la marquesa de Chamborant, la convenció de no acceder, porque temía una humillación pública. Pero las cosas fueron a peor y la viuda y sus tres hijos no tenían ni comida ni calefacción en Brévannes. Mediante la intercesión de una antiguo communard en el Consejo Municipal de París la familia Henry recibió 100 francos de la asistencia pública.

A veces Rose Caubet Henry no tenía nada bueno que decir acerca de sus parientes mejor situados, la mayoría de los cuales habían vuelto la espalda a su familia. Sus hijos habían sido «abandonados por las personas de su familia que podrían haberlos ayudado. No hubo humillación que no les hicieran sufrir». No obstante, las relaciones con la familia de su marido mejoraron y, en general, los niños no podían quejarse de sus parientes. La marquesa se interesaba por sus sobrinos, los mimaba e incluso los malcriaba. Émile, en concreto, a menudo pasaba las vacaciones escolares con la familia de su tía.

Brévannes, aldea de menos de 1.000 habitantes y con unas pequeñas fábricas de algodón y de azulejos, seguía siendo un lugar campestre[4]. A lo largo de la avenida central de la Planchette se alineaban los campos de patatas, aunque la filoxera había matado los viñedos del pueblo. Rose Henry, cuyo cabello gris envuelto en un chal de lana le daba el aspecto de una campesina, construyó una casita en la pequeña propiedad que tenía junto a la carretera. Convirtió la casa en una posada, que llamó À l’Esperance (Hacia la esperanza)[5]. Una señal informaba a los viajeros de que se vendía leche de cabra. Detrás de la posada había un pequeño huerto rodeado de una valla, un tendedero, unas pocas gallinas y una cabra escarbando para comer. La posada en sí constaba de tres

habitaciones. El mobiliario era escaso: una barra, una mesa de madera blanca con el omnipresente mantel de cuadros y varias sillas. Los obreros se sentaban en torno a la mesa o, cuando el tiempo lo permitía, en el jardín. La segunda habitación era una pequeña tienda que vendía unas pocas hortalizas y bebidas. La tercera habitación era la cocina. En la parte trasera, detrás de la huerta, había una pequeña construcción con habitaciones que la señora Henry alquilaba a obreros. Principalmente eran los albañiles que trabajaban en un hospicio para los ancianos y los enfermos terminales, cuya puerta principal estaba justo al otro lado de la calle, en los terrenos de un viejo castillo que había conocido tiempos mejores.

A los 10 años Émile obtuvo una pequeña beca para ir a una escuela en Fontenay-sur-Bois, en el este de París[6]. Émile comenzó sus estudios durante el año académico 1882-1883 y permaneció allí dos años. Tuvo unas notas excelentes. Un profesor señaló la inteligencia superior de Émile y su excelente disposición. Por indicación de los gerentes de la escuela hizo el examen de entrada para una de las escuelas de alto nivel de París. En 1884 recibió media beca para la Escuela Primaria Superior Jean-Baptiste Say en Auteuil, en el borde occidental de París, donde estudió durante cuatro años. La marquesa abonaba el resto de su matrícula anual. Los otros alumnos lo llamaban en broma «microbio», por su pequeño tamaño. Al final del primer semestre era el tercero de su clase y en su informe se alababa su excelente conducta, buen juicio y brillante imaginación. Émile había destacado en todas las asignaturas excepto en Química. Su segundo informe de notas era aún más elogioso, celebrando su «perfecta» conducta, diciendo que era «un excelente alumno en todos los sentidos, muy inteligente, trabajador y dócil. Sin duda le irá bien». Recibió una nota de tres sobre cinco por sus respuestas a las preguntas sobre los Comentarios de César en latín, una lectura textual de un pasaje de una obra clásica, la historia del Tratado de los Pirineos de 1659 (que fijó la frontera con España), la geografía de las costas francesas y finalmente, silogismos. Además, los progresos de Émile en Química, que había sido su punto débil, habían sido notables. Su profesor añadía: «Solamente puedo alabar a este alumno en lo que se refiere a su personalidad, conducta y ejecución». El señor Phillippe, otro de sus profesores, recordaría que nunca tuvo que regañar ni castigar a Émile. Émile era el alumno más brillante que había tenido. Un compañero de estudios lo recordaba como brillante, mientras que otro lo consideraba «el joven perfecto, el más honrado que uno se podía encontrar».

A lo largo de los años siguientes, Émile continuó destacando. Logró un segundo premio de excelencia en 1885-1886, el primer premio de excelencia en el mismo

año, un segundo premio al año siguiente y una mención honorífica en 1887-1888. Émile pasó su baccalauréat en ciencias, con honores, cuatro días antes de cumplir los 16, aprobando los exámenes de Física, Matemáticas y Química. Sus examinadores le preguntaron sobre las propiedades detonadoras del cloro. Émile era una promesa fuera de lo común.

En el Jean-Baptiste Say, Émile fue miembro de los «moles», los estudiantes que se preparaban para una posible admisión en una de las grands écoles, instituciones de educación superior altamente competitivas. Los moles pagaban una pequeña cuota de afiliación y en ocasiones multas (a veces adjudicadas en broma), y al final del año el dinero se invertía en un banquete en honor de quienes hubieran sido admitidos en la prestigiosa École Polytechnique, una escuela para futuros ingenieros. Algunos domingos invitaba a sus amigos de París a ir con él a Brévannes para pasar un día en el campo.

Émile podría ser elegido, gracias a sus buenos resultados académicos, para optar a la École Polytechnique, que había sido fundada por Napoleón. Graduarse en esa grand école le garantizaría un puesto en el Ejército, como oficial o como ingeniero. No obstante, después de aprobar el examen escrito, Émile suspendió el oral. Durante esa parte de la prueba, otro estudiante tiró una especie de bomba fétida en la sala. Émile más tarde argumentaba que el profesor se había vengado de él por el incidente dándole una pregunta extraordinariamente difícil o una nota demasiado baja. El conde Ogier d'Ivry, yerno de la marquesa de Chamborant, un homme de lettres y un oficial del Ejército, que consideraba a Émile «un muchacho encantador, un poco soñador», animó a su pariente lejano para que volviera a concursar a la École Polytechnique. Su propia situación excelente en el Ejército más tarde podría serle de ayuda a Émile. Pero el joven se negaba a recibir ayuda.

A los 17 años, Émile necesitaba un empleo, puesto que la posada en Brévannes apenas daba dinero suficiente para mantener a flote a la familia Henry. En 1889, el tío de Émile, Jean Bordenave, un ingeniero civil, contrató a Émile, que trabajó duro y asumió tareas difíciles, a veces incluso sustituyendo a su tío. Pronto Bordenave le concedió un aumento y después le propuso que le acompañara a Venecia. Con algunas patentes nuevas, el ingeniero había firmado un contrato para proporcionar un nuevo sistema de aguas para la ciudad. Émile aceptó la oferta.

El 28 de diciembre de 1889, desde Venecia, Émile escribió a su profesor de Química en la Jean-Baptiste Say, el señor Philippe, para disculparse por haber dejado la escuela de manera tan brusca en noviembre sin despedirse. En Italia todo le iba bien. Estaba haciendo un poco de todo, bocetando propuestas de proyectos, llevando la correspondencia y calculando la resistencia de los materiales de construcción. Era muy feliz trabajando para su tío y añadía con aplomo: «Espero labrarme un buen futuro, si no un futuro brillante al menos algo seguro, trabajando en nuevos y fantásticos proyectos, que seguramente serán parte de los grandes desarrollos del futuro»[7]. Su tío había recibido ofertas de contratos en Cayenne, en la Guayana francesa, así como en Argelia, Bélgica, Suiza y Rusia, para construir canales o depósitos de petróleo. Émile esperaba ir pronto a uno de «esos diversos países» y se veía muy feliz trabajando en una rama del cuerpo de ingeniería civil (canales y puertos), que se ocupaba del sistema de carreteras nacionales.

La posibilidad de volver a optar a la École Polytechnique seguía abierta, pero Émile le confesó al señor Philippe que le preocupaba qué tipo de futuro le podría ofrecer, incluso si era admitido. Ahora añadía: «Mis gustos y mi muy limitada situación financiera me apartan de cualquier carrera militar. Me encuentro, después de salir de la escuela, sin una posición, con un conocimiento general extenso, pero sin tener en realidad una profesión». Le agradecía a Philippe todas sus «buenas lecciones» y su conversación sincera y le pedía que les prometiera a sus amigos de la escuela que nunca les olvidaría y que, a su vuelta, los visitaría lo antes posible.

En septiembre de 1890 el cartero trajo tres cartas de Émile a Brévannes. Habían sido escritas el 24 de agosto y el 1 de septiembre en el Albergo della Luna en Mestre, en las afueras de Venecia[8]. Se mostraba feliz de haber recibido cartas de sus dos hermanos cuatro días antes, que le comunicaban su buena salud, el nuevo trabajo de su hermano mayor Fortuné y los «fulgurantes éxitos de nuestro picciolo Jules» en el colegio[9]. Después de mucho tiempo sin saber de su familia, Émile se mostraba aliviado. Émile había escrito una carta para felicitar el cumpleaños a Fortuné enviada por medio de sus «amigos políticos» (Fortuné había adoptado las ideas de izquierda de su padre), pero sospechaba que no había llegado nunca a su destino. Esperaba estar de vuelta en Francia muy pronto y sorprender a la familia[10]. En septiembre verían asomar «mi careto» por el tren o por la carretera que pasaba por la posada de su madre.

En su carta a Jules, después de intentar imaginarse la sorpresa del cartero al

repartir una carta que venía desde tan lejos, felicitaba a su hermano menor por haber aprobado el examen general del final de la etapa primaria. Si ganaba más premios, igual la posada corría peligro de derrumbe bajo los bravos entusiastas de la gente que celebraba sus éxitos. Esperaba que su hermano menor lo escribiera pronto «sin cometer demasiadas faltas de ortografía y en un estilo que supere el de todas las Madames de Sevigné del pasado, presente o futuro». Describía los canales de Venecia, la plaza de San Marcos con el famoso león alado en una esquina, y el Palacio Ducal, «realmente tan viejo como el tiempo mismo, todo de mármol, con los primeros escalones bañándose en el mar». Era cosas dignas de verse, pero él trabajaba casi todo el tiempo y tenía muy poco tiempo libre. Le pedía a Jules que le dijera a su madre que pronto le enviaría algún dinero, aunque era difícil encontrar una manera de hacerlo. Mientras tanto, le encargaba que le diera un beso de su parte, que le dijera que pensaba en ella a menudo y que saludara a su hermano mayor y a todos sus amigos. Después de pedirle que le diera noticias de la familia al «signor Emmilio Henry» en Mestre, firmaba la carta «tu hermano que te quiere y que te cuidará».

El 1 de septiembre Émile seguía en Italia y escribía a su madre, como un hijo modelo, para desearle un feliz santo, Santa Rosa. Le prometía que él y sus hermanos harían todo lo que estuviera en sus manos para hacerle feliz y que tratarían de compensarle por todo lo que ella les había dado. Le rogaba que no se preocupara por su salud, aunque ahora le daba tanto sol en la cara, el cuello y las manos que estas habían adquirido el tono del adobe cocido. También le enviaba 100 francos.

Pero entonces, de repente, Émile se fue de Venecia. El acontecimiento que precipitó las cosas bien puede haber sido que Bordenave le pidiera que vigilara en secreto a los trabajadores. Habrían estado discutiendo sobre ese encargo de camino a Venecia. Bordenave explicaría más tarde que se había producido un malentendido. Su sobrino era muy ingenuo, «todo en la vida era nuevo para él y creía que la palabra de un hombre era tan exacta como las ciencias». El ingeniero hizo una analogía para ayudar a Émile a entender las razones que justificaban el encargo: si él fuera un inspector de hacienda, ¿le parecería inaceptable monitorizar el dinero del que fuera responsable? Pero, desde la perspectiva de Émile supervisar, y tal vez espiar, a los obreros le hubiera colocado en el papel ingrato de capataz, algo que no estaba dispuesto a hacer. Se fue a París, dejando allí a su decepcionado tío.

De vuelta en París, Émile pasó una breve estancia con una de sus tías antes de

mudarse con su hermano junto al muelle de Valmy, en el canal Saint-Martin, cerca de la place de la République. Sopesó por un instante seguir más cursos preparatorios para el examen de entrada en la École Polytechnique. Fue a ver al exdirector de la Jean-Baptiste Say, que lo conocía y lo apreciaba. Pero ahí terminó todo, tal vez porque carecía de dinero para sufragar sus estudios. Después de varios meses sin empleo, a finales del septiembre de 1890, Émile encontró un puesto en una tienda que vendía tejidos especiales procedentes de la ciudad de Roubaix, con un salario de 800 francos al año. Entró recomendado por el padre de un antiguo compañero de escuela, y el gerente, el señor Veillon, creó un puesto especial de contable para él. Como era de esperar, Émile se desenvolvió muy bien.

A sus 19 años cumplidos, Émile era bajo, de un metro sesenta de estatura. Estaba delgado y siempre pálido, y tenía el cabello de color castaño oscuro; le asomaba una incipiente barba cobriza[11]. De apariencia bastante elegante, le gustaba vestir bien. Sin parecer altivo, daba no obstante la impresión de ser un intelectual algo frío y distante.

Fue durante esta época cuando Émile empezó a batirse con las grandes cuestiones, «las especulaciones filosóficas más desconcertantes. ¿Qué es la materia? ¿Qué es el espíritu? ¿Los fenómenos psíquicos están regulados por leyes universales de la misma manera que los fenómenos físicos? ¿La muerte es la aniquilación del ego?»[12]. Había empezado a coquetear con el espiritismo (como se llama en Europa el movimiento que en América se conoce como espiritualismo), tratando de contactar con el alma de su padre. De hecho, su amigo Charles Malato diría más tarde que Émile «perdió pie y cayó en el abismo del espiritismo, incluso se convirtió [en un médium] y dilapidó su salud sin dudarlo en experimentos agotadores, porque anhelaba alcanzar el conocimiento».

Teniendo en cuenta el fuerte vínculo de Émile con la memoria de su difunto padre, se puede entender su deseo de comunicarse con las almas muertas. El coqueteo de Émile con el espiritismo estaba perfectamente en sintonía con el idealismo bohemio fin de siècle de muchos jóvenes intelectuales de París. El número en aumento de grupos espiritistas, tanto privados como organizados formalmente, reflejaba las críticas contemporáneas de la modernidad en una época en la que parecía triunfar el materialismo científico. Su búsqueda atañía a las tensiones entre la fe y la razón, y eran intentos de reconciliar ambos polos. Las nuevas ideas en el campo de la psicología, por ejemplo, daban mucha

importancia a los trances hipnóticos. El espiritismo creía que se podían proporcionar pruebas de los conceptos metafísicos en el ámbito de la especulación filosófica.

Sin embargo, rebelándose contra «los fraudes» cuando descubrió que lo eran, Émile pronto abandonó esa búsqueda, que carecía de la certidumbre y de la precisión de la ciencia que había estudiado. Más tarde desdeñaría ese periodo de su vida, apuntando que había sido extremadamente breve: «¡Yo, espiritista! Bueno, es cierto que […] un amigo que estaba absorto en las ciencias ocultas me invitó a formar parte de un determinado número de experimentos. Enseguida vi que no era más que otra forma de charlatanería y no seguí con ello. Las matemáticas me habían acostumbrado al gusto por las cosas que son a la vez positivas y precisas»[13].

Para Rose Henry la vida de Émile se había vuelto un misterio. Había cambiado. Cuando se presentaba en Brévannes estaba ansioso por regresar a la capital. En una ocasión su madre le reprendió por el aspecto que tenía y él le contestó: «Sabes, madre, que te quiero con toda mi alma, pero no puedo huir de mi destino, que es más fuerte incluso que mis sentimientos hacia ti. Deja que haga lo que mejor me convenga». Los libros, que siempre había apreciado, ahora ya no le interesaban. No había distracciones para él. Tenía un aspecto triste, melancólico. Y había sido arrasado, según sus palabras por «una desafortunada pasión».

En 1891, Émile se enamoró de una mujer llamada Élisa Gauthey. Era la esposa de un anarquista que vivía en el este de París, en el boulevard Voltaire. El hermano de Émile, Fortuné, que se había hecho anarquista, visitaba con frecuencia el ático de los Gauthey. Presentó a la pareja a su hermano pequeño. Élisa recordaba a «un chico tranquilo y tímido, un soñador que no parecía ni ver ni escuchar nada de lo que sucedía a su alrededor».

Élisa era una mujer llamativa y alta, con un pelo largo y rizado, una «fuerte nariz bizantina», grandes ojos negros y una boca carnosa con «labios sensuales» sobre una sólida barbilla. En conjunto su rostro «ofrecía más fuerza que gracia» pero, al mismo tiempo, parecía a la vez «reticente y coqueta». Esto, junto con la «amplitud de su pecho» le daba la apariencia, al menos a los ojos de Émile, de «una criatura plena de amor»[14].

Un día, cuando los hermanos estaban de visita, Élisa, por un «capricho de

mujer» le pidió a Fortuné, quien se había labrado una reputación de poeta en los círculos anarquistas, que le escribiera algunos versos. Émile lo escuchó y, cuando se levantaron esa noche para irse, le preguntó si querría ella también que él le escribiera un poema. Sorprendida, ella lo miró. Él le devolvió la mirada, clavando intensamente los ojos en los suyos. Élisa, ahogando un ataque de risa, le dijo: «Bueno, ¿por qué no? ¡Venga, escríbeme unos versos!».

Y así lo hizo, porque estaba enamorado. Un largo y caótico poema que reflejaba su fase espiritista, expresando su visión cosmológica. El verso final, con su idea de un «reino de la atracción»[15] y un espíritu capaz de purificarse a sí mismo, refleja la influencia de Allan Kardec (el nombre de pluma del educador y filósofo H. Léon Rivail), que había fundado la Sociedad Espiritista de París en 1869 y que dominó el movimiento durante muchos años.

Otro se dirigía más directamente a Élisa:

«Veo en torno a mí a los ángeles

y las diosas del amor,

todas corriendo y, por turnos,

acudiendo para ofrecerme sus alabanzas

Pero todas ellas murmuran: “Esperanza”».

Y yo, que sé que son mentirosas

siento que mis penas reviven

porque se ríen de mis desgracias.

No puedo albergar esperanza

después de estos versos callaré:

pero te amaré siempre

y te consagraré mi sufrir.

Sufriré en silencio

y serás siempre mi dama,

el ideal magnífico de mi alma,

que sueña con el amor bajo el alto cielo.

Los poemas de Émile «divertían» a Élisa, pero no les daba mayor importancia. Poco tiempo después, ella y su marido pasaron algunas semanas en el campo, en Brévannes. Fortuné y el marido de Élisa compartían la militancia anarquista y una visita así parecía algo perfectamente normal. Durante su estancia, el ardoroso Émile no se separaba de Élisa, buscando constantemente oportunidades para hablarla y más. Un amigo recordaba «cuántas tardes pasaba en el jardín, tendido en la hierba a los pies de la coqueta a la que amaba, mirándola en silencio, como un auténtico devoto de su ídolo»[16]. En una ocasión trató de besarle el cuello cuando su marido no estaba. Entre los «miles» incidentes que ella recordaría después, un día en el jardín Élisa besó a su marido, que le ofreció el brazo. Émile palideció y se fue. Poco después, se metió en cama con fiebre. Su madre no sabía qué pensar. Élisa fue a verlo, y le preguntó qué le pasaba. Émile se sorprendió de que ella no lo entendiera. Había besado a su marido enfrente de él. Eso le había dolido mucho y le confesó que la amaba «desesperadamente». El objeto de la pasión de Émile, en absoluto correspondida, se echó a reír. Émile le reprochó que le tratara como un chiquillo, diciéndole: «Algún día sabrás lo mucho que te amo».

En septiembre de 1891, Émile mandó varias cartas a Élisa. En una caligrafía clara y elegante le pedía que excusara la incoherencia de sus palabras. Demasiadas ideas le rondaban por la cabeza. Por desgracia, escribía, ella no entendía «la profundidad de mi amor. […] Tengo tanta necesidad de afecto, de consuelo y de amantes caricias que me veo solo y aislado, perdido en esta vasta ciénaga de egotismo humano». A veces la vida misma le llenaba de horror. En esos momentos, «me gustaría sencillamente desaparecer, aniquilarme, para poder escapar de esa angustia perpetua que estrangula y quiebra corazón y alma. ¡Amar tanto a alguien y no ser amado!»[17].

Sin embargo, un resto de sentido común le permitía ahora a Émile contemplar lo absurdo de su estado actual. Rogaba a Élisa que tuviera paciencia con él y que

disculpara sus «dolorosas meditaciones». ¿Qué era exactamente «esa misteriosa afinidad» que empujaba a una persona hacia otra, «arrojándolo sin forzarlo de ninguna manera a los pies de su conquistadora»? Trataba de entender «esa pasión maldita, que aniquila todas las facultades de una persona, que se apodera del cerebro por completo, que puede convertir hasta a la persona más resiliente en un juguete en las manos de quien adora». Odiaba esa pasión porque «provocaba tanto dolor, sufrimiento lágrimas, desilusiones y desánimo». Quería huir lejos de ella, con la esperanza de así curar su corazón y su mente, porque, por el momento, no podía hacer otra cosa que dormir, inerte, «como un animal sin conciencia». No obstante, una separación así pondría en peligro su vida misma. Terminaría la carta porque, cuanto más escribiera, menos razonable se volvería, «si siguiera adelante con mis pensamientos esa locura se apoderaría de mí»[18].

Pero los pensamientos de Émile habían empezado a apartarse de Élisa Gauthey. En París estaba cada vez más horrorizado por la omnipresencia de una pobreza devastadora. Cada día se topaba con los pobres desgraciados, con los parados, los hambrientos, los desesperados. Se convirtieron en su pasión. Un amigo recordaría después que, cuando «veía a un pobre desgraciado arrasado por el hambre y no tenía nada propio para compartir con él, robaba», incluyendo, en una ocasión, una vaca que llevaría a una mujer hambrienta[19]. Un obrero que vivía en el boulevard Voltaire recordaba a Émile dando dinero y, en ocasiones, acogiendo a «personas desafortunadas» así como su amor especial por los niños. En una ocasión invitó a un amigo que había sido desahuciado por su casero a quedarse en su cuarto hasta que pudiera encontrar otro lugar para vivir.

Hasta mediados de 1891, Émile Henry siempre había respetado lo que él llamaba «la moralidad presente»[20], incluyendo los principios «de la patria, la familia, la autoridad y la propiedad». No obstante, sus maestros se habían olvidado de enseñarle una cosa: «que la vida, con sus luchas y decepciones, con sus injusticias y desigualdades, abre los ojos del ignorante […] a la realidad». Esto le había ocurrido a él. Le habían contado que la vida «estaba abierta a los inteligentes y animosos», pero lo que veía en el París de la Tercera República claramente le demostraba que no era así. Empezó a darse cuenta «de que solamente los cínicos y los lameculos pueden hacerse un hueco en el banquete». Había creído que las instituciones sociales se basaban en la justicia y en la equidad, pero solamente había encontrado «mentiras y traiciones», una República repleta de escándalos financieros viles y de corrupción generalizada, en medio de una pobreza escandalosa. Las clases altas «se habían apropiado de

todo, robando al resto de las clases, no solamente el sustento de sus cuerpos, sino también el sustento de sus almas».

En 1887 se destapó que Daniel Wilson, el yerno del presidente de Francia (Jules Grévy), había vendido la Legión de Honor, una medalla que simbolizaba el mayor honor de Francia, a quienes pudieran permitírsela, sacando un beneficio limpio. Él y otros miembros del Congreso de los Diputados también habían aceptado cuantiosos sobornos a cambio de su apoyo a una empresa que había empezado la construcción del Canal de Panamá y después había tenido dificultades antes de declararse en bancarrota en 1889. Esas sumas pagaban las opulentas cenas en los restaurantes y hoteles de los grands boulevards por los que Émile se paseaba. Sin un ápice de vergüenza, Wilson, que usaba el papel de cartas del presidente de Francia para urdir sus negocios, proclamó que él no había hecho nada que no hiciera cualquier político digno de ese nombre. Muchos criticaron la descarada corrupción, junto con las despilfarradoras aventuras coloniales del gobierno actual, cuestionando su legitimidad.

La injusticia obsesionaba a Émile, un joven extremadamente sensible. Cada hora de cada día el Estado burgués ignoraba o incluso oprimía al débil. En realidad, los contrastes entre ricos y pobres en París eran impresionantes. Según la opinión de quienes estaban situados en los escalones más altos de la sociedad, el dueño de la fábrica, que acumulaba una fortuna colosal gracias al trabajo de sus obreros dolorosamente pobres, era un hombre honrado y el político o el ministro que aceptaba sobornos estaba «volcado en el bien común». Los oficiales del Ejército que experimentaban los nuevos modelos de rifle disparando a los niños africanos entendían que estaban cumpliendo con su deber para la patria; uno de ellos había sido felicitado en el Congreso de los Diputados por su presidente. Émile se sentía completamente alienado por este estado de cosas. Amaba a la humanidad, pero odiaba lo que veía a su alrededor.

Al principio, muy brevemente, Émile se definió como socialista. Después, a finales de 1891 o, como muy tarde, a principios de 1892, Émile se hizo anarquista. Una influencia principal fue su hermano mayor, Fortuné, que había dejado la escuela en 1885 para trabajar en la Farmacia Central. Incluso más bajito que Émile, Fortuné era robusto y de tez morena, con pelo castaño, bigote y patillas. Dispensado del servicio militar por un brazo anquilosado, Fortuné dejó la farmacia después de una «discusión» con su jefe, probablemente sobre política. En 1889 ya era conocido de la Policía, había aparecido en varios mítines socialistas, incluyendo uno que estaba dispuesto a lograr «la unión de

todos los proletarios» con vistas a «la lucha decisiva» que terminaría con la república burguesa. A principios de 1891, Fortuné se alejó del socialismo y abrazó el anarquismo. Creía que el Estado no podría transformarse mediante los votos socialistas, ni siquiera mediante una revolución socialista; más bien debería destruirse para que la humanidad pudiera empezar de nuevo. Fortuné se reveló como un orador destacado, elocuente, en los mítines y debates anarquistas. Habló en las reuniones de la Liga de los Antipatriotas en Saint-Quentin, en Bourges y en la cuenca minera del Loira. En las Ardenas, en la frontera belga, un líder sindical, Jean-Baptiste Clément, había denunciado al periódico anarquista que estaba patrocinando una charla de Fortuné. La tarde de la charla, Fortuné llevaba consigo una pistola y un cuchillo, temiendo que Clément u otro de sus partidarios pudiera atacarlo.

Como suele ser el caso, la relación de Émile con su hermano mayor era compleja. A menudo no estaban de acuerdo. Émile se resentía de que Fortuné, en tanto el mayor de los dos, insistiera en ejercer su autoridad. Émile diría más tarde que, en un momento dado, incluso había querido matarlo. Pero, después de momentos difíciles, se habían hecho buenos amigos. El anarquismo reconcilió a los hermanos Henry, dándoles algo en lo que ambos podían creer.

Émile alcanzaba ahora la edad de un posible reclutamiento militar[21]. Un gendarme había pasado por la posada de Brévannes con una carta en la que se le convocaba a la lotería militar. La madre de Émile le enseñó al gendarme una carta que le había enviado su hijo, que decía que estaba trabajando en Berlín para un comerciante al por mayor. La Policía no pudo encontrarlo en París. La madre de Émile creyó que se había marchado a Berlín a vender mercancías adquiridas en París. Pero Émile nunca estuvo en Alemania. La carta a su madre fue enviada desde Berlín, probablemente por un anarquista alemán. En ella Émile dejaba claro que no tenía ninguna intención de servir en el Ejército y que no tenía planes de regresar a Francia en un futuro próximo: «Sabes que si he huido de Francia es porque nunca ingresaré en el Ejército». En la lotería, el comandante sacó el número 51 para Émile. Eso quería decir que tendría que presentarse en la División de Infantería 148 a principios de septiembre de 1893. Émile sería declarado oficialmente desertor.

Más o menos en esa misma época, Émile dejó atrás el socialismo, en la creencia de que su naturaleza intrínsecamente jerárquica (por ejemplo, el partido tenía

líderes) lo incapacitaba para cambiar el orden existente de las cosas. Su estudio de la ciencia lo había conducido gradualmente al materialismo y al ateísmo. La estructura y la autoridad, inherente a todas las religiones y todas las filosofías políticas, tenía que desaparecer. ¿Cómo si no se podrían reconciliar la moralidad con las leyes de la naturaleza, para «regenerar el viejo mundo y dar a luz una humanidad feliz»? Él consideraba que los anarquistas a los que había conocido en París eran las mejores personas que había conocido nunca, gracias a su integridad, sinceridad, naturaleza franca y desprecio por los prejuicios. Un entorno anarquista, en el que la «propiedad individual» se sustituyera por el comunismo y por la «autoridad con libertad […] elevaría los criterios morales de la humanidad. El hombre captaría que no tiene derechos sobre una mujer que se entrega a otro, porque esa mujer está sencillamente actuando de conformidad con su naturaleza»[22]. La «egoísta familia burguesa» sería eliminada.

Cuando Émile fue a Brévannes llevó consigo sus teorías anarquistas. Una amiga de la familia, la señora Denaples, quien trabajaba en un restaurante en París, trató en vano de disuadirle de su nueva pasión. Jules, el menor de los hermanos Henry, pronto fue atraído por las nuevas ideas de su hermano y empezó a leer los panfletos anarquistas. En 1892, cuando recibió un premio por su rendimiento escolar, gritó: «¡Viva la Comuna!»[23].

Medio siglo antes, en 1840, un impresor de Besançon, en el montañoso Franco Condado, al este de Francia, había sido el primero en declararse anarquista. El erudito Pierre-Joseph Proudhon había comenzado sus estudios calzando zuecos de madera porque no tenía dinero suficiente para comprar libros. Un hombre extremadamente tímido, que adoraba la soledad, Proudhon se horrorizó por lo que vio en Lyon y en París, aquellas capitales del lujo que representaban «el gobierno regio del oro»[24]. Y odiaba el Estado. «Quien me pone una mano encima para gobernarme es un usurpador y un tirano. Yo lo declaro mi enemigo», insistía. Según Proudhon:

Ser gobernado es ser vigilado, inspeccionado, espiado, dirigido, sometido a la ley, numerado, regulado, reclutado, adoctrinado, sujeto a prédicas, controlado, comprobado, calculado, valorado, censurado, mandado por criaturas que no tienen ni el derecho ni la sabiduría ni la virtud para hacerlo. Ser gobernado es estar en cada momento, en cada transacción anotado, registrado, contabilizado, gravado, sellado, medido, numerado, evaluado, permitido, autorizado, advertido,

prevenido, prohibido, reformado, corregido, castigado. Bajo el pretexto de la utilidad pública y en nombre del interés general, es ser colocado bajo la recaudación, taladrado, espulgado, explotado, monopolizado, extorsionado, exprimido, coaccionado, perseguido, agredido, aporreado, desarmado, atado, ahogado, encarcelado, juzgado, condenado, fusilado, deportado, vendido, traicionado y, para colmo, ridiculizado, burlado, despreciado, ofendido, deshonrado. Eso es el gobierno, esa es su justicia, esa es su moral.

Proudhon llegó a ser muy conocido por su panfleto de 1840 titulado La propiedad es el robo. (El título era una provocación, lo que en realidad pensaba era que demasiada propiedad era un robo.) Proudhon y sus seguidores consideraban que el sufragio universal masculino era una tiranía constitucional en la que el pueblo aparentemente gobernaba pero que, en realidad, no gobernaba, era una estafa perpetuada por los poderosos. El aparente «desorden» del anarquismo en realidad conduciría a un orden económico natural basado en relaciones sociales iguales, organizado en asociaciones de cooperación mutua sin el estorbo del Estado. Y puesto que las personas eran básicamente buenas, podría construirse una sociedad verdaderamente justa, permitiendo que los individuos alcanzaran todo su potencial. Como lo expresaba Proudhon: «La anarquía es el orden; el gobierno es la guerra civil»[25].

Aquí puede rastrearse la influencia de la Ilustración, especialmente de los escritos del filósofo Jean-Jacques Rousseau, que había visto en lo primitivo algo así como un ideal. Imaginaba que las personas aprendían las unas de las otras abrazando la naturaleza, cooperando libremente y viviendo felices para siempre. Proudhon insistía en que la anarquía era una «sociedad organizada, viva»[26], que ofrecía «el sumo grado de libertad y orden al que puede aspirar la humanidad». Todo el mundo tendría suficiente para vivir.

En parte el anarquismo era una reacción a la rápida expansión del poder gubernamental a partir de la creación de las naciones-Estado en el siglo XIX. Por una parte, la nación se había convertido en un objeto de lealtad para un número cada vez mayor de personas corrientes en Francia, había sido una de las consecuencias de la Revolución francesa y del periodo napoleónico. Las escuelas primarias enseñaban el francés en regiones en las que otros lenguajes, dialectos o patois habían sido predominantes desde hacía mucho tiempo. Los mapas de Francia y de sus colonias adoptaron un papel simbólico. Al mismo

tiempo, los Estados recaudaban cada vez más impuestos del pueblo y reclutaban a más personas para el Ejército. La burocracia en expansión, las fuerzas policiales y los Ejércitos eran la manifestación del poder estatal. Austria, Rusia y Prusia, al igual que Francia, habían aplastado las Revoluciones de 1848, que habían estallado en esos Estados conservadores en nombre del nacionalismo, del liberalismo político y de los derechos de los trabajadores.

Por supuesto que había un carácter claramente milenarista (así como utópica) en el anarquismo, que se parecía a determinados movimientos políticos de siglos anteriores[27]. Los anarquistas confiaban en que un día existiría una sociedad nueva y mejorada, pero creían que una revolución violenta era un requisito previo. La Revolución francesa (1789-1799) había ofrecido esperanzas similares. La gente corriente había derrocado a la monarquía. Además, varios radicales (entre ellos Jacques Roux y Gracchus Babeuf) habían pedido entonces la revolución social, incluyendo la redistribución de la propiedad. A pesar de sus vidas relativamente cortas (el primero se suicidó, al segundo lo ejecutaron) habían dejado como legado que la revolución podía fomentarse mediante la conspiración.

Los seguidores de Proudhon conservaron una considerable influencia entre los artesanos franceses durante el Segundo Imperio y la Comuna. Cuando un peón afirmaba ante un anarquista durante la Comuna que esta vez, a diferencia de 1848, no se les robaría la victoria, este le contestó: «Ya te han robado la victoria, ¿acaso no han nombrado un gobierno?»[28]. La feroz represión que siguió a la Comuna les hizo la vida muy difícil a los anarquistas (también a los socialistas) en Francia.

La causa que ahora abrazaba Émile estaba dominada por dos figuras rusas, Mijaíl Bakunin y Piotr Kropotkin. Y ambos afectarían a los acontecimientos sobre la escena mundial de los años venideros. Los dos eran de origen noble, ejemplos de la nobleza rusa «golpeada por la conciencia», conscientes del hecho de que su prosperidad dependía de la pobreza de otros. Nacido en 1814, Bakunin, el rebelde supremo, era un hombre enorme con una inmensa barba y un enorme apetito de comida, bebida y tabaco, que fumaba sin cesar. Después de salir de Rusia en 1840 había viajado, revolucionario en movimiento, a los Estados alemanes, a Suiza y después a Francia, de donde fue expulsado cuando el embajador ruso se quejó de sus actividades. Llegó a París después de que la

Revolución de 1848 echara del trono al rey Luis Felipe. Con dinero prestado por el nuevo gobierno provisional republicano, se dirigió a la Polonia rusa para tratar de fomentar allí la revolución. Durante la «primavera de los pueblos», un periodo de optimismo para muchas personas del pueblo después de las revoluciones nacionalistas y liberales, que habían tenido lugar en 1848 en los Estados alemanes, en el imperio Habsburgo, en los Estados italianos y en Francia, huyó de la Policía en varios países en una alegre cacería. Montó varios grupos anarquistas, algunos reales, otros imaginarios, antes de terminar en una cárcel rusa durante seis difíciles años. Indomable, retomó después su carrera de revolucionario profesional.

Bakunin creía en los instintos revolucionarios de las masas, pero sostenía que no se levantarían espontáneamente contra el Estado. Se necesitaba una sola chispa, o varias, para provocar la revolución. La Comuna le dio esperanzas, puesto que los anarquistas se habían contado entre sus defensores, y su visión de la eventual abolición del Estado obtuvo eco entre sus discípulos rusos, así como entre los europeos occidentales. Aunque los atentados terroristas, que él no defendía explícitamente, estuvieran inevitablemente seguidos de una represión estatal a gran escala, esto a su vez produciría descontento entre el pueblo, acercando aún más la revolución.

A diferencia de Karl Marx y de otros revolucionarios socialistas, Bakunin no esperaba que una clase obrera ilustrada trajera la revolución, sino que creía que lo haría el campesinado. Consideraba a los campesinos como revolucionarios que aún no sabían que lo eran. La aldea (mir) proporcionaba un escenario natural, armonioso, pero estaba invadida por avariciosos terratenientes y por los soldados que defendían los intereses del Estado. En siglos anteriores, después de todo, los campesinos rusos se habían alzado contra los zares, o a favor de falsos zares. Los revolucionarios debían trabajar sin descanso para preparar una revolución aún más grande: «El revolucionario es un hombre que ha hecho un voto. Debe ocuparse por completo de una pasión exclusiva: la revolución. […] Tiene un único fin, una ciencia: la destrucción […]. Entre él y la sociedad se libra una lucha a muerte, incesante, irreconciliable»[29]. Bakunin definía la libertad como «el derecho absoluto de todo ser humano a no buscar otra aprobación para sus actos que su propia conciencia, a determinar estas acciones únicamente por su propia voluntad y, por consecuencia, a que su primer deber y responsabilidad sea hacia sí mismo. […] Yo fui libre solamente mediante la libertad de otros»[30]. Así la destrucción se convertía en «una pasión creativa».

Bakunin desconfiaba y discutía apasionadamente con Karl Marx, porque pensaba que no llegaba lo suficientemente lejos. Después de todo, a Marx no le interesaba destruir el Estado, sino reemplazarlo por otro, de carácter socialista. Amargas divisiones entre anarquistas y socialistas contribuyeron a dar por finalizada la Primera Internacional de Marx en 1876, después de su asamblea en Filadelfia, un lugar que Marx había escogido justamente porque sabía que los anarquistas europeos no podrían permitirse el precio del pasaje transatlántico. «No seamos los líderes de una nueva religión»[31], había advertido Bakunin a su rival, poco antes de morir ese mismo año. El ruso, quien había dicho en una ocasión que para ser un auténtico revolucionario había que tener el demonio en el cuerpo, continuó influyendo en el desarrollo del anarquismo desde su tumba, especialmente en Italia y España. En Francia, la ruptura entre anarquistas y socialistas fue definitiva en 1881. Los anarquistas siguieron desafiantes su propio camino, rechazando la política electoral porque la consideraban un medio para apuntalar el Estado burgués. Adoptaron la bandera negra como su símbolo y en Francia rechazaban La Marsellesa porque representaba a la república burguesa.

Tras la muerte de Bakunin un tipo diferente de anarquismo tomó el relevo. Piotr Kropotkin era un geógrafo y un príncipe, el hijo de un oficial noble del Ejército ruso. Condenado por sedición por haber escrito un manifiesto que describía la estructura de una sociedad anarquista futura, Kropotkin pasó dos años en la cárcel antes de escapar de Rusia en 1876. Después de pasar por Londres, se quedó algún tiempo viviendo en Suiza y en el macizo del Jura, donde los relojeros parecían vivir en perfecta armonía sin la intrusión del Estado. Además, Suiza era federalista y el hogar original de la Cruz Roja, el tipo de asociación voluntaria que los anarquistas creían que surgiría espontáneamente después de la destrucción del Estado. Kropotkin se convenció de que las organizaciones locales eran tanto un medio para una vida mejor como un fin en sí mismas, imbuidas de la moral de los individuos abandonados a sus propios recursos. Al final la propiedad privada se volvería superflua: todo el mundo tendría lo suficiente como para mantenerse. Esta era la base del comunismo anarquista de Kropotkin (Proudhon, por otro lado, creía que la revolución no eliminaría por completo la propiedad privada). El optimismo de Kropotkin era contagioso, el respeto que suscitaba era enorme, incluso entre quienes no comulgaban con él y su influencia, como su visión, fue internacional. El británico Oscar Wilde dijo en una ocasión que Kropotkin había vivido una de las dos únicas vidas perfectas que él había conocido[32].

¿Cómo se haría la revolución? Bakunin creía que la pasión rebelde del campesinado traería la revolución. Kropotkin creía en la necesidad de una vanguardia de anarquistas heroicos que propagaran la palabra y lideraran a las masas oprimidas hacia la revolución. En el Catecismo del revolucionario (1869) el nihilista ruso Serguéi Necháyev describía al revolucionario como «un hombre condenado»[33] sin ni siquiera identidad: «No tiene intereses personales, ni asuntos, ni sentimientos, ataduras, propiedades, ni siquiera un nombre que le sea propio. Todo en él está absorbido por un interés exclusivo, un pensamiento, una pasión: la revolución. […] En su opinión, todo lo que ayuda al triunfo de la revolución es ético; lo que la obstaculice es inmoral y criminal». Aunque no era anarquista, Necháyev ayudó a moldear la imagen futura del anarquista, aquel que, de manera anónima, ensamblaba bombas y las colocaba antes de desaparecer en la oscuridad de la noche. Necháyev fundó una organización terrorista, Voluntad del Pueblo (Naródnaya Volia). Pero no era un grupo anarquista. Voluntad del Pueblo era una organización socialista y jerárquica que exigía el sufragio universal y las libertades políticas, así como tierra para todo el mundo. Sus miembros planificaban el asesinato de funcionarios del Estado y de personajes políticos con la esperanza de aumentar la conciencia de la terrible situación de las masas. Bakunin, así como otros revolucionarios, con el tiempo se enfrentó a Necháyev, llegando a la conclusión de que era un asesino y un fanático de mala fama en quien no se podía confiar.

El martirio desempeñaba un papel importante en la lucha de estos revolucionarios rusos. Se convirtió en parte de un acervo revolucionario y Vera Figner, una de las lideresas de Voluntad del Pueblo, cuando esperaba su ejecución (le conmutaron la sentencia en el último minuto) se imaginaba su martirio, pensando en los revolucionarios que habían perecido antes de ella: «Las imágenes de las personas que habían muerto hacía mucho tiempo se despertaron en mi memoria, mi imaginación trabajaba como nunca lo había hecho». Incluso aunque este relato nunca pudo verificarse, la escena de la ejecución en sí se convirtió en una parte importante de la memoria colectiva del anarquismo.

La Policía de la Rusia imperial aplastó Voluntad del Pueblo, pero sus tácticas acabaron por ser adoptadas por algunos anarquistas de todo el mundo. Y en Europa occidental, los acontecimientos de la década de 1880 espolearon a los anarquistas, especialmente en las deprimidas regiones rurales del sur de España y de Italia. Errico Malatesta era uno de los más activos, optimistas e influyentes anarquistas. Nacido de una familia de propietarios rurales en el sur de Italia,

Malatesta fue expulsado de la escuela de medicina en Nápoles por participar en una manifestación. Se convirtió en anarquista y después aprendió el oficio de electricista y cedió la propiedad que había heredado de sus padres a los aparceros que vivían allí. El anarquismo era atractivo para los pobres jornaleros del sur de Italia, que conservaban un potente sentido de la injusticia y la conciencia de sus padecimientos a manos de la Policía. Malatesta lideró a los campesinos calabreses armados en Benevento, en el noreste de Nápoles, en abril de 1877, cuando quemaron los registros parroquiales y de hacienda, distribuyeron los rifles que habían confiscado a la guardia nacional y el dinero que sacaron de la caja fuerte de un recaudador de impuestos y pidieron tomar y colectivizar la tierra. Los insurgentes recibieron cierto apoyo de las aldeas vecinas en una revuelta que duró diez días antes de ser aplastada.

En 1883 la Policía de París disolvió una marcha de personas sin empleo de inspiración anarquista; algunos de los manifestantes saquearon una panadería y se produjeron detenciones. En Andalucía, en el sur de España, ese mismo año, los campesinos asesinaron a un posadero al que habían tomado por un espía de la Policía. La Guardia Civil entró en escena, usando tal vez pruebas falsas de una trama de una sociedad secreta para matar a los ricos, y así aplastar el anarquismo en Andalucía. Y en Montceau-les-Mines, en Borgoña, en 1884, los obreros en huelga organizaron un grupo llamado la Banda Negra y salieron a saquear la ciudad.

Otros acontecimientos a pequeña escala dieron a las autoridades francesas más quebraderos de cabeza. Más o menos en aquel momento, un jardinero llamado Louis Chavès disparó y mató a la madre superiora del convento en el que estaba empleado y después disparó sobre la Policía que a su vez lo mató. Ya había mandado una carta a un periódico anarquista: «Se empieza por uno para llegar a cien, así lo dice el refrán. Así que me gustaría tener la gloria de ser el primero. No vamos a cambiar las condiciones actuales con palabras o papeles. El último consejo que tengo para los auténticos anarquistas, para los anarquistas activos, es que se armen siguiendo mi ejemplo con un buen revólver, un buen puñal y una caja de cerillas»[34]. Un periódico anarquista empezó a recaudar dinero para comprar una pistola y vengar a Chavès. Ese mismo año, un hombre que reclamaba ser anarquista arrojó una botella llena de productos químicos explosivos dentro de la Bolsa de París. Explotó, pero nadie resultó herido. Después hizo tres disparos al azar, sin efecto. Un ladrón llamado Clément Duval, que había robado una rica residencia parisina, se transformó en el camarada Duval. Su explicación: «el policía me detuvo en el nombre de la ley; yo le

golpeé [al policía] en el nombre de la libertad Cuando la sociedad te niega el derecho a la existencia, hay que arrebatárselo»[35]. A los ojos de algunos anarquistas, aunque no de todos, cualquier acción que precipitara la «desorganización social» y, en último término, la revolución era legítima, incluyendo el robo y la destrucción de la propiedad privada. Un ladrón italiano llamado Vittorio Pini anunció durante su juicio en París que él no era un ladrón, sino que se había limitado a tomar las riquezas que la burguesía había robado antes[36].

Émile Henry no pudo evitar embriagarse con esta atmósfera fin de siècle parisina. Las desgracias de la gente corriente se volvían cada vez más graves. Alguien tenía que coger el testigo de visionarios como Proudhon y Bakunin.

[1] Sobre Fortuné Henry y los primeros años de Émile: Archives Nationales, BB24 853; Archives de la Prefectura de Policía, Ba 1115, telegrama del 16 de febrero e informe del 13 de marzo de 1894; Le 19e Siècle, 20 de febrero de 1894; La Paix, 18 de febrero de 1894; L'Intransigeant, 17 de febrero de 1894; y Ch. Malato, «Some Anarchist Portraits», Fortnightly Review 333, serie nueva, 1 de septiembre de 1894, pp. 327-328.

[2] M. F. de la Mulatière, Regards sur Limeil Brévannes, Saint-Georges-de-Luzençon, 1988, p. 41.

[3] F. Henry, Les chants de l'enfance, París, 1881; L'Écho de Paris, 16 de febrero de 1894.

[4] El censo de 1896: 1.234 (población total, 1.527, incluyendo las personas del hospicio, repartidos entre Limeil, 259 y Brévannes, 975).

[5] Ba 1115, informe policial del 23 de agosto de 1893; L'Intransigeant, 17 de febrero de 1894.

[6] L'Écho de Paris, 18 de febrero de 1894; Le Journal, 17 de febrero de 1894; Le Petit Temps, 16 de febrero de 1894; J. Maitron, Le mouvement anarchiste en France, I, París, 1975, pp. 239-240, y Malato, «Some Anarchist Portraits», op. cit., p. 328.

[7] Le 19e Siècle, 27 de abril de 1894.

[8] H. Varennes, De Ravachol à Caserio, París, 1895, pp. 229-231; Le 19e Siècle, 20 de febrero y 27 de abril de 1894.

[9] Le 19e Siècle, 20 de febrero de 1894.

[10] Ba 1115, «Notices sur Émile Henry», 13 de febrero de 1894; Le Petit Temps, 16 de febrero de 1894; Le Figaro, 16 de febrero de 1894; Le 19e Siècle, 20 de febrero de 1894; La Paix, 18 de febrero de 1894; L'Éclair, 17 de febrero de 1894.

[11] Malato, «Some Anarchist Portraits», op. cit., p. 330.

[12] Ibid., p. 329.

[13] L'Intransigéant, 16 de febrero de 1894; Le Temps, 20 de febrero de 1894; Le 19e Siècle, 20 de febrero de 1894; Malato, «Some Anarchist Portraits», op. cit., p. 329. Le agradezco estas referencias a John Monroe.

[14] Le Journal, 17 de mayo de 1894.

[15] L'Intransigeant, 19 de febrero de 1894.

[16] Malato, «Some Anarchist Portraits», op. cit., p. 330.

[17] Le Journal, 17 de mayo de 1894; Le Gil Blas, 9 de mayo de 1894.

[18] Le Gil Blas y L'Intransigeant, 9 de mayo de 1894; Le Journal, 17 de mayo de 1894.

[19] J. U. Halperin, Félix Fénéon: Aesthete and Anarchist in Fin-de-Siècle Paris, New Haven, 1988, pp. 269-271.

[20] D. Guérin (ed.), No Gods, No Masters, Oakland, 2005, pp. 398-401.

[21] Ba 1115, 14 de febrero de 1892 y 17 de febrero de 1894; L'Intransigeant, 17 de febrero de 1894. Émile más tarde diría que sí había estado en Berlín, pero un informe presentado por «Léon» el 23 de febrero de 1894 lo descartaba: «El tiempo que Émile Henry dice haber estado en Berlín es completamente imaginario».

[22] Ba 1115, Émile Henry, 27 de febrero de 1894, doble célula, n.os 1 y 2, Conciergerie.

[23] Ba 1115, informes del 12 y 14 de marzo de 1894.

[24] K. Steven Vincent, Pierre Joseph Proudhon and the Rise of French Republican Socialism, Nueva York, 1984, p. 17.

[25] G. Woodcock, Anarchism: A History of Libertarian Ideas and Movements, Nueva York, 1962, p. 276.

[26] D. Guérin, Anarchism: From Theory to Practice, Nueva York, 1970, p. 42.

[27] Véase la «Déclaration» de Émile; Varennes, De Ravachol, op. cit., pp. 235-241.

[28] Woodcock, Anarchism, op. cit., p. 276.

[29] A. Varias, Paris and the Anarchists: Aesthetes and Subversives During the Fin-de-Siècle, París, 1996, pp. 41-42.

[30] Guérin, Anarchism, op. cit., p. 33.

[31] Ibid., p. 3.

[32] J. Joll, The Anarchists, Nueva York, 1979, p. 142.

[33] M. Fleming, «Propaganda by the Deed: Terrorism and Anarchist Theory in Late-Nineteenth-Century Europe», en Y. Alexander y K. A. Myers (eds.), Terrorism in Europe, Nueva York, 1982, p. 13.

[34] Woodcock, Anarchism, op. cit., pp. 301-303.

[35] Joll, The Anarchists, op. cit., p. 114.

[36] Sobre los atentados anarquistas: Woodcock, Anarchism, op. cit., pp. 300-303, 366-367; J. Préposiet, Histoire de l’anarchisme, París, 2000, pp. 391-392; D. Stafford, From Anarchism to Reformism: A Study of the Political Activities of Paul Brousse, Toronto, 1971, p. 84; Joll, The Anarchists, op. cit., pp. 112-114.

III. «EL AMOR ENGENDRA EL ODIO»

Durante los últimos años de la década de 1870 y los primeros de la década de 1880 se empezaron a organizar grupos anarquistas en el París de Émile Henry y en sus alrededores. En 1882, existían aproximadamente 13 grupos anarquistas, con al menos 200 miembros en total[1]. Once años más tarde, la Policía contaba más de 2.400 anarquistas y consideraba a 852 de ellos peligrosos. La mayoría de los anarquistas franceses eran obreros normales –metalúrgicos, albañiles, impresores y otros muchos, procedentes de la miríada de oficios de la Francia del siglo XIX.

En París esos grupos tenían su base en barrios específicos, en sintonía con la idea anarquista de que la revolución se lograría mediante insurrecciones locales. Habitualmente los grupos anarquistas se organizaban calle por calle. Se comunicaban mediante la prensa anarquista, en reuniones, debates y mediante los coloridos carteles que anunciaban esos eventos. Los anarquistas abrían comedores solidarios para alimentar al hambriento y diversas bibliotecas anarquistas que, en realidad, eran colecciones de libros en las casas de determinadas personas. La subcultura de la gente corriente, que incluía el argot de las calles y los bares, confería dinamismo al movimiento[2].

A los anarquistas no les costaba demasiado ganar nuevos reclutas en el nordeste de París. Por ejemplo, la plebeya Belleville, una barriada de artesanos (especialmente caldereros y joyeros) y trabajadores, en los límites de la capital, tenía un buen número de personas empobrecidas y descontentas. En ese lugar, que Maurice Chevalier y Édith Piaf harían famoso unas cuatro décadas después, se había forjado una fuerte identidad local, en parte gracias a la conciencia de que los elegantes barrios del centro y del oeste de París despreciaban y temían a los pobres de Belleville a la vez que usaban su fuerza de trabajo para aumentar su riqueza y confort. Belleville había sufrido de manera desproporcionada la violenta represión posterior a la Comuna por las tendencias políticas izquierdistas de sus residentes. El papel destacado del barrio durante la Comuna reforzó la asociación (al menos en la mente de las elites parisinas y de las autoridades gubernamentales) entre Belleville y las «clases peligrosas»[3], cimentando así su reputación injustificada como un lugar en el que el delito campaba por sus respetos.

Los grupos anarquistas de Belleville y del distrito 20, a mediados de la década de 1880, lucían nombres extravagantes como Los Libertarios, la Bandera Negra, el Tigre, Los Desertores de Charonne, el Grupo Anarquista de Belleville y el Grupo Anarquista del Père Lachaise (el cementerio). El Grupo Anarquista de Belleville y el Grupo Anarquista del Distrito Veinte tenían años de recorrido. También aparecieron Dinamita, Revólver en Mano, Los Hambrientos, Los Odiados, La Guerra Social y Los Indigentes. En el distrito del Marais, en la orilla derecha, muchos inmigrantes importaron su anarquismo desde Rusia, leyendo las publicaciones yidis dedicadas a la causa.

El anarquismo era especialmente atractivo en los suburbios industriales en expansión. De hecho, un periódico anarquista de corta vida que se editó en 1891 se llamaba sencillamente Le Faubourg (El arrabal). En la superpoblada Saint-Denis (donde la población se había más que duplicado entre 1861 y 1891, hasta llegar a las 50.000 personas) menos de un tercio de las casas tenía agua corriente. Miles de personas vivían en chabolas que literalmente se habían hecho de un día para otro, con ladrillos o cualquier otro material que se pudiera reunir y cubiertas con planchas de metal o con cartón calafateado.

Los anarquistas celebraban sus habitualmente modestas reuniones en bares o cafés, a veces en un cuarto trasero o en el piso de arriba, que a veces se alquilaba y a veces no (se daba por sentado que el grupo al menos consumiría bebidas). O alquilaban un pequeño local del barrio por una noche. Cuando tocaba pagar el alquiler de la sala y las bebidas, quien tenía dinero pagaba y se decidía el lugar de la siguiente reunión. Las salas más grandes se alquilaban para mítines que congregaban a varios grupos de anarquistas para debatir la abstención electoral, la propaganda insumisa dirigida a los reclutas, para animarlos a no presentarse al servicio militar, o los planes para las manifestaciones y eventos que señalaban el aniversario de la Comuna, una fuente de inspiración inagotable, así como una guía práctica para el movimiento. Dos de los espacios más importantes eran la Salle Favié en Belleville y la Salle du Commerce en la rue du Faubourg-du-Temple. El viernes 30 de marzo de 1883, por ejemplo, había carteles que anunciaban un gran mitin público, organizado por el grupo Venganza de la Juventud Anarquista y que se celebraría en la rue de Charenton, al este de París. El tema de debate: «La crisis de los trabajadores, la agitación revisionista y los movimientos revolucionarios». El poco dinero que se pedía como entrada se destinaría al alquiler de la sala y otros gastos relacionados.

Pero encontrar lugares, incluso bares, en los que los grupos anarquistas pudieran

reunirse era enormemente difícil, especialmente cuando la Policía empezó a presionar a los dueños. Los vecinos se cansaban de los tiroteos y de los cantos que procedían de los mítines y también se plantaron. Por ejemplo, en noviembre de 1893, el grupo conocido como Los Chavales de la Butte (Montmartre) se reunieron en un bar. Pero cuando terminó la reunión, el dueño del establecimiento les dijo que no podrían volver. Hacía poco les habían echado de otro bar de la misma calle porque su presencia aterrorizaba a los tenderos locales.

Las reuniones de la mayoría de los grupos anarquistas eran relativamente pequeñas, pero aumentaban su tamaño cuando se invitaba a oradores de otros grupos o cuando se planificaban debates, a veces con militantes socialistas. Cuando el Grupo Anarquista del Père Lachaise se reunió en junio de 1886, se presentaron 11 miembros. Ese mismo número asistió a una reunión en la Salle Bourdel, en la rue de Belleville, a finales de junio de 1888 para debatir la oposición a la celebración del día de la Bastilla en un momento en el que había 200.000 trabajadores de la ciudad en paro. A diferencia del formato de las asambleas socialistas, las reuniones de anarquistas no tenían un cargo que las presidiera. La idea de tener cargos, incluso para solamente una reunión, era totalmente contraria al principio anarquista de la «iniciativa individual».

Los anarquistas organizaban «veladas familiares» y «debates populares», normalmente en domingo. A veces ofrecían comida caliente o algo de comer a cambio de escuchar los discursos. Entre bulliciosos cantos pasaban la gorra para juntar calderilla y ayudar a los anarquistas y sus familias que lo estaban pasando mal, como aquellas en las que el padre o el marido estuviera en la cárcel. En esas ocasiones, no era extraño que se juntaran 100 o 400 personas o incluso más. En diciembre de 1892 se distribuyeron más de 2.000 cuencos de sopa, junto con prensa anarquista, en una soupe-conférence de la Salle Favié, entre gritos ocasionales que pedían «muerte a la Policía» y «muerte a los cerdos»[4].

Las canciones anarquistas llegaban incluso a un público más amplio. Adrienne Chailley era una de las cantantes anarquistas más conocidas. A los 26 años se la conocía con el nombre de Marie Puget y era una pobre mujer que cantaba en algunos restaurantes de la orilla izquierda mientras vivía en una buhardilla de un hotel barato de la orilla izquierda junto al Sena. A esta «mujer histérica»[5] un periódico conservador la denigró llamándola «sacerdotisa de la anarquía» que, con el pelo corto y una nariz altiva, cantaba melodías vulgares, toscas, antiburguesas, «con la blusa abierta, el pelo suelto, los ojos encendidos por el

alcohol, […] tambaleándose en medio de la sala, agotándose entre un rugido caótico que a menudo se resuelve en alguna acción de temeraria imprudencia».

A Henry Leyret, desde su bar de Belleville[6], no le parecía que «la gente» fuera anarquista, aunque de vez en cuando leyera la prensa anarquista. Pero Leyret se acordaba especialmente de dos obreros discutiendo en el mostrador, bebiendo su absenta y fríamente, con una agudeza considerable, debatiendo y comparando los talentos literarios, las debilidades y los méritos de dos periódicos anarquistas. Los clientes de Leyret, en general, no apreciaban a nadie que tuviera relación con las autoridades y se quejaban de que la ley no se aplicaba imparcialmente. Odiaban a la Policía y notaban que esta les tenía ojeriza. Por lo tanto, los enemigos de la Policía, fueran quienes fueran, se convertían automáticamente en sus amigos. Incluso aunque estos clientes no supieran demasiado acerca del anarquismo, en principio estaban de acuerdo con la lucha anarquista, llegando a disculpar los actos de los militantes anarquistas, a quienes veían como los desfacedores de entuertos.

Émile Henry se sumergió en ese mundo del anarquismo parisino. Para él y para otros pronto quedó claro que, a pesar del énfasis del movimiento en la autonomía individual, los anarquistas debían trabajar juntos para propiciar la revolución. Así los anarquistas formaban parte de una corporación informal (compagnonnage) que proporcionaba una ayuda moral y a veces material para los compagnons (una palabra que ya procede de la idea de compartir el pan). Algunos anarquistas se dedicaban a las «mudanzas de medianoche»[7], ayudando a las familias pobres a mudarse en secreto de sus pisos sin pagar el alquiler mientras el casero o la portera dormían. El anarquista Augustin Léger describe una mudanza rapidísima al amparo de la noche. En el momento acordado se presentaron sus compañeros anarquistas, empujando una pequeña carreta, que dejaron en un callejón para evitar llamar la atención. Entonces subieron en silencio y bajaron las pertenencias de su amigo. Al menos en una ocasión hubo que atar y amordazar en su cama al dueño o a la portera. Las mudanzas de medianoche eran rápidas, porque la mayoría de los anarquistas tenían pocas posesiones materiales.

La prensa proporcionaba cierta cohesión a la causa anarquista, subrayando su carácter internacional a la vez que solidificaba la red informal del anarquismo y mantenía a los compagnons informados de los debates sobre la teoría y la táctica. En un extremo de la rue Mouffetard, detrás y bajo el Panthéon, cerca de la pobreza del faubourg Saint-Marcel, Jean Grave publicaba La Révolte[8]. Grave,

cuyo padre había sido molinero y después campesino en el centro de Francia, había sido zapatero antes de entregarse por completo a la causa anarquista. Había asumido la publicación del periódico que había antecedido, Le Révolté, en Ginebra, en 1883, después de que su fundador, Piotr Kropotkin, hubiera sido expulsado para siempre de Suiza. Debido al acoso de las autoridades suizas, Grave trasladó el periódico a París. Con un pequeño cambio en el título, La Révolte se convirtió en un semanario en mayo de 1886. Del taller del «papa de Mouffetard» también salían panfletos anarquistas, que se vendían en librerías anarquistas, especialmente en Montmartre, pero también en el Barrio Latino, donde en 1890 se formó el primer grupo de estudiantes anarquistas.

El despacho de Grave era la buhardilla de una casa de cuatro pisos. Cuatro tramos de escalones y una estrecha escalera llevaban hasta allí. Un pequeño cartel en la puerta indicaba la presencia del periódico, no había timbre y los visitantes tenían que llamar directamente a la puerta. Un cuarto grande, que antes había sido un secadero de ropa, ahora albergaba pilas de papeles y periódicos. El escritorio de Grave consistía en una tabla sobre dos borriquetas, junto a las cuales dejaba los zapatos. La Révolte, de cuatro páginas de extensión e impreso en papel de buena calidad, incluía un suplemento literario y se publicaba todos los sábados.

Grave luchaba denodadamente por mantener a flote la publicación. Pero no era sencillo obtener dinero de una clientela habitualmente empobrecida; imprimir entre 6.500 y 7.000 copias cada semana costaba 320 francos. Unos pocos intelectuales y artistas ayudaban a Grave con pequeñas donaciones de efectivo. El periódico proporcionaba un foro para la filosofía del anarquismo, con artículos sobre la «propiedad», «anarquismo y terrorismo», «la nociva influencia de la industrialización», «anarquía y orden», etc. Otras contribuciones describían incidentes de la represión estatal en Francia, la disolución violenta de manifestaciones u otras acciones contra anarquistas, incluyendo redadas que comenzaban con la repentina aparición de vagones con rejas en las barriadas obreras.

Y, con todo esto, La Révolte era relativamente moderada comparada con Le Père Peinard[9], de Émile Pouget. Père Peinard era el nombre de un zapatero ficticio, un ser sin pelos en la lengua que transmitía sentido común y que, en nombre de la justicia, perseguía a los políticos, funcionarios y magistrados corruptos con la amenazante tira de cuero de su oficio. Después de intentar organizar a los empleados de los grandes almacenes, Pouget, un joven de 22 años culto, hijo de

un notario de Dordogne, en el suroeste de Francia, fue condenado por «incitación al pillaje» (después del incidente en la panadería parisina de 1883). Cuando fue puesto en libertad, tres años más tarde, se unió a un grupo anarquista, El Centinela Revolucionario, en Montmartre. En 1889 empezó a publicar Le Père Peinard.

Desafiantemente vulgar y malhablado, Pouget atraía las emociones de las personas corrientes, usando un argot familiar, parte del cual era prácticamente ininteligible para los no iniciados, con una destreza considerable. Que el habla de los obreros corrientes fuera tan distinta del habla de la elite reforzaba la distancia, tanto cultural como geográfica, que separaba a los ricos de los pobres en la Ciudad de las Luces. Parte de ese argot procedía de la jerga criminal, en un momento en el que las condenas judiciales alcanzaban nuevas cumbres. Le Père Peinard ayudó a convencer a muchos parisinos de clase alta de que las «clases peligrosas» acechaban desde los límites de la capital, listas para atacar. Al mismo tiempo, el periódico de Pouget reforzaba la solidaridad popular y la sensación de estar aislados y opuestos al Estado y a la elite urbana. Con un precio de cinq ronds («cinco redonditas» o monedas, como se decía aún), Le Père Peinard llegó a tener ocho páginas. En 1892 se imprimían unas 8.000 copias, a veces incluso más. La Policía calculaba que cada ejemplar llegaba a una media de cinco personas.

Aunque Pouget era un hombre moderado en sus palabras, su pluma no lo era. Le Père Peinard, que consideraba que «el militarismo […] es una educación para el crimen», señalaba que, a pesar de la supuesta meta de «civilizar» a los vietnamitas, las tropas francesas habían cometido atrocidades cinco veces mayores en aquella tierra del sudeste asiático de lo que lo habían hecho sus equivalentes prusianos durante la Guerra de 1870-1871. Se refería a las fábricas casi siempre como cárceles, y el Palacio de Justicia se convirtió en el «Palacio de la Injusticia»; el clero era «la piara del clero»; los ricos, «los ricachones» (richards, un término que aún se utiliza), los partidarios de la República, «los republicanallas», etc. Estos términos de creación propia se intercalaban con expresiones subidas de tono como «maldita sea» o «que les den» o «kif kif»[10], que significa «me importa un pepino». Esta última expresión era el pie de foto de una ilustración que mostraba a un pobre campesino en 1789 y a un obrero de finales del siglo XIX de pie frente a una estatua que representaba a la República, apuntando a que esa forma de gobierno no había hecho absolutamente nada por los pobres de ninguna época.

Un tema constante de Le Père Peinard era que la gente corriente tenía que actuar por sí misma. Los communards habían perdido la oportunidad de «quemar todas las viejas moradas donde viven los bandidos que nos gobiernan, así como los edificios de los indiferentes: iglesias, cárceles, ministerios, toda la morralla. […] ¡Es fácil hacer mil bombas! […] Estamos esperando a la Belle, a los días hermosos que sin duda seguirán a la revolución y a la destrucción del Estado». Durante una huelga minera en Decazeville, Le Père Peinard proclamaba: «En primer lugar, maldita sea, nunca está mal atacar a los inútiles cuando se presenta la oportunidad, como han hecho los buenos muchachos de Decazeville con Watrin [un capataz de las minas de esa ciudad que fue asesinado y castrado]»[11]. Después de que un obrero matara a un patrón que estaba haciéndoselo pasar mal, Pouget comentaba, en un artículo titulado «Uno menos», que su asesinato demostraba que era posible hacerlo bien. Acababa diciendo: «Será mediante la fuerza de una revolución violenta como expropiaremos a los ricos y arrojaremos a la vieja sociedad al basurero. […] ¡La tierra para los campesinos! ¡La fábrica para los trabajadores! ¡Techo, ropa y comida para todos!». El periódico de Pouget sufrió siete condenas judiciales entre abril de 1890 y noviembre de 1892[12].

La tercera publicación anarquista importante fue L’Endehors, un semanario teórico, literario y artístico. Fue fruto de la inspiración de Zo d’Axa, seudónimo de Alphonse Gallaud, nacido en París en 1864, el hijo de un funcionario del ferrocarril de la Compañía ferroviaria de Orleans[13]. Con el aspecto de un «caballero corsario», se implicó en el anarquismo después de desertar del Ejército en Argelia. Huyó a Jerusalén, fue extraditado a Francia y se refugió en Bélgica. Zo d’Axa buscaba convertir al anarquismo mediante la ironía y el sarcasmo, defendiendo las huelgas y haciendo agresivas crónicas de oficiales del Ejército que maltrataban a los soldados. Esos artículos le granjearon sucesivas condenas ante los tribunales, lo que hizo que un bromista comentara que d’Axa iba a la cárcel «cómo otros acuden al teléfono, cuando suena».

Vendido por los bulevares por las mismas personas que lo editaban, L’Endehors publicaba hasta 6.000 ejemplares de cada número. Cada uno de ellos tenía un editorial, «Primer grito», en la primera página, que anunciaba la más reciente injusticia: «No es habitual que el señor Carnot deje pasar una quincena sin guillotinar a nadie»[14]. O «Riols, el jefe de Policía de Saint-Nazaire fue gravemente herido por una piedra que lanzó un simpático marino. La noche anterior el policía que patrullaba el barrio de Marceau recibió el mismo maltrato por parte de otros marinos. Está claro que la armada está mejorando».

Un día, durante la primavera de 1892, Émile Henry se presentó en las oficinas de L'Endehors, en un sótano cerca de Montmartre, diciendo sencillamente que quería trabajar por el anarquismo. Las oficinas del periódico eran un lugar de reunión de artistas, intelectuales y bohemios. Fue allí donde Émile conoció al crítico literario y de arte anarquista Félix Fénéon, un dandy vestido con un sobretodo, una capa larga, guantes de un rojo intenso y unos zapatos de cuero negro[15]. Fénéon le cogió cariño al joven anarquista, siete años menor que él, con sus grandes ojos, su tez pálida y su pelo cortado a cepillo. Impresionado por la inteligencia juvenil de Émile, por «la precisión matemática de su pensamiento y por la intensidad con la que empatizaba con el sufrimiento del pueblo a la vez que conservaba una apariencia despegada y desenvuelta», Fénéon alojó a Émile varias veces en su piso de Montmartre.

La amistad de Émile con Charles Malato, otro anarquista, se produjo también durante este mismo periodo[16]. El padre de Malato, Antoine (apodado Cornetto) había nacido en Sicilia y había peleado con el patriota Garibaldi y luego con la Comuna, después de lo cual había sido exiliado a Nueva Caledonia, en el Pacífico Sur. Su hijo había trabajado allí para el gobierno francés, siguiendo en su puesto incluso después de que varios de sus compañeros fueran masacrados por los kanaks (canacos) indígenas. El inteligente Malato tranquilizaba con su aspecto de clérigo anglicano y se preocupaba de no espantar a nadie. Fantástico orador y escritor, Malato hablaba cuatro o cinco idiomas.

Malato presentó a Émile a un grupo anarquista pequeño y recién formado, cuyos miembros se habían hartado de «los individuos ruidosos, descerebrados y a menudo sospechosos que invadían los grupos más grandes y que paralizaban toda actividad»[17]. El joven Émile se convirtió en uno de los miembros más activos y entusiastas de este grupo. Malato recordaría que Émile pasaba prácticamente toda la noche con sus nuevos amigos anarquistas y que, a pesar de no haber dormido, se iba directamente a trabajar. Durante este periodo de iniciación febril, Émile apenas fue a Brévannes. Su madre no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Todo lo que veía era que ya no parecía disfrutar de la vida, que ni siquiera sonreía.

Malato observó también una transformación en Émile y creyó que se debía a las pavorosas injusticias sociales que veía cada día[18]. A pesar de su apariencia, bastante frágil, la «voluntad indomable» de Émile parecía destacar incluso más que sus «capacidades superiores y el entusiasmo ardiente por los grandes ideales»[19]. La anarquista americana Emma Goldman afirmaba que no era la

teoría anarquista la que creaba terroristas, sino más bien las escandalosas desigualdades que estos veían a su alrededor, injusticias que podían desbordar la naturaleza sensible y, de hecho, el alma de una persona. Émile estaba de acuerdo con esto y dijo en una ocasión: «Para quienes dicen que el odio no hace nacer el amor, yo les contesto que es el amor, el amor a la humanidad, el que a menudo engendra el odio»[20].

Émile se obsesionó con el poder del Estado, encarnado por el Ejército francés y por la Policía, a la que tanto odiaban los pobres. El asesinato de más de 25.000 personas durante la Comuna de París se cernió sobre la política francesa durante las primeras tres décadas de la Tercera República. Para Émile, la tragedia había sido profundamente personal: su padre, un buen hombre que se había librado de la muerte «gracias a su sangre fría bajo presión y a su valor»[21] se vio obligado a huir a España, donde contrajo el envenenamiento por mercurio que después lo mataría.

Cuando Émile llevaba varios meses en la compañía textil de Roubaix, su jefe encontró en su mesa un manual de anarquismo práctico, junto con una traducción que había empezado de un artículo de un periódico italiano cuyo titular era «¡Larga vida al robo!». El periódico también detallaba las ventajas de las «bombas de inversión», que explotarían cuando se giraban o se agitaban, mezclándose las sustancias químicas, si todo iba bien, cuando un policía las cogiera. Émile se quedó sin empleo.

En enero de 1892, Émile encontró un empleo como contable de una pequeña empresa cuyo dueño, Félix Vanoutryne, producía fundas de tela para muebles en la rue du Sentier, en el distrito textil de París[22]. El anarquista novato enviaba un tercio de su sueldo a su madre. Muchos días no podía permitirse almorzar y es posible que durante un tiempo se alojara en casa de la cantante Adrienne Chailley.

Nueve meses más tarde, Émile se mudó a una habitación en la tercera planta de un edificio detrás de Montmartre, en la muy plebeya rue Marcadet. Al menos había 25 grupos anarquistas diferentes en Montmartre entre 1889 y 1896 y estos incluían a algunos refugiados españoles e italianos[23]. Estos grupos compartían el espacio de la Butte con pintores, escritores y otros artistas y bohemios que acudían a los café conciertos y a los cabarets cuyos dueños simpatizaban con los anarquistas. El famoso y festivo cabaret del cantante Aristide Bruant, Le Chat Noir, en el boulevard de Rochechouart, atraía a los anarquistas, que

habitualmente eran vigilados por espías y delatores de la Policía. La Policía también controlaba y hostigaba a los artistas, lo que solamente conseguía que se hicieran más osados, y cerraba temporalmente algunos cabarets.

El pintor neoimpresionista Paul Signac era uno de los muchos artistas con inclinaciones anarquistas. Había empezado a pintar campesinos en la década de 1880 antes de apasionarse por la pobreza urbana y su obra aparecía en La Révolte de Grave. Henri Toulouse-Lautrec conocía a los anarquistas que vivían en Montmartre, donde él daba vida a sus cabarets y cafés conciertos en lienzos, litografías y carteles. El impresionista Camille Pissarro se unió al efímero Club de las Artes Sociales en 1890, apuntando que, aunque el anarquismo era un movimiento básicamente idealista y utópico, había que admitir «que era un sueño muy hermoso»[24]. Algunas utopías del pasado, añadía, se habían hecho realidad y, por lo tanto, había razones para el optimismo, a no ser que la humanidad regresara a «una barbarie total»[25]. Pissarro, que había tenido que exiliarse después de la Comuna, aportó en dos ocasiones dinero para que se pudiera imprimir Le Père Peinard cuando las arcas del periódico estaban vacías. En su creencia de que el arte podía ser revolucionario, también aportó sus dibujos, como lo hicieron Maximilien Luce y Henry Ibels. El poeta simbolista Adolphe Retté era anarquista, y también lo fue, al menos un tiempo, el escritor naturalista y simbolista Paul Adam. La obra de teatro de Laurent Tailhade, Enemigo del pueblo, anunciaba «que el genio, la belleza y la virtud son factores antisociales de primer orden»[26]. Un asistente a la obra, entonces con 17 años, recordaba: «¡Qué dinamismo y qué dinamita! Qué bombas no querríamos haber explotado, cargadas de explosivos nuevos, un arte nuevo, […] bombas que serían fuegos artificiales, ramilletes de luz». El escritor Édmond de Goncourt trazó exactamente la misma relación en marzo de 1892: «¡Oh, las canciones de Bruant en los salones y la dinamita bajo las puertas de los carruajes! ¡Esos dos hechos son muy sintomáticos del final de la era burguesa!»[27]. El crítico anarquista Fénéon, una de las «parteras» del simbolismo, consideraba que los coloridos carteles estaban «tan vivos como la dinamita»[28].

Con los recuerdos aún vivos de la represión brutal de la Comuna de París, Montmartre representaba la alianza informal entre el anarquismo y el arte de vanguardia. «Todos éramos anarquistas que no tirábamos bombas», reflexionaba el pintor fauvista holandés Kees van Dongen[29]. «Compartíamos esas ideas». Los simbolistas en especial, los impresionistas y los posimpresionistas –un término que Fénéon fue el primero en emplear– despreciaba las convenciones de los salones, que consideraban burgueses; insistían en expresarse estéticamente

del modo que les viniera en gana, en una revuelta total. Como los miembros corrientes de los grupos anarquistas, buscaban una libertad completa para expresar su individualidad. Escandalizar a la burguesía reaccionaria era parte de su arte. También se preocupaban por la pobreza. Algunos de ellos sentían ambivalencia ante las bombas, incluso aunque la dinamita parecía ofrecer el potencial de terminar con las terribles desigualdades sociales. Eran idealistas y soñaban con una brillante sociedad futura. Émile se empapó del anarquismo de Montmartre. Pero, a diferencia de otros, él no se contentaba con el arte como arma.

Hacia 1876, Piotr Kropotkin, Paul Brousse (un antiguo communard que también vivía exiliado en Ginebra) y Malatesta empezaron a hablar de la «propaganda por los hechos». Kropotkin incluyó la frase en un programa que presentó en agosto de 1878 a un congreso anarquista. El terrorista ruso Necháyev pensaba que los propagandistas que buscaban comunicarse con las masas mediante la propaganda escrita eran «ociosos malgastadores de palabras»[30]. La revolución se hacía mediante acciones o hechos. Una «acción» era un acto violento, incluso mortífero, una iniciativa individual con un valor muy superior a mil panfletos. Las acciones podían despertar «el espíritu de la revuelta» en las masas, demostrando que el Estado en realidad no tenía la fuerza de la que presumía. Las acciones podían dar esperanza a los oprimidos: «La revuelta permanente, en las palabras, los escritos, mediante el puñal y la pistola, o mediante la dinamita, […] todo lo que sea ajeno a la legalidad nos conviene»[31]. Una propaganda así alcanzaría a los pobres rurales tanto como a los trabajadores urbanos. Además, acciones como el asesinato de jefes de Estado podían producir una reacción terrible por parte del gobierno, cuya consecuencia sería que aumentarían las filas de los anarquistas y, por lo tanto, se avanzaría en la revolución. Un cartel en París proclamaba: «Sí, somos culpables de llevar a la práctica nuestras teorías por cualquier medio, mediante la palabra, la pluma, mediante la acción, es decir, mediante cualquier acto revolucionario sea cual sea. […] Sí, lo reconocemos en voz alta. Los reclamamos como propios. Presumimos de ellos». El Congreso anarquista de Londres en 1881 adoptó formalmente la estrategia de la «propaganda por los hechos».

En enero de 1883 explotó una bomba en un sórdido music hall de Lyon. Kropotkin no había tenido nada que ver con ello, pero fue detenido junto a otros anarquistas. Acusado de ser miembro de la Primera Internacional Obrera (algo

que él negó) y denunciado por los editoriales que había publicado en Ginebra, fue condenado y encarcelado. Después de su liberación, a principios de 1886, Kropotkin regresó a Inglaterra, donde participó activamente en los círculos anarquistas, e hizo frecuentes viajes a París. No obstante, en 1890 empezó a tener dudas sobre las «acciones», porque le horrorizaba la muerte de víctimas inocentes en esos atentados. En marzo de 1891 se posicionó contra los actos terroristas y, en 1892, denunció un ataque mortal con una bomba en Barcelona, uno de los centros del anarquismo europeo. Los actos aislados de violencia no eran suficientes, escribió Kropotkin. De hecho, parecían contraproducentes. Pero añadía: «Nosotros […] nos apartamos de la vista y del clamor del sufrimiento humano, no somos jueces de quienes viven en medio de este sufrimiento […]. Personalmente odio esas explosiones, pero no puedo ser el juez que condene a quienes la desesperación arrastra»[32]. Malatesta se pronunció también en contra del terrorismo, diciendo que sacaba a la luz la bestia que habita en el ser humano y que era mejor matar una gallina que a un rey, porque la primera nos la podíamos comer.

El terrorismo se convirtió en un fenómeno primero europeo y después mundial a partir de la década de 1880. Después de asesinar al zar Alejandro II, quien había abolido la servidumbre en Rusia veinte años antes, el grupo Voluntad del Pueblo fue a su vez eliminado en una ola represiva en 1882, llevada a cabo por una fuerza policial nacional muy potente que se había fundado para defender la autocracia rusa. Posteriormente unos espectaculares asesinatos anarquistas acabaron con la vida del primer ministro español Cánovas del Castillo en 1897, de la emperatriz Isabel de Austria-Hungría en 1898 (a pesar de que no podía soportar a su marido, el emperador Francisco José y vivían separados) y al presidente de Estados Unidos William McKinley en 1901. El rey Umberto I de Italia, que sobrevivió a un intento de asesinato por parte de un anarquista en 1878, señalaba que él consideraba que el asesinato era «un gaje del oficio»[33]. Sería asesinado 22 años después por Gaetano Bresci, un obrero de la industria de la seda que formaba parte de un grupo activo de anarquistas en Paterson, Nueva Jersey. Bresci compró una pistola de siete dólares, hizo prácticas con ella y regresó a Italia a asesinar al monarca, al que llamaba «rey metralleta» porque el Ejército había ametrallado a los manifestantes en Milán en 1898.

En Europa occidental los anarquistas querían hacer un mundo nuevo mediante la revolución. Kropotkin pensaba que para ello se necesitaban «hombres con valor, a quienes no les bastaran las palabras, sino que buscaran siempre convertirlas en hechos, hombres íntegros para quienes la acción y la idea fueran uno, para

quienes la cárcel, el exilio y la muerte fueran preferibles a una vida contraria a sus principios. […] Son los centinelas solitarios, que entablan la batalla mucho antes de que las masas estén lo suficientemente preparadas como para alzar la bandera de la insurrección»[34]. En la novela de Joseph Conrad El agente secreto, el anarquista Karl Yundt reflexiona: «Siempre he soñado […] con una banda de hombres totalmente resueltos, que descarten todo escrúpulo a la hora de escoger los medios, lo bastante fuertes como para entregarse sin tapujos en nombre de la destrucción y libres de ese pesimismo resignado que tiñe y pudre el mundo. Sin piedad hacia nada sobre la tierra, incluyéndose ellos mismos, y con la muerte reclutada para siempre al servicio de la humanidad. Eso es lo que me hubiera gustado conocer».

Émile ingresó en un grupo de anarquistas parisino cada vez más estridente. Sus objetivos eran la propiedad privada y la autoridad, «dos gérmenes malignos» que formaban la base de la sociedad contemporánea[35]. Ambas «debían destruirse, erradicarse de la vida social» para poder instaurar una «equidad absoluta». Émile había perdido totalmente la fe en el socialismo, rechazando las afirmaciones del marxismo, que decía que la destrucción del capitalismo era inevitable una vez que la clase obrera fuera lo bastante consciente de sí misma en cuanto clase. Como sus amigos anarquistas, desconfiaba de las jerarquías de las organizaciones socialistas y le parecía que eran un obstáculo para la iniciativa individual.

En opinión de Émile, la potencia represiva del Estado se iba haciendo cada vez mayor entre la pobreza del «París popular». Un periódico inglés acertó más tarde al afirmar que «no hay anarquista que haya olvidado la represión salvaje […]. Henry es hijo de un hombre que ha visto a miles de obreros, hombres, mujeres y niños caer a montones mientras los hombres atildados y las mujeres elegantes golpeaban a los presos encadenados con bastones y sombrillas chillando "¡que los fusilen a todos!"»[36]. Solamente un nuevo tipo de revolución podría salvar a la humanidad.

Émile leyó el popular panfleto de Kropotkin «La moral anarquista» y su libro La conquista del pan[37], en la que el anarquista argumenta que una minoría de la humanidad ha conseguido controlar la mayoría de los recursos, a pesar de que «todo es de todos»[38]. Dos teóricos franceses del anarquismo influyeron también en el desarrollo intelectual de Émile. En varias ocasiones Émile invitó a Brévannes al propagandista del anarquismo Sébastien Faure, cuya obra había leído. Hijo de una próspera familia de comerciantes de Saint-Étienne, Faure

resultó ser un incansable y eficaz orador y propagandista anarquista. Casi todos los compagnon reverenciaban a Faure, excepto los muchos maridos de las muchas esposas que sedujo. Esencialmente un propagandista poco dispuesto a participar en actividades ilegales o violentas, aceptaba sin embargo en principio cualquier acción que pudiera servir en último término a la causa de la revolución anarquista.

Émile también reconocía la influencia de Élisée Reclus en su desarrollo como anarquista. Al igual que Kropotkin, Reclus era un respetado geógrafo, un teórico al que muchos admiraban por sus dotes de solidaridad y su generosidad hacia otros anarquistas necesitados. Hijo de un pastor protestante del suroeste, primero había sido un socialista demócrata. Expulsado de Francia en 1851, después del golpe de Estado de Luis Napoléon Bonaparte, durante los seis años siguientes Reclus viajó por Inglaterra, Irlanda, Estados Unidos y Senegal, donde se casó con una mujer senegalesa con la que tuvo dos hijos. A principios de la década de 1870 se convirtió en anarquista, fundando un grupo con Bakunin. Fue de nuevo expulsado de Francia en 1871 después de la Comuna. A su regreso, Reclus escribió en una serie de periódicos importantes y publicó una guía de Londres y un libro sobre las ciudades de la Riviera. Reclus argumentaba que las revoluciones era una parte natural del desarrollo humano. La sociedad en su momento alcanzaría un estado de perfección, que haría innecesarias a las naciones y a los gobiernos. La anarquía, por lo tanto, era «la más alta expresión del orden»[39]. Émile se contaba entre sus muchos seguidores.

Émile seguía siendo un intelectual, en cierto modo alejado de la mayor parte de la gente que se apiñaba en los mítines anarquistas. A diferencia de Fortuné, que era un orador con talento, Émile se apartaba de los focos y era introspectivo, taciturno y claramente individualista. Asistía pocas veces a los mítines anarquistas y nunca pronunció un discurso público, era sin ninguna duda un solitario. Sin embargo, en una reunión en el centro de París tuvo un altercado violento con un anarquista (que más tarde se suicidó); Émile acusó al hombre de no militar suficientemente.

A finales de febrero de 1892 Émile, junto con otros anarquistas, firmó una carta, publicada en La Révolte[40], en la que se defendía la participación anarquista en las manifestaciones del 1 de Mayo. En principio los anarquistas creían que ese tipo de eventos, que pedían reformas como la jornada de ocho horas, servían únicamente para apuntalar el Estado burgués y distraían a los obreros de la empresa revolucionaria. Pero, si los anarquistas se negaban a implicarse en un

movimiento real de la clase obrera, ¿no se estarían apartando solos del proletariado, perdiendo la ocasión de hacer conversos a la causa?

La carta en La Révolte daba cuatro razones para apoyar las manifestaciones planificadas para el 1 de Mayo: 1) los anarquistas deberían estar presentes siempre que los obreros salieran de sus talleres y fábricas para manifestarse en la calle, para ganarlos para la causa de la revolución social; 2) el 1 de Mayo no era más importante que cualquier otra fecha, pero como «las personas tienen la tendencia a pensar en la revolución ese día, sería extraño e incluso lamentable que los anarquistas los aconsejaran quedarse en sus casas descansando justo ese día»; 3) aunque el 1 de Mayo fuera una manifestación política en la que los líderes socialistas buscan que las masas los sigan, los proletarios tienen la capacidad de ir más allá de lo que sus «supuestos representantes» quieren; y 4) los miedos de varios compagnons de que las manifestaciones periódicas pudieran en último término evitar unas acciones más serias otros días no tenían fundamento. Malato y «Jacques Prolo» (el alias de Jean Pansader, uno de los más eficaces organizadores de grupos anarquistas en los arrabales, con contactos en España, Italia y, especialmente, en Chicago) se contaban entre los ocho anarquistas que firmaron con Émile.

La carta despertó sospechas entre la Policía, que tenía mucho interés en evitar una confrontación armada el 1 de Mayo. Pensaban que Émile estaba viviendo con su amigo íntimo Constant Martin, quien tenía una pequeña lechería cerca de la Bolsa, en el centro de París. Como el padre de Émile, Martin se había exiliado después de la Comuna y también había regresado cuando se decretó la amnistía. Se había convertido rápidamente al anarquismo, convirtiéndose en algo así como un patriarca de un pequeño grupo de militantes anarquistas sospechosos de robo. Martin era una personalidad compleja, desinteresado, devoto y listo para hacer cualquier sacrificio por la causa, lo que lo convertía en sospechoso y por lo que estaba siempre en guardia. La Policía lo consideraba peligroso. De alguna manera, era el mentor de Émile. Martin simpatizaba con el «derecho al robo», un tema que los anarquistas debatían acaloradamente y que algunos de ellos practicaban. La Révolte de Jean Grave había condenado en 1885 el «derecho al robo». Malatesta en 1889 entendía que los anarquistas que robaban a la burguesía estaban sencillamente «robando al ladrón» y es que tenían hambre, pero no apoyaba el robo para únicamente obtener más dinero. En cualquier caso, era muy raro que un tendero defendiera el «derecho al robo», puesto que cabe

suponer que Martin no deseaba que los anarquistas le robaran su mercancía.

Al igual que su hermano Fortuné, el joven Henry ahora entraba en la lista de sospechosos de la Policía debido a sus nuevas simpatías anarquistas y a su defensa de la «propaganda por el acto».

Otra persona por la que la Policía se interesaba mucho era François-Claude Ravachol, un empobrecido ayudante de tintorero que se había convertido en anarquista. Pronto tendría una enorme influencia sobre Émile y sobre los acontecimientos en París.

[1] Archives Nationales, F7 12506, diciembre de 1893.

[2] R. D. Sonn, «Marginality and Transgression: Anarchy's Subversive Allure», en G. P. Weisberg (ed.), Montmartre and the Making of Mass Culture, New Brunswick, 2001, p. 132.

[3] G. Jacquemet, «Belleville ouvrier à la belle époque», Le Mouvement Social 118, enero de 1982, pp. 61-77.

[4] Ba 77, 13 de diciembre de 1892.

[5] Ba 1115, informe del 14 de marzo de 1894; Le Matin, 23 de febrero de 1893.

[6] H. Leyret, En plein faubourg, París, 2000, publicado en 1895, pp. 130-131, 151-152.

[7] Léger, Le Journal, op. cit., p. 291.

[8] F7 13053, Moreau, 1897; Le Figaro, 18, de enero de 1894; La Révolte, 7, de abril, 11 de junio y 17 diciembre de 1892.

[9] E. Peter Fitzgerald, «Emile Pouget, the Anarchist Movement, and the Origins of Revolutionary Trade-Unionism in France, 1880-1901», tesis doctoral no publicada, Yale University, 1973, esp. p. 189.

[10] Sonn, «Marginality and Transgression», op. cit., p. 131; Le Père Peinard, 20-27 de marzo de 1892; Fitzgerald, «Émile Pouget», op. cit., pp. 194-196.

[11] R. Langlais (ed.), Père Peinard, Poitiers, 1976, p. 31, 15 de diciembre de 1889.

[12] Fitzgerald, «Émile Pouget», op. cit., pp. 242 y ss.

[13] Endehors, presentado por J.-P. Courty, París, 1974; Halperin, Félix Fénéon, op. cit., p. 245.

[14] J.-J. Lefrère y Ph. Oriol, Zo d'Axa: Un patricien de l'anarchie, París, 2002, pp. 14-17 y 21.

[15] Halperin, Félix Fénéon, op. cit., pp. 252-253 y 268-270; Ba 1115, «Léon», 15 de mayo de 1894.

[16] «Charles Malato», en J. Maitron (ed.), Dictionnaire biographique de mouvement ouvrier français: 1871-1914, París, 1973.

[17] Malato, «Some Anarchist Portraits», op. cit., p. 330.

[18] L'Écho de Paris, 20 de febrero de 1894.

[19] Malato, «Some Anarchist Portraits», op. cit., p. 328.

[20] W. Laqueur, A History of Terrorism, New Brunswick, 2006, p. 127: «Tensos como la cuerda de un violín, los anarquistas lloran y se lamentan por esta vida tan implacable, tan cruel, tan terriblemente inhumana. En un momento de desesperación, la cuerda se rompe».

[21] Ba 1115, 13 de marzo de 1894.

[22] Ba 1115, informes policiales del 31 de mayo de 31 y del 4 de agosto de 1892.

[23] R. D. Sonn, Anarchism and Cultural Politics in FindeSiècle France, Lincoln, Neb., 1989, pp. 84-86.

[24] R. Kedward, The Men Who Shocked an Era, Londres, 1971, p. 112.

[25] Joll, The Anarchists, op. cit., p. 149.

[26] Sonn, Anarchism and Cultural Politics, op. cit., p. 76.

[27] U. Eisenzweig, Fictions de l’anarchisme, París, 2001, p. 177.

[28] Sonn, Anarchism and Cultural Politics, op. cit., p. 168.

[29] Laqueur, A History of Terrorism, op. cit., p. 111.

[30] D. C. Rapoport, «The Four Waves of Modern Terrorism», en A. Cronin y J. Ludes (eds.), Attacking Terrorism: Elements of a Grand Strategy, Washington, 2004, p. 50.

[31] A. Nataf, La vie quotidienne des anarchistes en France, 1880-1910, París, Hachette, 1986, p. 76; véase también Z. Iviansky, «Individual Terror», Journal of Contemporary History 12 (1977), pp. 43-63; Guérin, Anarchism, op. cit., pp. 44-45; Fleming, «Propaganda by the Deed», op. cit., pp. 12-13.

[32] Joll, The Anarchists, op. cit., p. 134; Fleming, «Propaganda by the Deed», op. cit., pp. 22-23.

[33] Joll, The Anarchists, op. cit., p. 111; C. Levy, «The Anarchist Assassin and Italian History: 1870s to 1930s», no publicado (el texto se publicó poco después de que el presente libro viera la luz, en la obra editada por S. Gundley y L. Rinaldi (eds.), Assassinations and Murder in Modern Italy. Transformations in Society and Culture, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2016 [2007] [N. del Ed.].

[34] Fleming, «Propaganda by the Deed», op. cit., pp. 13-15.

[35] Ba 1115, 27 de febrero de 1894; Émile Henry, 27 de febrero de 1894, doble célula n.os 1 y 2, Conciergerie.

[36] Kedward, The Men Who Shocked an Era, op. cit., p. 59.

[37] Ba 1115, «Noticias de Émile Henry», 13 de febrero de 1894; Ba 1115, Émile Henry, 27 de febrero de 1894.

[38] P. Kropotkin, The Conquest of Bread, Nueva York, 1927, p. 3 [ed. cast.: La conquista del pan, Barcelona, Penguin Random House, 2017].

[39] Nataf, La vie quotidienne, op. cit., pp. 32-33.

[40] La Révolte, 5-11 de febrero de 1892.

IV. ACCIONES CON DINAMITA

François-Claude Ravachol, cuyo nombre se convertiría en el sinónimo del terrorismo, nació en 1859, en la más absoluta pobreza, en la pequeña ciudad de Saint-Chamond, junto a la ciudad industrial en crecimiento de Saint-Étienne en el departamento del Loira. Su padre era un obrero holandés que pegaba y después abandonó a su esposa francesa y a sus cuatro hijos. La madre de Ravachol trabajaba, al menos cuando había empleo, en una fábrica que manejaba seda cruda. Cuando Ravachol era un niño, a menudo lo mandaba a mendigar. Después se le puso a cargo de un granjero a quien debía ayudar a cuidar a los animales, pero al año siguiente se le devolvió a su madre. Hasta los once años Ravachol fue a la escuela primaria, donde se burlaban de él por sus harapos. Un invierno estuvo cuidando vacas y ovejas en la montaña, pero como no tenía calzado adecuado, sus pies estaban siempre helados. En esa época fue cuando la más pequeña de sus hermanas murió de fiebres[1].

Cuando era niño y después de joven, Ravachol trabajó en una mina y en diversos talleres textiles, en una ocasión uniéndose a la huelga de otros trabajadores. Dejó un empleo porque la presión para seguir el ritmo de trabajo no le dejaba tiempo para comer o para ir al baño. En Saint-Chamond fue despedido de otro puesto porque llegó unos minutos tarde, a pesar de que a menudo se le había obligado a quedarse trabajando después de su jornada sin cobrar. Después de tres años de un desagradable aprendizaje como tintorero, durante el cual su patrón se negaba a revelarle los secretos del oficio, se fue a Lyon buscando trabajo. Allí Ravachol se unió a un grupo de estudio que leía periódicos anarquistas y socialistas y que albergaba un pequeño ciclo de conferencias. Los periodos en paro se hicieron más largos. A los 18 años tenía una reputación de pendenciero. Leyó El judío errante, de Eugène Sue, una novela popular que evoca los barrios pobres de París de la década de 1840. Ravachol diría más tarde que, al revelarle la «odiosa conducta» de los curas, la novela le había predispuesto en contra de la religión. Este proceso se completó con la asistencia a una conferencia socialista donde se enteró de las masacres posteriores a la Comuna de París. Después de escuchar a varios oradores anarquistas, Ravachol abrazó esta nueva filosofía. Intentó sin éxito fabricar artefactos explosivos. Después le detuvieron por haberle proporcionado ácido sulfúrico a una joven, que le dijo que lo necesitaba para quitarse un clavo del pie. En lugar de ello, ella se lo arrojó a los ojos a un amante

que la había engañado.

Incapaz de mantener a su madre y a sus hermanas pequeñas, Ravachol se dedicó a robar gallinas, mientras que su hermano robaba carbón. Tocaba el acordeón en unos pocos festivales pequeños para ganar algo de dinero. Cuando su madre lo repudió por tener una relación con una mujer casada, rompió con ella para siempre. Después Ravachol profanó la tumba de una baronesa buscando joyas (encontró únicamente un cadáver en descomposición y unas flores rancias) y se dedicó a la falsificación, a la venta ilegal de alcohol y, finalmente, al asesinato.

En 1891, Ravachol estranguló a un viejo monje ermitaño que tenía una buena cantidad de dinero escondida en su casa, en un pueblo en lo alto de una colina. Después de que Ravachol fuera cinco o seis veces a la casa para buscar más dinero, mientras el cuerpo sin vida del monje seguía sobre la cama, la Policía lo detuvo. Pero se las apañó para encapar en un momento de distracción de los policías que lo llevaban a la cárcel.

Ravachol huyó a París y vivió en Saint-Denis, el barrio industrial al norte de París, bajo el alias Léon Léger. Se quedó con una pareja llamada Chaumartin, que le introdujo en los círculos militantes anarquistas, exponentes de la «propaganda por los hechos», que se había apoderado de la capital. Estos incluían a Charles Simon, apodado Biscuit (Galleta), de 18 años, también procedente del Loira. Los cuatro pronto se implicaron en la furia que provocaron los dos incidentes que se produjeron el 1 de Mayo y que conmocionaron a Francia.

Durante varios meses de 1891, en Fourmies, una ciudad productora de lana de 15.000 habitantes en el norte de Francia, se estaba gestando una crisis[2]. Los salarios en las fábricas textiles habían caído hasta un 20 por 100 en los últimos años y parecía inminente una huelga. La mañana del 1 de mayo de 1891, se produjo un enfrentamiento entre quienes querían seguir trabajando y quienes querían hacer huelga. Un año antes, los obreros franceses habían elegido el 1 de Mayo para conmemorar el asunto Haymarket de Chicago y para manifestarse pidiendo mejores sueldos y condiciones de trabajo. Ahora, un año más tarde, como a las 18:00, varios cientos de jóvenes y niños desfilaron por la ciudad. Los guiaba Maria Blondeau, de 18 años, que bailaba mientras sostenía una flor de mayo. Al llegar a la placita frente a la iglesia donde se habían apostado las tropas, se burló de los soldados, que estaban decididos a impedir la marcha. Unos pocos manifestantes tiraron piedras, hiriendo a dos soldados. El jefe de la

tropa ordenó abrir fuego. Maria Blondeau cayó al instante, la cabeza reventada por las balas. Un cura se abrió paso para coger en brazos a Félicie Pennelier, de 17 años y también mortalmente herida, y se la llevó al presbiterio. Después regresó con otros curas para suplicar al comandante que cesara el tiroteo. Nueve manifestantes ya habían muerto y había más de 30 personas heridas, algunas de ellas fueron rematadas a tiros por los soldados.

Ese mismo 1 de Mayo, un pequeño grupo de anarquistas desfiló hacia Clichy en el extremo noroeste de París. Cuatro policías trataron de impedírselo y se produjo una breve escaramuza. Algunos de estos anarquistas entraron a un bar a beber algo y la Policía fue detrás, supuestamente para incautar un símbolo «sedicioso», una bandera roja. Se oyeron tiros, aparentemente por ambas partes, aunque la Policía insistió en que un anarquista disparó primero. Llegaron cuatro gendarmes y los manifestantes huyeron excepto tres. Tres obreros, Decamps, Dardare y Léveillé siguieron resistiendo en el bar, pero recibieron varias heridas de sable y después los arrastraron a comisaría. Allí la Policía los pateó, los golpeó con los puños y con la pistola, los encerró en celdas al menos durante media hora y después volvió a ensañarse con ellos. A los presos no se les dio agua ni se les curaron las heridas, entre ellas una bala alojada en la pierna de Léveillé.

En agosto se celebró el juicio de los tres hombres, acusados de violencia hacia «los agentes del orden público». El fiscal, Bulot, pidió la pena de muerte. Decamps se defendió a sí mismo diciendo que únicamente había tratado de mantener a raya a la Policía, que estaba borracha. Tenía cuatro hijos que alimentar. Después fue el turno de palabra de Léveillé, que resumió la postura anarquista en la sociedad moderna.

En la cumbre están los curas que se dedican a traficar con los sacramentos y las ceremonias religiosas, los soldados que venden los secretos de una supuesta defensa nacional, los escritores que glorifican la injusticia, los poetas que idealizan la fealdad, los tenderos que pesan sus productos con balanzas trucadas, los industriales que falsifican sus mercancías y los especuladores que pescan millones en el mar insaciable de la estupidez humana. Abajo están los albañiles sin casa, los sastres sin clientes, los panaderos sin pan, los millones de obreros azotados por el paro y el hambre, las familias apiñadas en las chabolas y las jóvenes de 15 años obligadas a ganar dinero soportando el abrazo sudoroso de

los viejos o las agresiones rapaces de los jóvenes burgueses[3].

Decamps y Dardare recibieron unas condenas excepcionalmente duras, de cinco y tres años de cárcel, mientras que Léveillé fue absuelto.

Los acontecimientos tanto de Clichy como de Fourmies movilizaron a los anarquistas de París, especialmente a Ravachol y a sus nuevos amigos. Un grupo del distinto 15 empezó a llamarse Venganza para Fourmies. En L’Endehors, Zo d’Axa describía el «martirio» de Decamps, Dardare y Léveillé en la comisaría de Clichy[4]. Para los anarquistas como Ravachol los tres nombres equivalían a un grito de guerra.

A principios de agosto, incluso antes de que se celebrara el juicio de los tres de Clichy, una reunión anarquista en la Salle du Commerce, en el noreste de París, atrajo a unas 700 personas. Un orador alabó a los anarquistas detenidos, añadiendo provocadoramente que «la vida de un policía vale menos que la de un perro»[5]. Se rumoreaba que se iba a poner una bomba en la comisaría de Clichy. De hecho, en diciembre, se descubrieron allí tres pequeñas bombas, lo que llevó a Zo d’Axa a señalar en L’Endehors: «¡Todo parece que apunta a mejoras, en términos de la limpieza del lugar!»[6].

Ravachol, con la ayuda de su joven amigo Biscuit, se propuso vengar a los «mártires» de Clichy. Lo haría con un explosivo que nivelaría el campo de juego para los intentos terroristas de golpear al Estado: la dinamita.

En 1863, Alfred Nobel, un químico y fabricante sueco, experimentaba con la nitroglicerina con la idea de inventar un explosivo industrial más potente. Un año más tarde, un barracón que se empleaba para la producción de nitroglicerina explotó y el hermano de Nobel, junto a otras cuatro personas, murieron en la explosión. Nobel entonces experimentó con una mezcla de nitroglicerina y de un polvo negro fino y poroso. En 1867 obtuvo la patente de la dinamita. Desarrolló un detonador o mecha, hecha de una funda de cobre en la que se metía una carga de fulminato de mercurio. La dinamita pronto encontró un mercado, especialmente en las empresas mineras y de construcción, que usaban el invento de Nobel para volar rocas o cualquier otra cosa que se cruzara en su camino. Los Ejércitos también le encontraron enseguida utilidad a la dinamita. Nobel se hizo

muy rico. Con algunas de las rentas de su descubrimiento más tarde crearía un fondo para premiar a las personas a las que se considerara que habían hecho avanzar «el bien de la humanidad».

En Francia se tradujeron y empezaron a circular los escritos de Nobel en 1870. La dinamita se integró rápidamente en las minas y las fábricas francesas. El presidente del Comité Estatal de Fortificaciones hizo un estudio sobre la teoría y la práctica del empleo de la dinamita y la armada francesa empezó a explorar la posibilidad de crear torpedos cargados con dinamita[7].

Los peligros de la dinamita se hicieron patentes casi de inmediato. Las explosiones accidentales y a veces prematuras de esta sustancia mataban a los obreros. Pronto se establecieron directrices legales para definir cómo debería fabricarse y emplearse. En 1875 una ley autorizaba la producción y la venta de dinamita y «de otros posibles nuevos explosivos que la ciencia descubriera»[8]. Fijaba algunas restricciones sobre la fabricación y el transporte, al menos para usos civiles, especificando los lugares en los que se podría almacenar. A las compañías ferroviarias les preocupaba los peligros asociados con el producto explosivo y eran muy reticentes a transportarla, a pesar de que una ley de 1879 les obligaba a hacerlo. Los informes anuales contabilizaban el número de accidentes para el Ministerio de Comercio e Industria, que supervisaba la producción, el transporte y el empleo de explosivos; igualmente, una comisión parlamentaria, que trabajaba en una nueva legislación, recopilaba explosiones terribles que habían ocurrido en los tres siglos anteriores a la invención de la dinamita. Otros funcionarios del gobierno publicaron una historia separada de las maneras en las que los asesinos o los aspirantes a asesinos habían empleado la pólvora, empezando por un ataque frustrado en 1605 contra Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra. Una serie de nuevas normas en 1882 reforzaban las condiciones para su transporte, almacenamiento y uso. Otros países empezaron a dictar leyes contra el uso delictivo de los explosivos.

Y entonces empezaron a llegar al Ministerio de Asuntos Exteriores unos informes sobre los nuevos y mortíferos «artilugios infernales», unas potentes bombas que se estaban fabricando en Estados Unidos[9]. Se creía que un inventor de Filadelfia había fabricado un artefacto combustible que se llamaba «Ticker», que se cargaba con el equivalente a 450 kilogramos de pólvora y que venía equipado con un reloj que podía programarse 36 horas antes de la explosión que se buscaba. En otro lugar se había fabricado un malvado «artefacto de ocho días», que podía hacer estallar 1.500 kilogramos de pólvora

con la ayuda de un mecanismo de relojería similar. Surgían historias acerca de otros horribles inventos: el «Little Exterminator», de solo cinco centímetros de alto, que podía arrojar vapores mortales; la «Bottle Machine», llena de pólvora ácida; y la amenaza más novedosa, «That Explodir» [sic]. En los círculos del poder francés, corrían sin freno los rumores de que esos dispositivos letales habían sido encargados y estaban llegando a raudales desde México, Italia, Austria, Alemania y Rusia.

Y no cabe duda de que los gobiernos tenían razones para el miedo; el potencial destructivo de la dinamita no pasó desapercibido a los anarquistas. El «apóstol de la dinamita» era un encuadernador llamado Johann Most. Nacido en 1846, Most fue elegido parlamentario en el Reichstag por el partido socialdemócrata, pero dejó el socialismo después de que la legislación antisocialista del canciller Otto von Bismarck en 1878 le obligara a él y a otros a huir. Entonces se inclinó hacia el anarquismo, publicando en Londres el periódico Freiheit (Libertad). Most fue el primero en darse cuenta de que la prensa de masas podía contribuir mucho a realzar el atractivo del anarquismo en todo el mundo. En 1880, Most defendía que «estaba dentro del poder de la dinamita destruir el régimen capitalista, así como había estado dentro del poder de la pólvora y el rifle borrar el feudalismo de la faz de la tierra». Se elaboró una mística de la dinamita. Johann Most jaleó la destrucción que provocaron los fenianos en Irlanda, que hicieron estallar una cárcel en 1867, asesinando a 12 personas y causando heridas a más de 100 en su apuesta por la independencia de Gran Bretaña. En Rusia el grupo anarquista Voluntad del Pueblo escogió la dinamita como su arma predilecta, con la ayuda de un miembro del grupo, que era científico. Most saludó el asesinato del zar Alejandro II, en el cual la dinamita había desempeñado su papel. Después de ser encarcelado en Londres, Most se mudó a Estados Unidos.

Most predicaba la acción directa, violenta, contra los agentes del Estado, admitiendo que en el proceso podrían resultar heridos algunos «inocentes», algo que, de hecho, había ocurrido cuando las bombas irlandesas, aunque no estuvieran fabricadas con dinamita, habían explotado. Los grupos revolucionarios lo recibieron como a un héroe cuando llegó a Estados Unidos en calidad de refugiado político. Siguió publicando Freiheit en Nueva York, dio muchísimas conferencias y ejerció una enorme influencia en el anarquismo americano. Trabajó durante una época en una fábrica de explosivos en Nueva Jersey, el hombre adecuado en el lugar adecuado. Imaginando nuevos usos para estas sustancias, como cartas bomba (aunque la primera no se enviaría hasta

1895) y bombas que caían desde el cielo, Most escribía: «Confiemos en el insaciable espíritu de destrucción y aniquilación que es la fuente perpetua de la vida nueva». Most publicó entonces La ciencia de la guerra revolucionaria, un manual de instrucciones para el uso y preparación de nitroglicerina, dinamita, algodón pólvora, fulminato de mercurio, bombas, mechas, venenos, etc., que se imprimió en Chicago y Cleveland en 1885 y 1886. ¿Qué mejor manera de preparar la revolución que el «trueno de la dinamita»? El explosivo podía «llevarse en el bolsillo sin peligro […]. Era un arma formidable contra cualquier milicia, Policía o detectives que quisieran ahogar el grito por la justicia que emana de los esclavos despojados. […] Es una auténtica bendición para los parias, mientras que produce terror y miedo a los ladrones […]. Tanto pueden nuestros legisladores sentarse en el borde de un volcán o sobre la punta de una bayoneta como tratar de detener la fabricación y el uso de la dinamita»[10]. Un periódico anarquista en 1885 alababa la dinamita, «¡la buena carga! Cargad un par de kilos de esta carga sublime en un tubo de dos centímetros […] tapad ambos lados, insertad una tapa con una mecha, colocadlo junto a un montón de ricos holgazanes que viven del sudor de la frente de otros y encended la mecha. […] Medio kilo de esta buena carga es mejor que una arroba de balas, no lo olvidéis»[11]. El periódico La Révolution Sociale incluía una columna llamada «Estudios científicos», que describía cómo fabricar dinamita y otros explosivos.

Había poemas que alababan la dinamita:

Y por fin brindo por la Ciencia,

por la dinamita que es la fuerza,

la fuerza en nuestras manos.

El mundo mejora día a día[12].

En París, Le Père Peinard contribuyó a perpetuar el culto a la dinamita entre los fieles anarquistas. Parecía muy sencillo. «¿Queréis un poco de dinamita?», preguntaba el periódico. «Por muy poco dinero […] podéis adquirir un litro»[13]. Una asamblea internacional anarquista en Londres solicitaba «estudiar las nuevas ciencias químicas y técnicas desde el punto de vista de su

valor revolucionario». Diversos grupos anarquistas durante la década de 1880 en París adoptaron con entusiasmo nombres que evocaban la dinamita, como Los Dinamiteros[14]. En la Dordogne, en el suroeste de Francia, se empezó a vender un licor llamado Dinamita en 1888. En el Cabaret du Chat Rouge en Montmartre, Doña Dinamita era una de las canciones favoritas. Incluso se podía bailar la Polca de la dinamita[15].

La dinamita desempeñó un papel importante en el caso Haymarket de Chicago en 1886[16]. Durante la década de 1880, la influencia del anarquismo había aumentado dentro del movimiento obrero de Chicago, encontrando muchos adeptos especialmente entre el amplio número de obreros alemanes y bohemios de esa ciudad. Una ola de militancia obrera, caracterizada por un aumento de la organización, trajo huelgas masivas seguidas de algunas victorias importantes que afectaron a los obreros de muchos oficios, tanto especializados como no especializados. Especialmente la «gran revuelta» de 1886 condujo a una reducción de la jornada laboral. Los señores de la industria y las finanzas lanzaron una contraofensiva que apuntaba a militantes como Albert Parsons.

Parsons, un antiguo empleado del Internal Revenue Service, había nacido en Texas y estaba casado con Lucy Gonzalez, una mujer negra con ancestros indios y mexicanos. Editaba un periódico anarquista, Alarma, que defendía que un hombre con dinamita equivalía a todo un regimiento militar. Según Lucy Parsons, «la voz de la dinamita es la voz de la fuerza, la única voz que la tiranía ha sido capaz de escuchar». Otros anarquistas se unieron a este coro. En un discurso, el líder obrero nacido en Alemania, August Spies, que editaba un periódico anarquista en lengua alemana, sostuvo un trozo de tubería vacía y dio a entender cómo podía usarse: «Llevádselo a vuestro patrón y decidle que tenemos otros 9.000 iguales, pero cargados». Pronto empezaron a correr los rumores de que los anarquistas estaban planificando volar el edificio de la Junta de Comercio.

El 3 de mayo de 1886, la Policía de Chicago atacó a los huelguistas que se concentraban en el exterior de la McCormick Reaper Works, asesinando a seis hombres a balazos y golpeando al resto con sus porras. Esas acciones eran típicas de la manera en la que los patronos y la Policía, jaleados por la gente pudiente, trataban a la militancia obrera de la época. Los líderes anarquistas prepararon una respuesta armada.

Al día siguiente, un mitin de masas empezó a las 19:30 en Desplaines Street, junto a Haymarket Square. Cuando la Policía armada se abrió paso entre los discursos encendidos de Spies y de otro orador, alguien, probablemente un anarquista alemán, arrojó una pequeña bomba de dinamita en su dirección. Un policía murió en el acto, probablemente por efecto de la explosión. Los disparos que vinieron después tuvieron como resultado la muerte de otros cuatro policías, probablemente abatidos por el «fuego amigo». Los hombres de negocios y los periódicos clamaron venganza. Albert Parsons, que se había escondido en Wisconsin, regresó (absurdamente) para sentarse junto a los demás en el juicio. La acusación no pudo demostrar ningún tipo de conspiración para iniciar una revolución social o para bombardear a la Policía, ni tampoco ninguna relación entre los hombres juzgados y la bomba, pero eso al jurado no le importó. Falló que los siete acusados eran culpables de los asesinatos de los que se les acusaban y los condenó a muerte. Tres de ellos lograron conmutar su condena, pero uno de ellos Louis Lingg, un violento anarquista alemán, de alguna manera logró meter un cartucho de dinamita en su celda y se suicidó haciéndolo explotar. A pesar de las peticiones que pedían clemencia al Tribunal Supremo y al gobernador de Illinois, Albert Parsons, Spies y dos más fueron ahorcados en la cárcel del condado de Cook en noviembre de 1887.

Las revueltas de Haymarket fueron un hito para los anarquistas europeos y estadounidenses, donde los juicios y las posteriores ejecuciones empujaron a Emma Goldman, una inmigrante rusa, a la militancia anarquista. Los acontecimientos de Chicago demostraron tres cosas a los anarquistas: que el anarquismo tenía un alcance internacional, que los anarquistas podían movilizar a los obreros y que el poder represor del Estado, sirviendo a los intereses de las altas finanzas y los grandes negocios, seguía siendo fuerte. La imagen de los cadáveres de los cuatro hombres colgados en Estados Unidos, supuestamente una República progresista, se quedó grabada en la memoria colectiva del anarquismo[17]. Como la Comuna de París, Haymarket dejaba claro que, dada la fuerza y la resolución del Estado burgués, la revolución sería sangrienta.

François-Claudius Ravachol estaba listo para pasar a la acción. Quería vengar a los tres anarquistas torturados por la Policía de Clichy, dos de los cuales habían sido encerrados en la cárcel en 1891. La noche del 14 al 15 de febrero de 1892, Ravachol y algunos anarquistas más robaron una considerable cantidad de dinamita, llamada «La camelote», de una cantera de Soisy-sous-Étiolles, en el

sudeste de París y no muy lejos de Brévannes. En total, 30 kilogramos de dinamita, entre 1.400 y 1.500 cápsulas y 200 metros de mecha desaparecieron en la oscuridad de la noche. Los compagnons salieron del lugar con los bolsillos llenos de «petardos». El 29 de febrero explotó una bomba en una residencia de la elite en la elegante rue de Saint-Dominique, produciendo pocos daños, pero aterrorizando a la ciudad.

El 7 de marzo, con la ayuda de Biscuit y de una olla, Ravachol armó una bomba en un almacén de Saint-Denis. Consistía en 50 cartuchos de dinamita y trozos de hierro. Su objetivo era la comisaría de Clichy, para vengar la paliza que recibieron allí los tres anarquistas. Pero, puesto que las comisarías suelen estar rodeadas de policías, Ravachol no pudo acercarse lo suficiente como para colocar la bomba. Decidió entonces asesinar al juez Benoît, que había presidido el tribunal que había juzgado a los tres de Clichy. El 11 de marzo, después de que Biscuit comprobara la casa del magistrado en el boulevard Saint-Germain, en la orilla izquierda, él, Ravachol y otras dos personas cogieron el tranvía hasta París. Después de unos momentos de tensión en el puesto de aduanas que rodeaba la capital –con la bomba escondida bajo las faldas de Rosalie Soubère (conocida como Mariette)– entraron en París, después de lo cual la mujer, cumplida su misión, se bajó del tranvía y se fue a su casa mientras los otros tres seguían su camino. Una vez en el boulevard Saint-Germain, Ravachol entró en el edificio llevando consigo dos pistolas cargadas. Como no sabía el piso en el que vivía Benoît, colocó la bomba en el segundo piso, en el centro del edificio. Encendió la mecha y salió sin ser visto. La bomba detonó justo cuando él pisaba la acera, fue una explosión terrible, enorme. Pero no mató a nadie y solo produjo heridas leves a una persona. El juez Benoît, que vivía en la quinta planta, salió ileso.

Cuatro días más tarde explotó un cartucho de dinamita frente a la guarnición de Lobau, junto al Ayuntamiento, rompiendo los vidrios de la iglesia de Saint-Gervais. El hombre responsable de la explosión era Théodule Meunier, un ebanista que había conseguido escapar a Londres después de cumplir condena por otro delito. Charles Malato lo describe como «el tipo más notable de iluminista revolucionario visionario, un ascético, tan apasionado en su persecución de la sociedad ideal como Saint-Just [el revolucionario francés] y tan implacable en su búsqueda del camino que condujera hasta ella». Muchos anarquistas festejaron lo que L’Endehors denominó una bomba «bonita y simbólica».

El equipo de Ravachol y Biscuit se puso de nuevo en marcha, preparando otra bomba, esta vez con 120 cartuchos de dinamita. El objetivo sería Bulot, el fiscal del caso de Clichy. El 17 de marzo, gracias a un delator de la Policía, Chaumartin (que alojaba a Ravachol) y Biscuit fueron detenidos. Pero Ravachol ya se había marchado al suburbio de Saint-Mandé. El 27 de marzo colocó la bomba en el edificio en el que vivía Bulot en la rue de Clichy, escapando por esa misma calle mientras explotaba. Siete personas resultaron heridas, pero no así el abogado y su familia, que no estaban en casa. Ravachol se subió a un autobús que circulaba por la rue de Clichy para poder ver el enorme daño que su bomba había producido. Poco después se metió en un restaurante llamado Le Véry, en el boulevard Magenta. Allí empezó a conversar con un camarero llamado Lhérot. Cuando este se quejó del servicio militar, Ravachol empezó a defender el anarquismo. El camarero recordaría una cicatriz que su cliente tenía en la mano izquierda. Tres días más tarde, Ravachol volvió a cenar en el mismo restaurante. Para entonces el camarero ya había visto una descripción de Ravachol en los periódicos y, en lugar de ir a buscar el primer plato, fue a avisar a su jefe, que regresó poco después con la Policía. Ravachol fue detenido, pero no sin oponer resistencia. Hicieron falta diez policías para someterlo[18].

La detención de Ravachol fue la comidilla de los círculos anarquistas. Un policía señalaba que los anarquistas «estaban esperando y contaban con al menos algún tipo de respuesta violenta»[19]. Algunos lamentaban la enorme imprudencia de Ravachol. Les parecía que habría sido mejor que hubiera sido tiroteado después de disparar a un policía que atrapado por charlatán. La Policía era consciente de que Lhérot, el camarero, tenía que tomar precauciones. En una reunión de unos 50 anarquistas el 12 de marzo, un orador avisó a los fieles de que había llegado el momento de atacar a los «grandes explotadores», los bancos, la Bolsa, y las elegantes residencias particulares. El turismo extranjero empezó a huir de la Ciudad de la Dinamita. El hecho de que algunas publicaciones anarquistas describieran sin tapujos cómo montar bombas e incluso recomendaran el uso de armas químicas o de veneno exacerbaron el pánico de las masas.

El 22 de abril de 1892, a las 5:00, 12 policías golpearon la puerta del periodista Zo d’Axa y registraron su piso buscando dinamita[20]. Después de 15 días en prisión provisional, consiguió salir del tribunal antes de que se pronunciara su sentencia sobre los cargos de insultar a un magistrado y provocación para cometer asesinato (que se condenaba con 18 meses de cárcel y una multa de 2.000 francos). Se dirigió a Londres, donde primero se quedó con Charles Malato, cerca de Regent’s Park. Émile Pouget y Errico Malatesta vivían también

en ese momento en la capital británica, junto con otros exiliados anarquistas.

Inmediatamente antes de que empezara el juicio de Ravachol en París, el 25 de abril, estalló una bomba en el restaurante Le Véry. Estaba escondida en una pequeña maleta, especialmente adquirida para la ocasión. La explosión mató a dos hombres, incluyendo al propio señor Véry, lo que provocó un chiste salvaje de Le Père Peinard: «Verificación». Con Ravachol en la cárcel había dos sospechosos principales, ambos miembros de un grupo de ebanistas anarquistas llamados Los Pies Planos: Meunier y Jean-Pierre François, al que la Policía y sus amigos conocían simplemente como Francis, un hombre imponente, con una barba y bigote negros y una mirada de altiva resignación grabada en su rostro[21]. Francis acompañó a Meunier al restaurante y este último colocó la bomba dentro de la maleta junto al mostrador. Un agente de la Policía francesa que trabajaba en Londres señaló que, hasta donde él sabía, Francis no había matado nunca a nadie y que se pasaba la mayor parte del tiempo bebiendo. Francis, que se pasó años entrando y saliendo de la cárcel, había recorrido el itinerario típico de muchos anarquistas militantes, eludiendo a la Policía y a los caseros por igual.

El 26 de abril tuvo lugar el juicio de Ravachol en el Tribunal de Assize, en el Palacio de Justicia de la Île de la Cité[22]. Los soldados custodiaban la sala del juicio y la Policía se situaba incluso entre el acusado, el juez y el jurado. Bulot, el fiscal, el mismo hombre al que Ravachol había intentado matar un mes antes, llamó despreciativamente al anarquista «un simple caballero del club de la dinamita», lo que el acusado recibió como un cumplido. Se juzgaba también a cuatro anarquistas más, todos obreros, entre ellos Biscuit, el fiel y peligroso ayudante de Ravachol. Cuando se le preguntó directamente si había ayudado a Ravachol, Biscuit contestó tranquilamente: «Por supuesto». El jurado condenó tanto a Ravachol como a Biscuit a cadena perpetua con trabajos forzados. (Biscuit moriría asesinado dos años más tarde durante un motín carcelario en la Isla del Diablo, en la Guyana francesa.)

En junio Ravachol volvió a ser juzgado en la ciudad de Montbrison, cerca de Saint-Étienne. Entre rumores de que los anarquistas preparaban un golpe allí, las medidas de seguridad fueron extremadamente altas. En el Palacio de Justicia, anteriormente un convento, Ravachol se dirigió así a los horrorizados magistrados y miembros del jurado: «¿Ven esta mano?», preguntó al tribunal. «Ha matado tantos burgueses como dedos hay en ella». En cuanto al asesinato del monje ermitaño, Ravachol explicó: «Si lo maté fue, ante todo, para satisfacer

mis necesidades personales, y después para ayudar a la causa del anarquismo, pues nosotros trabajamos por la felicidad del pueblo»[23]. Su único arrepentimiento era la sociedad que dejaba. Condenado a muerte por el asesinato del ermitaño y de dos mujeres en las proximidades de la pequeña ciudad industrial de Saint-Chamond, así como por unos cuantos asesinatos que probablemente no había cometido, Ravachol se enfrentó a la guillotina el 11 de julio de 1892. Sonriente, resuelto, insolente, con su «mandíbula de lobo» bien adelantada le dijo al cura que se le acercaba con un crucifijo: «Me importa tres puñetas su cristo. No me lo ponga delante o le escupiré a la cara». De camino a la guillotina, que estaba custodiada por un cordón militar, cantaba:

Para ser feliz, maldita sea,

hay que matar a quienes tienen propiedades.

Para ser feliz, maldita sea,

hay que cortar a los curas por la mitad.

Para ser feliz, maldita sea,

hay que mandar a la mierda al Señor misericordioso[24].

La cuchilla de la guillotina, que manejaba hábilmente Antoine-Louis Deibler, interrumpió el amago de Ravachol de gritar «¡Viva la Revolución!».

En su «Elogio de Ravachol», el crítico anarquista Paul Adam advertía que «el asesinato de Ravachol inaugura una época»[25]. Le había impresionado la manera en la que Ravachol había propagado «la gran idea de que las religiones antiguas defendían la búsqueda de la muerte por el bien del mundo, la abnegación de uno mismo […] para exaltar al pobre y al humilde». Ravachol se convirtió en «el trueno al que sigue el gozo de la luz del sol y de los cielos calmos»[26]. Adam retrataba a Ravachol como un «redentor»[27] y comparaba su «sacrificio y sufrimiento» con el de Jesucristo: ambos eran inconformistas, ambos expresaban su desprecio por los valores de la sociedad contemporánea, ambos representaban altos ideales. Ambos fueron ejecutados a los 33 años. A

Cristo lo había traicionado Judas, y Ravachol, un «cristo violento»[28], como lo había descrito Victor Barrucand en L’Endehors, había sido traicionado por el camarero de Le Véry (así como por su antiguo amigo Chaumartin, quien había proporcionado importantes pruebas al tribunal). Una litografía del artista Charles Maurin, que se reproducía con frecuencia en la prensa anarquista, retrataba a Ravachol como un mártir, con su rostro desafiante y heroico enmarcado por la guillotina.

Los delincuentes corrientes pueden tener un aspecto abatido, pintoresco o desdichado, parecer víctimas del destino o de sus malas elecciones. El caso de Ravachol era distinto. Su «porte casi noble»[29] ante la muerte y su resuelta defensa del anarquismo hasta el final habían quedado a la vista de todo el mundo. Parecía burlarse de la guillotina, estar seguro de que, al final, su causa triunfaría. Le Père Peinard se mofaba:

La cabeza de Ravachol ha rodado a sus pies y ellos temen que explote como una bomba. […] Y, por todos los santos, cerrad ya la boca sobre vuestra sociedad ramera; no necesita defensa, está en sus estertores de muerte. […] Decís que su muerte en la guillotina es una expiación… Y entonces, ¿por qué os ocultáis como bandidos para llevarla a cabo? ¿Por qué rodeáis la cárcel con miles de soldados, rifle en mano, bayonetas listas? ¿Por qué un único hueco libre, ese en el que Ravachol sería asesinado? […] Y los lameguillotinas que lo rodean, sin quitarle los ojos de encima. Si tan solo él hubiera tenido un momento de debilidad. Si sus ojos se hubieran empañado solamente un momento o dos habríais salido a vomitar a vuestros periódicos serviles: «Ravachol tembló».

Ravachol hubiera querido seguir hablando, pero los ayudantes de Deibler lo habían arrojado sobre las tablas y, agarrándolo por las orejas, habían introducido su cabeza por el hueco de la guillotina mientras Ravachol seguía gritando.

La Canción del Père Duchesne, que Ravachol había cantado durante sus últimos pasos hasta la guillotina, se reimprimió en La Révolte y la letra circuló mucho. Las publicaciones anarquistas celebraron su «grandeza de alma». El Almanaque de Pouget de 1893 reprodujo su retrato y elogió «la coqueta adaptación de las ollas a la resolución de la cuestión social»[30] que había inventado Ravachol.

Circularon 5.000 copias de un breve texto titulado «¿Ravachol, anarquista? ¡Por supuesto!»[31], haciéndose eco de la respuesta de Biscuit en el juicio; se le atribuía a Fortuné Henry. Fénéon proclamaba que los «hechos» anarquistas habían conseguido hacer más por la propaganda que dos décadas de panfletos de Kropotkin o Reclus. La prensa anarquista, y se podría decir también que la cobertura que la prensa mayoritaria hizo de esos ataques, dio publicidad a la «propaganda por los hechos». Así surgió el estereotipo del escurridizo y embozado anarquista, acechando en las sombras con una bomba bajo el abrigo, una imagen que más tarde reflejaría Joseph Conrad en El agente secreto[32].

La prensa anarquista pedía venganza, honrando la memoria del mártir Ravachol. Según L'Endehors, cuando la dinamita hablaba, la gente se callaba y «la conspiración de silencio se doblegaba»[33]. La idea de una revolución pacífica «frente a la ciega opresión del capital» era una pura ilusión; era el sueño de quienes nunca habían pasado hambre. Los anarquistas cantaban La ravachole, con la melodía de una canción izquierdista de la época de la Revolución francesa, La Carmagnole:

En la gran ciudad de París

viven los orondos burgueses

y los parias de estómagos vacíos

pero sus dientes son largos.

Bailemos la ravachole, viva el sonido.

Bailemos la ravachole, viva el sonido de la explosión.

Será, será

y los burgueses catarán la bomba.

Será, será

y a los burgueses haremos volar[34].

Un sastre pergeñó una canción en honor de la Señora Dinamita;

Nuestros padres bailaron antaño

al son de los cañones del pasado.

Ahora este baile trágico

exige una música más fuerte.

¡Dinamitemos, dinamitemos!

(Estribillo)

Señora dinamita, bailemos agarrados.

Bailemos y cantemos,

señora dinamita, bailemos agarrados.

Bailemos, cantemos y dinamitemos[35].

Los atentados, espectaculares y aparentemente sin precedentes, generaron una auténtica psicosis que se apoderó de París. Todo el mundo sabía que un cargamento considerable de dinamita se había escondido en alguna parte. Ravachol se había negado con orgullo a dar cuentas del resto de los cartuchos que había tenido. Más aún, el propio Ravachol había prometido que sería vengado. Esto no tranquilizaba nada. Las fábricas que producían explosivos y productos químicos estaban situadas en los suburbios industriales, precisamente la cuna de la anarquía. Las autoridades sospechaban que los obreros estaban robando la dinamita y los cartuchos de las fábricas, los talleres y las minas que las almacenaban en lugares secretos. Los mineros, en concreto, podían procurarse fácilmente dinamita.

La dinamita y el miedo a los ataques anarquistas se quedaron alojados en la imaginación de las clases altas, contribuyendo a la sensación de que los parisinos estaban viviendo una época totalmente distinta. A medida que las bombas se sucedían se hacía posible imaginar una trama organizada, un club de la dinamita, que se enfrentaba a la sociedad con una potencia destructiva sin precedentes. Los titulares de la prensa eran combustible para la angustia de los parisinos. Las crónicas diarias dramatizaban los ataques anarquistas en su pelea por quedarse con más lectores ávidos aunque aprensivos. Esta cobertura mediática desplazó de las portadas los escándalos financieros de la Tercera República, para mayor alivio de los políticos implicados. Las personas solventes tenían miedo de acudir a los restaurantes elegantes o de ir al teatro y muchos de ellos planificaron enviar a sus familias al campo si el gobierno no actuaba con decisión contra lo que parecía ser una amenaza en rápido crecimiento[36]. Algunos dueños de pisos en las barriadas de moda ahora dudaban en si alquilar a magistrados, por miedo a los «dinamiteros». Bulot, que había sido el fiscal de los tres de Clichy y después de Ravachol señalaba que los magistrados se habían convertido en un objetivo: «¡De verdad!», se quejaba, «¡la profesión de juez se está haciendo imposible por culpa de los anarquistas!»[37]. Jean Grave, en La Révolte, respondió que le parecía sorprendente que un funcionario que se ganaba el sueldo pidiendo ejecuciones no se hubiera dado cuenta de que en algún momento podría correr peligro. Ravachol aterrorizaba de tal manera a sus contemporáneos de clase alta que, durante un tiempo, se verbalizó su nombre en francés: ravacholiser significaba «matar a alguien, de preferencia haciéndolo volar mediante la dinamita».

Mientras tanto, cientos de mensajes garabateados y metidos en los buzones o enviados por correo regular daban dolores de cabeza a los caseros insaciables y a las porteras injustas[38]. Estas misivas estaban firmadas por «Los Vengadores de Ravachol», «Los Compagnons de Ravachol» o «un anarquista del barrio». Un «explotador del proletariado» recibió un mensaje que decía que «el próximo domingo 1 de mayo saltarás por los aires». Lo firmaba «Dinamita». Un grupo de anarquistas había jurado eliminar a los burgueses que los explotaban. ¿Cómo se podía lograr esto? Nada más sencillo: «Un poco de dinamita y puedes despedirte de las riquezas que has acumulado gracias al sudor de los obreros». Una tal señora Boubonneaud, una propietaria de posición desahogada, recibió su aviso de los seguidores de «la escuela de Ravachol […]. Vamos a ravacholarte».

En el Congreso de los Diputados, un diputado acusó a los anarquistas de tratar de «borrar la obra de 6.000 años y llevar al mundo de nuevo a la edad de las

cavernas, sin entender que la humanidad tendría que asumir de nuevo la dolorosa carga de siglos de barbarie. […] Su odio salvaje y su ira enfurecida no busca otra cosa que la destrucción de todo lo que existe»[39].

La Policía se movilizó contra los anarquistas, ya respaldaran o no la «propaganda por los hechos», algo que la amplia mayoría del anarquismo no hacía. Las autoridades utilizaron las leyes vigentes para expulsar a los extranjeros, incluyendo alemanes, austriacos, belgas, italianos (entre ellos Malatesta) y al menos un español. Un día de finales de abril, la Policía arrestó a 66 anarquistas, la mayoría de los cuales considerados propagandistas. Las comisarías de Policía aumentaron el número de policía secreta y de delatores pagados. La Policía emprendió registros, confiscó periódicos y correspondencia, detuvo sin razón o con pequeñas excusas e intimidó a los patrones para que despidieran a los trabajadores de los que se sospechaba que fueran anarquistas. El gobierno dio mano libre a la Policía de París, sin prácticamente ninguna limitación. La «psicosis de la dinamita» parecía justificar las innumerables violaciones de los derechos individuales.

En un primer momento Émile Henry rechazó los actos de Ravachol. «Estas acciones», dijo, «solamente pueden causar un enorme daño a nuestra causa. […] Un verdadero anarquista golpea a su enemigo, pero no dinamita casas donde hay mujeres, niños, obreros y criados»[40]. Pero Émile pronto abrazó las tácticas de Ravachol para impulsar la revolución. De hecho, la Policía sospechaba que Émile y su hermano mayor habían ido a Montbrison con el objetivo de volar la casa del fiscal. La Policía registró casi todos los trenes, pero nadie vio a ninguno de los hermanos ni en Montbrison ni en Saint-Étienne[41].

Como podía ver Émile ahora de cerca, el Estado se iba haciendo cada vez más poderoso, totalmente capaz de defender los privilegios de los ricos mientras que los parias luchaban por la supervivencia. La campaña de represión de la Policía después de las bombas de Ravachol fue un reflejo de esto. La Revolución parecía exigir actos violentos y potentes para poder impresionar a la gente.

Las barriadas en las que vivía Émile contribuyeron a convertir su amor por la humanidad en un acerado odio por la gente con dinero. Con la excepción de una breve estancia en una diminuta habitación del número 10 del boulevard Morland, entre la Bastilla y el Sena (que dejó después de no pagar el alquiler durante un

mes), sus días en París transcurrían en el plebeyo Montmartre y después en Belleville. Entre el 25 de noviembre de 1891 y el 8 de octubre de 1892 vivió en un cuarto del tercer piso del número 101 de la rue Marcadet, en el distrito 18[42]. Todos los días Émile se encontraba con los estragos de la pobreza y la desgracia.

El edificio en que vivía Émile estaba a la sombra de Montmartre, dominado por la basílica del Sacré-Cœur, que entonces seguía en obras. Mientras Émile caminaba por las calles de su barrio podía ver fugazmente la monumental estructura.

La misma presencia del Sacré-Cœur en Montmartre atormentaba a los anarquistas, justo con otros grupos de personas desfavorecidas. El litógrafo anarquista Théophile-Alexandre Steinlen describió un imaginario ataque revolucionario a la basílica. En el café de Montmartre, Le Chat Noir, el público cantaba: «Nuestro viejo Montmartre ha cambiado mucho desde que lo han cargado con un templo sobre nuestra colina»[43]. Se decía que en Saint-Denis había almacenados más de 100 cartuchos de dinamita listos para salir. En julio algunos compagnons informaron en una reunión de que el grupo anarquista La Venganza de los Mineros repartiría dinamita con el objetivo de destruir el Sacré-Cœur[44]. Un año más tarde, en una reunión anarquista se protestaba de las «provocaciones» del clero, una fuerza de ocupación en Montmartre. En 1893, un hombre conocido únicamente como «capitán Bolonia» propuso en una reunión anarquista que se votara si volar el Sacré-Cœur.

En la novela de Zola, París (1898), Guillaume Froment quiere dar un golpe en nombre del anarquismo. Primero sopesa si volar la Ópera. Pero decide que esto «en el remolino de ira y justicia únicamente destrozaría a un pequeño grupo de diletantes». ¿Por qué no la Bolsa? Pero eso únicamente «golpearía al dinero, al gran agente de la corrupción». Tampoco sería el objetivo el Palacio de Injusticia, o el Arco del Triunfo, este último el símbolo de la guerra y de la «gloria viril de los conquistadores». Decide volar el Sacré-Cœur. Odia la basílica, que lo obsesiona. Guillaume Froment puede anticipar el placer de su destrucción: «Y de todas partes a la vez llegó el trueno y el terremoto y un volcán se abrió vomitando fuego y humo, tragándose toda la iglesia y a su multitud de devotos […] ¡Qué temible será la avalancha, un bosque de andamios quebrados, una granizada de piedras precipitándose y rebotando entre el polvo y el humo sobre

los tejados de abajo!»[45].

Desde la cumbre de la colina de Montmartre hay unas escaleras que aún conducen a lo largo de la rue des Abbeses hasta la rue Véron, una estrecha callejuela de adoquines bajo el Sacré-Cœur. A principios del mes de octubre de 1892 Émile se mudó a un cuartito en la última planta del número 31, que entonces era un edificio tan ruinoso como los que le rodeaban. Hoy una vieja placa en el edificio presume de «Gas en todas las plantas», pero no era así cuando Émile vivía allí. Una cochambrosa tienda se abría en el lado izquierdo de la planta baja, mientras que la casa de la portera estaba a la derecha. El único visitante conocido de Émile esos meses fue un tal Lambert, un estudiante de derecho de provincias y un amigo, que de vez en cuando se quedaba a vivir con él. Pero conocía a los anarquistas de la vecina rue Lepic, incluyendo a Félix Fénéon y a León Ortiz. Un anarquista-ladrón alto, elegante y culto conocido por sus amigos como Trognon (Guapete), Ortiz era mexicano de madre polaca. Defendía el derecho al robo. Vivía con su novia (a la que se la conocía como la Trognette). Esos hombres compartían el odio al Sacré-Cœur y a todo lo que representaba[46].

El 28 de mayo una enorme multitud se apiñaba dentro de la Salle du Commerce, en el número 94 de la rue Faubourg-du-Temple[47]. La sombra del mártir Ravachol estaba muy presente. Un mes antes había habido disturbios en el salón cuando los anarquistas habían irrumpido en un mitin que se celebraba antes de una elección, gritando que los obreros debían abstenerse de las elecciones políticas. Cientos de personas se las apañaron para entrar en el edificio. Se rompieron dos puertas de cristal en el tumulto, mientras que una multitud en el exterior aullaba. Un orador marcó el tono: «Robemos, matemos y dinamitemos, cualquier medio es bueno para librarse de esta escoria»[48]. Después fue el turno de Fortuné. Celebró las teorías de Ravachol y denunció al «gobierno y a la clase burguesa». Ravachol había hecho lo correcto. Todo el mundo había visto «el pánico general» que habían desatado «dos o tres piedras» que había dejado en un piso. Si eso hubiera seguido siendo así quince días más «nos habríamos convertido en los dueños de la situación». Mientras tanto, los patronos seguían dejando morir de hambre a los pobres, mientras que los sórdidos escándalos financieros continuaban. La resistencia era difícil cuando la gente se enfrentaba a los rifles que habían asesinado a los manifestantes de Fourmies. Y entonces Fortuné gritó: «Tenemos algo incluso mejor, y ya sabéis los resultados. […] ¡Muerte a quienes nos gobiernan! ¡Muerte a la burguesía!». Aparentemente agitó un cartucho de dinamita que había sacado del bolsillo. «¡Estas son nuestras

armas, esto es lo que necesitamos para volar por los aires a la burguesía! ¡Muerte a esos bandidos!».

Un delator de la Policía apuntó las palabras de Fortuné, tomando nota también del cartucho. Dos días más tarde, la noche del 30 de mayo de 1892, cuatro policías aporrearon la puerta del cuarto de Émile en la rue Marcadet, donde vivía en aquel momento. Llevaban una orden firmada por el prefecto de Policía que indicaba la presencia de «químicos sospechosos». La Policía creía que Fortuné podría estar allí escondido, pero no encontró a ninguno de los dos hermanos. De hecho, los hermanos Henry estaban asistiendo a otro mitin en el boulevard Montmartre. Hubo que llamar a un cerrajero para que abriera la puerta de Henry. La Policía incautó 20 objetos de una mesa y un sobre medio consumido por el fuego en la pequeña chimenea. En la repisa de la chimenea había un revólver del calibre ocho, cargado con cinco balas de las seis posibles, con una caja de 25 balas al lado, así como un bastón con carga de plomo (que a veces se usaba en las peleas). Cogieron un anillo grabado con las iniciales T. M. y la palabra Revolución, y se embolsaron una foto de Louis Matha, que formaba parte del círculo de Émile. Antiguo barbero, Matha era intrépido y leal; los anarquistas podían confiar en que haría su parte, incluso aunque no acabara de entender del todo las bases teóricas del anarquismo. La Policía se llevó también cinco periódicos anarquistas, incluyendo un ejemplar de L'Endehors y varios folletos. El material de lectura incluía también un recorte de un periódico italiano que contenía instrucciones para fabricar una bomba.

Émile fue detenido al día siguiente cuando regresaba a su cuarto, acusado de la «posesión de artefactos explosivos», aunque no se había encontrado nada sospechoso. Declaró que su ocupación era «empleado comercial», porque estaba trabajando para Félix Vanouytre desde el 8 de enero de 1892, en la rue du Sentier. Afirmó, con cierto orgullo, que era un anarquista, pero que no les diría nada sobre sus compagnons. En cuanto a su hermano, Émile dijo que estaba en París, añadiendo que esperaba que pudieran entender que no iba a revelar su paradero. Pero la Policía ya había descubierto la dirección de Fortuné en la correspondencia que le había incautado.

La Policía acudió al cuarto de Fortuné ese mismo día a primera hora. Fortuné vivía en el muelle de Valmy, junto al canal de Saint-Martin, cerca de la place de la République. Fortuné declaró que vivía en casa de un amigo, pero un recibo del alquiler señalaba que el cuarto era suyo. El registro policial arrojó únicamente periódicos y cartas. Fortuné explicó al juez de instrucción que, lo que algunos

habían tomado por un cartucho de dinamita, era únicamente un pequeño estuche de cuero para lápices, que tenía una forma similar a un cartucho. Insistió en que no había dicho «Aquí están nuestras armas, la dinamita», sino más bien, «Aquí están nuestras armas, la pluma para anotar nuestros pensamientos».

Después de interrogarlo, la Policía liberó al joven Henry ese mismo día (aunque él más tarde recordaría haber estado «varios días» en comisaría). A Fortuné se le acusó de «incitar al asesinato y el saqueo», pero también fue puesto en libertad. Esa noche, los hermanos Henry fueron junto con otros compagnons al Muro de los Federados, en el cementerio del Père Lachaise, donde los communards habían sido ejecutados en mayo de 1871. A pesar de lo que se les había incautado de su cuarto, la Policía tuvo que admitir, después de entrevistar a su portera y a su patrón, que los informes que había recogido acerca de la «conducta y la moral» de Émile eran favorables.

Al día siguiente, 1 de junio, Le Temps, uno de los periódicos más respetables de París, llevaba un breve artículo sobre la detención de los hermanos Henry. Esa detención le costó el empleo a Émile al día siguiente. Su jefe, Vanoutryne, descubrió en su escritorio un manual «para la producción y el uso de la dinamita» y una traducción de un periódico italiano que detallaba cómo hacer una bomba. Otros empleados dijeron que se habían enterado, unos dos meses antes, de que su colega era anarquista. Émile había intentado convertirlos al anarquismo, pero Vanoutryne había pasado eso por alto porque no tenía ninguna queja en absoluto sobre el trabajo contable de Émile. No obstante, Vanoutryne (y su madre) habían decidido despedirlo a la primera señal de problemas. Después de la detención, se le despidió. Aquella noche Émile fue hasta Brévannes, caminando unos cuantos kilómetros desde la estación de tren más cercana. Le dijo a su madre que no era culpable de nada y que la sociedad lo condenaba a la pobreza.

Poco después Émile asistió a otro mitin anarquista en la Salle du Commerce, en el que brevemente defendió una propuesta de ley referente a la prensa y a las reuniones públicas. Esas medidas, insistió, estaban «dictadas por el miedo y por el hecho de que los representantes del pueblo solamente saben cómo aterrorizar a los anarquistas»[49]. Los diputados querían acallar «la voz de quienes exigen sus derechos».

En el momento de su detención y puesta en libertad, Émile estaba temporalmente cubriendo el puesto de gestión de L’Endehors. Zo d’Axa, el

editor, se había quedado muy impresionado con el joven intelectual «cuya obsesión constante era trabajar por el anarquismo». Después de la repentina partida de Zo d'Axa a Londres, Émile asumió diligentemente las tediosas responsabilidades administrativas que implicaba la publicación del periódico, incluyendo la correspondencia con quienes lo distribuían. A pesar de algunas diferencias de opinión, que Zo d'Axa entendía que eran un componente inevitable del individualismo anarquista, Émile había sido un buen compañero. En cierto sentido, Émile aún parecía un niño, aunque era bastante solemne, incluso obsesionado, «como lo están quienes ya no les importuna la fe religiosa, quienes ven –e incluso están hipnotizados por ella– una meta y así razonan, juzgan y toman decisiones con una precisión matemática»[50]. Émile estaba convencido de que el futuro nos brindaría una sociedad maravillosa, construida desde la racionalidad. Pero casi nunca parecía feliz y a menudo expresaba su pasmo ante que se pudiera encontrar alegría en la vida moderna.

El día después de su arresto, Émile escribió a Zo d'Axa desde las oficinas de L'Endehors[51]. Había recibido la noticia de que Zo había llegado sano y salvo a Londres y estaba con Matha. Le prometió hacer todo lo posible para ayudar a L'Endehors. La carta contenía algunos detalles acerca de la publicación y le pedía a Zo que le escribiera directamente a él. Firmaba con un «cordial apretón de manos». El 24 de junio escribió otra carta breve, en la que mandaba 15 francos a Zo d'Axa. Se esforzaría por conseguir algún ingreso para el periódico. Al despedirse enviaba los buenos deseos de todos, incluyendo a Fortuné.

No obstante, poco tiempo después, Émile dejó inopinadamente L'Endehors, sin dar explicaciones. Escribió a Zo d'Axa pidiéndole que escogiera a alguien para que se ocupara del periódico. Émile había ido a ver a Félix Fénéon el día anterior y le había explicado que ya no podía ejercer como director y que no quería aceptar ningún dinero porque apenas había estado cinco semanas en el cargo. Fénéon asumió la tarea.

Por su parte, Fortuné siguió siendo un orador habitual en los mítines anarquistas[52]. Un cartel rojo gigante lo nombraba junto a otros oradores, a los que se podría escuchar por una contribución de 25 céntimos, en la Salle du Commerce el 3 de julio. Durante el mitin, que duró tres horas, entre gritos de «¡Viva Ravachol!», Fortuné habló sobre la propuesta de nuevas limitaciones para la prensa. Pero también advirtió de que quienes sufren tienen otros métodos de hacerse escuchar. Como respuesta, gritos de «¡Sí, dinamita!» inundaron la sala. En un momento dado, Fortuné dijo que, si no bastaba con volar diez casas,

entonces se volarían 100, y después 1.000 y que, si era necesario, no habría problema en volar 10.000. Seguramente habría muertos, pero eso era inevitable. Las guerras entre los Estados asesinaban a muchísima gente. Los anarquistas no debían tener miedo de vengar a Ravachol. Incluso después de esto, el mayor de los Henry se disculpó por no poder decir todo lo que querría (aunque ya había dicho una buena parte) porque los espías de la Policía estaban apuntando todo lo que decía. A lo largo de los dos meses siguientes dio unos cuantos discursos incendiarios más, en una ocasión, si es que se puede creer a la Policía, interpretando la «propaganda por los hechos» como algo que les concedía a los anarquistas el derecho e incluso el deber de asesinar a jefes de Estado.

Émile también seguía activo, pero de manera diferente. Un día, alguien que lo conocía reparó en que tenía manchas de ácido en las manos y se lo mencionó. Contestó que no había puesto suficiente nitroglicerina en su preparación y que se había echado a perder[53]. Añadió que iba a probar con un poco más de ácido y que ya le diría qué tal había salido.

Émile pasó buena parte de julio buscando trabajo, a la vez que ayudaba a reunir dinero para ayudar a Meunier y Francis, los dos anarquistas implicados en la explosión del restaurante Le Véry[54]. Mientras tanto, Émile solía comer con Constant Martin, que aparentemente albergaba todas las noches en su taller reuniones anarquistas. En septiembre, Émile trabajó como aprendiz sin sueldo de un relojero conocido de su amigo Matha, en la elegante rue Saint-Honoré, al oeste de la Ópera. Émile incluso le ofreció al relojero pagar 15 francos al mes para trabajar en su taller, pero finalmente se fue al cabo de un mes porque necesitaba un trabajo remunerado. Las destrezas de un relojero, por supuesto, eran muy útiles para ensamblar bombas que explotaran con un temporizador. Un policía había informado de que eso era precisamente lo que quería hacer Émile. Otro agente secreto insistió en que estaba trabajando en secreto en su cuarto en esas cosas, habiendo tomado prestado un despertador que podía detonar explosivos.

En los círculos anarquistas se seguía produciendo un animado debate acerca de la eficacia de los ataques terroristas. Después de todo, uno de los creadores originales del concepto «propaganda por los hechos», el propio Kropotkin, había renegado de la idea, espantado por la violencia[55]. Émile ya había llegado a la conclusión de que las palabras y los discursos no bastaban, que la vía del anarquismo pasaba por las bombas. Ahora estaba obsesionado con Ravachol y con su valor ante la guillotina. Émile le contó a su amigo Malato: «tenemos que

terminar con esa gente que deshonra nuestra causa». Aquellos que querrían usar la pluma en lugar de la bomba querían vivir cómodamente «al estilo burgués», no estaban dispuestos a sacrificar sus vidas por el anarquismo. Su salida de L’Endehors es probable que estuviera relacionada con este cambio en su pensamiento.

En L’Endehors del 21 de agosto de 1892 Errico Malatesta expresó sus opiniones sobre la «propaganda por los hechos» en un artículo titulado «Una pequeña teoría»[56]. Claramente, el espíritu de revuelta se iba haciendo cada vez más y más grande, en algunos lugares como resultado de las ideas anarquistas, en otros lugares simplemente por las circunstancias miserables de los pobres. Malatesta creía que, en principio, el fin –la revolución y una sociedad nueva– justificaba cualquier medio. Reiteraba el concepto extendido de que todas las acciones anarquistas eran buenas si servían para facilitar la revolución. Pero después tocaba un punto controvertido. Los anarquistas, en opinión de Malatesta, nunca deberían ir más allá del «límite establecido por la necesidad». Deberían operar como un cirujano, que corta lo necesario, pero evita infligir un daño innecesario. Los anarquistas deberían seguir siendo inspirados por el amor, que seguía estando en el corazón de su proyecto: servir al futuro de la humanidad. «La revuelta brutal» sin duda llegaría y pondría punto final a la forma en la que se organizaba actualmente la sociedad, pero los revolucionarios tenían un instrumento mucho más eficaz que la violencia para allanar el camino. Malatesta advertía de que «el odio no produce amor y mediante el odio no se puede rehacer el mundo». Una revolución impulsada únicamente por el odio y, por lo tanto, por el asesinato, fracasaría por completo o conduciría a una nueva represión. En la estela de los atentados de Ravachol, Malatesta estaba advirtiendo seriamente a los defensores de la «propaganda por los hechos». Su carta reflejaba la escisión entre las filas anarquistas entre los «asociacionistas» como él, que ya no creían en los «hechos», y los «individualistas», que aprobaban por completo la estrategia de la violencia de Ravachol.

La carta de Malatesta enfureció a Émile, quien había abrazado la causa de los «hechos». Él consideraba que la iniciativa individual era la manera más eficaz de golpear a la sociedad burguesa y sostenía que las organizaciones que postulaban los asociacionistas tenían el peligro de imponer jerarquías arbitrarias sobre sus miembros, un principio que se suponía que el anarquismo rechazaba. Además, operar de manera independiente a un grupo haría más difícil a la Policía hacer una redada anarquista. El odio por las clases dominantes que estuviera basado en nobles sentimientos y no en la envidia, era una «pasión saludable y una energía

poderosa. […] A quienes dicen que “el odio no genera el amor”, yo les respondo que el amor, el amor ardiente, genera a menudo el odio». El «derecho a la insurrección» triunfaba sobre el resto de los derechos. Ravachol se había pensado mucho dónde colocar sus bombas. Solamente «él podía juzgar si tenía razón al albergar tanto odio y al actuar en lo que parecía una manera feroz».

Émile replicó las opiniones de Malatesta en una larga carta publicada en L’Endehors el 28 de agosto de 1892. Dirigiendo la carta a los «camaradas de L’Endehors», recordó que Malatesta, durante mucho tiempo, había subrayado la necesidad y la inminencia de una revolución violenta, indicando que todos los actos «de propaganda o acciones concretas» eran buenos cuando servían para acelerar la revolución. Pero ahora, advirtiendo a los anarquistas que no fueran más allá del «límite impuesto por la necesidad» estaba contradiciendo una premisa central del anarquismo: el desarrollo del individuo mediante su propia iniciativa. Esta era la única garantía de felicidad. Malatesta quería restringir la autonomía que era central para el movimiento. ¿Quién decidiría si determinada acción era útil para traer la revolución?, preguntaba Émile. «¿Los futuros Ravachol tendrán que someter sus proyectos para que sean aceptados por alguna especie de Gran Tribunal en el que esté sentado Malatesta o cualquier otro, y que dictará sentencia sobre si las acciones son o no apropiadas?» Eso dependía del individuo y los anarquistas debería acoger con placer «cualquier acción enérgica contra la sociedad burguesa».

Émile había dejado la rue Marcadet por la rue Véron a principios del octubre de 1892, sin dejar una dirección y diciéndole a la portera que debía rechazar cualquier carta o paquete que viniera a su nombre. La Policía seguía intentando tenerlo vigilado, pero aún no sabía que se había mudado a la rue Véron. Un informe policial señalaba que Émile era desconocido en las pensiones mugrientas donde se alojaban los obreros pobres de paso, o en las buhardillas ruinosas. Parecía ser algo como un punto de orgullo para el joven burgués el que no se le encontrara allí, aunque sí compartía con frecuencia espacio y probablemente cama con anarquistas de clase obrera a los que apenas conocía.

Ortiz, el ladrón, el amigo anarquista de Émile, había estado trabajando para Dupuy, un escultor decorativo en el número 5 de la rue de Rocroy, en el distrito 10, no lejos de la estación del Norte. Cuando dejó el trabajo recomendó a Émile, que empezó a trabajar para Dupuy ese otoño. El nuevo patrón de Émile estaba

encantado con su trabajo. Émile parecía un «empleado modelo»[57]. Su jefe quedó «inmediatamente prendado de sus prodigiosas capacidades y de la velocidad con la que aprendía el joven». Era un «seductor», impresionaba por su vivaz inteligencia y por su carácter suave y complaciente. No escondía su anarquismo en la oficina y Dupuy diría más tarde que probablemente Émile lo había incluso convertido al anarquismo.

[1] J. Maitron (ed.), Ravachol et les anarchistes, París, 1964, pp. 46-73, dictado mientras esperaba la ejecución. Véase Ba 1132, dosier Ravachol.

[2] R. Manevy, Sous les plis du drapeau noir, París, 1949, pp. 134-136.

[3] Kedward, The Anarchists, op. cit., pp. 54-56; Varennes, De Ravachol, op. cit., pp. 2-5.

[4] L'Endehors, 1 de septiembre de 1891.

[5] Ba 77, 3 de agosto de 1891.

[6] L'Endehors, 27 de diciembre de 1891.

[7] F7 12830-31.

[8] F7 12830-31.

[9] F7 12, 830-31, ministro de Asuntos Exteriores, 18 de junio de 1883, tomado de The Sunday Herald, 27 de mayo de 1883.

[10] Ibid., pp. 46-47.

[11] Joll, The Anarchists, op. cit., p. 123.

[12] Laqueur, A History of Terrorism, op. cit., p. 56.

[13] Fleming, «Propaganda by the Deed», op. cit., p. 16.

[14] Ba 75, 9 de julio de 9 y 17 octubre de 1886.

[15] Varias, Paris and the Anarchists, op. cit., p. 39.

[16] J. Green, Death in the Haymarket: A Story of Chicago, the First Labor Movement, and the Bombing That Divided Gilded-Age America, pp. 141, 169-172 y 203-208; Laqueur, A History of Terrorism, op. cit., p. 59: «Era una época violenta, cuando la opinión pública sostenía tranquilamente que los obreros que se ponían en huelga luchando por un salario mayor y una jornada más corta deberían ser fusilados».

[17] F. Dubois, Le péril anarchiste, París, 1894, pp. 55-59.

[18] Ba 1132; F7 12504; Woodcock, Anarchism, op. cit., pp. 310-311.

[19] Ba 77, 13 y 31 de marzo de 1892.

[20] J.J. Lefrère y Ph. Oriol, Zo d'Axa: Un patricien d'anarchie, París, 2002, pp. 46-47, 55-61 y 66.

[21] Ba 140, extracto del 17 de diciembre de 1892; Ba 1115, «Thanne», 16 de agosto, 2 de septiembre y 2 de noviembre de 1893; informe policial, 26 de octubre (o diciembre) de 1893; Ba 1085, informe del 14 de octubre 1892 y La Révolte, 3 de diciembre de 1892, 25 de septiembre de 25 y 8 de diciembre de 1893; 24 de febrero y 13 de marzo de 1894; Ba 1509, 16 de septiembre de 1894.

[22] Varennes, De Ravachol, op. cit., pp. 8-27.

[23] Woodcock, Anarchism, op. cit., p. 309.

[24] Varennes, De Ravachol, op. cit., p. 47.

[25] Sonn, Anarchism and Cultural Politics, op. cit., pp. 17 y 165.

[26] Ibid., p. 17.

[27] Varias, Paris and the Anarchists, op. cit., pp. 84-85.

[28] Sonn, Anarchism and Cultural Politics, op. cit., p. 260; L'Endehors, 24 de julio de 1892.

[29] D. Gerould, Guillotine: Its Legend and Lore, Nueva York, 1992, pp. 94 y 195-197.

[30] Fitzgerald, «Émile Pouget», op. cit., p. 242, tomado de Le Père Peinard, 1-8 de enero de 1893.

[31] Ba 77, 20 de julio de 1892; Lefrère y Oriol, Zo d'Axa, op. cit., p. 70.

[32] Eisenzweig, Fictions, op. cit., pp. 155 y 279.

[33] L'Endehors, 27 de noviembre-4 de diciembre de 1892.

[34] J. Maitron (ed.), Ravachol et les anarchistes, op. cit., pp. 75-76; Almanach du Père Peinard, 1894.

[35] Natat, La vie quotidienne, op. cit., p. 141.

[36] Ba 508-510.

[37] J. Grave, Quarante ans de propagande anarchiste, París, 1973, pp. 280-282.

[38] Ba 508-510.

[39] J.-P. Machelon, La République contre les libertés? Les restrictions aux libertés publiques de 1879 à 1914, París, 1976, p. 405.

[40] Maitron, Le mouvement anarchiste, I, op. cit., p. 240; P. Miquel, Les anarchistes, París, 2003, p. 206.

[41] A. D. Loire, 1M 533, telegrama, 23 de junio de 1892; Ba 1115, 22 o 23 de junio de 1892, e informe policial, 15 de febrero de 1894.

[42] Ba 1115, prefecto de Policía, 4 de agosto e informe policial del 26 de octubre de 1892.

[43] Sonn, «Marginality and Transgression», op. cit., p. 125.

[44] Ba 77, 18 de julio de 1892; Sonn, Anarchism and Cultural Politics, op. cit., p. 82.

[45] Zola, Paris, op. cit., p. 451.

[46] Ba 1115, 13 de abril de 13, 1893, informe policial del 24 de marzo de 1894.

[47] Ba 78, Prefectura de Policía, 20 de abril de 1893; Lefrère y Oriol, Zo d'Axa, op. cit., p. 51; Ba 1115, «Notices sur Émile Henry», 13 de febrero de 1894.

[48] Ba 77, 30 de mayo de 1892; Ba 1115, 30-31 de mayo de y 4 de junio de 1892 y «Notices sur Émile Henry», 13 de febrero de 1894.

[49] Ba 77, 3 de julio de 1892; Ba 1115, «Notices sur Émile Henry», 13 de febrero de 1894.

[50] Émile Henry, Coup pour coup, París, 1977, p. 23.

[51] Lefrère y Oriol, Zo d'Axa, op. cit., pp. 60-61.

[52] Ba 1502, carteles e informe policial del 11 de julio; Ba 77, 3, 5, 11, 20 y 27 de julio y 17 de agosto de 1892.

[53] Ba 1132, «Zob», 6 de julio de 1892; Ba 77, 16 de julio de 1892; informe policial del 15 de febrero de 1894.

[54] Ba 77, 8 de junio de 1892, y Ba 1115, informes policiales del 22 de noviembre de 1892 y el 16 de febrero de 1894.

[55] Maitron, Histoire du mouvement, op. cit., pp. 220-221; Halperin, Félix Fénéon, op. cit., p. 268.

[56] L'Endehors, 21 y 28 de agosto de 1892; P. DiPaola, «Italian Anarchists», op. cit., pp. 57-60; La Révolte, 16 de febrero de 1892; Ba 1509, «Léon», 13 de abril de 1894: «Malato, Malatesta y Kropotkin han declarado con claridad que están en contra de la propaganda por los hechos».

[57] Ba 1115; «Notices sur Émile Henry», 13 de febrero de 1894, e informe policial del 15 de febrero de 1894; L'Écho de Paris, 16 de febrero de 1894; La Libre Parole, 16 de febrero de 1894.

V. MASACRE EN UNA COMISARÍA DE POLICÍA

En agosto de 1892 la atención de Émile Henry, como la de muchas otras personas en Francia, estaba puesta en una dura huelga en el sur. En la pequeña ciudad minera y fabricante de vidrio de Carmaux, al norte de Toulouse y cerca de Albí, los mineros se encerraron contra la Compañía Minera de Carmaux. Muchos de estos hombres habían trabajado previamente como granjeros o jornaleros pero, a medida que se iba haciendo prácticamente imposible vivir decentemente de la agricultura, habían encontrado un trabajo a tiempo parcial y después a jornada completa en las minas. Ahora su supervivencia dependía casi por completo de los bajos salarios que allí ganaban. Cuando caía la demanda de carbón el paro en las minas devastaba a la gente. Incluso en los relativos buenos tiempos, su trabajo era muy peligroso. Entre 1880 y 1892 habían muerto 36 hombres solamente en las minas de Carmaux[1].

Los obreros del vidrio de Carmaux también se habían puesto en huelga el otoño anterior, exigiendo una escala salarial unificada para su oficio en toda Francia, porque sus sueldos estaban cayendo (en parte debido a la mecanización de la producción). El sindicato minero había aportado fondos para apoyar a los obreros del vidrio que dejaron de trabajar pero, a la postre, la huelga había sido un fracaso. En la primavera siguiente, Jean-Baptiste Calvignac, un mecánico de las minas y el secretario del sindicato minero, fue elegido para el Consejo Municipal gracias al respaldo de los obreros. Después el Consejo lo eligió alcalde. Pero la poderosa compañía minera despidió a Calvignac el 2 de agosto de 1892, después de negarse a concederle una reducción de jornada para poder cumplir con sus deberes como el principal gestor de la ciudad.

Al día siguiente los mineros se pusieron en huelga, tanto para protestar por el despido de Calvignac como para exigir un aumento de sueldo. Eso no le sentó bien a la dirección de la compañía. Además, en varias ocasiones los sindicatos habían desafiado a la dirección respecto a medidas disciplinarias que se habían adoptado contra los trabajadores. Esta resistencia condujo a una agresiva contraofensiva contra el sindicato minero. Algunos de los líderes sindicales que trabajaban en las minas fueron suspendidos o multados, y otros fueron despedidos mientras que el baron Reille, presidente de la junta directiva, escenificaba el completo dominio de la compañía sobre los mineros.

La huelga de Carmaux se convirtió en un acontecimiento que polarizó Francia. Se recogieron colectas para apoyar a los mineros en huelga, a quienes se les consideraba en general como obreros mal pagados en una industria extraordinariamente peligrosa. El político socialista Jean Jaurès usó la prensa popular para transmitir la huelga y los temas que suscitaba en torno a los obreros y los patronos, a escala nacional. La resolución, solidaridad, disciplina y compromiso político de los mineros los granjeó la admiración de la gente corriente, mientras que la arrogancia de la Compañía Minera de Carmaux los hizo objeto de censura. Después de tres duros meses, con los soldados acampados en las afueras de Carmaux, de innumerables enfrentamientos y de intentos de arbitrio y compromiso, el 3 de noviembre de 1892 los mineros se rindieron.

La situación de Carmaux se discutía hasta la saciedad en las reuniones anarquistas de aquel mes de octubre. A Émile le conmovía la huelga y le impresionaba la tenacidad de los mineros. Su padre, después de todo, había trabajado en las minas españolas. En opinión de Émile, la huelga había sido copada por los líderes socialistas, los «oradores floridos», que temían que, si se iniciaba una lucha violenta, miles de hombres ya no obedecieran sus órdenes. Y después el hambre –«esa compañera de siempre»– empezó a fundirse los míseros fondos que tenía la caja de resistencia del pequeño sindicato. Habían tenido que regresar a las minas, aún más pobres que antes. Y así Carmaux había recuperado el «orden» y la compañía podía seguir explotando a los mineros. Los beneficios de la compañía volvieron a subir.

A Émile le impresionaron mucho los acontecimientos en Carmaux y su anarquismo adoptó un tinte aún más violento. Admitía con orgullo «un profundo odio, cada día avivado por el repugnante espectáculo de esta sociedad, […] en la que todo impide la satisfacción de las pasiones humanas, las tendencias generosas del corazón y el crecimiento sin barreras del espíritu humano». El extremadamente sensible Émile se había convertido en un fanático que creía que únicamente el terrorismo podría resolver los problemas profundos de la sociedad. Émile quería «golpear tan fuerte» como estuviera en su mano. Le había impresionado especialmente el anarquista ruso Souvarine en la gran novela de Zola, Germinal. Souvarine declara: «Todas las especulaciones acerca del futuro son criminales, porque se interponen en el camino de la destrucción pura y simple, y por lo tanto obstaculizan la revolución. […] ¡No me habléis de evolución! ¡Prended fuego en las cuatro esquinas de las ciudades, barrer a la gente, arrasadlo todo y cuando ya no quede nada de este podrido mundo tal vez

de ahí pueda brotar un mundo mejor!»[2]. A Émile el ataque le parecía una decisión perfectamente racional, basada tanto en la impaciencia porque comenzara la revolución como el optimismo acerca de sus resultados. Con los escándalos políticos multiplicándose, la Tercera República parecía especialmente vulnerable. La represión policial había aumentado la indignación de los pobres.

Émile decidió «sumar al concierto […] una voz que la burguesía ya había escuchado, pero que creían haber silenciado con la muerte de Ravachol, la voz de la dinamita». Los «triunfos insolentes» de la burguesía se harían pedazos; «su becerro de oro caería con violencia de su pedestal hasta que el golpe final lo hundiera en el fango entre charcos de sangre»[3]. Y quería que los mineros vieran que únicamente los anarquistas entendían su sufrimiento y estaban dispuestos a vengarlos.

Émile les decía a sus amigos que los obreros deberían haber atacado inmediatamente la compañía. Deberían haber quemado el carbón almacenado, estropeado las máquinas y desmontado las bombas necesarias para la extracción del carbón. Así la compañía minera hubiera capitulado. Culpaba a los «grandes dirigentes del socialismo», como Jaurès, por ignorar el consejo de los anarquistas[4].

Émile decidió pasar él mismo a la acción. En un directorio encontró la dirección de la sede de la empresa en París, en el elegante edificio del número 11 de la avenue de l’Opéra[5]. Compró cloruro potásico en la rue de la Sorbonne, en el Barrio Latino, con un 10 por 100 de descuento porque afirmó ser el ayudante de un profesor de una escuela de Saint-Denis. Compró una olla de hierro por 3,30 francos en una ferretería y ya en su habitación metió dentro de ella diez cartuchos de dinamita. Como no tenía una mecha adecuada, fabricó una «bomba de inversión», una que explotaría cuando se la agitara o se le diera la vuelta. Añadió el cloruro potásico y algo de sodio que tenía en un armario de su cuarto. Cuando la cánula se «invirtiera», los productos químicos se mezclarían y entrarían en contacto con el agua, lo que prendería y produciría una explosión inmediata. El 4 de noviembre fue a una papelería de la rue La Fayette para comprar un estuche metálico que convirtió en un detonador llenándolo de fulminato de mercurio.

Émile entonces se dedicó a estudiar el edificio de la avenue de l’Opéra, para asegurarse de que no hería a «desdichados». Las oficinas de la empresa estaban en la entreplanta. Y el resto de los habitantes del edificio eran ricos, «un

opulento sombrerero, un banquero, etc.». No habría víctimas inocentes: «Toda la burguesía al completo vive de la explotación de los desgraciados y todos ellos deben pagar por sus crímenes». Si alguien encontraba la bomba antes de que explotara, tal vez la llevaría a una comisaría de Policía y allí también serviría para su fin de «golpear a mis enemigos». ¿Y si alguien veía la bomba y llamaba a la Policía para que acudiera al lugar? En ese caso, se decía Émile, «o mataré a los ricos o mataré a la Policía». Era exactamente lo mismo.

La mañana del 8 de noviembre de 1892, Émile acudió a su trabajo en el número 5 de la rue de Rocroy, cerca de la estación del Norte. Su patrón, Dupuy, le encargó dos recados, dándole un poco de dinero para que cogiera el transporte público. Émile salió sobre las 10:00 y se subió a un ómnibus en la rue La Fayette en dirección a la place de la Madeleine. Caminó con prisa hasta la oficina de un secretario judicial en la rue Tronchet, y estuvo allí dos segundos contados para dejar un documento. Después, en lugar de dirigirse al segundo lugar que le habían indicado, la oficina de un arquitecto en el boulevard de Courcelles, tomó uno de los 25.000 carruajes tirados por caballos hasta la place Blanche. Desde ahí caminó hasta la rue Véron y subió a saltos varios tramos de escaleras hasta su cuarto del ático. Abrió el armario, sacó la bomba y la envolvió en un ejemplar de Le Temps del 1 de junio de 1892. Se metió la bomba bajo el abrigo, corrió hasta la place Blanche donde detuvo otro carruaje. Con mucho cuidado para no agitar la «bomba de inversión» le pidió al conductor que lo llevara a la avenue de l’Opéra. Émile salió del taxi a las 10:57 frente a una tienda, Du Gagne-Petit. Desde ahí fue andando una manzana hasta el número 11. Entró en el edificio, atisbando brevemente a la portera, que vestía una camisa de manga corta. También vio a una mujer que llevaba una cesta y a un joven en las escaleras.

Émile subió por las escaleras hasta la primera planta, o la entreplanta, y colocó su ofrenda ante la puerta de las oficinas de la Compañía Minera de Carmaux. Eran ahora entre las 11:00 y 11:05. Émile bajo corriendo las escaleras, salió del edificio y caminó a buen paso hasta la place de la Madeleine y desde ahí al boulevard des Capucines. Allí cogió otro carruaje hasta la oficina del arquitecto en el boulevard de Courcelles, completando así el segundo recado que le había encargado su jefe. Después regresó a su trabajo en la rue de Rocroy, a donde llegó poco después del mediodía. Había estado fuera dos horas y quince minutos.

El señor Bernich, un empleado de la Compañía Minera de Carmaux, tenía una reunión ese día con el director de contabilidad. En la puerta de la oficina principal del primer piso se encontró un paquete apoyado en la puerta. Eran las

11:10. Fue a buscar a Bellois, el cajero, y a Émile-Raymond Garin, el botones, de 27 años. Bellois cogió el paquete y quitó el envoltorio. Dentro encontró una olla nueva de hierro fundido gris, apoyada sobre el asa. La tapa estaba sujeta por una tira de tela atada al asa. Parecía bastante sospechoso, teniendo en cuenta las explosiones recientes en París, así que Bellois le pidió al portero, Garnier, que lo llevara abajo. Este colocó el paquete a medio abrir en la acera junto a la entrada de la puerta de servicio. Se formó una pequeña multitud. Algunas personas se dieron cuenta de que por las rendijas de la tapa se escapaba un polvo blanco. Jean-Nicolas Gung'l, el secretario de Le Matin, pasaba casualmente por ahí y sintió curiosidad por el grupo de gente que se apiñaba en torno a un objeto extraño. Después recordaría haber visto el precio de la olla escrito con tiza.

El botones, Garin, llamó a un policía jubilado que ayudaba a los niños a cruzar la avenue de l'Opéra. Aunque el guarda de tráfico no podía abandonar su puesto, alertó a dos policías, Étienne Fomorin y Marc Michel Réaux, quienes acudieron a examinar el objeto en la acera. Decidieron que había que transportarlo a la comisaría más cercana, en la rue des Bons Enfants, no muy lejos del Palais Royal. Garin y Fomorin alzaron el paquete, ahora envuelto en una toalla que había traído el portero del edificio. Al llegar al número 22 de la rue des Bons Enfants a las 11:35, entraron en el patio que separaba las dos alas del edificio. Garin pidió a otro policía que ayudara porque el objeto era muy pesado. Los tres lo subieron por las escaleras hasta las oficinas de la Policía y lo dejaron sobre la mesa.

Dos minutos más tarde, la bomba explotó. A esto le siguió un horror inimaginable. En el vestíbulo, el cadáver del sargento Fomorin, un exgendarme de 43 años con esposa y un niño de 10 años, yacía boca abajo, aún temblando en medio de los cascotes, con su uniforme totalmente hecho harapos, su carne expuesta volviéndose de un horrible color gris. El policía Réaux había perdido las piernas por debajo de la rodilla a causa de la explosión, sus muslos estaban aplastados, su cara y manos achicharradas. Al otro lado del vestíbulo, la sala de espera quedó totalmente destrozada por la explosión; el suelo se hundió y había trozos de madera, ropa y carne esparcidos aquí y allá. Restos humanos colgaban de una lámpara de gas en el techo. La sangre salpicaba las paredes. El botones Garin y Henri Pousset, el secretario de la comisaría de Policía, murieron. El inspector Troutot estaba gravemente herido, con su cara destrozada y una de las piernas aplastada. Moriría al final de ese día, dejando una esposa y cuatro hijos.

Varios días después de la explosión se celebró una misa funeral en Notre Dame

de París, a la que siguió una procesión solemne que había empezado en la comisaría de Policía de la Île de la Cité. El primer ministro Émile Loubet denunció «a los cobardes asesinos, […] hombres a quienes todos los partidos rechazan, cegados por el odio salvaje, que creen que por medios semejantes pueden llevar a cabo venganzas vergonzosas con la idea de reformar la sociedad»[6]. Esos hombres no trabajaban para mejorar la sociedad, sino para destruirla. Las cinco víctimas de la explosión fueron enterradas en el cementerio de Montparnasse. Se hizo una colecta pública para las familias de las víctimas. Mientras tanto, destacados militantes socialistas y los mineros de Carmaux condenaban el atentado, estos últimos afirmando que la emancipación de la clase obrera debía lograrse mediante la acción colectiva y no mediante la dinamita.

Cuando Émile regresó a la oficina, poco después del mediodía aquel 8 de noviembre, después de hacer los dos recados, el resto de los empleados no notaron nada fuera de lo normal. Dupuy estaba tan satisfecho con Émile como siempre. De hecho, estaba pensando en subirle el sueldo. Antes de salir, aquella misma mañana, Émile había estado trabajando en un informe largo y complicado y, a su regreso, volvió a retomarlo sin la menor vacilación. Las cartas que redactó aquella tarde eran pulcras, incluso después de que llegaran a la oficina las noticias sobre la explosión de la bomba. Émile pareció sinceramente conmocionado, como todo el mundo, por lo que había ocurrido en la comisaría de Policía.

Aquella noche es probable que Émile se viera con cinco o seis amigos en el taller de Constant Martin, que le prestó algo de dinero. Al día siguiente, el 9 de noviembre, Émile salió de trabajar hacia las 16:00, diciéndole a la señora Dupuy que se encontraba mal. Se iría a Brévannes durante un par de días para recuperarse. En una carta dirigida a Dupuy describe sus planes para recuperarse y lo mismo le dijo a su portero de la rue Véron. Pero, en lugar de ello, al día siguiente, cogió un tren que llegaba hasta Dieppe pasando por Ruan y después se embarcó hacia Londres por Newhaven, para evitar el trayecto Calais-Dover, mucho más vigilado por la Policía[7]. Desde Londres, Émile escribió a Dupuy, enviándole la carta a un compagnon y pidiéndole que la franqueara en Orleans. Le decía que en realidad se había marchado de París porque «le preocupaban las consecuencias de las investigaciones policiales que sin duda seguirían a los recientes acontecimientos anarquistas». Esperaba que el señor Dupuy no tuviera mala opinión de él porque fuera anarquista. Recordaba su detención el pasado

mayo, insistiendo en que había sido completamente injustificada. Esto le había concedido el «notable honor de pasar una noche en una celda que le había proporcionado la comisaría de Policía, un breve encierro que le había costado su trabajo en el barrio textil únicamente por sus «ideas subversivas». Añadía que detallaba estas cosas a su jefe para demostrarle que tenía sus razones para temer a la Policía, «que golpeará inmediatamente a todos los revolucionarios conocidos, ya estén o no en activo». No quería pasar semanas o incluso meses en la cárcel hasta que la Policía descubriera quién había sido en realidad el responsable de la bomba que había explotado en la comisaría de Policía. Había un par de anarquistas que aún se estaban pudriendo en la cárcel seis meses después de su arresto, aunque todavía no se les había acusado de ningún delito. Émile se disculpaba por haberse marchado de una manera tan precipitada, especialmente porque esperaba que Dupuy estuviera de acuerdo en que el trabajo que realizaba para él era excelente. Se definía como «una víctima de los acontecimientos» y esperaba que su patrón fuera comprensivo. En una floritura propia de la convención burguesa, se despedía ofreciendo «su respeto más profundo» y dando recuerdos a la señora Dupuy.

Incluso antes de que explotara la bomba de Émile en París, había habido rumores que atañían a un atentado planificado contra la Compañía Minera de Carmaux. Pero la Policía se había centrado en la propia ciudad minera. La explosión en París los pilló desprevenidos. La bomba de París sorprendió también a los anarquistas. En Londres, Kropotkin, Malato y Malatesta se mostraron genuinamente sorprendidos por las noticias del ataque terrorista. En París, el amigo de Émile, Martin, le dijo a un policía que no sabía quién había depositado la bomba, pero que le alegraba que se concediera el crédito a los anarquistas en la prensa. Jacques Prolo, un anarquista muy bien relacionado, le dijo a un policía de paisano que el atentado no había sido planificado por ningún grupo. Algunos anarquistas expresaron la preocupación de que el acontecimiento perjudicara a Francis, pendiente de que Gran Bretaña concediera su extradición para que se le pudiera juzgar en París por la explosión en el restaurante Le Véry. La Policía, no obstante, se enfrentaba a determinados problemas que complicaba la detención de los peligrosos anarquistas: la facilidad con la que podían salir del país y la información que les proporcionaba la prensa, que alertaba a los sospechosos de que la Policía les seguía la pista.

La Policía no tenía la menor idea de quién había colocado la bomba en las oficinas de la Compañía Minera de Carmaux y recibía testimonios contradictorios de los testigos. El portero no había visto a nadie subiendo las

escaleras a esa hora de la mañana y se acordaba únicamente de un hombre joven, entre 25 y 30 años, con un bigote negro y un sombrero y abrigo oscuros. Ese visitante había pedido ver a una costurera llamada Lucie, que vivía en el edificio. Pero cuando se le interrogó, el joven, un estudiante de Derecho llamado Frapper, mencionó que se había cruzado con una mujer en la escalera, y que llevaba una cesta con un objeto grande dentro. ¿Sería una paciente de uno de los médicos que tenían la consulta en el edificio? Cuando la Policía comprobó esa posibilidad descubrieron que ninguna mujer había concertado una cita aquella mañana. Si la mujer hubiera sido una empleada doméstica del edificio no habría usado la escalera principal, sino la entrada de servicio, lo que descartaba esa línea de investigación. La mujer que describía Frapper era pequeña, con un chal negro cubriéndole la cabeza. El objeto u objetos de la cesta estaban tapados con periódico. Cuando Frapper salió del edificio, entre las 11:00 y las 11:10 vio un objeto así colocado contra la puerta. Dos hombres habían estado parados en el exterior del edificio quince o veinte minutos antes de que se descubriera la bomba, pero no se había visto a ningún otro hombre en el edificio en aquel lapso.

La comisaría de Policía recopiló una lista de 180 posibles sospechosos, incluyendo a Malatesta, que estaba en Londres, y a los hermanos Henry[8]. La edición del 1 de junio de Le Temps, en la que se había envuelto la bomba, contenía un breve artículo sobre la detención de Fortuné y Émile Henry el 30 y 31 de mayo. Además, alguien que conocía a Émile, había escrito una carta a la comisaría de Policía para denunciarlo.

Fortuné tenía una coartada. Había estado declarando ante un tribunal en Bourges, en el centro de Francia, el 8 de noviembre (era su quinta comparecencia ante un tribunal en pocos años). Fue tachado de la lista de sospechosos.

La Policía allanó la habitación de Émile de la rue Véron, con la ayuda de un cerrajero local, pero no encontraron nada que pudieran implicar en el delito a su ocupante. Llevaba viviendo allí desde el 8 de octubre y había pagado por adelantado. La Policía encontró pocas posesiones y muebles: una mugrienta cama de hierro, una silla y objetos sueltos sin valor, nada sospechosos. La portera informó a la Policía de que el día después de la repentina partida de Émile, había recibido una carta suya, desde Londres, en la que le pedía que le entregara una carta que adjuntaba a Lambert, el estudiante de Derecho que había pasado alguna noche en el cuarto de Émile[9].

La Policía interrogó al jefe de Émile, en la rue de Rocroy[10]. Él les contó los dos recados que había hecho Émile la mañana del 8 de noviembre. Dupuy creía que le habría llevado 45 minutos llegar hasta el boulevard de Courcelles y después (porque pensaba que había empezado con el último recado) 27 minutos para llegar a la rue Tronchet, cerca de la iglesia de la Madeleine. No habría pasado más de diez minutos en ambas direcciones. Dicho claramente, parecía imposible que hubiera podido (entre sus recados) volver a su cuarto en Montmartre, coger la bomba, volver al centro y colocarla frente a la puerta de la Compañía Minera de Carmaux en la avenue de l'Opéra. Además, cuando regresó al trabajo, Émile parecía tranquilo y así se mantuvo cuando Dupuy regresó con un periódico que describía la terrible explosión en la comisaría de Policía. Había salido del trabajo a las 18:00 como era su costumbre. Émile Henry fue tachado de la lista de sospechosos.

En la lista estaba también Rullière, el hijo de 19 años de la amante de Ravachol, un joven al que se le conocía como «el hijo de Ravachol»[11]. El contenedor de la bomba se parecía a los que usaba Ravachol, lo que despertó el interés por el paradero de Rullière. Entre el resto de sospechosos, siete solamente podían designarse como x porque no se conocían sus nombres, aunque había descripciones bastante completas de seis de ellos, incluyendo a un tal «pajarero de la avenue de l'Opéra, pequeño, canoso, de unos 48 o 50 años de edad» y su compañera, «pequeña, de unos 40 años, pelo castaño y un sombrero y chal negros». Un zapatero, un decorador de porcelana y una bordadora fueron incluidos porque habían asistido a mítines anarquistas[12]. Extranjeros sospechosos de ser anarquistas también figuraban en la lista, entre ellos dos italianos, un estudiante belga, una pareja de súbditos alemanes, un austriaco y un suizo, así como varios anarquistas de provincias y un tal Puchel, conocido como «chucrutmann», supuestamente un alsaciano al que le gustaba comer, especialmente chucrut, y que había aparecido en París nueve días antes de la explosión. Junto con un anarquista italiano conocido como Macaroni, Puchel había desaparecido inmediatamente después del incidente.

Surgieron relatos, explicaciones posibles. Un comerciante había visto a dos jóvenes, de unos 19 años, paseando frente al edificio del número 11. Se habían parado a mirar un conjunto de bastón y pistola en el escaparate de la tienda, por lo que el comerciante les siguió vigilando hasta que se marcharon. Varios transeúntes se habían sorprendido por la «actitud» de un joven bastante delgado que había salido del edificio.

La Policía siguió todas las pistas posibles, incluso las que eran muy improbables[13]. En uno de los relatos, Malato y los hermanos Placide y Remi Schouppe habrían decidido atacar la Compañía Minera de Carmaux porque suponían que la Policía creería que era obra de los mineros (esto no tenía mucho sentido, porque los anarquistas se afanaban en atribuirse la responsabilidad de sus actos violentos). Se creía que Gustave Mathieu, del que se pensaba que había ayudado a Ravachol a fabricar sus bombas, podría haber montado la «máquina», con la ayuda de una tal señora Mollet, que habría llevado la bomba. Cuando más tarde la Policía interrogó a la esposa de Ortiz, el ladrón anarquista, ella afirmó que su marido había llevado a cabo el atentado y esta historia había empezado a circular entre los anarquistas. La fuente era todo menos creíble, porque en aquel momento la señora Ortiz estaba borracha como una cuba.

La impresionante búsqueda policial en busca del terrorista reflejaba las nuevas técnicas de investigación que habían surgido en las últimas décadas del siglo XIX. La labor policial se había convertido en algo mucho más científico, centrando su atención en pistas aparentemente minúsculas pero importantes. El investigador de ficción Sherlock Holmes (que apareció en la escena británica en 1887) era el epítome de este nuevo enfoque. El interrogatorio de sospechosos y testigos se había sistematizado. La prensa, con sus estrechos vínculos con las comisarías de Policía, era capaz de hacer un seguimiento de los casos más famosos con una precisión a menudo sorprendente, gracias a la información y las filtraciones internas, algunas de ellas obtenidas mediante pagos. El éxito de los libros de memorias que publicaban los comisarios de Policía, así como de los seriales de la prensa y las novelas populares del género criminal revelaban el intenso interés del público por este universo. Los lectores, ya medio atontados por los relatos de los espectaculares escándalos en los que estaban implicados los dirigentes de la Tercera República, podían ahora centrar su atención en acontecimientos incluso más dramáticos y amenazadores: las bombas anarquistas.

Mientras tanto, la prensa anarquista se jactaba del «petardo» que había explotado[14]. En Le Père Peinard, Émile Pouget describía el número 11 de la avenue de l’Opéra como uno de los rincones más elegantes de un «barrio de finolis, […] ¡pocilgas de lujo, vamos! Mármol por todas partes y cosas doradas en el resto y en cada tramo de escalera alfombras mullidas de mierda, mucho más mullidas que los colchones de paja de los obreruchos». Le Père Peinard no pudo resistirse a señalar que los sargentos que habían acudido al lugar se habían negado a llevar el paquete porque «no era digno de un policía uniformado llevar

un paquete». Y, en cuanto a la explosión: «Oh, demonios, fue un estallido que hizo tambalearse todo el miserable tinglado. ¡Los cerdos ya no tenían vida!». El gobierno había pensado que sometiendo a Ravachol a la guillotina se ponía fin a las bombas, pero «ahora es cuando empieza lo bueno». Aparentemente alguien había encontrado la dinamita que se había perdido en Soisy. «Se diría que sí. […] ¡Mil bombas!»

Para la mayoría de las personas acomodadas, el anarquismo era prácticamente el equivalente a una filosofía del asesinato y el robo. Consideraban a todos los anarquistas personas crueles y odiosas que asesinaban a ancianos para robarles o que profanaban tumbas, como había hecho Ravachol, mientras que preparaban «bombas diabólicas con la intención de mandar a la burguesía al otro mundo mediante explosiones». Además, todo el mundo se había enterado del robo de dinamita que había ocurrido unos meses antes ese mismo año en Soisy-sous-Étiolles. Esa dinamita estaba en algún lugar. Algunos anarquistas habían dicho a sus compagnons que eran combatientes de una guerra moderna. Debían tener lista su dinamita; no estaba lejos el momento en el que se les pediría que la usaran. Un periódico anarquista contribuía proporcionando la fórmula del fulminato de mercurio, del cual se podía fabricar una gran cantidad por solamente un franco y medio, a lo que se podía añadir mercurio, ácido nítrico y alcohol baumé. Si alguien quería volar el teatro del Odéon, la Ópera o un café, ahí tenían cómo hacerlo. El periódico enseñaba a hacer una bomba, con fulminato de mercurio en el fondo, como si fuera una actividad tan sencilla y normal como cocinar un estofado a la provenzal. ¿Y si el dinamitero quería volar tu casa? ¡Nada más fácil! Podía esconder una pequeña bomba en el bolsillo, buscar cualquier excusa para entrar y salir dejando allí «su paquetito, con su aspecto tan inofensivo […]. Un cuarto de hora después, saltas por los aires»[15].

La bomba en la comisaría de Policía exacerbó el pánico de París. Las grandes empresas y los grandes cafés se angustiaban pensando en el impacto económico, especialmente porque se acercaban las vacaciones de Navidad. Había personas ricas que tenían miedo de ir a los teatros, a los restaurantes, las tiendas o al Bois de Boulogne, donde creían ver a un anarquista escondido detrás de cada árbol. Según los rumores, iban a explotar bombas en las iglesias, había veneno listo para usarse en los reservados de los restaurantes y después vendría el cólera y la peste negra (la epidemia más reciente se había producido solamente hacía ocho años). La Policía se quejaba de que las leyes en vigor limitaban su capacidad para reprimir el anarquismo. Temían la posibilidad de que se reconstruyeran grupos como Los Vengadores de Ravachol[16].

En diversos lugares dentro y alrededor de París, los bromistas colocaban latas de sardinas vacías, que se tomaban como pequeños artilugios explosivos. Entre marzo y noviembre de 1892, unas 300 «bombas» fueron encontradas y transportadas, con mucho cuidado, hasta el laboratorio municipal para allí analizarlas. Allí se había construido un artilugio especial para absorber la onda expansiva de la explosión. Las «bombas», como las seis que llegaron la mañana del 15 de noviembre, se detonaban allí. La mitad de ellas, como la lata que se encontró en les Halles, estaban rellenas de arena y eran obra de bromistas. Tres resultaron ser «máquinas infernales», aunque menores. Pero la amenaza seguía vigente. Inmediatamente después de Navidad una pequeña bomba explotó en los barracones de la comisaría de Policía.

A mediados de diciembre, Rose Caubet Henry vació la habitación de su hijo en la rue Véron. Le dijo a la portera que volvería una semana más tarde con un transportista de Brévannes. Una carreta se llevó las pocas posesiones de Émile bajo el ojo atento de la Policía, que los siguió hasta los límites de la ciudad.

Un poco antes ese mismo mes, Émile había escrito una carta desde Londres al compagnon de Orleans a quien había enviado antes la carta para Dupuy. Se disculpaba por su largo silencio, provocado por muchos «líos». Ahora estaba a punto de emprender un viaje, probablemente muy largo[17]. Émile le prometía que, cuando se vieran de nuevo, le contaría sus «peregrinaciones» de ciudad en ciudad. Su amigo, sin duda, se habría enterado por los periódicos de los detalles del «bailecito»[18] que había matado a cinco policías en París. Émile se había enterado por un periodista el día después de la explosión de que su hermano estaba preso en Bourges y que la Policía le buscaba a él. ¿Por qué? No tenía la menor idea, pero estaba seguro de que la Policía pronto le haría una visita. Sin duda su jefe le habría dicho a la Policía donde vivía, porque ninguna otra persona conocía su dirección en París (él añadía: «un anarquista serio sabe cómo esconderse para estar listo para actuar en cuanto llega el momento»). Por lo tanto, Émile se había marchado con discreción a Londres.

Émile le dijo a su amigo que tenía algo de dinero y que saldría de Londres en cuatro o cinco días. Londres le aburría. Iría a Liverpool y allí esperaría al siguiente barco a Nueva York. Después de seis meses en América, regresaría a Francia. Juraba que haría pagar a la burguesía todas sus persecuciones y que, «hasta el día en que cayera en esta batalla, seguiría mordiendo mientras tuviera dientes»[19]. Se despedía de su querido amigo, quizá para siempre. Esperaba poder escribir desde Liverpool y Émile le aseguraba que, estuviera donde

estuviera, en su corazón solamente habría amor por el anarquismo y un odio feroz por «nuestros enemigos».

Pero Émile se quedó en Londres. Sería aburrido, pero era seguro. La represión policial en los países de la Europa continental había convertido a Londres en una especie de refugio para anarquistas. El jefe de la Policía, el irlandés William Melville, calculaba que había unos 1.000 residentes extranjeros anarquistas en la ciudad. Habían llegado en oleadas: los franceses después de la Comuna, los alemanes después de la ola de castigo de Bismarck sobre los socialistas en 1878, los italianos después del primer intento de asesinato del rey Umberto I en 1878 y los rusos después del asesinato de Alejandro II en 1881. El número se había ampliado después de que Suiza se volviera un lugar menos hospitalario en la década de 1880, alarmada por las incendiarias publicaciones anarquistas y por el activismo revolucionario y presionada por el gobierno francés. Unos 400 anarquistas franceses vivían exiliados en Londres al principio de la década de 1890[20]. Sus movimientos eran muchos e impredecibles; por lo tanto el cálculo del inspector jefe era una estimación (y no incluía, en principio, a algunos criminales prófugos y otros refugiados que estaban de paso).

Los anarquistas italianos, que eran varios cientos entre los 5.000 italianos que vivían en Londres, lideraban el activismo[21]. Muchos de ellos vivían en el Soho (entonces un lugar de preferencia para los indigentes), Holborn, Whitechapel o Clerkenwell (al noreste de Bloomsbury) o en torno a Fitzroy Square. Extremadamente pobres, se apiñaban en viviendas miserables. Muchos anarquistas italianos trabajaban, cuando podían, en los oficios que habían aprendido en Italia, especialmente como zapateros, sastres o camareros; algunos daban clases de italiano. Un cura italiano señalaba que él temía a las sociedades secretas italianas y que, de los 3.000 italianos que vivían en su parroquia, solamente 1.200 acudían a la iglesia.

Más interesados en la filosofía del anarquismo, los anarquistas alemanes parecían menos peligrosos porque les tentaba menos la «propaganda por los actos». Les seguían en número los rusos, los italianos, los franceses, los belgas, los holandeses y los españoles. Aunque procedían de muchos países distintos, los anarquistas tendían a quedarse en los mismos barrios, buscando la solidaridad de los espíritus afines, algo de comer y quizá la posibilidad de un empleo.

Gran Bretaña había sufrido ataques terroristas por parte de los fenianos, la organización nacionalista irlandesa, pero había pocos anarquistas británicos, a pesar de la publicación del periódico anarquista Commonweal (que comenzó en 1885) y la publicación de Kropotkin, Freedom (que debutó al año siguiente). Entre ellos estaba David Nicoll, que escribió: «Los anarquistas son “criminales”, “escoria”, “carne de presidio”. Vale, insultadnos. Cazadnos como a perros rabiosos. Estranguladnos como habéis hecho con nuestros camaradas [en España]. Tiroteadnos como a los huelguistas de Fourmies y después sorprendeos si vuestras casas se derrumban bajo la dinamita»[22]. Después de 18 meses de cárcel siguió escribiendo y publicando a favor del anarquismo. Después de la explosión de una bomba en la que murió gente inocente, escribió que «no podía sentir la menor piedad por quienes, viviendo en medio del lujo y el esplendor, nunca dedicaron un solo pensamiento a aquellos que con su trabajo construyen su feliz existencia».

La inmigración desempeñaba un papel esencial en esta «primera ola» del terrorismo moderno, a medida que los refugiados políticos se mudaban de un país a otro durante las últimas décadas del siglo XIX, especialmente a aquellos lugares dispuestos a otorgar santuario, como Gran Bretaña, Suiza y la ciudad libre de Tánger en el norte de África, así como Egipto[23]. Los inmigrantes proporcionaban nuevas manos para la causa anarquista. El anarquismo italiano llegó a Argentina de la mano de los inmigrantes y de los migrantes temporales, incluyendo las «golondrinas», trabajadores temporeros que regresaban cada año a su casa en Italia. Una canción que cantaban los anarquistas italianos metía una frase que decía: «El mundo entero es mi país»[24]. En Europa solamente era necesario el pasaporte para entrar en Rusia.

De hecho, las rápidas mejoras en el transporte (de noticias, de mercancías y de personas) fueron en buena medida responsables de la internacionalización del anarquismo. Las líneas transatlánticas estrechaban los océanos, convirtiendo a Barcelona, Marsella y Buenos Aires en unos importantes nodos anarquistas[25]. Los anarquistas encontraron también puertos seguros en Estados Unidos, Argentina, México, Cuba, Brasil, Persia, en los territorios otomanos de los Balcanes, en China, Japón, la India, Filipinas, Egipto y Etiopía. Los anarquistas rusos operaban en Francia, Bélgica, Austria, Japón y Hong Kong, así como en Gran Bretaña. Sus contrapartidas francesas se podían localizar en España, Argentina e incluso Etiopía[26]; los anarquistas alemanes se dejaban ver en Gran Bretaña, Estados Unidos y Australia. La floreciente prensa popular de la década de 1880 se hacía eco de los atentados y de la posterior represión policial en todo

el mundo, atrayendo aún a más personas a la causa.

En Gran Bretaña, el terrorismo y la presencia (permanente o temporal) de extranjeros quedaron ligados en la imaginación popular. Durante la década de 1870, los clubes de refugiados políticos en Londres crecieron en número y, en el momento del Congreso de los Socialistas Revolucionarios y los Anarquistas en Londres, en 1881, se decía que una secreta «internacional negra» (el color venía de la bandera anarquista) estaba planeando atentados por toda Europa. Durante la década de 1880, aumentó la inmigración en Londres, especialmente a medida que los judíos huían de la persecución en el Imperio ruso[27]. El flujo constante de inmigrantes generaba xenofobia, incluso en esta cosmopolita ciudad, acentuada por el miedo de que los recién llegados pudieran convertir a los obreros británicos al socialismo o al anarquismo[28].

Los gobiernos ruso, francés, italiano, belga, y español, entre otros, contemplaban a los anarquistas de Londres con alarma y preocupación, creyendo que Londres se había convertido en el centro de una conspiración anarquista mundial. Lamentaban la tolerancia británica con la presencia de disidentes y que diera asilo a los refugiados políticos a no ser que se les acusara de un delito específico. Después del asesinato del zar Alejandro II, la Policía francesa y rusa presionaron a la británica para que adoptara una actitud más agresiva y pidieron a los políticos que aprobaran leyes más restrictivas, pero el gobierno inglés rechazó estas invitaciones, considerándolas un intento de entrometerse en los asuntos internos británicos. Los gobiernos continentales se quejaban de que las autoridades británicas se negaban a cooperar en la vigilancia de los anarquistas. Cuando en 1891 el embajador italiano enseñó con un gesto de triunfo a lord Salisbury, el primer ministro británico, una entrada para un baile patrocinado por el Autonomy Club, un local anarquista, para recaudar dinero para hacer propaganda anarquista en Italia, el italiano esperaba que el británico finalmente entendiera la gravedad de la amenaza. Pero Salisbury desdeñó el gesto y le dijo que bailar le parecía una manera muy poco probable de empezar una revolución[29].

Pero sí se les vigilaba a los anarquistas en Londres. Un Cuerpo Especial de Scotland Yard, creado en 1883 para evitar los atentados fenianos, a finales de la década de 1880, se centraba ahora en los anarquistas extranjeros de la ciudad. Como lo haría después de la Primera Guerra Mundial, este Cuerpo Especial

coordinaba la vigilancia de los anticolonialistas en Gran Bretaña, tanto en las tierras que formaban su imperio como en otros países. Los agentes se referían a sí mismos como «Cazadores de anarquistas»[30] y se infiltraban en los colectivos anarquistas. Los policías de Scotland Yard sabían bien que tenían que vigilar ellos mismos a los anarquistas más destacados de Londres y no confiar en la información que les proporcionaran los agentes, muchos de los cuales eran extranjeros intentando llegar a fin de mes. Saber que eran el objeto de vigilancia fortalecía la solidaridad y la resolución de los refugiados anarquistas que vivían en Londres, aunque la ciudad seguía siendo en general más hospitalaria que cualquier otra ciudad de Europa.

A medida que se globalizaba el anarquismo lo hacía también la cooperación internacional para vigilar a sus adeptos. Francia, Italia, España, Portugal y Bélgica fueron los primeros en firmar acuerdos formales para combatir juntos el terrorismo. Como parte de esta lucha, agentes de Policía de Francia, Italia, Rusia y otros países fueron enviados a Gran Bretaña, donde se infiltraron en los grupos anarquistas. La Policía rusa, la Okraina, abrió una oficina en París con el consentimiento del gobierno francés, para monitorizar las actividades y las publicaciones de los exiliados políticos rusos. Las embajadas y los consulados dirigían directamente estas actividades, canalizando partidas de dinero mensuales para remunerar a espías y delatores, algunos de ellos muy cultos, otros en absoluto. No faltaban candidatos.

Soho, Tottemham Court Road, Fitzroy Square y otros barrios donde se juntaban los anarquistas exiliados estaban plagados de Policía y de agentes secretos en la nómina de los países natales de los anarquistas, a veces hasta un punto absurdo, como se describe en la novela de G. K. Chesterton, El hombre que era Jueves. En esta novela, Gabriel Syme, un detective con ínfulas poéticas, se infiltra en un grupo secreto de anarquistas residentes en Londres, Los Dinamiteros Europeos. A cada uno de los líderes secretos del grupo se le conoce por un día de la semana. Todos resultan ser espías de la Policía, aunque al principio ninguno de ellos conocía la identidad real de los demás.

En las comunidades de refugiados anarquistas de Londres de principios de la década de 1890, sospechar de espías policiales se convirtió en una auténtica obsesión[31]. Como en El agente secreto, de Joseph Conrad, una novela sobre los bajos fondos del anarquismo en los callejones de Londres, era difícil distinguir a los verdaderos anarquistas de los agentes infiltrados, de los delatores o incluso de los provocadores. En la novela de Conrad, el agente Verloc, cuya

tienda es un punto de atracción para una serie de anarquistas diversos, está en nómina de una embajada, evidentemente de la rusa. Se le convoca a la embajada y se le ordena organizar, en el plazo de un mes, un atentado con bomba del cual se culpará a los anarquistas. Así que Verloc decide volar Greenwich, el lugar exacto del Meridiano de Greenwich: «Vamos a por el meridiano cero. No conocéis tan bien a las clases medias como las conozco yo. Su sensibilidad está embotada. El meridiano cero. No hay nada mejor ni nada más fácil, en mi opinión». Un atentado tan escandaloso obligaría a la Policía británica a aplastar a los anarquistas rusos de la capital.

Los anarquistas que vivían en Londres desarrollaron sus propias estrategias para contraatacar. Malatesta en su momento se inventó un código, que sustituía las letras por símbolos, para comunicarse de manera segura con sus compañeros. Puesto que prácticamente no había anarquista exiliado que tuviera asegurada la existencia, muchos miraban con sospecha a los camaradas que parecían vivir bien sin tener una fuente de ingresos clara[32]. Cuando se descubrió a un infiltrado italiano en 1889, Malatesta usó el periódico italiano en Londres para advertir al resto de los anarquistas. El anarquista italiano Rubino, en un momento dado, intentó convencer a sus colegas de que él no era un delator de la Policía afirmando que había intentado asesinar al rey Leopoldo de Bélgica con una pistola que había comprado con el dinero que le había dado un policía de incógnito que trabajaba como agente provocador[33].

Aunque a la Policía de Londres no se le permitía cooperar directamente con la Policía de otros países, en ocasiones Scotland Yard, e incluso la Policía metropolitana de Londres, trabajaba de manera informal con las autoridades de las embajadas, que habían creado una amplia red de delatores. Sin embargo, la Policía en Londres, como en París, Barcelona, Milán, Bruselas y otros principales centros europeos del anarquismo, a veces dependía de informes equivocados, exagerados o simplemente inventados por los delatores en nómina, que casualmente producían sus relatos más emocionantes cuando necesitaban un aumento de sueldo[34]. Pero los espías sí recogían información útil[35], especialmente en lo que se refiere a las publicaciones anarquistas que se introducían clandestinamente en el extranjero[36].

En último término, la Policía británica consiguió en cierto modo monitorizar las actividades de los anarquistas extranjeros que vivían en Londres[37]. Nicoll, el anarquista británico, decía que el inspector Melville, el jefe de Policía, era «un hombre realmente notable y muy astuto»[38]. Admitía que Melville estaba «en

términos de perfecta armonía con los agentes de Policía de los gobiernos extranjeros. […] Él y su panda habían pisado los talones de los refugiados extranjeros durante años». En enero de 1892, seis anarquistas fueron detenidos en Londres y en Walsall, una ciudad de West Midlands, cerca de Birmingham, después de que se descubriera una pequeña fábrica de bombas cuya producción probablemente iba a emplearse en Rusia[39]. Uno de los hombres era un francés de Bretaña, que fue atrapado en la entrada del Autonomy Club en la Windmill Street de Londres y que llevaba una bolsa de papel que contenía cloroformo; otro de los detenidos era un zapatero italiano. Aunque cuatro de los detenidos fueron sentenciados a largas penas de cárcel, otros dos hombres fueron absueltos cuando quedó claro que un agente provocador francés llamado Auguste Coulon había incitado la operación y después la había denunciado. El zapatero italiano también pertenecía al Autonomy Club. Otro poseía un panfleto titulado «Un banquete anarquista en la ópera», en el que varios anarquistas llevan una bomba a la ópera y la dejan allí después del primer acto, disfrutando después de los gritos angustiados de sus víctimas. Émile, que se encontraba en Londres en ese momento, seguramente leyó el panfleto, que se reimprimió en 1892.

Muchos anarquistas franceses, como Louise Michel, vivían en el Soho, apodado «la pequeña Francia»[40] o en la zona norte, en torno a Fitzroy Square[41]. En aquella época, Fitzroy Square no era en absoluto ese barrio elegante en el que después se convertiría (aunque entonces George Bernard Shaw vivía en el número 29, en una casa que después ocuparía Virginia Woolf). Pero era menos proletario que el cercano barrio del Soho. Había pequeñas empresas de ebanistería y tapicería, detrás y en torno a sus fachadas de estuco. El London Skin Hospital se alzaba en una de las esquinas de la plaza. Las personas pudientes habían cambiado Fitzroy Square por otras direcciones más de moda, dejando allí propiedades que se dividían y se subdividían. Los alquileres eran relativamente bajos y el barrio atraía a rebeldes políticos y artísticos. Fitzroy Square y sus alrededores, por lo tanto, se habían ganado la reputación de ser un pequeño oasis de política izquierdista y estilos de vida bohemios.

Louise Michel, la anarquista conocida como la «Virgen Roja», que había sido una dirigente de la Comuna de París, se enamoró de Londres, «donde mis amigos desterrados son siempre bienvenidos»[42]. Kropotkin quiso organizarle una conferencia, pero ella no hablaba inglés. Nada más llegar a la capital británica en 1890, abrió una escuela anarquista en Fitzroy Square para los hijos y las hijas de los refugiados políticos (duró hasta 1892, cuando la Policía descubrió unos explosivos que un compagnon había almacenado en el edificio).

Michel siempre vestía de negro en honor de los communards que habían sido masacrados en 1871.

Un periodista parisino describió a los anarquistas franceses en Londres como «una colección de pobres diablos, más menesterosos que feroces»[43]. Los compagnons se ayudaban los unos a los otros, y, como los emigrantes de cualquier ciudad, se apoyaban en sus compañeros mientras aprendían a navegar en un lugar extraño. Zo d'Axa describió la época en la que vivió en Londres, cerca de Fitzroy Square, como «vegetativa», completamente aislado de los londinenses[44]. En su experiencia «el aislamiento se sumaba a la densa tristeza de la niebla». Los afortunados encontraban trabajo en sus oficios –sastrería, ebanistería, zapatería–. Mientras estuvo en Londres, el amigo de Émile, Constant Martin, trabajó para un sastre. Algunos anarquistas franceses vendían flores para sobrevivir y se decía que había algunos trabajando para una empresa que fabricaba torpedos para la Armada Real. Unos pocos eran ladrones. Al menos dos anarquistas franceses trabajaban estafando a la gente en el negocio del vino.

Una pequeña tienda de alimentación, Le Bel Épicier, gestionada por Victor Richard, un filantrópico militante político y refugiado de la Comuna, se convirtió en el puerto de entrada y en el lugar de reunión de los refugiados anarquistas franceses[45]. Richard era algo así como una celebridad local y la Policía lo conocía bien. Vendía con orgullo únicamente judías «rojas», no las blancas «reaccionarias», en la Charlotte Street, cerca de Fitzroy Square. Algunos anarquistas franceses y dueños de tiendas vivían en esa calle, que corre paralela a Tottemham Court Road y que ahora es tan elegante. (Casi con certeza Richard fue la inspiración para Verloc, el personaje de Conrad, que vivía también cerca de Tottenham Court Road.) Al menos en una ocasión Richard dio dinero para que un anarquista buscado por la Policía pudiera salir de Inglaterra. Cerca de allí, la librería anarquista en Goodge Streeet proporcionaba un lugar de reunión a los compagnons que no tenían dinero para frecuentar los pubs.

La mayor parte de los exiliados sabían únicamente unas palabras de inglés. Malato, que acabaría por hablar inglés con mucha fluidez, recordaba el desafío de moverse por las distintas zonas de Londres armado únicamente de dos palabras inglesas, street y fish[46]. Una redada en la tienda de Richard en 1894 descubrió una lista de frases que pretendían, mejor o peor, ayudar a los anarquistas franceses a desenvolverse por Londres. Junto con los horarios del ferry, tanto de Francia como de Inglaterra, la obra de Malato, The Pleasantries of Exile, incluía la siguiente chuleta[47]:

Francés	Inglés escrito
Ma jolie fille?	My pretty girl?
Donnez-moi un shilling.	Give me a bob.
Je vous tirerai le nez.	I will pull your nose.
Je vous mettrai mon pied dans le derrière.	I will put my foot on your bottom.
Fermez ça!	Shut up!
Je vous ferai des bleus sur le corps.	I’ll make rings about your body.
Ma femme me bat.	My wife strikes me.

Londres era un punto muy importante para la distribución de la propaganda anarquista y, por lo tanto, para el alcance global del anarquismo. Los panfletos, folletos y periódicos que allí se producían permitían que los anarquistas se comunicaran más allá de las fronteras nacionales e incluso de los océanos, que se contaran noticias inspiradoras de las hazañas anarquistas de otros países y que llevaran a cabo un debate táctico. Los manifiestos anarquistas llegaban a Francia vía Londres, incluyendo la «Respuesta a los Gunners», que honraba el martirio de los anarquistas de Chicago y celebraba la destrucción del restaurante Le Véry. Los periódicos anarquistas publicados en Gran Bretaña a menudo reproducían artículos de publicaciones similares en Italia, España y Francia, especialmente de Le Père Peinard. La prensa anarquista, publicada en Londres, París, Ancona y otras ciudades, difundía la subcultura del anarquismo mediante las canciones sobre «actos» y las ejecuciones de los compagnons. La comunidad anarquista francesa en Londres manejaba recursos suficientes como para financiar la publicación de periódicos anarquistas propios, incluyendo Le Tocsin (La campana de alarma), editado por Charles Malato y La Tribune Libre[48]. L'International, otro periódico en lengua francesa, publicó únicamente ocho números en 1890, pero se las apañó para incluir un fragmento de un folleto titulado: «Guía anarquista. El manual del perfecto dinamitero».

A partir de la muy publicitada bomba de la rue des Bons Enfants, por la comunidad anarquista de Londres circulaban muchos rumores, contradictorios y a menudo absurdos. Según uno de ellos, la persona responsable del atentado ya había llegado a América, pero la Policía no se lo tomaba muy en serio. Otro anarquista afirmaba que el autor del atentado estaba ahora en un «pequeño país»[49] donde nunca se le encontraría. Un tal Wagemans, que había rechazado una oferta para convertirse en delator de la Policía, dijo confidencialmente que la persona responsable estaba escondida en un convento que gestionaba un tío suyo en una gran ciudad de la provincia inglesa, quizá Mánchester. Esto también parecía altamente improbable.

Cuando Émile llegó a Londres en noviembre de 1892 alquiló una habitación amueblada cerca de Tottenham Court Road[50]. Hablaba un poco de inglés, aunque no con facilidad. Pronto se labró una reputación de anarquista hasta la médula, «auténtico, convencido». Pasaba el tiempo entablando relación con los anarquistas de Whitechapel, donde se habían instalado muchos migrantes judíos de Europa del Este. También era conocido en los pubs en torno a Tottenham

Court Road y en el Soho. Poco después de su llegada, Émile fue con Louis Matha, con quién probablemente se estuviera alojando, al Autonomy Club. Una de sus salas lucía un retrato de Ravachol.

El Autonomy Club, fundado en 1886 por un anarquista alemán que había sido expulsado de otro grupo, tuvo primero su sede en Charlotte Street, junto a Fitzroy Square. Constaba de una sala larga y estrecha, una cocina y unos cuartos en la segunda planta. El club se trasladó enseguida a una casa más espaciosa en Windmill Street, cerca de Tottenham Court Road, y lo llevaba un anarquista que vivía allí con su familia. Tenía un restaurante donde, por una pequeña cantidad, se podía comer sopa, carne y verduras, junto con una buena porción de charla. El club, que publicaba el periódico anarquista alemán Die Autonomie, contaba con una gran sala en la que los compagnons presentaban sus obras de teatro. La venta de entradas ayudaba a financiar a las familias de los anarquistas encarcelados o huidos, así como a los más pobres, los enfermos o los partidarios de la causa que peor lo estaban pasando. Los beneficios del bar se destinaban a ayudar a los anarquistas que no podían encontrar trabajo. Al menos en una ocasión, Melville, el inspector de Scotland Yard, se las apañó para entrar en el Club.

El Autonomy Club era el cuartel general no oficial de la red informal de anarquistas extranjeros en Londres, lo que se ha llamado el «círculo en la sombra»[51]. En especial se convirtió en el centro de los exiliados anarquistas franceses. El club tenía salas suficientes como para que los compagnons se pudieran reunir por nacionalidades (aunque había clubes italianos, alemanes y escandinavos en otros lugares de esta parte de la ciudad). Esta división resulta sin duda sorprendente, teniendo en cuenta el énfasis que los escritos anarquistas ponen en el internacionalismo. Pero, como señalaba un policía francés que se había convertido en un experto en las andanzas del anarquismo en Londres, una cosa es teorizar acerca de trascender las fronteras nacionales y otra muy distinta apartarte de quienes comparten tu propia herencia, tu lengua y tu cultura. A finales de 1885, el Grupo Internacional de Lengua Francesa formaba parte del Autonomy Club originario y, dos años después, el Grupo Antipatriótico empezó a reunirse allí los lunes. Pero, por supuesto, se creaban contactos y amistades entre anarquistas de diferentes países, a pesar de las barreras lingüísticas (el francés era el idioma que mejor funcionaba como lengua común para la mayoría de la comunidad multinacional de exiliados). Por ejemplo, Martial Bourdin, un anarquista francés y miembro del Autonomy Club que, como su hermano Auguste, trabajaba como sastre de señoras cuando podía encontrar trabajo, tenía

muchos amigos anarquistas que eran italianos.

Los clubes anarquistas hacían todo lo que estaba en sus manos para acoger a los recién llegados a la poblada, nublada y fría ciudad de Londres y acostumbrarlos a su extraña comida, buena parte de la cual no podían siquiera permitirse[52]. Malato se vanagloriaba de producir vino, un toque de la tradición de su hogar (aunque tuviera que usar plátanos para hacerlo). Les proporcionaban un lugar donde hablar de política, debatir sobre los acontecimientos de su país y jugar al ajedrez o a las cartas[53]. El Autonomy Club en particular daba cobijo a anarquistas expulsados del continente, entre ellos a un defensor alemán del «derecho al robo», que acababa de ser expulsado de París y a Bob Hyppolyte, un «hombre de color»; la Policía de Londres los siguió a ambos hasta Windmill Street. En alguna ocasión, las habitaciones del Autonomy Club se transformaron en dormitorios colectivos. Era difícil encontrar provisiones para alimentarlos a todos y los arcones solían estar más vacíos que llenos.

En una ocasión llegaron unos 30 anarquistas españoles a Londres desde Buenos Aires, sin un céntimo entre todos ellos. La Policía vigiló todo su viaje desde el momento en el que atracaron en Liverpool. Se fueron juntos desde la estación de Euston hasta un club político cerca de Tottemham Court Road, donde les dieron comida y bebida y un alojamiento temporal. Después se los envió a distintos alojamientos en grupos de cuatro o cinco personas. En unos pocos meses, casi todos habían regresado a España. Sin saber nada de inglés, su estancia en Londres se les había hecho extraordinariamente difícil. Además, para la Policía y para el resto de los londinenses con los que se cruzaban, eran «una pandilla sucia, siniestra, imponente y su presencia causaba un revuelo característico entre el resto de los anarquistas, aunque no se produjeron estallidos revolucionarios».

Importantes como fueron los clubes a la hora de fomentar la cohesión social entre los anarquistas en el exilio, también alimentaron el mito de un Club de la Dinamita Internacional, con sede en Londres. En París, el comisario de la región del Sena en 1893 describía un comité central anarquista que incluía a Kropotkin, Malato y Matha, que daba órdenes a sus fieles. Kropotkin, por supuesto, tenía una fama suficiente (era amigo de William Butler Yeats y Oscar Wilde, entre otras personalidades literarias y conocía también a George Bernard Shaw) como para parecer capaz de organizar un grupo de rebeldes así. De hecho, contribuyó a la edición de 1910 de la enciclopedia británica con el artículo sobre el

«Anarquismo». La prensa británica hablaba de los clubes anarquistas como centros de conspiración, la arquitectura misma de sus lugares de encuentro era una señal de tramas malvadas: entradas complicadas que permitían observar sin ser visto a todas las personas que entraban, puertas traseras que facilitaban una huida fácil y discreta si llegaba la Policía (que sí llegaba, como en 1892 en el Autonomy Club y otra vez dos años más tarde). La creencia obsesiva de los londinenses en una trama anarquista era una extensión de la paranoia que arrasó París a principios de la década de 1890[54]. Malato describía cómo la prensa tradicional retrataba el modesto Autonomy Club haciendo que pareciera un centro de la conspiración para la revolución social. Según Malato «los periodistas, cortos de inspiración y que cobraban a destajo, estaban encantados de poder especular con el terror burgués, con conspiraciones empolladas y listas para golpear el continente, […] con la preparación de la dinamita, del cloruro potásico, de la nitrobencina, el rackarock[55] y la pólvora verde». En un momento de desarrollo tecnológico vertiginoso, al público le fascinaban las maravillas de la ciencia pero, al mismo tiempo, le inquietaban los peligros que podían acechar en ellas. En 1892, el año de las bombas de Ravachol, The Morning Post afirmaba que 400 «desparatos [sic], ladrones, falsificadores y asesinos» franceses se habían colado en Inglaterra. ¿Su objetivo? Matar a todos los ricos no solamente de Londres, sino de toda Gran Bretaña, ahogándolos en cloroformo. Una revista de Londres describía la llegada en 1892 de un anarquista francés adinerado que iba a dar una charla en un club anarquista. Parece ser que había dicho que había anarquistas viviendo junto a prácticamente todos los edificios gubernamentales de Europa y que estaban planificando emplear nuevas y terribles máquinas mortíferas, inventadas por uno de los suyos y listas para explotar de manera que los perpetradores tuvieran tiempo de escapar. La prensa exageraba el número de mujeres presentes en los clubes anarquistas, dando a entender que muchas de ellas eran prostitutas responsables de la oleada creciente de sífilis que aparentemente estaba afectando a los varones anarquistas.

El periodista francés Henri Rochefort –un provocador y arrogante antisemita que se complacía en su papel de «príncipe de la prensa basura»– vivía también en Londres[56]. (Rochefort creó una parodia de lo que podría considerarse una «constitución anarquista». Artículo 1: Ya no hay nada. Artículo 2: Nadie se encarga de defender el artículo anterior.) Se había visto obligado a exiliarse por el papel que había desempeñado en el asunto Boulanger de 1889, cuando parecía que el apuesto general Georges Boulanger había estado a punto de derrocar la República e instaurar una dictadura militar. Rochefort había sido corresponsal de

L’Intransigeant, el periódico boulangista. Aunque a veces no era fiable, sí ofrecía una valoración perspicaz de los anarquistas de Londres, por quienes sentía algún respeto y, en ocasiones, incluso afinidad. Entendía que los parisinos, entre otros europeos, creían que Londres era el centro de un movimiento anarquista mundial. Pero Rochefort decía: «Es un completo error. Los anarquistas en Londres nunca se han constituido en sociedades secretas. Conservan su total independencia y se reúnen únicamente en pequeños grupos, a la vez que todo tipo de personajes se congregan bajo su bandera».

Poco después de llegar a la capital británica en noviembre de 1892, Émile empezó a ser conocido como el protagonista de la explosión en la comisaría de Policía de la rue des Bons Enfants. Parece que dejaba claro que tenía la intención de volar varios lugares públicos de París. Los «asociacionistas» («fraternistes») pensaban que estaba «loco», como también lo estarían algunos anarquistas que reverenciaban a Ravachol[57]. La presencia de Émile en Londres agudizó la hostilidad entre quienes rechazaban la «propaganda por los actos» y quienes querían agitar poniendo bombas. Así pues, el debate apasionado desencadenado por los actos violentos de Ravachol y por su ejecución continuaba en Tottenham Court Road y Fitzroy Square, en francés, alemán, holandés, flamenco, español, ruso e italiano. Un detective londinense recordaba bien a Émile, especialmente su audacia y arrogancia[58]. Quienes lo conocían intuían que terminaría en la guillotina. Aunque esta conjetura pudiera haber frenado a cualquiera, en la opinión del detective, Émile no era ni siquiera consciente de sus actos. Era tan inquieto y volátil como un niño callejero parisino. En otros momentos, era tímido e insolente, como un niño grande.

Émile se convirtió en uno de los favoritos del Autonomy Club, donde los «individualistas», cuya causa Émile había defendido en su carta de L’Endehors atacando a Malatesta, lo adoraban. Allí se reunía un grupo francés, Iniciativa Libre, y acusaron al tendero Richard y a sus amigos de ser unos «asociacionistas» blandos. Los miembros de Iniciativa Libre sacaban panfletos en francés en los que atacaban con dureza a sus compañeros anarquistas que no estaban de acuerdo con el uso de la violencia. Tras la ejecución de Ravachol, las reuniones en el club se volvieron tan tormentosas que Charles Malato decía, no sin cierta ironía, que no se diferenciaban mucho de las del Congreso de los Diputados.

Para la Policía, no obstante, la mayoría de los miembros de ese club parecían encajar en una única categoría general, «extranjeros de la más baja estofa», entre los cuales había anarquistas dispuestos a emplear las bombas para propulsar su causa. La Policía había establecido un perfil del típico dinamitero. Era un «individuo solitario y fanático que ha reflexionado y ha sentido los defectos de la sociedad contemporánea de una forma que lo ha conducido a la locura»[59]. Invariablemente les contaría únicamente a dos o tres amigos sus planes para desencadenar una explosión. Después llevaría a cabo su plan «con una compostura y audacia inaudita». Incluso si era consciente de que su acción podía costarle el supremo sacrificio, nunca se echaba atrás: «camina hacia la muerte con valor y sin remordimientos».

En noviembre de 1892, más o menos en el momento en el que Émile llegó a Londres, la Policía francesa en esa misma ciudad estaba vigilando a la novia de un tal Pomati, que recibía cartas de Fortuné y Émile, así como de Constant Martin, desde París. Ahora estaba quedando con Émile y Martin, juntos en Londres. Los hermanos Henry habían subido muchos puestos en la lista de los potenciales sospechosos de poner bombas que manejaba la Policía de París; se les consideraba «audaces y decididos y en situación de estar preparando un atentado». Estos policías sabían también que Émile era aficionado a la química, que podía fabricar explosivos y que era «más templado y experimentado que su hermano».

Casi de manera inevitable, unos pocos compagnons en Londres sospechaban que Émile pudiera ser un delator de la Policía. Martin señalaba incluso a un anarquista que acababa de llegar a entrevistar a Louise Michel en la tienda de Richard. El compagnon conocía a Émile y le dijo a Richard que le diera recuerdos porque había trabajado con él e «incluso eran bastante amigos»[60]. Richard contestó que no conocía a Émile Henry, lo que parecía bastante improbable.

De hecho, por una vez, Richard estaba deseoso de conocer a quien había volado con una bomba la comisaría de la rue des Bons Enfants. Un anarquista llevó a Émile a la trastienda del establecimiento, un lugar que Émile había evitado pisar justamente porque la Policía vigilaba quién entraba y salía de allí. Richard estaba tan contento con lo que había hecho Émile que le dio 300 francos «para mostrar su satisfacción y su deseo de que siguiera con su trabajo»[61]. Según el relato, Émile se indignó porque la cantidad era muy pequeña.

Mientras tanto, los policías franceses se estaban acercando a Émile. Un delator anarquista ofrecía dar información acerca de él a cambio de dinero. Ese hombre era, casi con toda certeza, quien había enviado la carta a Dupuy desde Orleans. Ahora quería 500 francos a cambio de la carta de Émile. La Policía quería saber si Émile estaba «implicado en el asunto» de la rue des Bon Enfants. La respuesta del delator fue un rotundo sí. Había sabido desde el sábado anterior al atentado que este se iba a producir.

El «traidor» también reveló que Émile solía mantener un perfil bajo y que normalmente evitaba a los más destacados anarquistas en Londres[62]. Martin había intentado ocultarle a Richard los detalles de la huida de Émile, porque su tienda estaba permanentemente vigilada. Y claramente Émile no estaba en Inglaterra únicamente para zafarse del servicio militar, si fuera así le bastaría con quedarse en Londres en lugar de viajar hasta América, que era lo que había mencionado a su «amigo». El delator recordaba a la Policía el inmenso riesgo que estaba asumiendo, porque si determinados compagnons se enteraban de su traición no duraría mucho en este mundo. Para demostrar que estaba bien informado, proporcionaba el número de la calle en el que se escondía el anarquista francés Gustave Mathieu bajo el nombre de Dumont (no se acordaba del nombre exacto de la calle, solo que estaba cerca de Oxford Street).

Rochefort tenía su propia opinión sobre la implicación de Émile en el atentado:

¡Bueno! Aunque era hijo de un antiguo miembro de la Comuna, tenía tan poco contacto con el partido anarquista que nadie se creía su historia y se la recibía como la bravata de un jovencito o como una historia inventada para que, quienes fueran tan idiotas como para darle crédito, le dieran algo de dinero. Yo recuerdo a Malato que me decía un día: «Hay un tipo que va por todas partes diciendo que es el autor de la explosión de la rue des Bon Enfants; le está tomando el pelo a la gente»[63].

Mientras la Policía francesa investigaba a Émile, los anarquistas centraban su atención en España, donde su movimiento había crecido durante la década de 1870, especialmente en Barcelona (que llegó a ser conocida como «la ciudad de las bombas») y en Andalucía. Unos 4.000 trabajadores de los viñedos habían

entrado en la ciudad de Jerez para liberar a 157 anarquistas detenidos el año anterior. La Guardia Civil española respondió como si esta acción fuera una insurrección en toda regla. Los guardias detuvieron, golpearon y torturaron a muchos anarquistas, a quienes acusaban de pertenecer a una sociedad secreta conocida como la Mano Negra. Cuatro hombres que habían confesado bajo tortura haber planificado la insurrección fueron ejecutados por garrote vil en Jerez el 10 de febrero de 1892. Esas ejecuciones encolerizaron y preocuparon a Émile.

Como respuesta, un anarquista llamado Paulino Pallás, que antes había viajado con Malatesta, arrojó dos bombas al paso de un general español, matando a un soldado y a cinco civiles, pero no al oficial. Pallás fue también ejecutado. La venganza no tardó en llegar. El 7 de noviembre de 1893 un anarquista arrojó dos bombas, compuestas de fulminato de mercurio, desde un palco hasta el piso principal del elegante Teatro del Liceo de Barcelona durante una representación de Guillermo Tell, matando a 22 personas y causando heridas a otras 50. La Policía detuvo a cientos de conocidos anarquistas, acusándolos de conspiración y ejecutó a cuatro. La Policía española arrestó dos meses después al autor de las bombas, Santiago Salvador. A pesar de alegar que se había convertido al catolicismo, un esfuerzo de último momento para salvar la vida, fue ejecutado en 1894.

Atentados similares habían ocurrido también en Estados Unidos. Allí, Alexander Berkman, quien había migrado cinco años antes, trató de asesinar a Henry C. Frick, director de la Compañía de Acero Carnegie, contra la que se había producido una violenta huelga en Homestead, Pennsylvania, en 1892. En enero de ese mismo año, los anarquistas planearon, pero no llevaron a cabo, atentados simultáneos en París, Londres y Berlín.

Malato, que llevaba en Londres desde su condena en 1890 en Francia, señaló que Émile experimentó un cambio radical en aquel momento: «Las bombas de Barcelona lo hipnotizaron: en lo único que pensaba era en asestar un golpe y morir»[64]. «Hoy es el aniversario de la lección de baile», dijo, aludiendo a la explosión de la rue des Bon Enfants. Estaba orgulloso de haber matado a cinco enemigos. Malato añadía: «Se crecía ante sus propios ojos; se decía que su papel de ángel vengador no había hecho más que empezar».

El 21 de diciembre de 1892 dos hombres se presentaron en una posada de la aldea normanda de Fiquefleur-Équainville[65], en el estuario del Sena, a unos 8

kilómetros de Honfleur. Uno de ellos se presentó como un hombre de negocios inglés, que quería montar una fábrica. Ambos preguntaron por propiedades e industrias locales. Una semana más tarde se les unió otro hombre, y los tres expresaron su interés por una propiedad cuya dueña era una rica anciana llamada Postel. Se presentaron en la misa de Año Nuevo, una de las escasas ocasiones en las que la anciana salía de su casa, donde vivía acompañada de un criado. Entonces, la noche del 7 de enero, esos mismos tres hombres, con estiletes, entraron en la casa de la señora. Con largos abrigos negros y enmascarados, redujeron a la mujer aplicándole un producto químico con un pañuelo y después la ataron a ella y a su criado. Antes de marcharse obligaron a la mujer a darles las llaves de la caja fuerte y se llevaron más de 1.000 francos, algunas joyas y recibos del depósito en un banco local de objetos por valor de unos 800.000 francos (esos papeles, por supuesto, no tenían ningún valor). El 16 de enero la mujer recibió una carta amenazadora, que le pedía enviar 30.000 a la tienda de Victor Richard en Charlotte Street de Londres; en el sobre metieron algunos de los recibos. Una segunda carta, escrita cinco días más tarde, reflejaba un cierto pánico por parte de los ladrones, puesto que implicaba que se conformarían con una suma menor.

Más tarde habría quien declararía que había visto a Émile en Fiquefleur, haciéndose pasar por un comerciante inglés. El segundo hombre podría haber sido León Ortiz y el tercero Gustave Mathieu, pero es más probable que fuera Placide Schouppe (los dos tenían un aspecto muy parecido). Schouppe estaba implicado en otro robo en la ciudad de Abbeville, y había sido detenido en Bruselas a final de mayo. Es posible que Émile escribiera la carta de extorsión; su amigo, el anarquista nacido en Egipto Alexandre Marocco, un tratante londinense de objetos robados, probablemente estuviera implicado, aunque no en el robo mismo. Matha, que en aquel momento se encontraba en Londres, al menos estaba al corriente. La lista de sospechosos era larga.

Unos meses más tarde, en febrero de 1893, parece que Émile estaba de vuelta en París[66]. La Policía se enteró de que se había reunido con el tipógrafo anarquista Achille Étievant en un bar de Clichy. Sospechaban que ambos estaban planeando un nuevo atentado con dinamita, tal vez con los explosivos que habían sido escondidos por allí cerca, cuando el compagnon Francis fue juzgado en el Tribunal de Assize en abril de 1893 por la voladura de Le Véry.

Se corrió la voz entonces de que Étievant y otro anarquista tenían el plan de volar el Acuario, la cámara de diputados del Palacio Borbón. Supuestamente en

contacto con diversos grupos de anarquistas revolucionarios, Émile le había contado a alguien que estaría en París hasta el 1 de Mayo y que después regresaría a Inglaterra. La Policía sabía que su madre vivía en Brévannes, en la avenue de la Planchette, y pensaba que Émile iba de vez en cuando a visitarla. Pero no se filtró nada acerca del paradero de Émile en ninguno de los grupos anarquistas en los que se había infiltrado la Policía. Seguramente se alojaba en casa de algún compañero de clase de la escuela Jean-Baptiste Say.

En marzo de 1893 la Policía creía que Émile había regresado a Londres. Pero se equivocaban. Dos meses más tarde, Gustave Babet, un zapatero anarquista que vivía en el centro de París, un propagandista habitual y un amigo íntimo de Ravachol, le dijo a un miembro de la Policía secreta que el «asunto» de la rue des Bons Enfants había sido obra de Émile. Además, afirmaba haber sabido que se iba a producir el ataque y que había sido una mujer a la que él no conocía la que había depositado la bomba. En abril Émile figuraba en una lista de quienes parecían dispuestos a «llevar a cabo actos criminales».

A principios de ese mes, Émile fue a visitar a su rica y conservadora tía, la marquesa de Chamborant, en Passy. Parecía tranquilo, pulcro, afeitado y bien vestido, con un abrigo, chaqueta y pantalones negros y con una camisa blanca de cuello duro. Le pidió 500 francos, según dijo, para empezar un pequeño negocio. Un hombre llamado Duthion, entonces al servicio de la marquesa, diría más tarde que pareció abatido cuando salió de la casa con las manos vacías.

Entonces Émile se fue a Bruselas y se quedó allí hasta el 1 de Mayo. En aquel momento los obreros belgas organizaban unas marchas multitudinarias para reclamar el derecho al voto. Cuando el 11 de abril el parlamento rechazó una ley de sufragio universal masculino, el Partido de los Trabajadores de Bélgica declaró la huelga general[67]. El movimiento se expandió rápidamente. Grupos pequeños, compuestos entre otros por anarquistas, rompieron los escaparates del centro de Bruselas, enfureciendo a los comerciantes y al público en general. Se declaró el estado de sitio y los gendarmes cargaron contra los obreros con la espada desenvainada. El Ejército mató manifestantes en dos ciudades belgas. ¿Acaso iba a empezar la revolución en Bélgica? El 18 de abril el Parlamento belga ofreció una solución de compromiso, un sistema engorroso de sufragio plural, que concedía votos extra a los padres de familia, a diversos votantes «cualificados» y a los varones que tuvieran propiedades. Muchos obreros no quedaron satisfechos.

Viviendo bajo el nombre de Martin o Meurin en un hotel en una calle principal del suburbio de Saint-Gilles, Émile diría más tarde que había tomado parte activa en las luchas de Bruselas, de hecho disparando una pistola, y que le sorprendía no haber sido arrestado. Aunque el sufragio universal masculino no era una causa anarquista, Émile apoyaba cualquier acción, como las revueltas en Bélgica, que pudiera en último término contribuir a la revolución. Su probable presencia allí subraya el carácter internacional del anarquismo. Envió a Le Père Peinard un artículo de un periódico de Bruselas que denunciaba la «traición» de los socialistas belgas por haber cedido. A finales de abril regresó al hotel y descubrió que un policía francés había estado haciendo preguntas sobre él. Se fue inmediatamente a París, llegando a tiempo para asistir a las manifestaciones del 1 de Mayo.

Entre el 20 de mayo y el 12 de julio de 1893, Émile vivió en una diminuta habitación en el boulevard Morland, entre la Bastilla y el Sena, adoptando el nombre de Louis Dubois. Aparentemente estaba aprendiendo el oficio de cerrajero en el Marais, pero no aprendió nada. Cuando Félix Fénéon llevó a Émile a su casa para presentarle a su madre, este llevaba una caja de herramientas. La madre de Fénéon exclamó: «¡No me habías dicho que era un artesano!»[68]. Émile llevaba un precioso bastón nuevo, que casi seguramente habría robado a un hombre rico. La señora Fénéon comprendía que estaba sin blanca, pero en cualquier caso expresó su alarma por el robo. En cualquier caso, el hecho de que Émile deseara algo tan burgués como un bastón refleja una identidad claramente en conflicto, incluso aunque viviera entre anarquistas empobrecidos.

En París, de vez en cuando Émile se quedaba en la lechería de Constant Martin, a pocos pasos de la Bolsa. Allí Martin parecía ser el instigador y el organizador principal de robos, así como el receptor de la mercancía robada, especialmente de joyas y piedras preciosas que podían dejarse allí fácilmente. Pero Émile proclamaba con orgullo que él no era un ladrón, siempre que se pasara por alto que le hubiera birlado un buen bastón a un hombre rico[69].

Un amigo de la familia, Charles Brajus, un bretón que cosía gorras, con quien se habían alojado en una ocasión Émile, su madre y su hermano pequeño, vio a Émile en París a principios de julio de 1893[70]. Aquel mes, durante las manifestaciones estudiantiles en el Barrio Latino, un inspector de Policía lo reconoció. Más tarde Émile despreciaría los tumultos causados por los estudiantes, pero admitió que le había tentado lanzar una bomba a un grupo de

policías que habían aparecido por allí. El 12 de julio dejó su cuarto del boulevard Morland sin pagar el alquiler. A finales de ese mes se le vio varias veces en Londres.

A principios de agosto de 1893, un anarquista no identificado llegó a Londres procedente de París. Pidió tubos químicos que pudieran usarse para hacer bombas. Quería cuatro, de un diámetro entre 12 y 15 centímetros, dos de los cuales pudieran dividirse a la mitad con una plata de cobre, con un agujero por el que se pudieran añadir ácidos. Un material así podría usarse para hacer «bombas de inversión», aparentemente con destino a diversas instituciones financieras parisinas. Al margen de su informe policial, que detallaba las pesquisas del anarquista, el detective había escrito, «¿Émile Henry?»[71].

A finales del verano, «Thanne», un policía secreto parisino, concluía que Émile sin duda había sido el autor de la bomba que había volado la comisaría de Policía de la rue des Bons Enfants y que Bonnard, conocido como Père Duchesne, había sido cómplice y había presumido de ello. Thanne creía que la cantante anarquista Adrienne Chailley había sido la mujer a la que el estudiante de Derecho había visto en las escaleras. Ahora parecía haber renunciado al anarquismo, con la esperanza de no suscitar más sospechas. Un informe de la Policía francesa del 22 de agosto de 1893 decía que Émile se había ido a Londres con Matha. En otoño Émile estaba de vuelta en Londres con Matha en el Autonomy Club y se le podía ver paseando con Marocco en Dean Street casi cada día[72]. La última vez que se le vio en la capital británica fue a primeros de diciembre de 1893.

En París, el 13 de noviembre de 1893, un joven zapatero anarquista procedente de los Alpes llamado Léon-Jules Léauthier estaba desesperado y sin un céntimo[73]. Fue a un buen restaurante parisino, el Marguery, y se dejó allí todo el dinero que tenía en una opípara comida que incluía codornices, vino macônnais y champán. El obrero de 19 años después se levantó de un salto y hundió un cuchillo en uno de los atildados comensales, hiriendo de gravedad a un hombre que resultó ser el embajador serbio en Francia. El día antes del ataque, Léauthier había escrito a Sébastien Faure que, antes que morir de hambre o suicidarse, mataría a una persona opulenta: «No estaría atacando a una persona inocente si ataco al primer burgués que se cruce en mi camino»[74]. En el juicio explicó que «estaba al límite de sus recursos. No quería vivir sometido. Me fijé en un burgués de apariencia altiva y pomposa y le metí el cuchillo por la garganta».

La Policía intensificó su campaña contra el anarquismo[75]. Hicieron registros, incautaron periódicos (franceses y extranjeros), detuvieron a gente sin motivos o con motivos mínimos e intimidaron a los patronos para que despidieran a sus empleados anarquistas. Los jueces usaron las leyes vigentes para expulsar del país a los extranjeros, incluyendo a los alemanes, austriacos, belgas, italianos y españoles. La operación había reducido en buena medida el número de reuniones anarquistas conocidas y una serie de militantes clave se fueron a Londres, debilitando algunas organizaciones. Los anarquistas ya no se reunían en grandes grupos, donde los agentes de Policía de incógnito o los delatores podían informar de lo que se hablaba allí. Dándose cuenta de esto, la Policía centró su atención en los compagnons que abrazaban la «iniciativa individual», como Émile. Esos eran los que se les escurrían en las sombras. La Policía seguía vigilando la lechería de Martin y, en Brévannes, À l'Esperance. La señora Henry no había recibido ninguna carta y sus idas y venidas parecían perfectamente normales. ¿Dónde estaba su hijo mediano, Émile?

[1] R. Trempé, Les mineurs de Carmaux, 1848-1914, I, París, 1971, pp. 323-324 y 401-407, y II, pp. 551-571; J. W. Scott, The Glassworkers of Carmaux: French Craftsmen and Political Action in a Nineteenth-Century City, Cambridge, Mass., 1974, pp. 91, 112-116, 130-135 y 139-142.

[2] É. Zola, Germinal, Nueva York, 2004, p. 144 [ed. cast.: Germinal, Madrid, Akal, 2017].

[3] Joll, The Anarchists, op. cit., p. 118.

[4] A.-L. Zévaès, «Sous le signe de la dynamite: Émile Henry», Vendémiaire, 30 de diciembre de 1936 y 6 de enero de 1937.

[5] L'Écho de Paris, 26 de febrero de 1894; Ba 1115, 1 de diciembre de 1892 y 13 de febrero de 1894.; Ba 140, informes policiales, 9 y 12 de noviembre de 1892; F7 12516, 8 de noviembre de 1892; Le Figaro, 15 de marzo de 1894; Varennes, De Ravachol, op. cit., pp. 221-223.

[6] Bulletin Municipal Officiel, 12 de noviembre de 1892; Ba 1115, informe policial 11 de noviembre de 1892.

[7] Zévaès, «Sous le signe», op. cit.; Ba 1115, 22 y 26 de noviembre de 1892,

esta última una copia de la carta de Henry a Dupuy.

[8] Ba 140, informes policiales del 9, 10 y 12 de noviembre de 1892; Ba 1115, 12 de abril de 1894; Le Journal, 17 de febrero de 1894; Ba 1115, 22 de noviembre de 1892. Dejó su cuarto en el Quai de Valmy el 31 de octubre.

[9] Ba 1115, 22-23 de noviembre de 1892.

[10] Ba 1115, 22 de noviembre y 1 de diciembre de 1892.

[11] Ba 140, «Individus signalés comme ayant pu participer à l'explosion de la rue des Bons Enfants»; telegrama, 8 de noviembre de 1892, 11:55; informes policiales del 10, 11 y 23 de noviembre de 1894; 4M 582, comisario especial, 20 de marzo de 1895.

[12] Ba 77.

[13] F7 12504, F7 12516, 9 de noviembre de 1892, 11 de abril de 1893 y 27 de abril de 1894.

[14] Langlais, Le Père Peinard, op. cit., pp. 111-114.

[15] F. O'Squarr, Les coulisses de l'anarchie, París, 1892, pp. 34-35.

[16] F7 12512, 8-11 de noviembre de 1892.

[17] Ba 1115, informes policiales, 14-16, 18 de diciembre de 1892.

[18] Ba 1115, «Zob», 21de diciembre de 1892, copia de la carta de Émile del 7 de diciembre; «Léon», 17 de febrero de 1894.

[19] Ba 1115, informe de «Zob», 21 de diciembre de 1892.

[20] C. Bantman, «French Anarchist Exiles in London Before 1914» (disertación no publicada, Université de Paris XIII, 2007), pp. 251-252, basa esta cifra en los cálculos de Charles Malato.

[21] DiPaola, «Italian Anarchists», op. cit., pp. 34-47, 89-91; L'Éclair, 3 de marzo de 1894, entrevista con el inspector Melville, que cifra a los anarquistas franceses en unos 1.000; J. Sweeney, At Scotland Yard: Being the Experiences

During Twenty-Seven Years of Service of John Sweeney, Londres, 1904, p. 243.

[22] Ibid., pp. 219-224; Commonweal, 25 de noviembre de 1893.

[23] Rapoport, «The Four Waves», op. cit., pp. 46-73.

[24] Agradezco a Carl Levy que me aportara esta cita.

[25] Rapoport, «The Four Waves», op. cit., pp. 2-3.

[26] Sweeney, At Scotland Yard, op. cit., pp. 278-279.

[27] R. Bach Jensen, «The International Campaign Against Anarchist Terrorism, 1880-1914/1930s», op. cit., p. 10.

[28] Véase M. Collyer, «Secret Agents: Anarchists, Islamists, and Responses to Politically Active Refugees in London», Ethnic and Racial Studies 28, 2 (marzo de 2005), pp. 278-303, señala la asociación del anarquismo en Londres con la inmigración judía (p. 280); Bantman, «French Anarchist Exiles», p. 414.

[29] DiPaola, «Italian Anarchists», op. cit., p. 15.

[30] Sweeney, At Scotland Yard, op. cit., p. 204.

[31] Bantman, «French Anarchist Exiles», op. cit., pp. 298-300.

[32] Ba 140, informes policiales, 9 de noviembre de 1892, 26 de marzo de 1893, 21 de febrero y 26 de marzo de 1894; Le Gil Blas, 16 de febrero de 1894.

[33] P. DiPaola, «The Spies Who Came in from the Heat: The International Surveillance of the Anarchists in London», European History Quarterly 37 (2), pp. 192-193.

[34] Véase R. Cobb, The Police and the People: French Popular Protest, 1789-1820, Nueva York, 1972.

[35] DiPaola, «Italian Anarchists», op. cit., p. 257.

[36] H. Oliver, The International Anarchist Movement in Late Victorian London, Londres, 1983, p. 79; F7 12518, «Les Dynamitards aux Panamitards», impreso en Londres, confiscado el 19 de diciembre de 1893; Bantman, «French Anarchist

Exiles», op. cit., pp. 15-17.

[37] D. Kalifa, Crimes et culture au XIXe siècle, París, 2005, p. 12.

[38] Sweeney, At Scotland Yard, op. cit., p. 226.

[39] Ibid., pp. 209-220.

[40] Bantman, «French Anarchist Exiles», op. cit., p. 260.

[41] H. David, The Fitzrovians, Londres, 1988, pp. 81-82, 85, 88-89; M. Pentelow y M. Row, Characters of Fitzrovia, Londres, 2001, p. 8; W. Besant, London North of the Thames, Londres, 1911, p. 406.

[42] Pentelow y Row, Characters of Fitzrovia, op. cit., p. 50; Oliver, The International Anarchist Movement, op. cit., pp. 64-65; Bantman, «French Anarchist Exiles», op. cit., p. 334.

[43] J. C. Longoni, Four Patients of Dr. Deibler: A Study in Anarchy, Londres, 1970, p. 146, citando Le Figaro, 17 de febrero de 1894.

[44] Bantman, «French Anarchist Exiles», op. cit., p. 301.

[45] Ibid., p. 47; Fitzgerald, «Émile Pouget», op. cit., pp. 254-260; Ba 1504: 17 de octubre de 1894 (Z.1.); Bantman, «French Anarchist Exiles», op. cit., p. 260. Véase también J. Maitron, De la Commune à l'anarchie, París, 1894, p. 276.

[46] Ch. Malato, Les joyeusetés de l'exile, Ossas-Suhare, 1985, p. 31.

[47] Malato, Les joyeusetés, op. cit., pp. 174-175.

[48] Malato, «Some Anarchist Portraits», op. cit., p. 331.

[49] Ba 1115, «Z no. 2», 25 de diciembre de 1892.

[50] Ba 1115, «Zob», 21 de diciembre de 1892; Ba 1509, 16 de septiembre de 1894; Bantman, «French Anarchist Exiles», p. 258.

[51] El término «círculo en la sombra» es de George Woodcock; Bantman, «French Anarchist Exiles», op. cit., pp. 18-22 y 210-211; Sweeney, At Scotland Yard, op. cit., p. 216; Ba 1509, 25 de enero de 1894.

[52] Malato, Les joyeusetés, op. cit., pp. 45-46 y 96, añadiendo que «tan amarga era la vida en esta pequeña república anarquista que quienes la formaban únicamente tenían un deseo: marcharse»; DiPaola, «Italian Anarchists», op. cit., pp. 220-231; National Archives of Britain, HO 144/587/B2840C, informe policial del 15 de septiembre de 1892.

[53] M. Bookchin, The Spanish Anarchists: The Heroic Years, 1868-1936, San Francisco, 1998, pp. 107-108; Oliver, The International Anarchist Movement, op. cit., pp. 84-85. La bomba en el Liceo, por supuesto, puede considerarse como un momento originario o al menos definitorio de los orígenes del terrorismo moderno.

[54] J.-P. Machelon, La République, op. cit., p. 405, citando a P. Boilley, «L'idée anarchiste», Revue Bleue, 23 de diciembre de 1893, p. 406; O'Squarr, Les coulisses, op. cit., pp. 34-35, 97, 104-105, 116-118 y 294; G. Blond, La grande armée du drapeau noir: Les anarchistes à travers le monde, París, 1972, pp. 217-218; Ba 1115, 30 de diciembre de 1892; Varennes, De Ravachol, op. cit., p. 7.

[55] Explosivo compuesto de una mezcla estequiométrica de oxidantes y combustible que se mezcla justo antes de su detonación [N. de la T.].

[56] H. Rochefort, The Adventures of My Life, vol. 2, Londres, 1896, pp. 400-401.

[57] Bantman, «French Anarchist Exiles», pp. 213, 285 y 294-295. Gracias también a Carl Levy.

[58] Ba 1115, Z.2 desde Londres, 21 y 25 de diciembre de 1892.

[59] Ba 77, 11 de agosto de 1892; Ba 1509, 16 de septiembre de 1894, «Diabolical Plots: Their Organization and Execution», escrito por un inspector de la Policía londinense.

[60] Ba 1115, «Zob», 6 de diciembre de 1892.

[61] Ba 1504, Z.1, 17 de octubre de 1894.

[62] Ba 1115, carta de Orleans, 8 de diciembre de y de [borroso] Lacalee [?] o quizá Zévaco, 10 de diciembre de 1892.

[63] Rochefort, The Adventures, op. cit.

[64] Malato, «Some Anarchist Portraits», op. cit., pp. 331-332.

[65] Ba 1115, 27 y 28 de marzo y 2 de mayo de 1894; Ba 1503, 26 de enero, 2, 17, 27 de febrero, 13 de marzo, 8, 15 de abril, 27 de mayo y 1, 9, 27 de junio de 1893, Radical, 4 de mayo de 1894; Ba 1503, «Léon», 15 de abril de 1894.

[66] F7 12516, informe del 11 de abril de 1893; Ba 1115, Ministerio del Interior, febrero y marzo de 1893, informe policial, 14 de abril, «Thanne», 16 de agosto y 2 de septiembre; informe policial, 26 de octubre (o diciembre) de 1893; Ba 1085, informes del 14 de octubre de 1892, 25 de septiembre y 8 de diciembre de 1893, 24 de febrero y 13 de marzo de 1894, y La Révolte, 3 de diciembre de 1892; Ba 1115. Int. 20 de febrero, 14, 21 y 25 de marzo, 12 y 21 de abril de 1893; F7 12516, 11 de abril y Ba 1115, 14 de abril de 1893; Ba 1115, informe policial, 23 de mayo de 1893; «Thanne», 24 de marzo de 1893; Ba 1115, Duthion, 17 de febrero.

[67] Ba 1115, informe de Pratz y Thiéry, 21 de febrero de 1894; Le Journal, 27 de febrero de 1894; Longoni, Four Patients, op. cit., p. 152; F. van Kalken, Commotions populaires en Belgique, 1834-1902, Bruselas, 1936, pp. 133-140; J. Polasky, The Democratic Socialism of Émile Vandervelde: Between Reform and Revolution, Oxford, 1995, pp. 27-29; E. H. Kossmann, The Low Countries, 1780-1940, Oxford, 1988, p. 344; J. Destrée y É. Vandervelde, Le socialisme en Belgique, París, 1903, pp. 146-151; L. Bertrand, Histoire de la démocratie et du socialisme en Belgique depuis 1830, vol. 2, Bruselas, 1907, pp. 491-494.

[68] Halperin, Félix Fénéon, op. cit., p. 394.

[69] Ba 1503, 16 de junio de 1893.

[70] Ba 1115, informe policial, 15 de febrero y 4 de marzo de 1894; Ba 78, 6 de julio de 1893.

[71] Ba 1115, 7 de agosto de 1893 y 8, 9 y 10 de febrero de 1894.

[72] Ba 1115, 3 y 6 de agosto, «Thanne», 2 de septiembre 1893; Z.6, 18 y 19 de agosto, Ba 1509, 12 de enero de 1894, «Populo».

[73] Ba 1115, «Z.6», Londres, 16, 18 y 22 o 23 de agosto y 2 de septiembre de

1893; «Z.6», 6 de agosto de 1893; 26 de octubre (o diciembre) de 1893; Ba 1085, informe del 14 de octubre de 1892, 25 de septiembre y 8 de diciembre de 1893; 24 de febrero y 13 de marzo de 1894; y La Révolte, 3 de diciembre de 1892; Ba 1509, «Z.6», 19 de febrero de 1894. Francis le dijo a la Policía que Henry seguía aún en Londres a principios de septiembre. Ba 1503, 23 de noviembre de 1893.

[74] Varennes, De Ravachol, op. cit., pp. 165-175; M. Garçon, Histoire de la justice sous la IIIe République, I, París, 1957, p. 233; Sonn, Anarchism and Cultural Politics, op. cit., pp. 121-122, citando L'Éclair, 18 de diciembre de 1893 y p. 256.

[75] Ba 77, lista de anarquistas, 1 de abril de 1892, etc., 23 de marzo y 11 de agosto de 1892; Ba 1115, informe policial, 3, 16, 18, 21 y 23 de agosto de 1893; «Z.6», 19 de agosto de 1893; Ba 1509, «Z.6», 19 de febrero de 1894. Un informe decía que Matha había regresado a Londres el 19 de agosto procedente de París, «donde había dejado al hermano de Fortuné».

VI. DOS BOMBAS

El 9 de diciembre de 1893, Auguste Vaillant, un obrero en paro desesperado por no ser capaz de alimentar a su familia, arrojó una pequeña bomba dentro del Congreso de los Diputados[1]. Vaillant había nacido en las Ardenas, junto a la frontera belga en 1861 y su padre lo había abandonado a los 10 años. Entró como aprendiz con un pastelero, que le despidió cuando un día que Auguste tenía hambre horneó un bollo para sí mismo. Trabajó un tiempo en un aserradero y durante un breve tiempo como peón demoliendo una muralla en Charleville. Después lo detuvieron por comer en un restaurante y no poder pagar. Cuando tenía 12 años, una tía suya lo metió en un tren hacia Marsella, pero sin billete. Fue detenido de nuevo y su padre, que era gendarme en la isla de Córcega, pagó la multa de 16 francos.

A partir de ese momento Vaillant tuvo que apañárselas solo. Fue caminando hasta Marsella. Hambriento y desesperado robaba comida para sobrevivir en sus vagabundeos de un lugar a otro. Lo encarcelaron varias veces por robo y mendicidad.

Después de trabajar como picapedrero en Argelia, Vaillant se fue a Argentina en 1890 para empezar una nueva vida. Allí probó suerte con la agricultura en la provincia de Chaco durante dos años y medio. Pero todo salió mal y él se quejaba de vivir prácticamente como un esclavo. Después de regresar a Francia en 1893 y vivir primero en Montmartre, Vaillant se casó y pronto su esposa dio a luz a una niña, Sidonie. Consiguió empleo como curtidor en Saint-Denis. Cuando su patrón se negó a pagarle más de 20 francos por semana, Vaillant le recordó que tenía una esposa y una hija que alimentar. El jefe le contestó: «Me importa un carajo tu mujer. Yo te contrato a ti». Después de coquetear con el socialismo, Vaillant se hizo anarquista y se reunía en Montmartre con los grupos Los Independientes y Los Iguales.

Cuando vivía en el suburbio de Choisy le Roi, con su familia desesperada y hambrienta, Auguste Vaillant decidió dar un golpe que llamara la atención de toda Francia sobre la situación límite de los pobres como él. Compró los materiales para hacer una pequeña bomba, que rellenó de pólvora verde, ácido sulfúrico, tachuelas y puntas, lo suficiente como para herir, pero no para matar.

Obtuvo un pase que le permitía asistir a una sesión del Congreso de los Diputados, donde se sentó en la segunda fila del gallinero. Enseguida se puso de pie y lanzó el artefacto, por encima de la cabeza de una estupefacta señora de la primera fila. Cuando la pequeña bomba explotó, el presidente del Congreso se limitó a anunciar, con una calma memorable: «Prosigue la sesión».

Unos pocos espectadores, entre ellos un sacerdote, y varios diputados sufrieron únicamente heridas leves. El propio Vaillant se hizo daño al arrojar la bomba y pidió ser atendido en el Hôtel-Dieu (el hospital central). Allí el personal descubrió rastros de pólvora en las manos. Lo detuvieron y enseguida se declaró culpable, diciendo que había actuado solo. De hecho, no le había contado a ninguna de sus amistades anarquistas qué era lo que planeaba. Todos los diputados eran iguales para él, insistía, y había querido atacar a la sociedad en conjunto.

En el bar de Henri Leyret, Le Déluge, en Belleville, a las 7:00 entró un obrero riendo y gritando: «¡Gran noticia! ¡Han volado el Acuario!»[2]. La noticia se recibió con poca sorpresa. La gente se lo esperaba. Nadie expresó preocupación por los diputados heridos. Después de todo, se les pagaba 25 francos al día por no hacer nada. Un obrero en el bar sugirió que el presidente Sadi Carnot debería condecorar a la persona que había arrojado la bomba y otro añadió que los anarquistas eran «duros de pelar».

El 11 de diciembre la Policía se enteró de los planes anarquistas para volar por completo el Palacio Borbón e incluso también el Palacio del Elíseo, la residencia del presidente[3]. Los grupos anarquistas parisinos conocidos como Los Compagnons del Distrito 14 y No Patria estaban a favor de la primera opción, que también apoyaban los anarquistas en Londres que creían que bombardear el Congreso de los Diputados sería un ataque de un simbolismo especialmente eficaz, puesto que los escándalos financieros habían más que empañado la reputación del Acuario.

La opinión pública se enfrentaba a la intelligentsia –especialmente a escritores y algunos periodistas– por mostrar simpatía con la causa anarquista, lo que le concedía una cierta respetabilidad. El libro Sobre la complicidad intelectual y los delitos de opinión. Las provocaciones y apologías del delito de la propaganda anarquista[4], rápidamente publicado con posterioridad a los más recientes

atentados anarquistas, defendía que los intelectuales eran en parte responsables del impresionante aumento del número de anarquistas en Francia. El autor del libro decía que Crimen y castigo, de Dostoievski, era un «admirable manual para asesinos» y argumentaba que el anarquista español Santiago Salvador, que había puesto la bomba en el teatro del Liceo de Barcelona, se había alimentado de la obra de Malatesta y de otros teóricos del anarquismo. Los periódicos baratos y los carteles subversivos contaminaban París con ideas peligrosas, que tenían un efecto «hipnótico» sobre personas ya debilitadas por el alcoholismo. Un juez equiparaba la propaganda «por las ideas»[5] con la «propaganda por los hechos», siendo la primera un delito igual de grave en su opinión; los teóricos del anarquismo eran tanto o más peligrosos que los asesinos que empuñaban la daga.

¿Cómo iba a responder Francia y el resto de Europa a los atentados terroristas? Después de un agrio debate, el Congreso de los Diputados y el Senado, el 12 y el 18 de diciembre, aprobaron leyes tan controvertidas y que sus críticos consideraban tan injustas que los socialistas las llamaron las leyes «de los canallas» o las leyes «de la vergüenza»[6], porque podían también ser empleadas en contra suya. Bajo la nueva legislación, cualquiera que escribiera algo a favor del anarquismo podía ser juzgado argumentando que esos escritos provocaban delitos de manera indirecta. La ley del 12 de diciembre endurecía la legislación vigente (la ley de 1881) relativa a los medios de comunicación: la primera vez que se aplicó no fue contra un anarquista, sino contra el autor de un artículo en un diario socialista que parecía entender las tribulaciones de Auguste Vaillant. Esto fue para muchos la señal de que efectivamente la legislación estaba orientada contra toda oposición política procedente de la izquierda. La ley permitía confiscar periódicos y hacer detenciones preventivas. Criminalizaba cualquier expresión de adhesión a los ataques anarquistas o de compresión hacia el asesinato, saqueo, actos pirómanos o cualquier otra violencia, así como la propaganda antimilitarista.

La segunda ley, que se promulgó seis días más tarde, codificaba el concepto de asociación de criminales, o «malhechores», apuntando a una inmensa conspiración anarquista en contra de las personas, las propiedades y la paz pública. Autorizaba castigos severos, incluyendo la ejecución, para cualquier culpable de construir o albergar un artefacto explosivo o cualquier producto empleado en su fabricación.

Ante los ojos de la ley, el anarquismo adoptó una nueva y específica definición;

«la secta anarquista» se convirtió en «una auténtica asociación». Daba lo mismo que no tuviera estatutos oficiales ni estuviera constituida, existía en virtud de un «acuerdo preestablecido» según el cual se reclutaban y protegían sus miembros. Esta concepción del anarquismo se parecía a los compagnonnages (aunque no se hacía esa referencia), que ofrecían cama y comida a los artesanos con oficio que viajaban de una ciudad a otra para perfeccionarse. De la misma manera, cuando los anarquistas llegaban a París desde las ciudades de provincia o procedentes de otros países, recibían ayuda de los anarquistas locales. Para dar un ejemplo de cómo funcionaba la red anarquista de ayuda mutua, la Policía citaba el pequeño fondo que Jean Grave guardaba en las oficinas de La Révolte, en la rue Mouffetard, que se repartía a los anarquistas que necesitaban algo de ayuda o servía para financiar la propaganda. Y, aunque el movimiento se caracterizaba por su buena ración de debate, los legisladores argumentaban que todos los anarquistas compartían una única meta: abolir el Estado mediante la violencia. El hecho de que los anarquistas firmaran a menudo de manera colectiva su propaganda se traía como prueba de que todos los miembros del movimiento actuaban al unísono. Así el gobierno llegó a unas conclusiones más que precipitadas: que cualquier anarquista que acudiera a un mitin era cómplice de este plan de destrucción. Había que extirpar el anarquismo del debate público, en la imprenta y el discurso. Los periódicos anarquistas o cualquier otra publicación que hablara bien del anarquismo eran «cerillas encendidas arrojadas a un montón de material explosivo».

Y así fue como el anarquismo en sí se convirtió en un delito. Por virtud de la ley del 18 de diciembre, las asociaciones de «malhechores» podían ser acusadas no solamente de cometer un delito, sino por parecer que lo estaban planificando, que lo estaban esperando o por expresar simpatía o interés hacia una acción así. De este modo, cualquier persona que conociera a un anarquista o que hablara del anarquismo podía ser juzgada, como podían serlo los miembros de cualquier organización anarquista, que, por su mera existencia, se presumía de naturaleza criminal, una amenaza al orden público.

Según esta nueva y agresiva iniciativa legal, una persona podía ser considerada cómplice de un grave delito sin haber participado en él en absoluto. Un crítico aportó un posible escenario como advertencia: digamos que un anarquista comete un delito y un amigo lo aloja. El criminal escribe algo en un trozo de papel que le ha dado su anfitrión, que no es necesariamente anarquista. Así tanto el «criminal» como la persona a la que ha hecho una visita, que le ha dado tanto una cama como un trozo de papel, podrían ser juzgados como miembros de una

conspiración anarquista y ser sometidos a una sentencia durísima. Abundaban ejemplos así. Un fiscal podía suponer que un cuchillo que hubieran usado para cualquier cosa los impresores del periódico anarquista La Révolte había servido en realidad como un arma. Y, de hecho, un reformador social que organizaba comidas para los pobres fue juzgado porque mientras la gente comía les dirigía discursos. La Policía también se incautó de los documentos sobre Sicilia del geógrafo Élisée Reclus, convencida de que habían encontrado pruebas de una sociedad secreta. Incluso los chistes sobre el anarquismo podían tener como consecuencia penas de cárcel.

La dura represión de Francia se replicó en Italia y España[7]. En Italia, la legislación de emergencia de junio de 1894 en respuesta a los atentados anarquistas prohibió los periódicos y los partidos considerados «subversivos». El gobierno embarcó a 3.000 anarquistas a las colonias penales y cientos de sus colegas marcharon al exilio. En España, la Policía empezó a perseguir a las organizaciones sindicales, considerándolas «revolucionarias» y, por lo tanto, peligrosas por definición. Cualquier actividad política de izquierdas se identificaba con el anarquismo. La Policía acosaba a los socialistas e incluso cerró las publicaciones culturales anarquistas.

Mientras tanto, se seguían descubriendo objetos sospechosos alrededor de París. Justo antes de Navidad, el químico principal de la ciudad, Girard, analizó una rata muerta que había sido envuelta en papel y enviada a un comerciante de vinos[8]. Girard concluyó que el objeto no era una bomba.

Olas de redadas y registros policiales tenían como objetivo a todo tipo de anarquistas. La Policía redactó una lista de más de 500 personas en París, junto con otra lista aparte para los extranjeros. Fortuné Henry estaba incluido en ella con dirección desconocida, aunque estaba en la cárcel, y a Émile no se lo localizaba. Desde las 6:00 del 1 de enero de 1894, la Policía francesa llevó a cabo una ambiciosa serie de 552 registros. Durante los meses de enero y febrero se detuvo a 248 personas sospechosas de ser anarquistas y dos meses más tarde el 80 por 100 de ellas seguía en la cárcel, aunque la Policía se quejaba de que, en los registros y los arrestos más recientes, la llegada repentina de los furgones de Policía con las campanas sonando, la Policía blandiendo sus armas les concedía tiempo a los anarquistas para destruir los papeles comprometedores o simplemente para esfumarse[9]. Mientras tanto, las bombas anarquistas en España habían causado un pánico generalizado. Un periodista contaba que las bombas «penden como una amenaza sobre toda la burguesía. […] No hay nadie

que no se preocupe por la dinamita, la nitroglicerina y los detonadores. […] Satán se ha hecho dinamitero e intenta emular a Dios». En París los anarquistas no eran los únicos a quienes estas redadas sistemáticas enfurecían. No había habido una actividad coercitiva igual por parte de la Policía desde los últimos días de la Comuna.

Entre los arrestados de París había algunas caras conocidas, incluyendo a Léveillé, el cerrajero detenido y golpeado en Clichy hacía dos años y medio; Achille Étiévant, el anarquista tipógrafo sospechoso de saber el paradero de la dinamita robada; y Élisée Bastard, un orador anarquista muy conocido. Alexander Cohen, el holandés que había traducido una obra para el teatro del Odéon, fue detenido y deportado[10]. En Toulouse, se acusó a un hombre de «apología del asesinato» por gritar «¡Viva la anarquía, viva Ravachol!». Un anarquista recibió una pena de dos años de cárcel por haber predicado la teoría anarquista a un hombre que más tarde robaría a su jefe. Un anarquista llamado Rousset fue llevado a juicio por haber organizado encuentros en los que se alimentaba a 5.000 personas y por haber recibido aportaciones de respetables escritores como Stéphane Mallarmé, Émile Zola y Alphonse Daudet. El ministro del Interior, David Raynal, pedía listas de todas aquellas personas que, no siendo anarquistas, tenían algún tipo de relación con uno o más miembros del movimiento y que, por lo tanto, «podrían acudir en su ayuda por amistad personal»[11]. La Policía prohibió a los quioscos vender Le Père Peinard, La Révolte, La Revue Libertaire e incluso algunos periódicos socialistas. Émile Pouget, que temía ser arrestado, se fue a Londres en enero de 1894. (Allí es posible que estuviera implicado en un fraude, vendiendo a un coleccionista unos dientes que supuestamente se le habrían extraído a Ravachol, junto con falsificaciones de autógrafos de los famosos revolucionarios de 1789, Robespierre, Danton y Marat[12].) La Policía cerró Le Père Peinard el 21 de febrero de 1894.

Incluso entonces, la prensa seguía documentando la ingente labor policial[13]. Un quiosquero llamado Desforges, que tenía un puesto en la place Clichy, fue detenido junto con su sobrino de 17 años, que nunca se había metido en ningún jaleo. Louis Bouchez, un escultor, fue detenido en casa de sus padres porque había expresado su afinidad con el anarquismo, aunque no había hecho nada más. Charles Paul, un tapicero, se había unido a una organización deportiva en la rue Lepic en Montmartre y se le acusó de ser amigo de un conocido compagnon en ese nido de anarquistas. Eso bastó para detenerlo.

A su regreso a París, que se produjo hacia o un poco antes del 18 de diciembre, porque aquel otoño había estado en varios lugares de Londres, Émile pudo ya comprobar los resultados de las medidas draconianas que se tomaban contra los anarquistas: espionaje, registros y encarcelamiento de personas inocentes. Los anarquistas se habían convertido en «la bestia perseguida por todas partes, con la prensa burguesa […] pidiendo su exterminio». La Policía incluso recurría a métodos dudosos; sus espías, por ejemplo, entraban en el cuarto de un sospechoso anarquista y escondían allí paquetes de tanino, que a la mañana siguiente eran «descubiertos» en un registro policial. De esta manera un anarquista a quien la Policía quisiera quitarse de en medio podría acabar tres años en la cárcel. (Esto le había ocurrido a Mérigeauy, el amigo de Émile.) Y después Raynal, el ministro del Interior, podía anunciar triunfalmente en el Congreso de los Diputados que las leyes que él había aprobado habían «devuelto el terror al campo anarquista».

La prensa fomentaba una idea bastante fantasiosa acerca de cómo atrapar anarquistas: cada uno de ellos era seguido de manera más o menos continuada por un policía «que se pegaba a su lado y lo cogía por el brazo en el momento culminante»[14]. Pero había muchos anarquistas y no suficientes agentes de Policía como para seguirlos a todos. Los agentes secretos podían asediar los lugares de reunión conocidos y monitorizar los edificios en los que vivían los anarquistas, pero tenían sus límites. No todo el mundo podía estar vigilado al mismo tiempo y muchos de los que la Policía buscaba con un afán especial, como Émile, resultaron difíciles de localizar.

El juicio de Auguste Vaillant fue el 10 de enero[15]. En su defensa alegó una serie de referencias sentidas, erráticas y vagas a los filósofos de la Ilustración y al dramaturgo Henrik Ibsen entre otros. Condenó el imperialismo y, por encima de todo, «esta maldita sociedad en la que podemos ver a un solo hombre malgastar lo suficiente como para alimentar a miles de familias […] a la vez que nos topamos con 100.000 personas desgraciadas que no tienen para comer». Se le condenó a muerte.

La vida de miseria de Vaillant y la situación en la que quedaba su pobre hija Sidonie atrajeron mucho la atención de las barriadas pobres de París. ¿Cómo era

posible que el presidente Sadi Carnot no indultara a su padre? «¿Quién sabe?», decían en Le Deluge. «Tal vez si la pequeña Sidonie hubiera tenido siempre comida en su mesa, Vaillant nunca hubiera recurrido a su pequeña bomba. En cualquier caso, no ha matado a nadie y los heridos se recuperan bien. ¿Por qué cortarle la cabeza?» Un grupo de diputados socialistas y el político moderado Georges Clemenceau se encontraban entre quienes pidieron al presidente Carnot que perdonara a Vaillant. Una carta de la hija de Vaillant, Sidonie, dirigida a la esposa de Carnot, no consiguió nada. La duquesa de Uzès, una monárquica, se ofreció para adoptar a la niña; en último término el anarquista Sébastien Faure se hizo cargo de ella a petición de Vaillant. París esperaba atenta la ejecución. La Policía recibió un aviso anónimo de que los anarquistas estaban alquilando una habitación en la misma place de la Roquette, el lugar de las ejecuciones en parís, y que planeaban lanzar una bomba como protesta. Se decía que los anarquistas se abalanzarían para apuñalar al verdugo principal, Antoine-Louis Deibler, y que escaparían llevándose a la víctima. La Policía se preguntaba si los anarquistas que ellos buscaban se presentarían en el lugar de ejecución para escuchar las últimas palabras de Vaillant.

La mañana de la ejecución, Vaillant se negó a hablar con el capellán de la cárcel. Cuando se le preguntó si quería beber el tradicional vaso de aguardiente antes de ser ejecutado respondió: «No soy un asesino, no necesito beber alcohol para tener valor». La hoja de la guillotina cayó sobre él en la madrugada del 5 de febrero de 1894. August Vaillant se convirtió en la primera persona de todo el siglo XIX en haber sido ejecutado a pesar de no haber matado a nadie.

Las noticias del acontecimiento se difundieron rápidamente por el París obrero en aquel día gris, en el que unos pesados nubarrones contribuían a una «atmósfera glacial y oscura de duelo». Para los obreros pobres era como si la sociedad se hubiera vuelto a mostrar «implacable». En el bar de Henry Leyret reinaba una sensación generalizada de estupefacción, un «pasmo desolado, con arrebatos de rabia sobre el futuro y la expectativa de las venganzas que sin duda alguna esto traería»[16]. La muerte de Vaillant fue un duro golpe, especialmente en los días más fríos y cortos del invierno, cuando muchas personas, como los trabajadores de la construcción, no podían encontrar trabajo y no tenían dinero. Si hubiera matado a gente, como hacía Ravachol, tal vez la ejecución de Vaillant sería comprensible. Pero Vaillant era un hombre honrado llevado hasta el límite por su pobreza. La culpa era de los tiempos malos. En enero, una familia parisina de tres miembros murió en la indigencia, incapaz de pagar el alquiler o comer[17]. En un invierno que fue excepcionalmente frío los dramas así se

multiplicaban.

En las fábricas, los talleres y los bares de Belleville, la ejecución de Vaillant recordó a los primeros mártires cristianos, en un eco de la imagen de Ravachol. Leyret escuchó cómo alguien decía: «Querían aniquilarlo en nombre de la propiedad y los arrabales no tienen ninguna propiedad. […] El anarquismo está extendiendo su influencia, se infiltra». Cientos de detenciones «entre los humildes» daban la sensación de que el gobierno y sus fuerzas policiales estaban persiguiendo a los pobres por encargo de los ricos. La gente concebía a Vaillant como una víctima de la burguesía y muchos más obreros se sintieron atraídos por el anarquismo, aunque su teoría política les resultara indiferente. Pero compartían su amargura, su pobreza y su «desesperación lúgubre». Aquí había algo que podía ser una amenaza mayor para las clases dirigentes que la «propaganda por los hechos»: «el anarquismo de sentimientos». Dos de los clientes de Leyret casi acaban a tortas cuando uno de ellos se refirió a los anarquistas como «bandidos», antes de que explicara rápidamente que no se refería a Vaillant, sino más bien a los hombres que usaban el anarquismo como excusa para robar. Más de un obrero dijo que no querría estar en los zapatos del presidente Carnot. También estaba en el aire de los arrabales la idea de que el Acuario explotaría. Podía ocurrir cualquier cosa[18]. Los parisinos adinerados, así como la Policía, esperaban a ver cómo se vengaría la ejecución de Vaillant.

Sobre el 15 de diciembre de 1894, Émile fue al taller de relojería en el que había trabajado como aprendiz durante un mes en el verano de 1892[19]. Preguntó si habría trabajo para él, diciendo que había estado en Londres pero que se quedaría en París si encontraba un empleo. Trató de vender al relojero un reloj al que le faltaba el minutero, pero no tenía ningún valor.

El 20 de diciembre Émile se presentó en la Villa Faucheur (que llevaba el nombre de su propietario) en la rue des Envierges de Belleville[20]. Dijo que era mecánico, aportó referencias de un casero anterior (que resultaron ser una falsificación) y alquiló una habitación por 120 francos al año. Le dio a la portera una propina de 5 francos. Se registró con el nombre de Émile Dubois[21] (ya había usado el nombre Louis Dubois cuando vivía en el boulevard Morland). A pesar de su rimbombante nombre, la Villa Faucheur era una modesta residencia, una enorme cité ouvrière en una calle formada por residencias obreras. Había dos grandes entradas en los números 1 y 3, cada una de ellas con una imponente verja de hierro. En el complejo vivían unos pocos burgueses de ingresos modestos, entre ellos siete u ocho policías. Los residentes más pobres, como el

supuesto Dubois, vivían al fondo del complejo. Su cuarto estaba en medio del pasillo 1, a medio camino de la parte trasera, a la izquierda, cruzando un pequeño patio vacío. A ambos lados del pequeño edificio se alzaba un muro de un metro de alto, coronado por una pequeña verja de hierro, limitando un pequeño jardín. En la cuarta planta, la habitación de Émile estaba al otro lado del descansillo, entre el alojamiento de un calderero y de un hombre mayor que era joyero.

Cuando Émile salía por la puerta de la calle, a la derecha tenía el jardín de Belleville, llamado a veces el Parque de Belleville. En un día despejado se podía ver fácilmente la Torre Eiffel, construida apenas cuatro años antes; el Panthéon, donde estaban enterrados los héroes del Estado; y Notre Dame de París. Para Émile eran tres símbolos imponentes del enemigo. En El tío Goriot, la novela de Honoré de Balzac, una novela ambientada a principios de ese siglo, Rastignac, un miembro de la pequeña nobleza de provincias, contempla desde el cementerio del Père Lachaise los beaux quartiers ricos de la Chaussée d’Antin y Opéra. Señala en esa dirección y dice que a partir de ese momento declara la guerra entre él y el mundo que desea conquistar, hasta que sea aceptado en la sociedad opulenta. Émile miraba al París elegante y juraba entablar otro tipo de guerra, una de destrucción total.

Un vecino describía al nuevo inquilino como agradable y educado. A veces regresaba tarde por las noches, después de las 21:00 o incluso de las 23:00, y esos días a veces le escuchaba cantar canciones anarquistas. Durante el tiempo que vivió allí, «Émile Dubois» solamente tuvo un visitante conocido, un estudiante de Derecho muy bien vestido que tendría unos 20 años y que se quedaba con él uno o dos días, aunque otro vecino declaró que de vez en cuando venía alguien preguntando por él. Recibió dos cartas durante ese tiempo, una de ellas desde Inglaterra.

La Policía cada vez se interesaba más por este Émile[22]. Un agente escuchó, en una conversación entre Constant Martin y otro anarquista, a mediados de enero de 1894, que Émile Henry se escondía en algún lugar de Ménilmontant. Se decía que había transformado su cuarto en un «laboratorio anarquista». La Policía pensó que siguiendo al militante anarquista Jacques Prolo llegarían hasta Émile, porque los dos acabarían por reunirse tarde o temprano. Los investigadores pensaban que Émile había regresado a París con otros tres anarquistas. El 4 de febrero, «Léon», miembro clave del cuerpo en expansión de los agentes de la Policía secreta que seguían a los militantes anarquistas, dio su opinión: Émile

estaba en algún lugar de Belleville o Montmartre. Ese mismo día un delator de la Policía informó de que Émile, de hecho, había vuelto a París[23].

El 8 de febrero el policía secreto «Thanne» una vez más expresó su convicción de que la bomba que había explotado el 8 de noviembre de 1982 había sido montada por Émile Henry y Paul Bonnard, un zapatero anarquista conocido como «Père Duchesne» que tomaba su nombre de un periódico radical publicado durante la Revolución francesa. Bonnard había sido visto en compañía de la cantante anarquista Adrienne Chailley[24], el día antes de la explosión en la oficina de la Compañía Minera de Carmaux. Si ella había llevado la bomba hasta el interior del edificio, algo de lo que no estaban en absoluto seguros, Émile habría montado guardia en la puerta principal. Thanne tuvo mucha suerte cuando obtuvo esta información, pues solamente dos o tres anarquistas tenían conocimiento previo del atentado. Para demostrar la participación de Chailley, Thanne tenía únicamente que demostrar que fuera la amante de uno u otro anarquista, y esperaba conseguirlo interrogando a su casero, su portero o al conserje del hotel. La creencia cada vez mayor de que Émile había sido el responsable de la bomba hacía que su presencia en París se percibiera muchos más amenazadora.

Alrededor del 7 de febrero, uno de los hermanos Bourdin, anarquistas franceses que se habían refugiado en Londres, estaba de vuelta en París y vio a Émile en una rue de Belleville. Allí Émile podía pasar fácilmente desapercibido entre los talleres de maquinaria y forjas y los bares. Era astuto y cuidadoso. Probablemente trataría de visitar a su amigo Martin, que había sido visto varias veces por la tarde, en apariencia apresurándose para reunirse con alguien cerca de la rue o de la place Cadet. En Londres, Émile Pouget le había contado a alguien que tenía noticias de su joven amigo, pero no había contado nada concreto. Pero el 11 de febrero, el policía secreto «Léon», informó de que Émile había salido de París tres o cuatro días antes en dirección a las provincias. El policía pensaba que podría haber ido a Brévannes, o incluso a Normandía, donde se suponía que tenía amigos.

El santo grial de estos anarquistas proclives a la violencia era el asesinato del presidente Sadi Carnot, que se había negado a indultar a Vaillant. Pero el Palacio del Elíseo estaba demasiado custodiado y la verja de hierro era demasiado alta, lo que hacía imposible un ataque. Así que Émile concibió un plan menos

ambicioso: su objetivo sería la Opéra, o un restaurante o café elegante. Durante un breve tiempo, Matha se reunió casi cada día con Émile, para intentar disuadirlo del proyecto. El 11 de febrero Émile se había cansado, y le había dicho a Matha: «tu amistad me aburre»[25]. Al día siguiente, el 12 de febrero, Émile no compareció a su cita con Matha. Aquella mañana le había dicho al portero de la Villa Faucheur que estaría ausente «algún tiempo»[26].

La bomba que el 12 de febrero de 1894 arrojó un joven, vestido con unos pantalones negros gastados, chaqueta, botas y una camisa blanca con una corbata negra, golpeó contra una lámpara de araña del gran salón del Café Terminus[27]. Cayó al suelo entre dos mesas, no lejos de la orquesta, explotando con un sonido terrible y soltando un humo espeso y acre. En todas direcciones volaban balas y trozos de plomo. Las mesas de mármol, las sillas de metal y los espejos quedaron destrozados. La explosión dejó un hoyo de un tamaño considerable en el suelo de madera e hizo agujeros en el techo. Entre el pánico general, los gritos y llantos de los heridos se unieron al humo. Quienes no estaban gravemente heridos corrieron hacia la primera puerta que encontraron, saliendo en torrente a las calles adyacentes y al patio de la estación Saint-Lazare.

El camarero que había servido a Émile su cerveza y su cigarro lo había visto regresar para arrojar la bomba. Madame Leblanc, sentada con su hermana y su cuñado, un empleado del Banco de Francia, también vieron a un joven que se dirigía hacia la puerta y después se giraba para arrojar algo. Recordaba Madame Leblanc haber pensado al principio que el muchacho quería marcharse sin pagar su consumición. Su hermana, Madame Emmanuel, tuvo exactamente la misma reacción: «¡Eh, mira, se marcha sin pagar!». Los tres resultaron heridos. Charles Villevaleix, antiguo diplomático, representante de Haití en París, había estado sentado junto a la puerta; escuchó un ruido como un grito fuerte y cayeron cristales sobre su mesa. Se levantó instintivamente y se dio cuenta de que el muslo izquierdo le sangraba mucho. Charles Beuquet, un empleado de banca, estaba sentado junto a la orquesta cuando vio que una lámpara eléctrica se estrellaba contra el suelo y escuchó la explosión. Salió corriendo al exterior y notó un dolor agudo en una pierna. Eugène Garnier, que se describía a sí mismo como un hombre de letras, escuchó un trueno sordo cuando la bomba explotó. Inmediatamente gritó que era una bomba y después sintió como si le dispararan a su pie, talón y pantorrilla izquierda. La viuda Pauline Kinsbourg, que estaba sentada con su hija entre las dos puertas, vio explotar la bomba y cómo saltaban

hacia ella las llamas seguidas de un humo acre. Sangraba por las dos piernas. Ernest Borde, un dibujante de cuarenta y dos años, estaba sentado con su buen amigo Louis-Napoléon Van Herreweghen, dando la espalda a la entrada. Cuando la orquestina tocaba la tercera obra de la primera parte, se percató de un joven que le dio la impresión de ser de provincias; llevaba un paquete envuelto en papel de periódico y atado con una cuerda. Se le ocurrió que el paquete podría contener un inmenso Camembert. Los dos hombres lo vieron levantarse y marcharse y después las bombillas de la araña golpearon la mesa en la que estaban sentados. Un objeto explotó a sus pies. Borde se desplomó, gravemente herido. Van Herreweghen se sacó un trozo de plomo de su pierna derecha. Entre un pánico de lo más comprensible, un hombre gritaba: «¡Estoy herido! ¡Déjenme pasar!» y después cayó en los brazos de otra víctima. Algunos camareros y algunas personas que conservaron el aplomo empezaron a ayudar a los heridos, trasladándolos a los restaurantes cercanos o al propio hotel. Otros fueron conducidos hasta la farmacia más próxima para que allí los ayudaran.

Mientras tanto, el hombre que había arrojado la bomba había huido antes de que detonara. Un camarero que lo había visto salir corriendo gritó «¡Detenedlo, detenedlo!». Después de casi chocarse con otro camarero, Émile gritó «¡Por allí va!» para alejar la atención de su persona. Corrió por la rue du Havre, casi chocando con un quiosco antes de girar hacia la casi desierta rue de l’Isly. Su meta era llegar a la estación de Saint-Lazare que estaba a la vuelta de la esquina, perderse entre los pasajeros y comprar un billete para las afueras.

Émile-Joseph Martinguet, que trabajaba en una oficina cerca de Pigalle y que se encontraba paseando por las inmediaciones del Café Terminus, inició la persecución. Un camarero, Tissier, también persiguió al hombre y se unió también un empleado del ferrocarril que estaba parado en la calle. Émile sacó una pistola de su abrigo y disparó al camarero. François Poisson, un policía que había luchado con el Ejército en Indochina, estaba de servicio en la zona, irónicamente hablando con un miembro de la Guardia Republicana sobre la ejecución de Vaillant, cuando escuchó gritar a alguien: «¡Detenedlo!». Cuando Poisson preguntó qué había ocurrido, alguien gritó que el hombre que había pasado corriendo ante ellos había arrojado una bomba. Aunque llevaba unas pesadas botas, Poisson corrió detrás de Émile, seguido por el camarero, a quien le había rozado la bala. Un aprendiz de barbero, León Maurice, escuchó gritar a alguien «¡Alto, ladrón, asesino, detenedlo!» y salió corriendo a la calle, todavía con la brocha de afeitar y el cuenco en la mano antes de unirse a la persecución. El policía Poisson ganaba terreno cuando Émile se giró para hacer más disparos,

y los policías Jules Toutet y Émile Gigot corrían hacia el dinamitero. Una bala hirió al barbero. Dos controladores de la Compañía del Tranvía habían escuchado un disparo y primero pensaron que era un petardo que habría tirado un niño. Después vieron al policía Poisson persiguiendo a un hombre y también se pusieron a correr detrás de Émile. En la esquina de la rue de l'Isly y la rue de Rome, Poisson agarró a Émile, que lo disparó a bocajarro. La primera bala impactó contra la cartera de cuero negro que llevaba en un bolsillo interior de su abrigo, rasgando los papeles. La cartera le salvó la vida, aunque también contribuyó a ello que las balas de Émile se habían aplanado para hacer aún más destrozo, lo que reducía ligeramente su velocidad inicial. Una segunda bala rozó el brazo del policía. Cuando Poisson alzó su sable por encima de su cabeza, Émile volvió a disparar, y la tercera bala no acertó por poco en la cara del policía. Después, uno de los controladores del tranvía, Guillemin, golpeó al sospechoso con el instrumento de metal que usaba para validar los billetes. Un comerciante de anzuelos para pesca, Gustave Petit, había entrado en la melé cuando un desconocido lo golpeó en la cabeza con un bastón, lo que condujo a algunos a sospechar, brevemente, que Émile tenía un cómplice. Poisson se lanzó sobre Émile y los dos rodaron hasta la acequia. Sujetando a Émile, Poisson le colocó la punta de su sable en la garganta y gritó: «¡Si te mueves, canalla, te rajo!». Émile fue formalmente arrestado a las 9:15 por los agentes Toutet y Gigot.

Poisson y el policía que se le había unido ahora tenían que proteger al sospechoso de una multitud no muy numerosa pero sí muy enfadada. En su intento de escapar, Émile había recibido varios golpes y sangraba por la nariz. Continuó luchando, dando patadas y golpes con los puños y los pies hasta que finalmente se le sometió. Un testigo recordaría más tarde que, como no hablaba mucho, Émile parecía más un vulgar ladrón que un anarquista. Uno de los hombres que ayudó a capturarlo recordaría que los ojos del dinamitero parecían salirse de sus órbitas y que estaba empapado en sudor. Parecía cualquier cosa menos humano, especialmente cuando gritaba con una voz ronca: «¡Panda de cerdos! ¡Os mataría a todos!». Las fuerzas policiales ya sumaban casi veinte efectivos. Los cafés de la zona se vaciaron. Una mujer se desmayó.

Cuando se le preguntó el nombre, Émile replicó: «¡Averígualo tú!». Al principio negó haber arrojado la bomba, pero dejó claro que su objetivo era la sociedad: «Cuantos más burgueses hayan muerto, mejor […]». Un rápido cacheo del dinamitero reveló seis balas aplanadas, una navaja de varias hojas, un cuchillo de punta y un puño americano. En una de las cuchillas había veneno. Cuando se le

preguntó por qué llevaba un arsenal así, el detenido respondió que siempre iba armado por si tenía que defender su libertad. Admitió haber disparado a los que le perseguían y lamentó haber únicamente herido a un policía; si no se hubiera caído después de disparar su última bala habría pasado a usar el cuchillo.

El hombre cautivo no llevaba papeles que lo identificaran, pero llevaba colgado del cuello un pequeño medallón con un mechón de cabello. Cuando uno de los policías, Aragon, le preguntó el nombre, la edad y la profesión, respondió que su nombre era Léon Breton. Añadió que si al policía no le complacía ese nombre, podría ser Le Breton o cualquier otro que le gustara más. En cuanto a su edad, era tan viejo como era, y su dirección el policía no la conseguiría, así como su oficio. Solamente diría que era un anarquista y respondería a las siguientes preguntas con un discurso político.

«Breton» fue conducido a la comisaría de Policía de la rue de Moscou. Martinguet, uno de quienes habían corrido tras él, fue llevado también allí para identificar al hombre bajo custodia como la persona que había arrojado la bomba. Martinguet declaró que había visto a dos hombres jóvenes «de aspecto muy sospechoso», uno con un guardapolvo azul y sombrero, el otro rubio y notablemente delgado, con un bigotito, de pie en la acera al lado del café y mirando hacia el interior. De repente vio al segundo hombre lanzar un objeto del tamaño de una bala de cañón dentro del Terminus; y después salió corriendo. Cuando Martinguet escuchó la potente explosión dentro del café salió inmediatamente tras el hombre, que se giró y le disparó con una pistola, primero una vez y después otras tres, en dirección a quienes lo perseguían, antes de que lo atraparan en la esquina de la rue de l'Isly y la rue de Rome. El relato de Martinguet, no obstante, planteaba el misterio de la identidad del segundo hombre, a quien tomaron por el cómplice del dinamitero encargado de vigilar. Confirmó que «Breton» era uno de los dos hombres que había visto en el exterior del café y que, sin duda alguna, era quien había arrojado la bomba, porque su cara había quedado totalmente iluminada por las farolas.

Se trajo a un médico para tratar las heridas leves del sospechoso, producidas por la reyerta. El dinamitero parecía tener apenas veinte años. El médico le preguntó a su paciente por qué había cometido un acto tan monstruoso y se le contestó que lo que el médico consideraba un «acto monstruoso» para los anarquistas era de lo más natural. Para conseguir «llegar a una época de justicia y de verdadera libertad que nos traiga la felicidad para todos», la burguesía debía desaparecer del planeta. Cuando el médico le preguntó si mataría a alguien que le estaba

curando las heridas respondió que lo haría sin duda ninguna.

A las 21:35 el policía a cargo de la estación de Saint-Lazare notificó al comisario de Policía y a la oficina del fiscal que se había lanzado una bomba dentro del Café Terminus y que había varias personas heridas de gravedad[28]. El secretario general de la Jefatura del Policía había estado casualmente cenando en las proximidades y se le había alertado. A las 23:30 llegó un juez a hacerles algunas preguntas a «Breton». Y así lo hizo también Lépine, el comisario jefe de la Policía, que primero había pasado por el Café Terminus para ver lo que había ocurrido. Después de intentar interrogar al dinamitero, que se negó a decir mucho más, aparte de que había actuado en solitario, Lépine se fue a ver al ministro del Interior. «Breton» afirmaba de repente que había llegado a París procedente de las provincias. ¿De dónde? Eso no era asunto de nadie. Había sido perseguido y exigía saber por qué. Solamente estaba paseando cerca del Café Terminus. Madame Emmanuel, que vivía cerca, en la rue d’Amsterdam, fue también convocada a la comisaría para identificar a «Breton» como la persona que arrojó la bomba. Una mujer del barrio se presentó en la comisaría con la esperanza de poder echar un vistazo al asesino; no había estado en el Café Terminus, pero nunca había visto un asesino y tenía muchas ganas de echarle un ojo a alguno. Cuando un juez volvió a preguntarle su oficio, «Breton» espetó: «Apunte ebanista, o deshollinador, como prefiera. Y ponga que vengo de Marsella o de Pekín o de cualquier otro sitio. Averígüelo […]. Le servirá de pasatiempo». A la 1:15 un pequeño grupo de curiosos empezó a insultarlo mientras subía al vagón policial. Émile se giró y los llamó cobardes.

Mientras tanto el Café Terminus había sido vallado y se había bajado la verja metálica[29]. Trozos ensangrentados de ropa, sombreros, servilletas, copias del programa de la velada y un periódico manchado de sangre estaban tirados entre el montón de madera y metal, las sillas rotas, los fragmentos de mármol y la porcelana y cristal pulverizados. Fueron sellados como pruebas del delito, junto con lo que quedaba de una caja de almuerzo obrera. La primera conclusión era evidente: la bomba no pretendía sencillamente llamar la atención sobre la desgracia de la pobreza, que había sido el objetivo de Vaillant, sino matar. Cuando Lépine llegó al Café Terminus, varias horas después del atentado, dos cajeros extremadamente pálidos seguían sentados en sus sillas, paralizados por el terror, obligados a custodiar la recaudación de la velada. Un camarero agotado, confuso, cansado y hambriento pidió únicamente que lo dejaran en paz. En el hotel los huéspedes preguntaban con ansiedad qué había pasado; algunos querían abandonar inmediatamente sus habitaciones. El Café Terminus volvió a abrir al

día siguiente a las 14:30, mientras que la gente se paraba a mirar fascinada.

Los detenidos en París y en el departamento del Sena pasaban de las celdas de detención al Palacio de Justicia en la Île de la Cité. En un día normal entraban allí unas 150 personas. Muchas llegaban en un vagón policial tirado por dos caballos (que ahora se conocen, sin los caballos, como «limpiadores de ensaladas» porque las ventanitas que tienen les hace parecer ese utensilio de cocina). Breton fue conducido a la recepción[30] y su nombre falso se apuntó en el registro, junto con la causa de su detención: intento de asesinato. Después se le condujo por un pequeño patio, en realidad un espacio abierto, con ruinas en un lateral y el muro de la Court des Girondins en el otro y atravesó una serie de puertas que llevaban hasta las celdas de detención. Allí se le ordenó que se quitara los zapatos y se le cacheó. De nuevo dijo que se llamaba Léon Breton y que había nacido en 1874, añadiendo que no revelaría dónde había nacido ni el nombre de su padre ni el de su madre. Se declaró ebanista, soltero y sin residencia en París. Se negó a firmar una copia de la declaración inicial. El proceso de reunir información y, por lo tanto, construir el caso en contra de Breton empezó inmediatamente, bajo la autoridad del juez investigador, el juez Meyer.

Se le condujo a la celda número 8 en el ala de hombres, a la derecha del edificio, a las 2:45. Era una celda que los guardias que patrullaban un laberinto de escaleras y puentes de hierro podían vigilar desde arriba. La galería de celdas de dos pisos, que se alzaba entre las salas del Tribunal Penal y el Tribunal de Assize, formaba una nave alta y estrecha, con pequeñas celdas, cada una de ellas con una ventanita acristalada a ambos lados. Al fondo había una zona común, donde los presos a menudo ponían su firma y las fechas de su visita. Émile se tumbó en la cama y pronto se quedaría dormido. Dos detectives se quedaron con él en la celda hasta las 5:00, después de que se les ordenara que le sacaran toda la información posible. Prácticamente en todo momento hubo dos inspectores en la celda con Breton, en turnos de doce horas.

Émile durmió hasta las 11:30. Después hizo una pregunta de procedimiento sobre la investigación judicial y preguntó si se quedaría mucho tiempo en la celda de arrestos temporales. Cuando se le dijo que eso dependía de su colaboración, contestó que él no sería de ninguna ayuda. Lo curioso es que parecía preocupado por cómo iban a enterarse los investigadores de su verdadera

identidad, añadiendo, casi para ayudar, que solamente veía una forma, publicando su fotografía, «pues soy algo conocido, me podrían reconocer». Admitió enseguida que acudía a reuniones anarquistas, refiriéndose a varios mítines importantes, incluyendo aquel en la Salle du Commerce en el que él y su hermano habían sido detenidos por blandir lo que parecía ser un cartucho de dinamita. Habló de una reunión organizada por los seguidores de Boulanger, una reunión en la que «los anarquistas fuimos muy mal tratados». No obstante, había concluido que esas sesiones eran ineficaces a no ser que fueran inmediatamente seguidas por una «acción de propaganda por los hechos».

Ese mismo día el preso fue conducido al departamento «antropomórfico», donde Alphonse Bertillon, «sumo sacerdote» y creador del servicio, tomó medidas de su cabeza y su cuerpo, incluyendo su altura y la longitud de su dedo corazón, del pie izquierdo, su oreja, antebrazo, etc.[31]. Bertillon también le fotografió. A las 13:50 del 13 de febrero, el preso fue llevado ante la presencia del juez Meyer[32]. Durante su encuentro de 20 minutos, Breton cambió ligeramente su nombre, diciendo que era Léon Martin, admitió que había lanzado la bomba e insistió en que había actuado solo. Añadió, y no sería la última vez, que solamente lamentaba una cosa: que no hubiera habido más víctimas.

En su celda, Breton preguntó acerca del número de víctimas en el Café Terminus. (Se le dijo que de las veinte personas que habían sido heridas, unas cuantas tenían heridas graves.) Invocó la «legítima defensa»[33] para explicar por qué había disparado tres veces a Poisson el policía: el hombre había sacado el sable para atacarlo. Añadió que los compagnons eran «muy fuertes». Después añadió que, como otros anarquistas, no estaba persiguiendo a una persona en particular, por ejemplo, a un juez concreto, «sino más bien a toda la burguesía, de la cual aquel no era más que un representante». Alabó la acción de Vaillant. Advirtió a los guardas que conocía todos sus trucos. Nunca conseguirían que dijera nada que no quisiera decir. Francia tenía que pagar por la ejecución de Vaillant. Cuando los guardas terminaban su turno, estaba alabando a Ravachol, el «mártir».

Dos de los guardas, Duchâtel y Duthion, fueron gradualmente capaces de forjar una relación con su custodio[34]. Breton les preguntó si Girard, el químico municipal, había descubierto la composición de la bomba. Esta cuestión parecía preocuparle mucho. Empezó a dar detalles con orgullo. La bomba tenía unos 700 gramos de peso de piezas de perdigones y en total pesaba más de 2 kilogramos. Explicó que primero había ido al Café de la Paix y después al Café Americain,

pero que ninguno de ellos parecía suficientemente lleno; después se había ido al Terminus, y había esperado a que estuviera lo suficientemente lleno antes de arrojar la bomba.

Unas 100 fotografías de Breton habían sido repartidas por las dependencias judiciales y policiales (pero aún no a los periódicos), en un intento de averiguar su identidad. Los jueces de Saint-Étienne se dieron cuenta rápidamente que la persona de la foto correspondía exactamente con un hombre que había estado frecuentando diversos locales anarquistas. En un reflejo de la creciente fascinación por la fotografía, L'Éclair especulaba que el hombre de la fotografía tenía entre 24 y 26 años, que parecía «seguro de sí mismo, con la mirada firme y sus labios adoptando una pose burlona», que parecía inteligente, «la barbilla prominente otorgaba a su rostro un aspecto duro, firme» aunque, en conjunto, daba la impresión de ser un camarero de café o un aprendiz de barbero. Su ropa estaba raída, sus pantalones, aventuraba el periodista, procedían de los grandes almacenes de La Belle Jardinière, al menos en origen, pero estaban limpios, es decir, eran burgueses. De hecho, Émile se había vestido con ropa corriente, incluso muy gastada, para dale a su acción «un carácter más de clase obrera»[35]. Su chaqueta era de alguien que había tenido un bar y estaba marcada, como su ropa interior, con las iniciales A. M. Un cliente experimentado de los almacenes Bon Marché creía que la ropa estaba fabricada en Troyes y que las iniciales no correspondían a la marca de la ropa, sino que Breton o cualquier otra persona las había añadido con una tinta especial. En cualquier caso, dos iniciales, en una época en la que era muy habitual que la gente corriente vistiera ropa de segunda mano, no ayudaban en absoluto a identificar a la persona que estaba ahora detenida.

Insistiendo en que preferiría la guillotina a la cárcel, el preso les dijo a sus guardianes que su nombre de pila era Henri-Émile, no Léon, y que su madre vivía a las afueras de París. El 14 de febrero la Policía especulaba con que Breton podría haber llegado de Londres, llevando consigo manifiestos anarquistas impresos en el Autonomy Club. En Londres se había publicado una proclama especialmente violenta pidiendo a sus lectores que degollaran a los burgueses y esparcieran la sangre de los asesinos que estaban matando de hambre a los pobres. Le Matin se quejaba de que los anarquistas que se refugiaban en la capital británica tenían libertad para organizar conspiraciones «bajo el ojo benevolente, incluso bajo la protección de Scotland Yard».

A primera hora de la mañana del 14 de febrero alguien en la prefectura ya había

deducido que Breton era Émile Henry. «León», ese eficaz policía de incógnito, había captado las sorprendentes similitudes entre las descripciones que hacían los periódicos del dinamitero y el joven anarquista que había huido de París después de la explosión mortal de la rue des Bon Enfants[36]. Los delatores anarquistas se habían infiltrado en la mayoría de los grupos anarquistas. Pero Émile se había mantenido en la sombra. Había evitado los grandes mítines que tenían garantizada la vigilancia policial. Y cuando los detuvieron en 1892 no se habían tomado fotos suyas ni de su hermano.

Émile se identificó ante los guardas Duchâtel y Duthion esa misma mañana del miércoles 14 de febrero. Escribió la fecha y el lugar de su nacimiento en la libreta de Duchâtel, diciendo que su padre había muerto y que su madre aún vivía, aunque se negó a proporcionar su dirección. También mencionó a su hermano Fortuné, señalando que estaba en la cárcel y dio detalles de su propio arresto, junto con el de su hermano, a finales de mayo de 1892. Vanoutryne, su patrón de la rue du Sentier, confirmó su identidad. Léon Breton era, sin duda alguna, Émile Henry. Dijo a los guardas que tendrían que hacer su trabajo como él haría el suyo, que era destruir a la burguesía. Presumió de que, si hubiera tenido material suficiente, se habría encargado de hacer volar todo París. Si su carrera de terrorista había terminado, otros la seguirían. Dio la impresión de que tenía más dinamita u otros explosivos similares en su cuarto. Vaillant, cuya ejecución había querido vengar[37], había compuesto una bomba «ridícula»[38], usando clavos en lugar de dinamita y perdigones, mucho más útiles para la causa. La bomba de Émile había sido muy diferente, como lo serían las bombas que vendrían a partir de entonces[39].

Esa misma mañana a primera hora, en la Villa Faucheur en Belleville, un vecino se dio cuenta de que la puerta de la habitación del «señor Dubois» se había quedado abierta de par en par, dejando ver una cama de hierro fundido y un colchón de paja, una mesa y algunos papeles que habían sido quemados. La cerradura estaba forzada[40]. Llegó la Policía. Girard, el director del laboratorio municipal trasmutado en la brigada antibombas, se apresuró a llegar a Belleville para ver el cuarto y encontró rastros de pólvora verde y trozos de metal. Cuando le enseñaron una foto de Émile[41] el guarda lo identificó como Émile Dubois, el «mecánico» que había dicho que estaría ausente unos días.

Resultó que unas cuatro horas después de enterarse de la explosión y de la detención de su amigo, Matha, Ortiz, Millet y tal vez Philabert Pauwels, un anarquista belga, se fueron a Villa Faucheur. Se las apañaron para entrar sin que

el portero los viera y entraron en el cuarto de Émile, llevándose de allí suficiente dinamita, fulminato, ácido pícrico y cloruro en polvo como para fabricar 12 o 15 bombas.

Para entonces, algunos de los empleados de la comisaría central de Policía estaban convencidos de que Émile era el joven rubio que habían visto frente al número 11 de la avenue de l'Opéra en noviembre de 1892. Émile se convirtió en el principal sospechoso de ese caso sin resolver. Una de las tareas más importantes del juez instructor fue descubrir qué había hecho Émile entre esa fecha y el atentado en el Café Terminus. Esa información podría revelar a peligrosos cómplices que aún andaban sueltos por las calles de Londres o de París.

El juez Meyer le dijo al preso que la Policía sabía que vivía en la Villa Faucheur de Belleville. Émile respondió que era la primera vez que escuchaba ese nombre. Cuando se le dijo que la Policía había encontrado allí material para fabricar más bombas[42], algo que no era cierto, cayó en la trampa, diciendo que estaba convencido de que ya no estaba allí. Entonces dejó caer dos cosas: que quienes hubieran vaciado su cuarto sabían sus planes y que habían acordado que, si Émile era detenido, se llevarían los explosivos allí almacenados. Preguntado por si tenía cómplices, respondió que «él era un luchador por la justicia, no un delator». De hecho, afirmó que había pensado morderse la lengua y partírsela para no poder revelar nada o mutilarse ambas manos para no ser capaz de escribir.

En el Congreso de los Diputados se produjo un debate acerca del atentado del Café Terminus. Un diputado culpaba a los socialistas (que en las elecciones que se habían celebrado el agosto anterior habían aumentado su representación en 30 escaños) y exigió que se prohibiera su bandera roja. También se quejó de las «escandalosas escenas» en al cementerio de Ivry, en torno a la tumba de Vaillant, que se había convertido en un lugar de peregrinación, preguntando al gobierno qué medidas iba a tomar contra los canallas que habían declarado la guerra a la sociedad y que «propagan la muerte sin ni siquiera mirar a la cara a sus víctimas»[43].

La prensa inmediatamente se centró en un elemento crucial y único de este atentado[44]. El dinamitero había elegido las víctimas al azar, simplemente había arrojado una bomba en medio de un grupo de personas. Esta vez el objetivo no era el gobierno o uno de sus funcionarios o representantes, ni un rico

especulador o un magnate de la industria, sino a personas corrientes que se estaban tomando una cerveza y escuchando un poco de música. El riesgo para la seguridad de los parisinos ordinarios parecía elevarse y se culpaba a la Policía su falta de previsión. La prensa exigía una acción severa y rápida: «Tenemos que garantizar que los instintos de odio y sangre que hierven con ímpetu en determinados individuos desaparezcan de nuestra sociedad civilizada. La represión debe ser al mismo tiempo digna e implacable».

[1] Ba 141, Auguste Vaillant; A. Salmon, La terreur noire, París, 1959, pp. 294-298; Maitron, Histoire de mouvement, op. cit., pp. 212-217; Varennes, De Ravachol, op. cit., pp. 98-133.

[2] Leyret, En plein faubourg, op. cit., p. 155.

[3] F7 12516, 11 de diciembre de 1893.

[4] M. P. Fabreguettes, De la complicité intellectuelle et des délits d'opinion: De la provocation et de l'apologie criminelle de la propaganda anarchiste, París, 1894-1895, pp. 6, 19-22 y 34-35, en especial el cap. 8.

[5] G. Loubat, Code de la législation contre les anarchistes, París, 1895, p. 188.

[6] Ba 1500, 5 de enero de 1894; Loubat, Code de la législation, op. cit., passim; Machelon, La République, op. cit., pp. 413-414, 436-440; Journal Official, 19 de diciembre de 1893; Manevy, Sous les plis, op. cit., p. 140. Véase Eisenzweig, Fictions, op. cit., pp. 300-302; registros, F7 12508.

[7] Levy, «The Anarchist Assassin», op. cit., p. 10, señala que los atentados anarquistas en Italia «abrieron el camino para una reconciliación de la "extrema izquierda" (los socialistas y los radicales) y los liberales, un hito en la historia italiana»; G. Eisenwein, «Sources of Anarchist Terrorism in LateNineteenth-Century Spain», no publicado, pp. 9 y 15.

[8] Ba 66, Girard, 23 de diciembre de 1893.

[9] F7 12504, 27 de abril de 1894, Prefectura de Policía.

[10] Ba 1500; Machelon, La République, op. cit., pp. 418-419, 432; Sonn,

Anarchism and Cultural Politics, op. cit., p. 20; F7 12508; Halperin, Félix Fénéon, op. cit., p. 51; 432; Varennes, De Ravachol, op. cit., pp. 140-145.

[11] Ibid., p. 101.

[12] Fitzgerald, «Émile Pouget», op. cit., p. 262; F7 13053, Moreau, comisario especial, «Anarchisme en France», 1897.

[13] La Libre Parole, 28 de enero de 1894.

[14] F7 12504, 27 de abril de 1894, Prefectura de Policía.

[15] Ba 79, 20 y 30 de enero de 1894; Varennes, De Ravachol, op. cit., pp. 108-133; Leyret, En plein faubourg, op. cit., pp. 156-160.

[16] Ibid., pp. 159-160.

[17] Manevy, Sous le plis, op. cit., p. 60.

[18] Ba 79, 29 de enero de 1894. Leyret, En plein faubourg, op. cit., pp. 153-154; Ba 79, 1de febrero de 1894.

[19] Ba 1115, «Notices sur Émile Henry», 13 de febrero de 1894.

[20] Le Figaro, 16 de febrero de16, 1894; L'Éclair, 17 de febrero de 1894; L'Écho de Paris, 18 de febrero de 1894; Le Matin, 16 de febrero de 1894.

[21] L'Intransigeant, 17 de febrero de 1894.

[22] Ba 1115, «Populo», 15, 18, 23 y 24 de enero 1894; «Léon», 4 y 6 de febrero de 1894.

[23] Ba 1115, 11-12 de febrero de 1894.

[24] Ba 1115, «Léon», 8 de febrero y «Thanne», 8 y 9 de febrero de 1894.

[25] Maitron, Le mouvement anarchiste, op. cit., p. 239, citando una conversación con Madame Matha, 28 de julio de 1946.

[26] Ba 1115, «Léon», 10 y 11 de febrero de 1894; L'Intransigeant, 17 de febrero de 1894.

[27] Ba 141, testimonio; L’Intransigeant y L’Éclair, 14-15 de febrero de 1894; Le Matin, 13 de febrero de 1894; Le XIXe Siècle, 14 de febrero de 1894; L’Événement, 21 de mayo de 1894; Ba 1115, informes policiales del 13 de febrero y del 27 de marzo de 1894; Varennes, De Ravachol, op. cit., pp. 213-243.

[28] L’Éclair, 15 de febrero de 1894.

[29] Le XIXe Siècle, L’Intransigeant, L’Éclair, 14 de febrero de 1894.

[30] Ba 1113, informe policial, 13 de febrero de 1894.

[31] Ba 141, 13 de febrero de 1894, 2:30. Las observaciones antropométricas están en Ba 1115, donde se señalan diversas cicatrices pequeñas y apuntan como altura 158 centímetros.

[32] F7 12517; Le Matin, 13 de febrero de 1894.

[33] Ba 1115, fichero e informes del 13 de febrero de 1894; L’Éclair, 15 de febrero de 1894.

[34] Ba 1115, informe del 14 de febrero de 1894, y jefe de servicio de la Conciergerie, 14 de febrero de 1894, 2:30.

[35] Ba 1115, informes de los guardas, 18 de febrero de 1894; L’Éclair, 15 de febrero de 1894.

[36] Ba 1115, «Léon», 13 de febrero de 1894, e informe del 14 de febrero, 2:00.

[37] Le Matin, 13 de febrero de 1894.

[38] Le 19e Siècle, 16 de febrero de 1894.

[39] Ba 1115, 13 de febrero de 1894, jefe de servicio; Le Journal, 22 de febrero de 1894.

[40] Le Figaro, 16 de febrero de 1894; L’Intransigeant, 17 y 18 de febrero de 1894; Ba 1215, policía, «Léon» 27 de abril de 1894; Ba 1115, 22-23, 28 de marzo, 1 y 27 de abril de 1894; F7 13053, Moreau, comisario especial, «L’anarchisme en France», op. cit., 1897.

[41] Le Figaro, 16 de febrero de 1894.

[42] L'Intransigeant, 18 de febrero de 1894; Le Gaulois, 15 de febrero de 1894; Le Gil Blas, 16 de febrero de 1894.

[43] Belle France, 13 de febrero y Le 19e Siècle, 15 de febrero de 1894.

[44] La Lanterne y L'Événement, 14 de febrero de 1894.

VII. EL JUICIO

La identidad del dinamitero del Café Terminus escandalizó a París. No era un delincuente marginal como Ravachol ni un pobre muerto de hambre como Vaillant. El joven que estaba detenido era un burgués, un intelectual, un hecho que, según un periodista, era un reflejo «de nuestra vida contemporánea, compleja y perturbadora»[1].

La próspera ciudad volvió a entrar en pánico. ¿Dónde explotaría la siguiente bomba? ¿Debían ahora temer también a los terroristas burgueses? La Policía estaba preocupada por si se producía un ataque idéntico en el Grand Hôtel y vigilaba los principales monumentos parisinos. Seguían apareciendo pequeños objetos que parecían bombas. La Policía salió disparada hacia un fuerte cercano a Saint-Denis, llevando consigo un mapa que había encontrado en el cuarto de un anarquista que parecía señalar que allí se había enterrado la dinamita. De hecho, había un trozo de tierra que parecía haberse removido. ¿Tal vez se habían adelantado los anarquistas? El libro de Félix Dubois, El peligro anarquista[2], provocó aún más alarmismo porque afirmaba que había decenas de miles de fieles anarquistas. El libro reconstruía dos décadas de horrores anarquistas para un público ávido aunque medroso.

Cuando parte de los decorados del Théâtre de la Gaîté se desplomaron durante el transcurso de una obra, algunos miembros del público gritaron con histeria y se desató el caos[3]. Un electricista le dijo a la Policía que un mes antes tres hombres le habían pedido que montara un complicado artilugio que pudiera explotar. Los había visto después en dos ocasiones, una de ellas en Belleville. Recordaba que uno de ellos se llamaba Émile. Desde Marsella una mujer escribió para advertir que, si los atentados no cesaban, Francia corría el riesgo de convertirse en «una nueva Polonia»[4], refiriéndose a la sucesiva partición del país por parte de sus más poderosos vecinos. El Concert Lisbonne de Montmartre se anunciaba como «el único Concert protegido contra las bombas» y sus carteles ofrecían en broma pólizas de seguro contra las explosiones, supuestamente después de pactar con grupos como Los Vengadores, Los Implacables y Las Arañas de la Desesperación[5].

Mientras tanto, la Policía seguía registrando viviendas y arrestando a cientos de

anarquistas, unas acciones que afectaron en general a unas 3.000 familias[6]. Después de todo, el gobierno no había adoptado esa política agresiva y eficaz contra los funcionarios corruptos implicados en los escándalos financieros que habían sacudido la Tercera República.

Desde Londres llegaron noticias de que los trabajadores del Observatorio Real de Greenwich habían escuchado una explosión a última hora de la tarde del 15 de febrero. Martial Bourdin[7], un joven y solitario anarquista francés y conocido de Émile, había volado por accidente cuando tropezó con las raíces de un árbol llevando consigo explosivos. Parecía que los británicos también tenían que empezar a tener miedo, especialmente cuando los periódicos de Londres empezaron a especular con que el material de la bomba de Bourdin (que pretendía destruir el Observatorio Real) procedía del cuarto de Émile de París y que el Autonomy Club había dado un curso de química, con el propósito de fabricar este tipo de explosivos. En abril, dos jóvenes anarquistas italianos, que habían seguido las instrucciones precisas de Johann Most para la fabricación de bombas fueron detenidos por Scotland Yard por planificar la voladura del London Stock Exchange. Su meta: matar a «burgueses con dinero»[8].

La Policía se presentó en Brévannes el 15 de febrero[9]. La señora Henry trató de aparentar calma, pero estaba, por supuesto, nerviosísima. No quería hablar de su hijo, a quien dijo no haber visto desde agosto de 1892. Pero los vecinos habían visto allí a Émile en alguna ocasión el pasado otoño y creían que su madre le había dado algún dinero para seguir tirando.

Al día siguiente, tres periodistas cogieron el tren y se presentaron en Brévannes[10]. Caminaron durante una hora por un sendero que cruzaba campos y huertas, salpicado por casitas en las que las gallinas picoteaban en el patio. Finalmente, entre las acacias en flor y los arbustos espinosos vieron la posada, recientemente encalada, con el cartel À l’Espérance, vins et restaurant encima de la puerta. La posada había ido bastante bien mientras se estuvo construyendo el hospicio al otro lado de la carretera. Pero ahora que la obra prácticamente había terminado la señora Henry tenía mucho menos trabajo. Pronto cientos de miles de lectores se familiarizarían con la sencilla posada campestre, con su mobiliario austero y sus paredes desnudas. También conocerían a la triste y menuda señora de unos 50 años, el pelo canoso y los ojos enrojecidos. El día que la visitaron los periodistas parecía confusa, pero se expresaba claramente con un fuerte acento

meridional. Cuatro obreros estaban sentados a la mesa de madera, hablando en voz baja y compartiendo una botella de vino. Su tía y Jules estaban también. La señora Henry no escondía el hecho de que las tendencias políticas radicales de su marido habían influenciado a su hijo, ni tampoco que su hijo mayor estaba en la cárcel. Pero insistía que Émile no podía haber sido el dinamitero del Café Terminus, sencillamente era incapaz de hacer daño a nadie. No tenía ninguna razón para avergonzarse de Émile, quien la adoraba y no le había dado más que satisfacciones. A lo largo de los días siguientes, varios compañeros de colegio de Émile pasaron por Brévannes para expresar su incredulidad. Y la madre de Émile empezó a recibir cartas anónimas y preocupantes, algunas de ellas meros insultos garabateados en los márgenes de los artículos que se escribían sobre su hijo en la prensa parisina[11].

El 16 de febrero el juez Meyer ordenó que se trasladara a Émile de la celda de detención a la Conciergerie. En 1826 la entrada original había sido tapiada y finalmente reemplazada por una nueva puerta que daba al muelle. Las viejas celdas de la Conciergerie, que habían retenido a Luis XVI, a María Antonieta y a los revolucionarios Danton, Robespierre y Saint-Just, ya no se usaban, y habían sido sustituidas por 73 modernas celdas que ahora formaban parte del complejo del Palacio de Justicia. Cuando se enteró de que Ravachol había ocupado la misma celda que él, Émile se entusiasmó y le pareció estar respirando en una atmósfera etérea: «¡Estoy transfigurado! ¡Oh, Ravachol, dame consejo, ayúdame, te lo ruego!»[12].

Las celdas número 1 y 2 se habían convertido en una única celda grande para alojar a los dos guardas que estarían con Émile día y noche. Se les ordenó obtener toda la información posible. El preso trató de convertir a los guardas al anarquismo, como también lo había intentado Ravachol. Émile acabó llevándose especialmente bien con el guarda Duthion. Ambos se habían conocido brevemente en abril de 1893, cuando Émile fue a visitar a su tía, la marquesa de Chamborant, con la esperanza, frustrada, de que le diera 500 francos[13]; Duthion entonces trabajaba para ella. Todo París se enteraría pronto de las conversaciones entre Émile y los dos guardas, porque los periodistas ponían tranquilamente comillas en los comentarios y revelaciones de los que informaban; algunas de las informaciones claramente procedían de los guardas, a cambio de algún dinero. Dos periódicos mencionaron rápidamente que Émile era muy conocido en los círculos anarquistas y los mítines por su «entusiasmo y su ironía burlona»[14] y que se había ganado la admiración de sus colegas anarquistas y la atención de la Policía.

El 17 de febrero, un juez, tres gendarmes, dos administrativos y un policía se presentaron en la posada de Brévannes y lo rasgaron todo, incluyendo la cama de la señora Henry y las habitaciones que había alquilado a dos obreros[15]. En la cocina probaron la sal para asegurarse de que no era ninguna sustancia explosiva. La madre de Émile les explicó que un tarro tenía potasio, que se usaba para limpiar. Se llevaron varios tubitos en los que el hijo mayor, Fortuné, había guardado minerales recogidos en las minas de Cataluña y balas de un viejo rifle que había sido de un amigo de la infancia. Incautaron cartas que Fortuné había enviado a su madre desde la cárcel de Clairvaux, así como la carta que supuestamente envió Émile desde Alemania cuando tendría que haber ingresado en el Ejército. También se llevaron una foto de Fortuné tomada en Dijon en abril de 1892 con un grupo de anarquistas, en la que se podía ver una bandera negra con las palabras «¡Muerte a la burguesía!». En el jardín trasero, en medio de un grupo de álamos, había un hueco de varios metros de circunferencia. Seis escalones conducían a un sótano escasamente amueblado, con una mesa y dos sillas. Allí la Policía se encontró un cajón de madera lleno de folletos anarquistas, entre ellos «Ravachol, ¿anarquista? ¡Por supuesto!», escrito por Fortuné.

Un segundo juez instructor, el juez Espinas, se encargaba de resolver el misterio de la explosión del número 11 de la avenue de l’Opéra, 15 meses antes. Émile en un primer momento negó haber tenido nada que ver con aquella bomba que acabó por explotar en la comisaría de Policía. Pero el 23 de febrero pidió que lo llevaran ante el juez Espinas. Le dijo que había dejado la bomba frente a la Compañía Minera de Carmaux, describiendo con orgullo su composición[16].

Una semana después de la explosión en el Terminus, Émile le dio al juez instructor una carta dirigida a su madre, donde ponía como remite la dirección de la Conciergerie.

Madrecita querida,

Habrás sufrido cuando los periódicos informaron acerca de mí el lunes pasado. Créeme que antes de cometer un acto así pensé mucho en ti y en todas las personas a las que quiero. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Los motivos que tú

no entenderías prevalecieron y arrojé la bomba al Terminus. Desde mi detención he pensado mucho en ti y sufro porque me doy cuenta de la tristeza en la que debes estar sumida. No obstante, querida madre, debes superar tu dolor. No exhibas tus lágrimas ante los desdeñosos y los indiferentes. No debes creer a quienes dicen que tu hijo es un criminal. Me conoces y puedes decirles que los verdaderos criminales son quienes hacen la vida imposible a cualquier persona con sentimientos, los hombres que defienden una sociedad en la que todo el mundo sufre. Puedes decirles que aquellos que en nuestra sociedad se niegan a aceptar un papel que su dignidad rechaza, se vengarán. Del lado del puedo, se vuelcan por completo en su emancipación. Entiende eso bien, madre mía. Lejos de avergonzarte de mí, a quien has criado y querido, enorgullécete de lo que he hecho. Te llevarás contigo la estima, la compasión y el afecto de la única gente que realmente importa. Tendré el placer de verte y besarte, querida madre. Pide a mi juez, el señor Meyer, que te dé un pase para verme, pero prométeme que serás fuerte. Dale un abrazo al pequeño Jules. Si lo puedes traer contigo, por favor, hazlo. Tiene que haber crecido mucho desde la última vez que lo vi y probablemente ha empezado a entender. No olvido a mi tía Michalet, que también debe estar sufriendo. En cuanto a Fortuné, le escribiré yo mismo. Da recuerdos a todos nuestros amigos. Te veré pronto, madrecita. Miles de besos de tu hijo[17].

Al leer la carta de Émile admitiendo su responsabilidad en la bomba del Café Terminus, Rose Caubet Henry exclamó, recordando el padecimiento de su familia cuando su marido había sido condenado a muerte por rebeldía por el Estado francés y obligado a exiliarse a España: «¡Ha vengado a su padre!»[18]. Cuando llevaron a su madre al día siguiente a la oficina del juez Meyer, el dinamitero al principio se conmovió visiblemente al verla, palideció y las lágrimas empañaron sus ojos[19]. Después recuperó su actitud cáustica y le pidió que tuviera valor. Cuando ella empezó a hablar sobre lo que había hecho, él la regañó: «No me hables de ello. Lo que hice es lo que quise hacer. Tus lágrimas no sirven de nada»[20]. Le dijo a su madre que antes del atentado había escogido un abogado, consciente de que probablemente lo detendrían. Había pensado en todo. A lo que su madre contestó: «En todo, mi niño, menos en tu madre».

Sin embargo, el abogado que Émile había escogido se negó a aceptar su caso. Su madre escogió entonces a un joven abogado llamado Hornbostel, un nacionalista y un reaccionario político. Hornbostel fue una de las razones por las que los

periódicos parisinos estaban tan bien informados acerca de Émile. El abogado proporcionó a Le Temps el relato de su primer encuentro con el acusado. Las filtraciones a la prensa procedían tanto de fuentes judiciales como de los guardas: un reportaje se refería concretamente a la pieza número 462 del dosier[21].

En un primer momento, Hornbostel insistió en que podría salvar la vida de Émile a pesar de que este había admitido ser el responsable de la primera bomba, lo que complicaba enormemente las cosas[22]. Cuando se supo que Borde, uno de los heridos del Terminus, había muerto a consecuencia de sus heridas el 12 de marzo, la única reacción de Émile fue que eso añadía una víctima más a su cuenta. La muerte de Borde acabó con cualquier esperanza que hubiera albergado Hornbostel de evitar la pena de muerte para su cliente.

En la papelería de la rue La Fayette, donde Émile decía haber comprado el estuche de metal que había convertido en un detonador, el comerciante sacó una nota de compra que se correspondía con la fecha que Émile había proporcionado: 4 de noviembre de 1892. Durante una reconstrucción de la mañana del 8 de noviembre, Émile demostró que conocía bien el edificio de la avenue de l’Opéra número 11, aunque no había visto un espejo al final del vestíbulo, pensando que era un pasillo[23]. Recordaba que había un cartel que indicaba que las oficinas de la compañía estaban en la primera planta. El cartel ya no estaba, pero cuando el juez instructor le pidió a un empleado de la Compañía Minera de Carmaux que lo localizara, resultó ser exactamente igual al que había descrito Émile. El juez Espinas dio como concluyente el relato de los hechos de Émile de la mañana del 8 de noviembre de 1892.

Con una comprensible angustia, Rose Henry Caubet contactó con el doctor Goupil, el amigo de la familia que se había interesado por su marido Fortuné cuando este volvió a París. ¿Podría ser que los actos de Émile pudieran explicarse por la locura? El doctor, una figura robusta que ya peinaba canas, creía que «los cerebros exhaustos siempre están amenazados» por la neurastenia, de hecho, en 1876 había escrito algo sobre esa teoría[24]. Creía que una persona no podía trabajar más de ocho horas al día o se arriesgaba a sufrir graves desórdenes mentales. Émile había trabajado muchísimo en la escuela. ¿Pudiera ser que esa presión le hubiera causado un daño permanente?

Mientras tanto, Émile no podía quejarse de sus condiciones en la Conciergerie[25]. La comodidad relativa de su celda lo estaba volviendo

«perezoso y pasivo», en sus palabras. A menudo se quedaba en la cama «como un rentista» después de diez horas de sueño. Si los guardas lo levantaban demasiado temprano se enfrentaban a su malhumor. Tenía derecho a un baño caliente por semana y podía lavarse los pies a diario. Su madre le traía ropa de cama limpia y, cada pocos días, Madame Denaples, que tenía un pequeño restaurante en la rue Saint-Martin en el centro de París, donde la vieja tía viuda de 70 años de Émile había trabajado mucho tiempo como cajera, le traía ropa limpia y comida casera. Los restaurantes locales proveían de comida a los guardas, que a menudo la compartían con su prisionero. Después de almorzar, Émile se tiraba en la cama o en un colchón en el suelo leyendo todos los libros disponibles en la biblioteca de la cárcel, a los que les faltaban algunas páginas porque los presos las necesitaban para otros usos de higiene. El director de la Conciergerie y Hornbostel le traían otros títulos para complementar la pobre selección de la cárcel. Leyó a Alexandre Dumas, los Primeros principios de la biología de Herbert Spencer y tres novelas de Zola, incluyendo La débacle, acerca del horrible año de 1870-1871, que el padre de Émile había vivido en sus carnes, y Germinal, así como Crimen y castigo, de Dostoievski, que fue el que más le gustó.

Después de lo que calificó de «una discusión bastante amigable» en su celda con el director de la Conciergerie el 27 de febrero, Émile redactó un largo análisis de las ideas anarquistas. El director se lo había pedido, tal vez por curiosidad, tal vez con la esperanza de descubrir pruebas que incriminaran a su prisionero. Describiendo la autoridad, la propiedad y la religión como los enemigos de la humanidad en su búsqueda de la «igualdad absoluta»[26], Émile predecía que bastaría con dos o tres generaciones para «salvar a la humanidad de la influencia de la civilización artificial a la que hoy está sometida. Debemos derribar este edificio anticuado y podrido. Y eso es lo que estamos haciendo».

A veces Émile paseaba por el jardín de la cárcel, que en realidad era un amplio espacio para ejercitarse decorado con tres arbustitos misérrimos, dos lilas enanas y un boj a punto de caerse, que no obstante daban un poco de color verde al suelo gris y al muro de ladrillos rojos[27]. Por la tarde fumaba en pipa y a veces jugaba a las cartas, apostando mínimas cantidades de dinero, con sus guardas, a quien a veces escribía versos. Al levantarse por la mañana solía cantar canciones anarquistas. Señora Dinamita era una de sus favoritas. En una ocasión escandalizó a los guardas al anunciar que iba a decir sus oraciones matutinas y

acto seguido arrancarse a cantar Los mártires del anarquismo.

Los días de visita en la Conciergerie eran los domingos y los jueves. Durante una hora los presos podían sentarse frente a sus visitantes, separados por una verja de alambre. En una ocasión le dijo a su madre que la revolución social tanto tiempo esperada se produciría antes de su juicio, y que, por lo tanto, no tenía por qué preocuparse. En general, Émile daba la impresión de estar sorprendentemente poco interesado por lo que ocurría fuera de la prisión, pocas veces miraba hacia el muelle.

Mientras tanto los periódicos debatían la importancia del hombre encarcelado y de su bomba[28]. Maurice Barrès, el nacionalista de derechas, consideraba que el atentado de Émile era un momento decisivo de la historia contemporánea de Francia. No tenía nada bueno que decir sobre la juventud en Francia en los inicios de la década de 1890. Barrès se preguntaba si el desencantado y peligroso Émile Henry podría formar parte de una nueva ola. Henri Ribeyre, de La Revue blanche, una revista de arte y literatura, contraargumentaba que era difícil culpar al sistema educativo. Los obreros sin educación formal se habían mostrado capaces de fabricar bombas tan eficaces como la que se había arrojado al Café Terminus. ¿Podría ser una cuestión generacional, que implicara a los nacidos en la época de la Comuna? La victoria de la burguesía sobre los communards en 1871 había sido absoluta y devastadora. (Un periodista insistía en que Émile había sido concebido durante la Comuna, lo que lo explicaría todo.) Las clases altas francesas nunca habían admitido en realidad la amnistía de 1880 y se habían negado a perdonar a los insurgentes. La llama de la venganza de la Comuna aún ardía y ahora había asesinado. Émile había elegido como blanco a burgueses ordinarios, la base sobre la cual se había construido la República. El padre de Émile había sufrido su castigo. Ahora estaban pagando por ello.

El público de clase alta que en su mayoría conformaban los lectores de Le Figaro recibieron otra condena de la juventud francesa. Émile Henry era un joven ciudadano del fin de siècle que aportaba «una nueva fórmula» a los desheredados. En lugar de aceptar su sufrimiento o dejarse consolar por la fe religiosa, esos jóvenes se rebelaban abiertamente contra las leyes de la sociedad. Émile sería un «bacilo» de la educación moderna, careciendo de formación ninguna en los principios de la moral. El derechista La Patrie recordaba una predicción de uno de los primeros adversarios de Proudhon, que había escrito en 1840 que los jóvenes cultos que no pudieran encontrar un lugar adecuado en la sociedad podrían convertirse en los enemigos de la sociedad.

Entre los registros y los arrestos policiales que los anarquistas sufrían a diario, una pequeña bomba explotó en Lyon y se descubrió otra en Saint-Étienne[29]. En París, los trabajadores del ferrocarril descubrieron una bomba apoyada en una columna junto a un tren a punto de salir hacia Mulhouse. Hornbostel llegó a la Conciergerie con la noticia de que una pequeña bomba había explotado la noche del 4 de abril en un pequeño y elegante restaurante del Hôtel Foyot, enfrente del Palacio de Luxemburgo, donde se reunía el Senado. Era un lugar donde le gustaba comer al príncipe de Gales cuando visitaba París. En aquel momento solo había dos mesas ocupadas en el restaurante. Por una increíble coincidencia, en una de las mesas estaba Laurent Tailhade, un crítico y poeta que simpatizaba con el anarquismo. Su compañía en la mesa era Lia Mialhe (también conocida como Madame Roux, y también como «Violette»), una sombrerera con la que vivía. La bomba, que se había colocado en un alféizar junto a la mesa, explotó mientras que el camarero le describía un plato a la pareja.

Laurent Tailhade era sobre todo conocido por su comentario sorprendente cuando Vaillant arrojó su pequeña bomba en el Acuario: «¡Qué importan las olas de humanidad cuando el gesto es hermoso!»[30]. La explosión en el Foyot dejó a Laurent sin uno de sus ojos. La bomba fue colocada, probablemente, por Félix Fénéon, tal vez inspirado por su amigo Émile[31]. Esa noche, Fénéon tomó un ómnibus de vuelta a su casa en la rue Lepic, en Montmartre. Cuando alguien en el ómnibus exclamó que había escuchado que había explotado otra bomba, Fénéon indicó que había sido en el Foyot, un dato que aún no se conocía. Más tarde admitiría ser el responsable. En su celda, Émile se mostró «encantado» con la noticia. «Una vez más la idea [de las bombas anarquistas] ha mostrado su valía», comentó[32].

A Émile no se le había permitido leer ninguna de las cartas que habían llegado a la Conciergerie para él; aparentemente estaban siendo retenidas por uno de los fiscales en un intento de recoger otras pistas. El 6 de marzo, Girard, el químico, fue a la Conciergerie[33]. Llevaba una olla medio llena de arena. Cuando le pidió a Émile que le mostrara cómo había cerrado la bomba después de montarla, este se negó a hacerlo. Esto convenció al juez de que otra persona (probablemente Paul Bonnard, «Père Duchesne») le había ayudado a montarla.

Y después estaba la mujer que el estudiante de Derecho había visto en las escaleras del número 11 de la avenue de l’Opéra. ¿Quién era? El anarquista

Mérigeau, recientemente encarcelado, le había dicho a un policía de incógnito que la mujer a la que se había visto en las escaleras era «Rosalie», Mariette Soubère, una obrera y anarquista de 24 años que cosía lazos en Saint-Étienne y que vivía con el compagnon Joseph Béala en Saint-Denis. Ambos habían sido acusados de ayudar a Ravachol a asesinar a dos mujeres en julio de 1891 en Saint-Étienne. No obstante, una reunión en la oficina del juez dejó patente que Mariette Soubère y Émile no se había visto nunca. La Policía entonces arrestó a la cantante Adrienne Chailley, conocida como «Marie Puget». Ella sí conocía a los hermanos Henry y se parecía mucho a la descripción de la mujer que habían visto en las escaleras. El policía secreto Thanne creía que ella había llevado la bomba hasta el edificio y la había subido al primer piso. Después de la explosión en la comisaría había dejado de cantar, bebía mucho más y ahora le parecía ver a un agente de Policía detrás de cada árbol. Cuando se vio frente a Adrienne Chailley y Bonnard en la oficina del juez, Émile palideció, pero estrechó la mano de Bonnard y guiñó un ojo a la mujer. De vuelta en su celda les dijo a los guardas que únicamente conocía a Bonnard, aunque después preguntaría si habían soltado a Adrienne Chailley, señalando que sí se conocían.

El 23 de febrero la Policía aventuró la posibilidad de que la mujer en las escaleras hubiera sido Émile disfrazado. Su apariencia juvenil y su corta estatura lo podrían haber ayudado a hacerse pasar momentáneamente por una mujer joven: su pelo corto bien podría haber estado cubierto por una peluca de mujer[34].

El juez Espinas, esperando descubrir la identidad de la mujer, se obsesionó con localizar a la amante de Émile, a alguien que estuviera dispuesta a ser su cómplice. En una sesión se enfrentó a Émile con Élise Schouppe (que era ahora la amante del ladrón anarquista Ortiz), quien había vivido cerca de Émile en la rue Véron. Se había visto a Émile varias veces en la rue Lepic con su marido. Espinas pensaba que Élise había sido también amante de Émile. Una vez Émile la había llevado, a ella y a los niños, a una excursión campestre a Brévannes, pero insistía en que «nunca había tenido relaciones con esa persona»[35]. Sin duda había tenido amantes, pero dijo que, para una operación como hacer y colocar una bomba, nunca habría confiado en una mujer.

A la oficina del Meyer llegaron 10 francos para Émile, enviados por alguien llamado Élisa[36]. Al principio los agentes pensaron que el dinero lo enviaba la señora Élise Schouppe. De hecho, lo había enviado Élisa Gauthey. Los rizos que Émile llevaba consigo en su medallón eran, por supuesto, suyos. Meyer arrestó

el 13 de marzo a la señora Gauthey en calidad de posible testigo material.

El 15 de marzo el anarquista belga Philibert Pauwels, un amigo de Émile, entró en la iglesia de la Madeleine llevando una bomba. Pauwels era más del tipo de Ravachol que del de Émile. Si alguien encajaba en el ideal de Bakunin de un anarquista –«la encarnación del demonio»–, ese era Pauwels. Nacido en Flandes, Bélgica, en 1864, había sido un alumno horrible, de inteligencia limitada, agravada por problemas de vista y de oído. Pauwels era la oveja negra de una respetable familia de clase obrera: su padre era un maestro ebanista conocido como Rouge-Barette, que trabajaba mucho y bebía aún más; su madre era una cuidadora atenta. Dos de sus tíos, muy respetados, trabajaban en las minas cercanas. Pauwels era un mal bicho que incluso hacía trampas cuando jugaba con los demás niños. Se fue de casa a los 14 años, se estableció en París a principios de la década de 1880 y encontró trabajo en la industria de confección de guantes antes de regresar a Bélgica donde evitó el servicio militar.

Pauwels había llamado por primera vez la atención de la Policía en tanto que militante anarquista en enero de 1885 en Saint-Denis, donde había fundado el grupo Juventud Anarquista de Saint-Denis y participaba en otros grupos en Montmartre, Montreuil y París. En una reunión de Los Iguales de Montmartre conoció al joven Auguste Vaillant, así como a Sébastien Faure. Sin embargo, después de una violenta discusión, Pauwels no volvió a ese grupo. Allí donde encontraba empleo se le consideraba un buen trabajador. Vendió ejemplares del periódico anarquista Tierra y libertad y pasó material de lectura a los obreros que iban a su casa, donde tenía desplegada la bandera negra anarquista. En 1886 se casó con Albertine Lardon, una bordadora que trabajaba en Saint-Denis y, cuatro años más tarde, se mudaron junto con su hija de cuatro años a Argenteuil. La esposa de Pauwels, que tenía tuberculosis, también se hizo militante anarquista. Una vez le dijo a su esposo que el día que sintiera que su fin se acercaba, él debería conseguirle una bomba y su aliento final lo emplearía contra la burguesía.

El belga contactó con anarquistas holandeses, rusos, alemanes y españoles, así como con compagnons franceses y belgas, produciendo propaganda antimilitarista y haciendo viajes frecuentes a Bruselas. En 1891 encontró un trabajo en una fábrica de los suburbios parisinos. Apareció en una asamblea anarquista en la place de l’Opéra, en el corazón del territorio enemigo, y más

tarde en Saint-Denis, donde pronunció un encendido discurso en el que pedía a los compagnons que dejaran de trabajar el 1 de Mayo y que, además, quemaran sus fábricas y el ayuntamiento. Se le ordenó salir de Francia en abril de 1891, en parte por su papel en otra huelga. Pero había desaparecido.

A principios de julio, la Policía emprendió un torpe registro de la casa de la esposa de Pauwels, en Argenteuil. No consiguieron encontrar unas cartas mal escondidas y que su esposa quemó nada más salir la Policía. El 21 de julio de 1892, la Policía hizo una redada en un apartamento en París donde se había alojado Pauwels y descubrieron explosivos. Expulsado de Francia, redactó una petición pidiendo que se lo trasladara a la frontera con Luxemburgo (no podía ser deportado a Bélgica porque no había ningún acuerdo para la extradición de quienes habían evitado el reclutamiento militar). La Policía trasladó allí a Pauwels en un vagón policial.

A lo largo del año siguiente, Pauwels alternó Luxemburgo, de donde sería después expulsado, Ginebra y París, donde fue sospechoso de estar implicado en una trama para volar la comisaría de Policía de Levallois-Perret. Abandonó a su esposa y a su hija, que se mudaron a Saint-Denis, donde vivieron con los padres y hermanos de ella en total pobreza, en la planta baja de una casucha de ladrillos ennegrecidos por el humo de las chimeneas cercanas.

En 1892, Pauwels asumió la identidad de un obrero de provincias, «Claude Defose», uno de los muchos alias que usaría a lo largo de los años. Bebedor compulsivo de absenta, la peligrosa y potencialmente adictiva bebida hecha de ajenjo, Pauwels se labró una fama de brutalidad que alejó a muchos compagnons, que lo consideraban un desequilibrado. También conocido como «nariz puntiaguda» el sombrío y hosco Pauwels siempre hablaba con odio de la burguesía, jurando su exterminación. Ahora sobrevivía trabajando como tintorero, pidiendo prestado dinero a los militantes de Saint-Denis y otros lugares, robando (o viviendo de los robos que otros cometían) y recibiendo pequeñas cantidades de los grupos anarquistas. Es posible que Élisée Reclus le hubiera dado algo de dinero. En sus viajes seguía siendo un propagandista fanático, insultando a Sébastien Faure, a quien llamaba «jesuita». Pauwels llevaba consigo una pistola y distribuía propaganda que animaba a desertar a los soldados. A finales de 1892 estaba en Suiza, en enero de 1893 en Marsella y después en Barcelona. Cuando trabajaba temporalmente en una fábrica en Saint-Ouen, Pauwels encontró o robó los papeles de un compañero llamado Rabardy, de Ruan, y asumió la identidad de ese hombre.

Mientras que el compagnon Émile esperaba juicio en la Conciergerie, Pauwels decidió dar un golpe. El 12 de febrero entró en el modestísimo Hôtel des Carmes en la rue des Carmes y, negándose a dar su nombre, depositó cuatro francos para una estancia de ocho días en un cuarto de la quinta planta. A la mañana siguiente dijo que se llamaba Henry Sabauth, 38 años, viajante de Burdeos. Le dijo a un joven empleado del hotel, con quien habló en español, que acababa de llegar de Barcelona. Con un sombrero de terciopelo negro y traje oscuro, Pauwels llevaba una pequeña maleta de tela gris. Un paquete del tamaño de una sombrerera colgaba de la maleta con un alambre.

El 20 de febrero, Pauwels cambió el Hôtel des Carmes por dos hoteles incluso más mugrientos, tomando una habitación en cada uno de ellos. En ambos colocó una pequeña bomba que montó para que explotara la próxima vez que alguien abriera la puerta. Su objetivo era matar policías. Dejó entonces una nota cerca de dos comisarías diciendo que él, Étienne Rabardy, iba a matarse en su cuarto de hotel. Un policía fue al hotel de la rue Saint-Jacques y subió a la habitación con la anciana portera. Abrieron la puerta y la bomba explotó, hiriendo mortalmente a la anciana y produciendo únicamente heridas leves al policía. En la pensión miserable de la rue du Faubourg Saint-Martin, otro policía abrió la puerta. La bomba, hecha con una lata y colgada de la puerta, no explotó. El policía llamó a los expertos, que detonaron el artefacto. Cinco días antes la Policía había encontrado en un banco bombas con exactamente la misma composición – dinamita, ácido pícrico y clorato en polvo.

A las 14:40 del 15 de marzo Pauwels entró en la iglesia de la Madeleine, el lugar de los bautizos y las bodas más elegantes de París. En el pequeño recibidor, la bomba que llevaba explotó con tal fuerza que se escuchó en la cámara de diputados, al otro lado del Sena. Pauwels cayó al suelo, su mano derecha colgando de un hilo, con heridas graves en el estómago y la columna vertebral. Una bala que le dio en la cabeza se consideró después la causa de su muerte. Es posible que el anarquista hubiera tenido la fuerza y la presencia de ánimo para dispararse. Pauwels llevaba consigo una imagen de Ravachol, junto con detalles de la ejecución del mártir. No hubo más heridos y el daño provocado en la iglesia fue mínimo[37].

París seguía en alerta máxima. La Policía iba de pensión en pensión llevando fotos de Pauwels y buscando información sobre hombres entre 25 y 35 años que no hubieran regresado a sus alojamientos en la noche del 15 de marzo. Obtuvieron cinco nombres, incluyendo dos descritos como «pobremente

vestidos», para nada una característica distintiva. Los empleados del Hôtel des Carmes identificaron a Pauwels como la persona que se había alojado en el hotel. Su suegro acudió para identificar el cadáver en la morgue, pero se negó a reclamarlo.

En su celda, Émile especulaba al principio con que el autor de la bomba en la iglesia de la Madeleine fuera Meunier, un anarquista que acababa de ser condenado a muerte por rebeldía. Pero cuando Émile pidió un trozo de periódico para usarlo en el váter, un guarda le dio sin darse cuenta un trozo de Le Petit Journal del 17 de marzo, que identificaba al muerto como su amigo Pauwels. Parecía sin duda que esa bomba había sido fabricada a partir del remanente de dinamita que salió del cuarto de Émile. ¿Dónde estaba el resto?

El 27 de abril se inició el juicio de Émile Henry en el Tribunal de Assize. El tribunal estaba dentro del Palacio de Justicia, ese escenario monumental donde se celebran los principales juicios de París, a menudo tan teatrales. Entre dos enormes pasillos que conectaban las entradas este y oeste, el salón rectangular se erigía sobre la renovada prisión de la Conciergerie. El espacio dedicado al juicio de Émile y al resto de los juicios anarquistas que lo habían precedido, reflejaba el deseo de la Tercera República de mostrar al mundo su progresista sistema. Los periodistas y otros espectadores, que entraban por la puerta opuesta al estrado del juez, se apiñaban en todos los huecos disponibles. Las clases altas, entre las que se contaban un desproporcionado número de mujeres, se sentaban delante. Algunos llevaban anteojos de ópera para no perderse un solo detalle del espectáculo. La gente a la que Émile más odiaba estaría sentada lo más cerca posible de él[38].

Jueces y abogados hacían sus entradas mayestáticas por una de las dos puertas. Los jueces vestían la toga roja ribeteada de piel blanca, los abogados togas negras y sombreros tradicionales muy elaborados. Por debajo de ellos se sentaban los abogados que representaban a la acusación y la defensa.

El fiscal era Bulot, el mismo del juicio de Clichy, cuyo apartamento Ravachol había intentado volar. Dos largas galerías de asientos forraban ambos lados de la sala del tribunal. El jurado se sentaba en el mismo lado que el fiscal[39]. Frente a ellos se erigía un recinto cercado para el acusado, con guardas a ambos lados. En otro recinto se sentaban más de 50 periodistas de 20 periódicos parisinos,

preparados para alimentar la intensa fascinación del público con el juicio. Las ventanas frente al recinto de los presos inundaban de luz la sala del tribunal, dejando al jurado en la sombra. En mitad de la sala había una mesa sobre la que se depositaron las pruebas materiales: los restos destrozados de las mesas; una docena de sillas apiladas, algunas agujereadas; ropa con manchas de sangre; jarras y otro menaje roto; tablas rotas y otros restos traídos del Café Terminus. Ante estas pruebas dramáticas y ante un retrato de Cristo se les pedía a los testigos que juraran decir la verdad. Al fondo de la sala, el público contenía la expectación, algunos ocupando sillas reservadas, otros abriéndose camino a codazos desde atrás. Tal como la describía la prensa burguesa, la multitud despedía los aromas plebeyos del ajo y el chorizo.

Los guardas condujeron a Émile desde la prisión del piso de abajo, por la escalera de caracol entre las dos salas y por la puertecita, hasta la sala del tribunal. Su entrada acalló todas las conversaciones. Todas las miradas se centraron en él. Tenía el porte de un joven estudiante en una escuela de elite a punto de examinarse. Vestido con propiedad, incluso con elegancia, este dandy del anarquismo llevaba una camisa blanca con un cuello blanco almidonado, una chaqueta negra y una corbata de satén negro. Al fondo de la sala se sentaba su madre, con un vestido viejo, una capa igual de gastada y un sombrero adornado con un ramito de glicinias. Parecía abatida, resignada al sufrimiento que la superaba. Junto a ella se sentaba el doctor Goupil.

La irónica sonrisa del preso pareció ensancharse cuando vio la sala del tribunal repleta. Antes de sentarse miró detenidamente al público. Cinco o seis dibujantes de tribunal sacaron lápices y pinceles para inmortalizarlo. Después se abrieron las puertas de par en par y entraron los juristas.

El magistrado que presidía abrió el proceso pidiéndole al preso que declarara su edad, ocupación y residencia: «Émile Henry, 21 años y medio», contestó en su voz ronca y adolescente. «¿Su domicilio?» «La Conciergerie.» Émile escuchó impasible las acusaciones –un asesinato y veinte intentos de asesinato en el Café Terminus y cinco asesinatos en la comisaría en noviembre de 1892– y, de vez en cuando, se recolocaba el cabello con nerviosismo. Pero en general parecía bastante seguro de sí mismo y de su capacidad para gestionar cualquier pregunta. Reaccionó a los cargos con sonrisas, encogimiento de hombros y gestos de negación. Varias veces, con los ojos entrecerrados, parecía estar reviviendo las acciones por las que se le acusaba.

Por parte de la defensa estaba el barbudo Hornbostel como abogado defensor. Prácticamente desconocido en París, hijo de un destacado abogado de Marsella, Hornbostel sabía que su actuación en el gran escenario del Tribunal de Assize del Sena sería un momento decisivo de su carrera. Para prepararse había tomado clases de elocuencia con Silvain, un famoso actor de la Comèdie-Française, que se encontraba también en la sala, ansioso por ver la interpretación de su alumno. Pero Hornbostel no estuvo a la altura. Aún no dominaba los gestos dramáticos, teatrales, tan necesarios para defender un caso y no usaba los hombros para impresionar la juez, al jurado y al público. Mascullaba. Y defendía a un hombre decidido a ser condenado y ejecutado, que perseguía la inmortalidad revolucionaria.

El papel del magistrado presidente, el juez Potier, normalmente habría consistido en «desenmascarar» al acusado, abriendo brechas en su defensa con preguntas insidiosas. Pero este juicio sería diferente. Émile admitía, con un orgullo indisimulado, prácticamente todas las acusaciones contra él. Contradecía o corregía aspectos menores en un tono arrogante y burlón. No había entrado en el Café Terminus a las 20:30, sino a las 20:00. No había escondido la bomba en la cinturilla del pantalón, sino en el bolsillo del abrigo. «¡No me iba a desabrochar los pantalones en medio del café!» Cuando le preguntaron por qué había escogido ese lugar en concreto para atentar, replicó: «Porque era un grand café, frecuentado por la burguesía». ¿Por qué no se había quedado en los otros grandes cafés por los que había pasado? «No había gente suficiente. Había pasado la hora del aperitivo de esa gente». Esto provocó un escalofrío colectivo en la sala. Cuando se le preguntó si le había dicho al juez instructor Espinas que quería matar a la mayor cantidad de gente posible para vengar a Vaillant, contestó: «Por supuesto», remedando a Simon, alias Biscuit, el joven cómplice de Ravachol.

Potier exclamó: «¿Desprecia la vida de los demás?».

«No», le corrigió Émile. «Solo la de la burguesía».

Confirmó que había disparado a quemarropa a Gustave Étienne, el empleado del ferrocarril, al que Potier llamó «un valeroso ciudadano», que había corrido tras él y lo había atrapado. Y que había disparado al barbero León Maurice –Émile interrumpió con sarcasmo: «Un segundo valeroso ciudadano»–. Lamentó haber disparado únicamente a un policía. Cuando el juez presidente le recordó que varias de las personas a las que había intentado asesinar eran obreros, la

respuesta de Émile fue que deberían haberse metido en sus asuntos. Si hubiera tenido un revólver mejor los habría matado también. Cuando el juez señaló que el acusado había fabricado la bomba con el cuidado de «un verdadero artista», Émile le agradeció el cumplido.

El magistrado residente empezó entonces a argumentar que Émile no era en absoluto una víctima de la sociedad burguesa, sino más bien alguien que «a lo largo de su camino vital solamente se había encontrado con manos que lo protegían, con gente benévola y amable». Después de todo, era un burgués. Cuando Émile relataba su viaje hacia la avenue de l'Opéra aquella fatídica tarde, señaló irónicamente que había tomado el transporte público. «Como buen burgués, no fui andando», dijo, provocando sonrisas. Potier señaló que podría haber entrado en la prestigiosa École Polytechnique. ¿Por qué no había querido ser un oficial del Ejército? «Una hermosa carrera, en la que uno mata a desgraciados, como en Fourmies. Prefiero estar aquí que allí.»

Potier habló de lo «muy desesperada» que había estado Rose Caubet Henry cuando su hijo se evadió del servicio militar y fue clasificado como desertor y después mencionó, provocadoramente, a «otra persona, cuyo nombre es inútil mencionar y que, desde aquel entonces, dejó de amarle», una referencia directa a Élisa Gauthey. El presidente del tribunal quería que el acusado revelara sus actividades durante los 18 meses anteriores al atentado del Café Terminus, por lo tanto que identificara a sus cómplices[40]. Émile únicamente admitió haber estado trabajando seis semanas como mecánico. Dijo que había recibido ingresos «por mi trabajo» y que así había podido costearse él mismo los materiales de la bomba. Émile rechazó, con cierta indignación, la sugerencia del juez de que había estado viviendo del producto de los robos de Ortiz. Pero el presidente insistía en que «incluso privándose de muchas cosas, uno aún necesita recursos en París». Sus manos blancas no eran las manos de un obrero y ahora «estaban cubiertas de la sangre de sus crímenes». Émile se puso en pie y replicó: «Cubiertas de rojo como su toga, monsieur le président». Negó haber sido el hombre que se había hecho pasar por un empresario británico y que, junto con Ortiz, había robado a la rica anciana en la aldea normanda de Fiquefleur.

La Policía seguía buscando a Placide Schouppe y a Paul Reclus, el sobrino de Élisée Reclus y un defensor del «derecho al robo», de quien sospechaban que habían ayudado a Émile a preparar las bombas, tal vez con la ayuda de Schouppe. Émile concluyó: «La "justicia" no se contentaría con una sola cabeza, quería dos. Una vez más, yo preparé, cerré y transporté la bomba yo mismo».

Cuando investigaron a Émile inmediatamente después de la primera bomba, la Policía había concluido que no había tenido tiempo de regresar a la rue Véron para recoger la bomba y llevarla a la avenue de l’Opéra. Ahora un empleado de la oficina del fiscal había duplicado el recorrido que Émile decía haber hecho y había demostrado que en efecto era posible hacerlo[41]. Potier pareció aceptar finalmente la versión de los hechos que le daba Émile.

Las víctimas del atentado del Café Terminus, personas corrientes, se limitaron a contar su relato, sin ningún interrogatorio posterior. Algunos caminaban con dificultad, con la ayuda de bastones o apoyados en el brazo de otro que había tenido más suerte. Tamborileando sin cesar con los dedos sobre la portilla del recinto de los presos, Émile los miraba con indiferencia, señalando que había visto heridas peores en accidentes de fábrica o de minas. ¿Habría usado el resto de las bombas que tenía en su cuarto? «Claro que sí». Cuando Potier exclamó que era un cínico, Emile lo corrigió: «No es cinismo, es convicción».

Potier reservó una acogida digna de un héroe al policía Poisson, que lucía su nueva Cruz de la Legión de Honor y, bajo su uniforme, las cicatrices de dos heridas de bala. La señora baronesa de Eckstedt, una acaudalada mujer que poseía al menos un edificio, y su hermana temblaron ambas cuando relataron su velada en el Café Terminus. No habían querido dar sus nombres a la Policía, por miedo a una venganza anarquista. El ministro del Interior había concedido una indemnización de 1.500 francos a Madame Kinsboug, otra rentista, que habría sufrido tres heridas en la pierna.

A esto le siguió un pequeño desfile de «expertos». El papel de esos testigos adquiría progresivamente más importancia en los procedimientos legales franceses durante las últimas décadas del siglo XIX. Girard, el omnipresente director del laboratorio municipal, halagó a Émile al decir que la bomba estaba muy bien ensamblada, que había pulverizado mesas de mármol y marcos de hierro como si fueran madera de balsa[42]. Describió las dos bombas de Émile, el artilugio «de inversión» que había arrasado en la rue des Bon Enfants y la bomba con detonador de mecha que había explotado en el Terminus. Cuando Hornbostel le preguntó cuál era la más peligrosa, Girard respondió: «¡Ambas!». La segunda bomba podría haber sido incluso más potente, si no hubiera sido por un pequeño defecto en su montaje. Girard reconocía que él y Émile habían hablado de ello (entre científicos) y que estaban de acuerdo en la naturaleza del fallo. En la opinión de Girard, Émile tendría que haber necesitado a alguien para ayudarle a cerrar la bomba, pero el acusado seguía insistiendo en que había

actuado solo.

El segundo día el tribunal convocó a diversas personas para testificar sobre el carácter del acusado, en nombre de la defensa, incluyendo a uno de los antiguos profesores de Émile. Cuando Dupuy, su patrón en la época de la explosión en la rue des Bons Enfants, terminó su testimonio, Émile torció la cabeza en un gesto que parecía decir: «¿Qué sentido tiene defenderme?». Su patrón respondió encogiendo los hombros en lo que parecía decir que él se había limitado a decir la verdad acerca de la calidad de su trabajo. El conde Ogier d’Ivry, yerno de la marquesa de Chamborant, un oficial del Ejército, y un autodenominado hombre de letras, habló como «un burgués condenado a muerte como todos los demás». Declaró que consideraba que Émile era un maníaco y mostró su repugnancia por los delitos de su pariente lejano. Explicó que todos en la familia Henry habían sido «rebeldes»: republicanos bajo la Monarquía, communards bajo la República y ahora más anarquistas que la anarquía misma. A lo largo de todo el desfile de testigos Émile solamente se mostró conmovido cuando su tío, Jean Bordenave, que había regresado a París desde Italia, abandonó el estrado. Los ojos del acusado se llenaron de lágrimas y dijo: «Gracias y adieu. No volveremos a vernos».

El doctor Goupil, después de afirmar que no podía jurar ante un Dios en el que no creía, defendió que Émile estaba mentalmente perturbado, tal vez como resultado de las fiebres tifoideas que había contraído a los 12 años. En la opinión de Goupil debería ser examinado por especialistas. Émile interrumpió desafiante: «Perdón, pero no quiero nada de eso. No estoy en modo alguno mentalmente perturbado». El acusado asumió la plena responsabilidad de sus actos: «Mi cabeza no necesita ser rescatada. No estoy loco. Soy perfectamente consciente de lo que estoy haciendo». Declaró que su notable éxito académico demostraba que se había recuperado por completo de las fiebres tifoideas. Fortuné Henry, a quien el presidente del tribunal se había negado a permitir que declarara como testigo de carácter, había escrito a Hornbostel desde la cárcel de Clairvaux para respaldar la idea de que su hermano estaba loco, como consecuencia de la condena a muerte por rebeldía de su padre en Francia, que lo había reducido a «vagar por tierras extranjeras». El doctor Goupil argumentó que Émile sufría de un exceso de sensibilidad. Había sido «la repugnancia, la ira y la pasión» lo que le había conducido a su acción.

Dos días antes del juicio, Émile había escrito al juez diciendo que su madre quería asistir, pero que él había intentado disuadirla de ello, incluso aunque

Hornbostel quería que ella testificara a favor de su hijo. La madre se pasó todo el juicio (excepto los primeros momentos) esperando en un cuartito con varios amigos; cada día la prensa describía su dolor. Temiendo cómo le podría afectar una prueba tan dura, Émile en un momento dado se levantó y le pidió a Potier que le permitiera no asistir al resto de las sesiones. Los espectadores expresaron su apoyo y el juez suspendió momentáneamente el juicio.

Bulot resumió los argumentos del fiscal y pidió la pena de muerte. Émile le parecía un ejemplo de «un perfecto pequeñoburgués». Era propietario en Brévannes que había recibido la ayuda que había necesitado de su familia y sus maestros. Se había convertido en un ser «profundamente orgulloso, envidioso y caracterizado por una crueldad implacable». Su pobre madre no le inspiraba sino una profunda piedad, pero su sufrimiento no debía influir sobre el veredicto. Las bombas de su hijo habían dejado cinco viudas y diez huérfanos. ¿Pretendía el acusado resolver el acuciante problema de la pobreza matando gente? Solamente la pena capital podría «dar satisfacción» a las víctimas. Si Émile se libraba, mataría de nuevo. Incluso si se le enviaba a un infierno de prisión en Cayenne en la Guayana Francesa, Émile escaparía. Cuando Bulot dijo que el acusado había olvidado sus deberes para con su madre, Émile explotó, se levantó y gritó: «¡No insulte a mi madre! ¡Y no me reproche mi actitud hacia ella! ¡A usted siempre le dio igual si se moría o no de hambre!».

Entonces se le pidió a Émile que presentara su propia defensa, la «Declaración» que había escrito en la Conciergerie. Así lo hizo, hablando lenta y claramente, al principio de memoria y después pidiendo sus notas. Defendió la anarquía y la «propaganda por los hechos». Su presentación fue convincente, apasionante, incluso para quienes estaban dispuestos a odiarlo por lo que había hecho. Empezó insistiendo que, en tanto anarquista, solo era responsable ante el tribunal de sí mismo.

Émile siguió así: el Estado había guillotinado a un hombre que no había matado a nadie, Auguste Vaillant. Pero la burguesía y su Policía no había contado con los hombres desconocidos, acechando en las sombras, horrorizados por la acción policial, listos para atacar «y, a su vez, cazar a los cazadores». Émile en realidad no necesitaba una provocación específica para matar, pero el momento de colocar la bomba en el Café Terminus era, en su opinión, una respuesta a la campaña represiva contra los anarquistas y contra los asesinatos judiciales de Ravachol y Vaillant.

Casi ninguno de los compagnons había conocido a Vaillant antes de que fuera detenido, explicó Émile. Pero la campaña policial contra los anarquistas los había hecho colectivamente responsables de su acción. Ahora era el momento de que la burguesía fuera colectivamente responsable de su ejecución. ¿Deberían los anarquistas cometer atentados únicamente contra los diputados que aprueban leyes en nuestra contra, jueces que las aplican o policías que las impongan? No. La Policía actúa en nombre de la burguesía, que se aprovecha del trabajo de los obreros. El pequeño burgués no es mejor que el resto, aplaudiendo las acciones del gobierno. Viviendo con 300 o 500 francos al mes, eran «estúpidos y pretenciosos, siempre alineándose con el bando de los más fuertes». Eran la clientela habitual del Café Terminus y del resto de los grands cafés. Por eso había golpeado de una manera tan azarosa. Ya iba siendo hora de que la burguesía entendiera que «quienes sufren ya han sufrido bastante: están enseñando los dientes y golpearán incluso más brutalmente de lo que han sido agredidos». Los anarquistas no respetaban la vida humana porque la propia burguesía no le mostraba ningún respeto. Quienes habían asesinado en Fourmies no debían llamar asesinos al resto:

No se van a librar ni las mujeres ni los niños, porque las mujeres y los niños que amamos no se han librado. ¡Acaso no son víctimas inocentes esos niños que mueren lentamente de anemia en los arrabales, porque el pan escasea en su casa; esas mujeres que se agotan en los talleres y se desloman para ganar 40 céntimos al día y se alegran de que la pobreza aún no las haya obligado a la prostitución; esos ancianos a quienes habéis convertido en máquinas para que puedan producir toda su vida y a quienes arrojáis a las calles cuando han sido vaciados por completo?

Émile señalaba que no se hacía ilusiones. Su acción no sería comprendida por muchas personas corrientes. Muchos obreros pensaban que los anarquistas eran sus enemigos. No importaba. Incluso algunos anarquistas rechazarían «la propaganda por los hechos», puesto que dedicaban su tiempo a trazar una distinción sutil entre teóricos y terroristas. Eran demasiado cobardes como para arriesgar sus vidas: ahora era el momento de la «acción sin debilidad» o de la retirada. En esta guerra inclemente, los anarquistas no pedirían clemencia. Mataban y sabrían cómo afrontar la muerte. Esperaría el veredicto del jurado con

indiferencia. No sería la última cabeza que cortarían, porque quienes se morían de hambre empezaban a saber cómo llegar «a vuestros cafés y vuestros grandes restaurantes».

Y después, en un arrebato de audacia y retórica, concluyó:

Añadiréis otros nombres a la lista sangrienta de nuestros muertos. Nos ahorcaréis en Chicago, nos decapitaréis en Alemania, nos daréis garrote en Jerez, nos fusilaréis en Barcelona, nos guillotinaréis en Montbrison y en París, pero lo que no podréis destruir es la anarquía. Sus raíces son demasiado profundas, nacidas de una sociedad venenosa que se está derrumbando; el anarquismo es una reacción violenta contra el orden establecido. Representa las aspiraciones igualitarias y libertarias que abren una brecha en la autoridad contemporánea. Está en todas partes, lo que convierte a la anarquía en inatrapable. Acabará por mataros.

La defensa de Émile provocó una conmoción prolongada y profunda en la sala del tribunal. Henri Varennes, de Le Figaro, se sorprendió de su compostura: «Tal vez sea un monstruo, pero no es un cobarde».

Hornbostel, infinitamente menos elocuente que Émile, describió a su cliente como «un intelectual llevado al límite. No existe nada fuera de lo que él piensa». Hornbostel pidió clemencia para Émile, «un soñador, un fanático», que creía que sus acciones estaban al servicio de la humanidad. Sus crímenes serían el equivalente a un crimen pasional. El abogado cosechó carcajadas no solicitadas cuando recordó al jurado que la primera bomba que había colocado su cliente fue «su primera infracción contra las leyes de la sociedad».

La defensa de Hornbostel fue desastrosa[43]. (El actor Silvain valoraría la interpretación de su alumno, después de una docena de lecciones, de esta manera. «Sabía muy bien cuál debía ser su papel, su discurso de defensa. Le enseñé algunas entonaciones. Pero en la sala fue una mierda y nada más que una mierda».) El periodista Varennes se mofó del acento marsellés de Hornbostel y de las «referencias históricas y literarias arrojadas sin un orden especial, componiendo una especie de bullabesa de la que salían los nombres de Descartes, Mahoma, Jean-Jacques Rousseau, Voltaire, Napoleón, etcétera».

El jurado entró a deliberar a las 18:30 y regresó en menos de una hora. Émile subió a saltos las escaleras como el colegial que casi seguía siendo, sonriendo mientras esperaba el veredicto. Se quedó de pie, con las manos en los bolsillos, diciendo a un artista de tribunal sentado cerca de él: «Me vas a cortar la cabeza». El jurado halló culpable de todos los cargos a Émile, sin circunstancias atenuantes. Preguntado si tenía que decir algo sobre el veredicto, Émile respondió que lo aceptaba. El juez Potier pronunció la sentencia de muerte a las 19:45, ante lo que Émile dijo: «Bien». Cuando se le sacó de la sala dijo, sin dirigirse a nadie en especial: «Valor, camaradas. Y larga vida a la anarquía».

El oficial del tribunal se presentó en la celda de Émile para preguntarle si quería apelar el veredicto del tribunal. Él no lo hizo, añadiendo que tampoco pedía el perdón presidencial. A las 21:15 fue trasladado a la cárcel de la Roquette, en un barrio popular que conocía muy bien, cerca del cementerio del Père Lachaise, bajo la Villa Faucher.

Rose Caubet Henry y el doctor Goupil seguían convencidos de que era posible salvar la vida de Émile a pesar de sí mismo. El doctor quería que el tribunal ordenara un examen psicológico. Su mirada fija en el juicio y la «pérdida de su instinto de conservación»[44] podían ser síntomas de una mente inestable. Goupil argumentaba que los «monomaníacos» tenían un discurso sensato siempre que su aberración específica no pasara a primer plano. En su opinión, Émile no era responsable de sus actos y no debería ser ejecutado. Goupil creía que al menos cuatro de los miembros del jurado habían sido proclives a considerar las «circunstancias atenuantes». La actitud desafiante de Émile había impedido que Goupil profundizara en su argumento ante el tribunal. La señora Henry esperaba poder presentar su caso ante el presidente Sadi Carnot en persona, pues solamente el presidente podía conmutar una sentencia de muerte. El socialista Paul Brousse, que había dejado atrás el anarquismo después de haber contribuido originariamente a crear el concepto de «propaganda por los hechos», estaba de acuerdo con Hornbostel al menos en un punto: la ejecución de Émile Henry únicamente serviría para crear otro mártir. Una muerte así «es la vida para el anarquismo: para matar la doctrina debemos perdonar la vida al adoctrinador»[45].

El 1 de mayo, Émile escribió a su madre[46]. Esperaba que su fuerza de voluntad la sostuviera durante «esta prueba final». Aún le quedarían dos hijos más. Sin duda no era este el destino que había soñado para su hijo mediano «en quien había puesto tantas esperanzas». Ese «hermoso sueño» no podría hacerse

realidad «porque hoy la vida para nosotros no es más que sufrimiento». Le dirían que era un asesino pero, si había matado, había matado por «una gran idea». Los amigos la consolarían y la considerarían una víctima de la sociedad, que le arrebató a su hijo. Esperaba que su hermano menor, Jules, del que esperaba que más tarde se convirtiera en un «compagnon animoso y altivo» fuera fuerte, y firmaba con «mil besos de parte de tu Émile»[47].

La madre de Émile sí se había convertido de hecho en una figura trágica, en un objeto de piedad y fascinación pública. Cuando la señora Henry llegó a París se movía nerviosamente de un lado a otro, siempre vestida con el mismo traje negro, bufanda y un sombrero sencillo adornado con una flor azul. Con sus ojos enrojecidos por el llanto, señalaba con tristeza que los días pasaban demasiado rápidos. Llevaba dos pequeños bolsos negros consigo. Uno contenía las cartas acerca del juicio de su hijo; la otra estaba llena de artículos recortados de los periódicos, una carta de Émile, el certificado de buen rendimiento que le había concedido el rey de España a Émile cuando era un niño y otro de sus escuelas francesas y algunas cartas más, incluyendo algunas de sacerdotes. Una monja le había mandado una «estampa milagrosa» de la Virgen María, con instrucciones de que debía rezarle continuamente porque María nunca se negaría a escucharla. Sus instrucciones incluían que su hijo debía tragarse esa Virgen María del tamaño de un sello[48]. «Se la das haciendo con ella una bolita o con un poco de vino», de forma que en realidad no viera la figura de María. «Créame, señora, esto le hará cambiar de verdad su corazón». El nombre de su posada, À l’Espérance, parecía más irónico que nunca. No quedaba mucha esperanza.

La señora Henry suplicó a su hijo que firmara la petición de clemencia el 2 de mayo, el último día posible. Pero su hijo esperaba su ejecución como una liberación, de manera no muy diferente al radical revolucionario Maximilien Robespierre durante la Revolución francesa. Émile también buscaba la inmortalidad revolucionaria. Varios días más tarde, cuando se le comunicó la visita de su madre, Émile dijo a los guardas: «Es inútil. No quiero verla. No quiero ver a nadie»[49]. Cuando ella llegó, le dijo que sus visitas ahora le hacían daño. Debía desistir de sus intentos de ver al presidente Carnot. La señora Henry ya había escrito a la esposa del presidente, que le había contestado que solamente un abogado defensor podía reclamar clemencia. Émile entonces pidió a los guardas que lo llevaran de vuelta a su celda, tomó a su madre de las manos y se despidió de ella.

Mientras tanto, Élisa Gauthey se había convertido en una estrella de la prensa

parisina[50]. Ahora todo París había leído las cartas que Émile le había escrito en 1891. Como decía su madre, «¡en aquella época, era tan gentil!». Dos periodistas la visitaron en el ático que compartía con su marido en la sexta planta del boulevard Voltaire. Élisa los recibió envuelta en un albornoz que a veces no conseguía mantener del todo cerrado. Rompería (¿a qué precio?) su silencio. Enseguida señaló que ella nunca había sido amante de Émile. ¿Acaso su pasión por ella había sido la causa de esa «extraña evolución de su espíritu»? Ella relató los momentos incómodos durante su estancia en Brévannes con su marido en 1891. Desde entonces, Émile no había dejado de proclamar su amor por ella, aunque ella, una y otra vez, le recordaba que estaba casada con un hombre que era su amigo. Pero él seguía persiguiéndola. Ella nunca, nunca había cedido. ¿Lo lamentaba? «Sí, y no lo iba a ocultar. Es cierto que su pasión había sido destructiva para él y ella siempre se reprocharía haber sido cruel con él». No podía dormir. No encontraba sentido a la vida. Sí, le gustaría haber sido su amante.

Hornbostel esperaba la llamada que le convocara al Palacio del Elíseo, donde podría defender su caso. Por tradición, ningún condenado a muerte podía ser ejecutado sin que al menos un abogado hubiera hablado de la situación con el presidente de la República[51].

En medio de la place de l’Opéra, el policía Poisson dirigía el tráfico, rodeado de carruajes y omnibuses. El policía no tenía el menor interés en asistir a la caída de la afilada hoja: «Si le cortan la cabeza, habrá un bandido menos»[52].

Durante días los rumores apuntaron a que la ejecución sería el 12 de mayo. Pero en las primeras horas del día anterior de ese mismo mes se congregó una pequeña multitud en la place de la Roquette, por si acaso. La Policía se presentó también, para mantener el orden. Los bares de la vecindad abrieron hasta tarde para servir a quienes querían hacer su vigilia, antes de cerrar a las 3:00 o a las 3:30, cuando ya quedó claro que la ejecución no sería ese día. El 11 de mayo explotó una bomba en la elegante avenida Kléber.

Inventada durante la Revolución francesa por un médico apellidado Guillotine, la guillotina, popularmente apodada como «La viuda», se convirtió en un símbolo de la nación francesa. Reflejo del imperio de la «razón», eliminaba tanto la distinción de clase como la tortura infame de las ejecuciones sancionadas por el Estado y producía una muerte instantánea. Las ejecuciones públicas se convirtieron en una especie de espectáculo y el cadalso se erigió primero en la

place de la Révolution, donde se impartía justicia revolucionaria con la «navaja nacional»[53]. Unas multitudes inmensas atendían las ejecuciones de Luis XVI, María Antonieta, Danton, Robespierre y muchos más, escrutando minuciosamente el comportamiento del verdugo y, sobre todo, el de quienes iban a morir. Los espectadores se estiraban para escuchar las últimas palabras del condenado y miraban atentamente cuando el verdugo, con un gesto de triunfo, alzaba la cabeza cortada.

En 1851 el cadalso se trasladó al exterior de las puertas de la cárcel de La Roquette en París. También se redujo su tamaño, haciéndolo mucho menos teatral. Durante la Comuna, una multitud sacó de su lugar la guillotina, junto a la cárcel, y la quemó a los pies de una estatua de Voltaire. La guillotina regresó cuando fue aplastada la Comuna, pero en 1872 se eliminó completamente el andamiaje. A partir de entonces la guillotina se instalaba en el suelo, poniendo así fin al dramático ritual de la subida de las escaleras. Mientras el sacerdote bendecía a la víctima, el ayudante del verdugo lo agarraba y lo tiraba sobre la plancha, de forma que apenas tuviera tiempo de darse cuenta de lo que ocurría. Durante los años 1800-1825 se guillotinaron unas 120 personas al año. Ese número se redujo en los años siguiente hasta unas 28 al año en la década de 1860 y unas 10 o 12 hacia la mitad de la década de 1880[54].

El papel del verdugo jefe, «Monsieur de Paris» seguía siendo primordial, y procedía de un muy conocido linaje, desde el famoso Sanson, que trabajó durante la Revolución francesa, hasta Anatole Deibler[55], quien llevaría a cabo la última ejecución pública poco antes de la Segunda Guerra Mundial. Los verdugos, como los carniceros, se consideraban un oficio sangriento. Existían como una casta aparte y sus familias contraían matrimonio entre sí.

En 1894 Monsieur de Paris era Antoine-Louis Deibler, hijo y nieto de verdugos. Como los antiguos maestros de la guillotina, su nombre era garantía, su fama se había consolidado con su destreza en los casos de Ravachol y Vaillant. Había recibido amenazas de muerte y corría el rumor de que había una conspiración para secuestrarlo. Incluso habían tratado de robar la guillotina. Viejo y enfermo, Deibler caminaba con paso inseguro y le temblaban las manos. En el crepúsculo de su distinguida carrera, se retiraría cuatro años más tarde, había ejecutado a 360 personas, 154 de ellas en su calidad de verdugo jefe. Pronto le sucedería su hijo.

El sábado 20 de mayo por la tarde, Hornbostel fue finalmente convocado para

ver al presidente Carnot en el Palacio del Elíseo. En lo que sería una reunión muy breve, el presidente prometió examinar con atención tanto el dosier de Émile Henry como la petición de clemencia presentada por la señora Henry y el doctor Goupil. Hornbostel, con toda inocencia, salió del palacio esperanzado, creyendo que, al menos, la ejecución se aplazaría. Pero apenas había salido por la puerta cuando Carnot envió el dosier al Ministerio de Justicia negando el indulto. La orden para la ejecución de Émile salió a las 16:30. A las 20:00 del domingo 20 de mayo dos gendarmes le trasladaron las órdenes a Deibler, conocido popularmente como «doctor Deibler», aunque todos sus «pacientes» morían en sus manos. A Deibler se le ordenó presentarse en la cárcel de la Roquette a las 4:00 del lunes 21 de mayo. Las noticias de la inminente ejecución se mantuvieron en secreto hasta casi las 22:00 de la noche del domingo, para tratar de dificultar en lo posible los planes anarquistas para un supuesto atentado, así como para limitar a las multitudes que inevitablemente inundarían la place de la Roquette. En Barcelona, seis hombres acusados de un sangriento atentado contra el teatro del Liceo serían ejecutados ese mismo día.

Maurice Barrès caminó hacia las 2:00 por la place Voltaire (ahora place Léon Blum), por donde se permitía a las «personalidades» (periodistas, políticos, escritores y otros con autorización de la prefectura) pasar hacia la place de la Roquette. Allí podían instalarse en el equivalente a los palcos teatrales junto al escenario de la ejecución. Caminando por la rue de la Roquette pasó por delante de la Petite Roquette, a su izquierda, donde se encarcelaba a los presos adolescentes y niños. A la derecha estaba la cárcel de la Roquette, que se había construido en 1836 para alojar a los presos condenados a muerte, cuyas estancias serían cortas, y para albergar a otros condenados a cadena perpetua. Consistía en dos edificios de tres pisos cada uno. Desde 1851 la guillotina estaba allí emplazada, sobre cinco losas. A la cárcel se la conocía también como la «abadía de las cinco piedras».

El lugar parecía una provocación intencionada. Decapitar a los delincuentes en una calle que lleva desde la place de la Bastille a Ménilmontant era «montar un espectáculo para las “clases peligrosas” justo en la frontera de su territorio, para mostrarles el implacable rigor de la justicia».

Barrès y su amigo Charles Formentin, con sus carnés que los identificaban como periodistas, atravesaron las barreras policiales. La place de la Roquette podía albergar únicamente a unas 150 personas. El político Georges Clemenceau estaba allí también, con su sombrero de fieltro bien encasquetado, debatiendo

animadamente sobre el inminente acontecimiento con los periodistas. Algunas personas de apariencia «dudosa» habían conseguido pasar los controles sin las credenciales adecuadas. Formentin era un observador novato. Había escuchado relatos dramáticos del montaje de la guillotina, la llegada de la caballería, el sonido de los sables desenfundándose, todo en medio del parpadeo de las luces que punzaban la niebla que precede al amanecer. Se esperaba «una solemnidad horrible y majestuosa»[56], pero únicamente se encontró con «un espectáculo absolutamente frío y asqueroso».

Escrutando la noche, Barrès podía ver una única puerta iluminada en la cárcel, la puerta por la que Émile caminaría hacia su muerte. Gradualmente distinguió a los policías reuniéndose en pequeños grupos. Rodeando la plaza, las ventanas de los edificios de apartamentos estaban iluminadas, haciendo de palco para los residentes con buenas vistas. ¿Pudiera ser que los amigos anarquistas de Émile estuvieran planeando un atentado? En el cruce de la rue de la Roquette y la rue de la Folie-Regnault, «Monsieur de Paris» jugaba a las cartas con su ayudante, el mismo pasatiempo que Émile había disfrutado con sus guardianes.

La puerta de un café cercano se había cerrado para proteger a Deibler de los mirones, y había policías apostados fuera. A las 2:30 se había congregado relativamente poca gente. Émile no era famoso entre los delincuentes menores que a veces asistían a las ejecuciones para mostrar su solidaridad. Era un simple «aristócrata del crimen»[57], cuya muerte sería presenciada por un público cuidadosamente escogido. En un bar vecino apenas se habían reunido 50 personas. El dueño del bar se quejaba. En la ejecución de Vaillant tampoco había hecho una buena caja. Algunas ejecuciones le habían hecho ganar hasta 800 francos. Esta noche tendría suerte si sacaba 40. «No me hable de los anarquistas», gruñía[58].

Llegaron 500 policías, cuatro compañías de guardas municipales y dos escuadrones de caballería para tomar sus posiciones. Un pelotón de 12 gendarmes con su oficial al frente desfilaron exactamente a las 3:00 acompañados de un frío viento del norte. Los agentes de la Policía secreta se colocaba aquí y allá, lista para registrar por escrito cualquier conversación interesante que llegara a sus oídos. Empezaron a recortarse sombras en las ventanas de los pisos. Un inglés trató de abrirse camino hasta el espacio reservado, acomodándose finalmente en un peligroso lugar sobre un tejadillo, por el que pagó tres francos. El capellán de la cárcel, el abad Valadier, llegó en un carruaje. Enseguida se le unió un magistrado instructor enviado por un juez

para que apuntara cualquier revelación que pudiera hacer Émile Henry en el último momento.

Solamente los funcionarios de alto rango de los ministerios del gobierno y los periodistas que habían conseguido pases oficiales podían entrar en el área reservada en la place de la Roquette. Entre estos últimos estaba la señora Yver, una reportera que se cree que fue la primera mujer autorizada a contemplar una ejecución en Francia, al menos de cerca, desde los tiempos de la Revolución.

La gente hablaba poco mientras esperaba, y en voz baja, casi inaudible. A las 3:15 se vieron luces en la distancia y el sonido de las ruedas sobre el pavimento indicaba que dos vagones, custodiados por guardas, se acercaban por la dirección del cementerio del Père Lachaise, en lo alto de la colina. El primero transportaba al principal ayudante de Deibler, el segundo el «árbol de la justicia». A primera vista podría pensarse que eran carromatos de cómicos de la legua que llegaban para la feria provincial. Se detuvieron a la izquierda de la corta avenida que conducía a la plaza, frente a la cárcel, donde se colocaría el cadalso sobre las famosas cinco losas. El verdugo y varios ayudantes salieron del café para ir a trabajar, vestidos con levitas y sombreros de copa. Transportistas y otros obreros con monos azules se unieron a ellos. Una sensación de horrible presagio invadió la pequeña plaza. Un caballo relinchó y siguió haciéndolo cada cinco minutos más o menos. Los ayudantes dieron un paso al frente, fumando con los labios apretados.

Los obreros colocaron las piezas de la guillotina junto a la acera. Bajo la mirada vigilante del verdugo se montó la estructura, como un juguete gigante. No necesitaba ni un solo clavo. La funda de cuero rojo que contenía la enorme hoja triangular estaba apoyada en un poste. Se encendió una luz nueva, una linterna que sostenía Deibler, que supervisaba todo. Quiso que las barreras se retrasaran. «Necesito aire y espacio y así no lo tengo», dijo. En buena forma, aunque gruñón como siempre, «Monsieur de Paris» ladraba órdenes expertas a diestro y siniestro. Las suelas de sus zapatos rascaban los adoquines mientras paseaba de un lado a otro, apoyándose de vez en cuando en su bastón.

Un farol marcaba el lugar donde se erigiría la guillotina. Con unas poleas se levantaría la hoja por encima de la horquilla donde se colocaría el cuello del condenado, esperando el corte. La forma en la que Deibler comprobaba cada pieza del mecanismo recordaba a los espectadores a la minuciosidad de un relojero o de un cirujano, aunque Deibler se daba más prisa. No había en él nada

que recordara a lo «judicial». Recibía cualquier intento de arrastrarlo a una conversación con un gruñido hosco. Preguntado si sus clientes solían morir bien, contestó: «En general son matones y tienes que arrastrarlos». Cuando alguien tropezó con un bulto aulló: «¿Qué haces fastidiando mis piezas?». Un ayudante sacó la hoja de su funda. El verdugo probó dos veces la hoja de la guillotina y expresó su satisfacción con el golpe seco y metálico que hizo después de resbalar por las muescas del marco. El equipamiento necesario para después también estaba preparado: el cuerpo se haría rodar por una plancha hasta una gran caja, junto a la cesta que recibiría la cabeza. «Todo listo», anunció Deibler a nadie en concreto, mientras que su joven asistente, rollizo y rubicundo, echaba un último vistazo. Para Clemenceau, «Monsieur de Paris» era «tan vil como su máquina»[59].

Algunos de los obreros, ya terminada su labor, volvieron a los carromatos para ponerse su ropa habitual[60]. Ahora formarían parte del público. Muchos de los asistentes ya habían visto varias ejecuciones: seguían la preparación de la guillotina comprobando cada paso en silencio.

Llegó lentamente la aurora, otro típico día gris parisino. Los árboles que crecían aquí y allá en la place de la Roquette parecían enfermos, con muy pocas hojas. Las farolas de gas, que habían puesto fin a las ejecuciones nocturnas a la luz de las antorchas, se apagaban. Solo seguía encendida la lámpara de Deibler, quien se paseaba con lentitud. Algunos de los ayudantes acumularon esponjas y trapos, colocando también una cesta con trocitos de madera secante. Un «tipo grotesco, como un mozo de cuadra» llegó con una escoba. Deibler comprobó que se habían llenado de agua varios cubos y que se había colocado cerca una escoba. El suelo se iba a llenar de sangre. En la distancia, un perro no dejaba de ladrar.

Émile no asistió a ninguno de estos preparativos. Se había acostado a las 21:00. Él también tenía que levantarse temprano y tenía que dormir. Había escrito varias cartas, que dejó en el cajón de su mesa de la celda. Cuando varios magistrados, el secretario de la cárcel, el abad Valadier y el jefe de la Policía del barrio entraron en su celda, Émile estaba profundamente dormido, con la cabeza apoyada en la pared junto a su cama. El guarda Brum le dio unos golpecitos ligeros en el hombro y pronunció la palabra tradicional que paralizaba: «¡Valor!». No parecía tener sentido decirle al condenado que su apelación había sido rechazada por el presidente de la República. Émile se vistió aún sentado, se

puso los pantalones que vestía el día de su detención y un gran cinturón rojo. Dijo únicamente que no necesitaba valor porque siempre lo había tenido; no se comportaría como un cobarde ante la muerte. No quiso hablar con el capellán de la cárcel y rechazó el tradicional vaso de coñac. Louis Deibler, con uno o dos de sus ayudantes, había entrado por la puerta de la cárcel, sobre la que estaba inscrito el lema «Libertad, igualdad, fraternidad»[61]. Conducido a la oficina del secretario de la cárcel, Émile saludó al verdugo: «¡Es usted, señor Deibler!». Fuera, todos los ojos estaban fijos en la puerta, incluyendo los de cinco niñas que se sentaban juntas en un tejado cercano. Los gendarmes montaron en sus caballos.

El verdugo le bajó a Émile el cuello de la camisa mientras sus ayudantes le ataban fuertemente las manos, tanto que Émile pidió varias veces si podían aflojar un poco los nudos. Le pusieron grilletes en los tobillos, por lo que solamente podía caminar a pasitos, y con gran dificultad. El objeto de tantas atenciones señaló que no tenía la intención de escaparse. Pero sin duda había otra razón para producir tanta incomodidad: dificultar que Émile tuviera un aire demasiado valeroso. Un magistrado preguntó si querría hacer alguna revelación sobre sus cómplices «en la hora suprema». Émile dijo que le habían hecho esa pregunta al menos mil veces. Por última vez afirmaba que había actuado en solitario. La pequeña procesión caminó hacia la puerta de la cárcel[62].

Exactamente a las 4:00 el silencio de la plaza se quebró por el sonido de la apertura de la puerta interior, seguido de un redoble de tambores y de los rifles de los soldados cuadrándose. Deibler condujo a Émile, con el pecho en buena parte descubierto, hacia la guillotina. Con sus manos plegadas sobre su estómago, estaba siendo empujado a ir más rápido de lo que le permitían sus grilletes. Con la primera luz del alba podía ver a los espectadores encaramados en los tejados y a un fotógrafo apuntando con su cámara en la dirección del artefacto, que Émile aún no podía ver. Vio a la Guardia republicana a caballo y a los gendarmes, con los sables desenvainados, formando un semicírculo. Alguien dijo: «Pobre chaval. Se diría que no tiene más de quince años». Otro testigo recordaba lo increíblemente tranquilo que era su semblante. Las conversaciones se detuvieron y la gente se quitó el sombrero, como si una ceremonia religiosa estuviera a punto de empezar. El capellán iba dos pasos por detrás de Émile, sin nada que hacer. Émile miraba rápidamente a derecha e izquierda, como si buscara alguna cara conocida entre la multitud. Llevaba anticipando sus últimos momentos desde hacía tres semanas y quería proyectar una imagen de nobleza. A veinte pasos de la guillotina su cara se volvió más pálida. Después de unos

pasos más se paró y gritó lo que todo el mundo esperaba escuchar: «¡Valor, camaradas! ¡Viva la anarquía!». Cuando llegó junto al cadalso repitió: «¡Viva la anarquía!». Entonces los ayudantes de Deibler lo agarraron, lo tiraron brutalmente a la plancha, de forma que quedara tumbado y le metieron la cabeza por el hueco que parecía el ojo de buey de un barco.

Veinte segundos más tarde, pudo escucharse el sonido sordo de la guillotina alcanzando el final de su rápido descenso. La cabeza de Émile cayó al suelo y rápidamente se arrojó dentro de la cesta con un gesto tan casual como el de quien tira un papel a la papelera. Un respingo de horror casi inaudible recorrió en olas la multitud; algunos se dieron la vuelta y se fueron rápidamente. Algunos de los ayudantes de Deibler ni se habían molestado en ver cómo caía la hoja. Lo habían visto demasiadas veces y tenían que empezar a organizar su partida. Dos ayudantes empujaron el cadáver hasta la caja y después se la llevaron a toda prisa al carromato del verdugo.

El certificado de defunción decía que Émile había muerto a las 4:10 del 21 de mayo de 1894 en el número 168 de la rue de la Roquette, esa dirección especial. Un grupo de borrachos jóvenes se quedaron por ahí cantando canciones obscenas. El carromato se fue con el cadáver, escoltado por los gendarmes a caballo. La multitud se fue dispersando en silencio. Uno de ellos había gritado: «¡Viva la Comuna!», cuando partía el carromato con el cadáver de Émile, añadiendo que no debía haberse guillotinado a Émile, sino al presidente Carnot y a sus ministros[63]. A las 7:00 los periódicos que se vendían a voces en los bulevares de París ya relataban los detalles de la ejecución de Émile, que había tenido lugar hacía tres horas.

El político y periodista Georges Clemenceau salió de la place de la Roquette asqueado por la «cruda venganza» de la sociedad francesa de la que acababa de ser testigo. La cara intensamente pálida de Émile lo perturbaba: veía al joven como a un cristo atormentado «tratando de imponer su orgullo intelectual sobre su cuerpo de niño». Las ideas de Émile no se podían amputar tan fácilmente como su cabeza. En un artículo, Clemenceau expresaba su esperanza en una «humanización de las costumbres […]. Que quienes son partidarios de la pena de muerte vayan, si se atreven, a oler la sangre de la Roquette. Y después hablamos»[64].

El carromato que llevaba los restos de Émile se dirigía hacia el cementerio de Ivry Sur Seine, donde un rincón, popularmente conocido como el «campo de

nabos», se reservaba para quienes habían sido guillotinados. La Policía montaba guardia. Se había cavado una tumba, cerca de la de Vaillant. El cuerpo de Émile, con sus brazos aún firmemente atados a su espalda y sus puños azulados por lo apretado de la soga, yacía en una caja de madera blanca[65]. Estaba pálido, los ojos cerrados, sus labios algo entreabiertos. Manchas de sangre aquí y allá moteaban su camisa blanca. El cuerpo y la cabeza se colocaron en un ataúd sencillo de madera, con la cabeza entre las piernas. El abad Valadier pronunció una breve oración. Después de ese entierro simulado ante los policías y los gendarmes de servicio, los restos de Émile fueron conducidos a la escuela de medicina junto al teatro del Odéon para ser analizados, a pesar del deseo expreso de su madre de que fuera inmediatamente enterrado en la tumba familiar de Brévannes-Limeil.

A las 23:00 un periodista había informado a la tía de la señora Henry de la inminencia de la ejecución. Tres horas más tarde la mujer vio pasar las tropas en dirección a la place de la Roquette, así que inmediatamente se fue a Brévannes a hablar con la señora Henry. Hornbostel se había ido de vacaciones al campo[66].

Los periodistas competían por llegar los primeros a Brévannes después de la ejecución. Uno se las apañó para estar allí a las 7:30. Llamó a la puerta. Le preguntó a la anciana cocinera si podía ver a la señora Henry. La cocinera le dijo que estaba enferma. El lavaplatos le preguntó si las noticias eran ciertas. Sí, le dijo el periodista, él había estado allí. En otra habitación Jules Henry se escondía porque había estado llorando. Los obreros que trabajaban en la construcción del hospicio empezaban a llegar, para beber y charlar. Ninguno mencionó lo que había ocurrido unas horas antes. ¿Lo sabía la señora Henry? La cocinera creía que sí, pero seguía en cama. Algunos obreros trataban sin éxito de conversar y bromear con el chico. El cartero llegó de buen humor. Traía una carta para un operario que había alquilado un cuarto en la posada.

Élisa Gauthey había entrado en su casa por el jardín. Desde la detención de Émile había disfrutado de la atención del público, y pasaba mucho tiempo en las redacciones de los grandes periódicos contándoles la historia de la pasión que el terrorista sentía por ella. No sabía cómo estar callada, ni siquiera aquella terrible mañana, y seguía parloteando sobre cuánto lo quería y sobre los detalles íntimos de su «relación». Élisa lo había tratado como un niño, pero al final «se había revelado un hombre extraordinario». Una vez más lamentó no haberse entregado a él. Habría sido una historia aún más grande.

La periodista, la señora Yver, fue enseguida a Brévannes. Le dijo a la señora Henry, quien se encontraba con el doctor Goupil, que quería ofrecerle su consuelo. Informó a la desconsolada madre de que su hijo había muerto con dignidad, caminando hacia la guillotina con paso firme, la cabeza alta. La señora Henry preguntó si Émile había hablado de su madre antes de la ejecución. La señora Yver no respondió. La señora Henry dijo: «¡Qué locura, que muera por los obreros! Pero si era burgués hasta la médula… Fueron los malos consejos lo que lo perdieron, como con mi otro hijo». Entonces le preguntó a la periodista si había visto la decapitación. No, le dijo la señora Yver. Había girado la cabeza.

El 24 de mayo Émile fue enterrado en el cementerio de Limeil. Jules Henry y varios compagnons volvieron después para plantar un arbusto en la tumba[67]. En Belleville, cuando se propagaron las noticias de la ejecución, la gente se miraba y se preguntaba: «¿Quién será el siguiente?»[68].

[1] Le Matin, 15 de febrero de 1894.

[2] F. Dubois, Le péril anarchiste, París, 1894.

[3] E. A. Vizetelly, The Anarchists: Their Faith and Their Record, Londres, 1911, p. 164.

[4] L’Intransigeant, 14 de febrero de 1894.

[5] Sonn, «Marginality and Transgression», op. cit., p. 130.

[6] Le Gaulois, 3 de marzo de 1894; L’Intransigeant, 26 de febrero de 1894; G. Loubat, Code de la législation contre les anarchistes, París, 1895, p. 188.

[7] La Patrie, 19 de febrero de 1894.

[8] DiPaola, Italian Anarchists, op. cit., p. 47; Oliver, International Anarchist Movement, op. cit., p. 101.

[9] Ba 1115, informe policial, 15 de febrero de 1894.

[10] Le Petit Temps, 16 de febrero de 1894.

[11] Le 19e Siècle, 20 de febrero de 1894.

[12] Le 19e Siècle, 23 de febrero de 1894; Ba 1115, 16 de febrero de 1894.

[13] Ba 1115, 15 y 17 de febrero de 1894; Le 19e Siècle, 24 de febrero de 1894.

[14] Débats y République Française, 15 de febrero de 1894.

[15] Ba 1115, telegrama, 17 de febrero de 1894; L'Intransigeant, 19 de febrero de 1894; Le 19e Siècle, 20 de febrero de 1894; L'Éclair, 20 de febrero de 1894.

[16] Ba 1115, 21 de febrero de 1894; Ba 77, 2 de abril de 1892.

[17] Ba 1115, 19 de febrero de 1894.

[18] Martin A. Miller, «Ordinary Terrorism in Historical Perspective», Journal for the Study of Radicalism 2, 1 (2008), p. 140.

[19] Ba 1115, 21 de febrero de 1894; L'Éclair, 22 de febrero de 1894.

[20] Ibid.

[21] La Libre Parole, 20 de marzo de 1894.

[22] L'Éclair, 22 de febrero de 1894; Ba 1115, 23 de febrero y 13-14 de marzo de 1894.

[23] Ba 1115, 26 y 28 de febrero de 1894, comisario de Policía; telegrama, 28 de febrero de 1894.

[24] La Petite République y L'Éclair, 26 de abril de 1894.

[25] Ba 1115, informes policiales, 22 y 25 de febrero de y 7-12, 15-16, 20, 30 de marzo y 5 abril de 1894; Le 19e Siècle, 31 de marzo de 1894; Le Gaulois, 14 de abril de 1894; Reg Carr, Anarchism in France: The Case of Octave Mirbeau, Montreal, 1977, pp. 65-66.

[26] Henry, Coup pour coup, op. cit., p. 33; Guérin (ed.), No Gods, No Masters, op. cit., p. 397; Ba 1115, Émile Henry, 22 de febrero de 1894.

[27] Ba 1115, 28-30 de marzo, 1, 4, 12-14, 16-17 y 20 de abril de 1894; Le 19e

Siècle, 31 de marzo de 1894; Longoni, Four Patients, op. cit., p. 154; La Lanterne, 5 de marzo de 1894; L'Intransigeant, 19 de febrero de 1894.

[28] H. Ribeyre, «Chronique politique», La Revue Blanche, 6 de marzo de 1894; Sonn, Anarchism and Cultural Politics, op. cit., p. 252; Le Figaro, 27 de marzo; La Patrie, 22 de febrero; Le Soleil, 6 de mayo de 1894, que añadía que Henry era «un materialista y ateo, […] el producto natural de nuestra sociedad judeomasónica, de nuestra frívola y corrupta sociedad, sin creencias, ideales ni fe».

[29] Le Figaro, 25 de febrero; L'Intransigeant, 31 de marzo de 1894.

[30] Herbert, The Artist, op. cit., p. 124.

[31] Halperin, Félix Fénéon, op. cit., pp. 3-4, 275-276; Ba 142, informes del 26 de marzo, 4, 5, 11, 13, 25 de abril y 25 de junio de 1894; L'Écho, 7 de abril de 1894; Herbert, The Artist, op. cit., p. 124; La Libre Parole, 17 de abril de 1894; Sonn, Anarchism and Cultural Politics, op. cit., p. 234.

[32] La Libre Parole, 17 de abril de 1894.

[33] Ba 1115, 13-14 de marzo de 1894.

[34] Ba 1115, 23 de febrero de 1894.

[35] Ba 1115, 8 de marzo de 1894.

[36] Ba 1115, 9 de marzo de 1894.

[37] Ba 1215, 14 de enero de 1885; 14 y 27 de octubre de 1887; 21 de marzo, 17 de noviembre y 9 de diciembre de 1890; 9 de marzo, 25-26 de abril, 1, 3, 5, 7, de mayo 15, 17, 21, 22, 27 de julio, 1, 8, 25, 28 de agosto y 31 de diciembre de 1891; acta de expulsión, 28 de abril de 1891; ministro del Interior, 19 de diciembre de 1891 y 28 de enero de 1892; 11, 19, 23, 28 de enero, 10, 13 de febrero, 26 de marzo, 10, 17 de mayo y 9, 13, 29 de diciembre de 1892; 6 de octubre de 1893 (informe de X.2); 27 de febrero y 11, 16, 17, 18, 20-21, 24, 27, 28 de marzo de 1894; juicio oral, 7 de agosto; Pauwels, 8 de agosto; prefecto de Policía, 23 de abril de 1892; Le Matin, 17 de marzo de 1894, Le Temps, 18 de septiembre de 1894; prefecto de Gironde, 21 de marzo de 1894; Le Gil Blas, 18 de marzo de 1894; ministro del Interior, 19 de diciembre de 1891; prefecto de

Policía, 23 de abril de 1892; Le Matin, 17 de marzo de 1894, Le Temps, 18 de septiembre de 1894; Le Journal, 18 de marzo de 1894; Ba 142, 21 de febrero; Le Matin y France, 21 de febrero; L'Éclair, 22 de febrero; La Patrie, 27 de febrero de 1894; Ba 142; L'Éclair, 17 de marzo de 1894; Le Journal, 10 de mayo de 1894; carta de «Étienne Rabardy«, 69, rue Saint-Jacques, n.d.; Le Matin y Le Figaro, 16 de marzo de 1894; La Patrie y Greffier, 11 de mayo de 1894; Le Figaro, 21 de marzo de 1894.

[38] Véase K. Fischer Taylor, In the Theater of Criminal Justice: The Palais de Justice in Second Empire Paris, Princeton, 1993, en especial pp. 31-33, 43-48, 65 y ss.; Le Matin, 16 de abril de 1894; Association de la Presse Judiciaire, The Paris Law Courts: Sketches of Men and Manners, Nueva York, 1894, pp. 180-201.

[39] Varennes, De Ravachol, op. cit., pp. 312-343; A. Bataille, Causes criminelles et mondaines de 1894: Les procès anarchistes, París, 1895, pp. 50-93; L'Intransigeant, 29 de abril de 1894; Le Figaro, 28 y 29 de abril de 1894; Ba 141, ministro del Interior, 24 de febrero de 1894; L'Éclair, 3 de abril de 1894; La Patrie, 25 de abril de 1894.

[40] Ba 1115, 23 y 26 de febrero, 7, 11-16 y 24 de marzo de 1894; L'Éclair, 21 de febrero de 1894; Le Matin, 23 de febrero de 1893; Ba 140, informes policiales, 14 de febrero, y prefecto de Policía, 15 de febrero de 1894; L'Intransigeant, 16 de febrero de 1894; Le 19e Siècle, 16 de febrero de 1894.

[41] ¿Era una hazaña que Émile hubiera cubierto tan rápido tanto terreno? Un detective posteriormente hizo el mismo recorrido y tardó aproximadamente lo mismo. Yo mismo lo intenté en septiembre de 2005, reemplazando, por supuesto, tranvías y omnibuses por un autobús y el metro, y el carruaje por un taxi. Si restamos los 13 minutos que gasté cuando el taxi no pudo girar a la izquierda a la avenida de la Opéra por unas obras, completé el viaje en unas dos horas y quince minutos. Los atascos del tráfico parisino hacen que hoy en día los vehículos se muevan a la misma velocidad que los tranvías y omnibuses del siglo XIX.

[42] Ba 1115, Émile Henry, 27 de febrero de 1894, Conciergerie.

[43] G. A. Jaeger, Anatole Deibler, carnets d'exécutions, 1885-1939, París, 2004, p. 121; Maitron, Histoire du mouvement, op. cit., nota 1, p. 226; Le

Figaro, 29 de abril de 1894; Ba 1115, 28 de abril de 1894.

[44] La Petite République, 6 de mayo de 1894.

[45] La Petite République, 7 de mayo de 1894.

[46] Ba 1115, 24 de abril de 1894; Le 19e Siècle, 27 de abril de 1894, con la carta de Émile; Henry, Déclaration, op. cit., París, 1894; Varennes, De Ravachol, op. cit., pp. 233-234; Bataille, Causes criminelles, op. cit., pp. 50-93, citando Le Figaro, 28 de abril de 1894. El 25 de abril, la Policía, que había registrado en abril la casa que Fénéon compartía con su madre, Marie-Louise, se presentó allí de nuevo. Su madre se deshizo de la copia del escrito que Henry estaba preparando para el juicio (Halperin, Félix Fénéon, op. cit., pp. 276-279).

[47] Ba 1115.

[48] Le Journal, 12 de mayo de 1894.

[49] Le Figaro, 6 de mayo de 1894.

[50] Le Journal, 17 de mayo de 1894.

[51] L'Événement, 22 de mayo de 1894.

[52] L'Intransigeant, 22 de mayo de 1894.

[53] D. Arasse, The Guillotine and the Terror, Londres, 1989, pp. 2-75, cita de la p. 13.

[54] G. Grison, Souvenirs de la place de la Roquette, París, 1883, p. 18.

[55] Le Matin, 21 de mayo de 1894; 19e Siècle, 22 de mayo de 1894; Justice, 22 de mayo de 1894; L'Événement, 22 de mayo de 1894.

[56] Le Journal, 22de mayo de 1894, «Un témoin de la guillotine»; L'Écho de Paris, 22 de mayo de 1894.

[57] La Libre Parole, 22 de mayo de 1894.

[58] Le Gaulois, 21 de mayo de 1894.

[59] G. A. Jaeger, Anatole Deibler (1863-1939): L'homme qui trancha 400 têtes, París, 2001, pp. 74 y 128.

[60] Le Journal, 21 y 22 de mayo de 1894; Le Matin, 21 de mayo de 1894; L'Événement, 21 de mayo de 1894.

[61] Jaeger, Anatole Deibler, carnets, pp. 15-25; Jaeger, Anatole Deibler (1863-1939), op. cit., pp. 131 y 274.

[62] Le Journal, 21 y 22 de mayo de 1894; La Libre Parole, 22 de mayo de 1894.

[63] Le Matin, 21 de mayo de 1894.

[64] Le Journal, 23 de mayo de 23, 1894.

[65] 19e Siècle, 22 de mayo de 1894; Le Journal, 21 de mayo de 1894; Le Figaro, La Libre Parole, L'Éclair, La Petit République y Le Journal, 22 de mayo de 1894; despacho del prefecto de la Policía al decano de la facultad de medicina, 21 de mayo de 1894; Goupil, 21 de mayo de 1894; Ba 1115, decano de la facultad de medicina, 21 y 23 de mayo.

[66] L'Écho de Paris, 22 de mayo de 1894; 19e Siècle, 22 de mayo de 1894; L'Intransigeant, 22 de mayo de 1894.

[67] Ba 1115, informes de Descaves, 24 de mayo, y del comisario especial prefecto de Seine-et-Oise, 25 de mayo de 1894.

[68] Leyret, En plein faubourg, op. cit., p. 161.

VIII. REACCIÓN

«Para quienes dicen: el odio no engendra el amor, yo les contesto que es el amor, el amor humano, el que a menudo engendra el odio.»

Émile Henry[1]

Una semana después de que la bomba de Émile Henry explotara en el Café Terminus, el artista y crítico literario anarquista Octave Mirbeau escribió: «Un enemigo mortal de la anarquía no podía haber perjudicado más a la causa de lo que lo ha hecho Émile Henry cuando lanzó su inexplicable bomba en medio de unas personas anónimas y tranquilas que se habían citado en un café para tomarse una cerveza antes de ir a casa a meterse en la cama»[2]. Charles Malato compartía esa opinión. Émile era un anarquista de gran inteligencia y valor, pero su bomba, por encima de todo, «había dañado al anarquismo». Malato aprobaba cualquier violencia dirigida hacia el enemigo –el Estado y sus títeres– pero «no la que golpea ciegamente», como lo había hecho la bomba de su antiguo amigo. Émile Pouget, cuyo violento lenguaje en Le Père Peinard había ayudado a establecer el ambiente para la «propaganda por los hechos», consideraba los atentados recientes como una vergüenza para la causa anarquista[3].

En Le Deluge, el café de Leyret en Belleville, la reacción al bombardeo del Café Terminus fue ambigua. A diferencia de la bomba de Vaillant en el Parlamento Nacional, aquí la «acción» de Émile no producía alegría. ¿Por qué, después de todo, atacar a gente normal que tomaba algo en un café después del trabajo? Que Émile no fuera un obrero, como Vaillant, ni «vulgar» como Ravachol, sino más bien «un intelectual nacido de la burguesía», se convirtió en un tema de conversación y reflexión. Había algo desconcertante en el gesto de Émile de desdeñar sus diplomas y pasar a la acción. Tal vez había algo de admiración. Quienes frecuentaban Le Deluge habían escuchado con atención lo que había dicho Émile durante el juicio, absorbiendo cada palabra, repitiéndolas y complaciéndose en la manera en la que parecía dominar a sus inquisidores. La

mayoría de los obreros que conocía Leyret, incluso socialistas que eran enemigos inflexibles de los anarquistas, habían leído y releído la «declaración» de Émile. Émile, el autoproclamado «vengador decidido, deliciosamente lleno de odio, de supremo desprecio», impresionó incluso a sus críticos en People’s Paris con su erudición y por la «precisión de su duro razonamiento»[4]. Aun así, la ejecución de Émile provocó mucha menos tristeza e ira que la de Vaillant. Se veía como algo inevitable.

Los obreros ahora sopesaban su destino. ¿Triunfaría el Estado y la sociedad burguesa? El futuro lo diría. Algunos obreros, que habían sufrido mucho en los últimos años, parecían estar lamiéndose las heridas, quizá preparando su venganza. Los arrabales habían puesto sus esperanzas en la Tercera República, pero esta les había decepcionado. El escándalo del Canal de Panamá había enriquecido a unos cuantos políticos bien situados y había añadido más combustible a la hoguera del odio por las clases altas y el Estado que defendía sus intereses. El despotismo y la corrupción había frustrado las esperanzas obreras de una auténtica fraternidad e igualdad.

La prensa conservadora se mostraba en general de acuerdo con la ejecución de Émile. Para L’Echo de Paris, Émile entraba en la historia llevando, como Saint-Denis, su joven cabeza entre las manos[5]. Era algo vergonzoso, o incluso grotesco, que este chiquillo se hubiera convertido en un personaje histórico, con su leyenda y sus apologetas. Los anarquistas habían conseguido hacer temblar a la sociedad. La mayoría de las personas que vivían en las ciudades y pueblos grandes habrían querido salvarle la vida no por compasión, sino por terror. A este redactor en concreto el momento actual del espíritu francés contemporáneo le parecía «nauseabundo». Demasiada gente se había olvidado de las víctimas de Émile. Los visitantes extranjeros habían hecho las maletas y habían huido de la epidemia de la dinamita parisina. La industria y el comercio se habían ralentizado, y el invierno, habitualmente bullicioso, se había convertido en una estación muerta. Y, a pesar de todo esto, Émile tenía sus partidarios. Los anarquistas se habían convertido en «nuestros emperadores: «¡Ave, César! Los burgueses que van a morir te saludan». Parecía el amanecer de una nueva era: Émile no había elegido a figuras prominentes del Estado y del capitalismo como sus víctimas, sino a pacíficos ciudadanos seleccionados al azar por su «odio monstruoso»[6].

Pero sí empezó algo parecido a un culto menor de Émile y no solamente entre los anarquistas. Un periódico belga publicó una edición especial dedicada a su

vida. Envió a su corresponsal en París a buscar copias de sus poemas y de su correspondencia. Los objetos relacionados con Émile o de su propiedad se comerciaron durante una breve etapa como hoy se intercambian los cromos de fútbol. Artículos anónimos que se habían publicado en los periódicos anarquistas ahora se le atribuían. Los viejos ejemplares de Le Pére Peinard se vendían a precios muy altos. El retrato de Émile circulaba por las provincias francesas, especialmente en el Loira, el lugar de nacimiento de Ravachol. La gente hacía cola para comprar una foto de Émile que distribuía una agencia publicitaria de París. En Londres los anarquistas redactaban poemas en su honor y la facción «individualista» de los anarquistas italianos en Londres colaron un panfleto en Italia que celebraba su acción y clamaba venganza[7].

Los anarquistas partidarios de la «propaganda por los hechos» alababan a Émile. En noviembre alguien depositó unas flores amarillas y rojas en su tumba y en la de su padre, en el cementerio de Brévannes-Limeil. En el segundo aniversario de su ejecución se publicó un artículo en un periódico anarquista de París preguntándose por qué Mirbeau, un escritor con tanta conciencia, había condenado el valeroso acto del joven anarquista. Émile había reaccionado razonablemente a la evidencia de que las desigualdades sociales crecían en una sociedad envenenada. Si había estallado era porque «su sensibilidad tan desbordante de amor»[8] había sido torturada por las tristes escenas que veía en París. Había empezado amando y había terminado con un entendible odio por aquellas personas directamente responsables de nuestras desgracias. «Ravachol, a menudo descrito como una bestia salvaje, había pasado hambre mientras daba a los pobres vagabundos con los que se cruzaba todo lo que poseía. Émile era un modelo de caridad, como lo había sido Vaillant. Solamente la muerte podría extinguir el odio de Émile. Sin embargo, los teóricos anarquistas eran demasiado cobardes como para arriesgar sus vidas. Las acciones de revuelta que emprendían «quienes amaban», como las de Émile, serían el motor del progreso.

El anarquista Augustin Léger, cuya esposa esperaba un bebé, sugirió juguetonamente llamarlo Emilienne-Henriette, en honor del anarquista ejecutado, o incluso Ravacholine. Al final fue un niño y lo llamaron Henry. El niño, nacido en la pobreza, murió en su primera infancia. Léger no pudo contener su amargura. Había perdido un hijo y sus otros dos niños castañeteaban prácticamente desnudos en la calle. Odiaba a la «sucia burguesía» con toda su alma. Poco después de la muerte de su hijo, su esposa, Célestine, murió también de neumonía[9].

La venganza por la muerte de Auguste Vaillant no se había hecho esperar. La de Émile, tampoco. El 24 de junio el presidente Sadi Carnot visitaba Lyon. Cuando su carruaje recorría la rue de la République, de camino a una elegante velada en el Gran Teatro, un hombre superó a los guardas del carruaje y hundió un cuchillo en el cuerpo del presidente. Sante Geronimo Caserio, de veinte años de edad, un exaprendiz de panadero de Lombardía y anarquista, había leído en los periódicos la ejecución de Émile Henry y se enteró, de casualidad, de que el presidente de Francia iba a viajar a Lyon. Se subió a un tren en la pequeña localidad portuaria de Sète, en el Mediterráneo francés, hasta donde pudo permitirse el billete. Después hizo a pie el resto del camino. Su cuchillo vengó a Émile Henry. Carnot murió a consecuencia de sus heridas unas horas después del atentado. Otro jefe de Estado había caído. Caserio, que evocó a la «gran familia humana»[10] en su defensa, fue condenado a muerte y guillotinado el 15 de agosto de 1894. (En su juicio, cuando la fiscalía afirmó que había querido matar tanto al rey de Italia y al papa, Caserio bromeó: «Pero no a la vez… Nunca salen juntos».)

La «psicosis de la dinamita»[11], que la prensa parisina había conseguido instalar, condujo a la cámara de los diputados a aprobar una tercera «ley canallesca» el 28 de julio de 1894. Mientras que las leyes anteriores se cebaban en las publicaciones anarquistas, la nueva ley buscaba abolir por completo el movimiento, ampliando aún más la definición de propaganda anarquista y lo que constituía la complicidad con las acciones anarquistas.

Un profesor de Derecho penal llamado Garraud fue uno de quienes defendieron las nuevas leyes. En su opinión, los intelectuales anarquistas habían constituido una «escuela del delito», donde los maestros trabajaban para reclutar estudiantes. Los buhoneros del anarquismo se habían infiltrado con éxito en las barriadas proletarias, donde ayudaban a formar grupos anarquistas. Ya no contentándose con «emborrachar» a los obreros con la doctrina anarquista, los intelectuales del movimiento habían provocado directamente acciones violentas, incluso habían publicado fórmulas para fabricar bombas. Después, en diversas publicaciones, celebraban a quienes asumían esas acciones, y los describían como mártires. Los periódicos anarquistas eran uno de los principales instrumentos del éxito de la causa. Por lo tanto, la ley del 18 de diciembre de 1893 apuntaba a ellos: hizo posible que se reprimieran las «asociaciones de malhechores», cuyas filas ahora

se ampliaban para incluir a los periódicos o a otras publicaciones de «propaganda clandestina». Se les concedió a los tribunales penales el derecho de suspender la publicación de cualquiera de ellos. El alcance de esta nueva ley despertó preocupación incluso fuera de los círculos anarquistas; los socialistas temían que permitiera a los jueces mezclar cualquier forma de oposición política con el anarquismo, a pesar de la afirmación del ministro de Justicia de que apuntaba únicamente a quienes defendieran la «propaganda por los hechos»[12].

Los juicios por provocar o disculpar «actos violentos» se celebraban sin jurado, que tendía a ser más indulgente. Esto le daba al juez más poder. Las faltas que antes cometían los anarquistas no se habían considerado previamente como de carácter político. Ahora cualquiera a quien se le acusara de difundir propaganda anarquista podía ser juzgado en toda la extensión de la ley, una medida añadida a petición de Léon Bourgeois (de adecuado nombre) un ex ministro de Justicia. La tercera ley también denominaba «propaganda» lo que los anarquistas dijeran en su propia defensa en los juicios, como era el caso de la muy difundida «Declaración» de Émile. Los jueces podían así evitar que la prensa informara de lo que se decía en la sala del tribunal, definiendo estas declaraciones como «propaganda efectuada mediante el orden judicial». La ley prohibía efectivamente la publicación de las actas del juicio.

La ley de diciembre, pensada para las «asociaciones de malhechores», condujo al año siguiente a la detención y juicio de 30 anarquistas. El «Juicio de los Treinta», que empezó el 6 de agosto de 1894, duró ocho días y puso en el estrado a intelectuales como Sébastien Faure, Félix Fénéon y Jean Grave, junto con tres ladrones anarquistas, entre ellos León Ortiz. Todos ellos fueron acusados de pertenecer a una asociación formada con la meta de destruir la sociedad mediante el robo, el saqueo, los incendios premeditados y el asesinato. Los acusados más destacados eran los amigos de Émile. En parte debido a la falta de pruebas y en parte porque la acusación quedó abrumada por la potencia de fuego intelectual de los acusados, el Juicio de los Treinta resultó un fracaso vergonzoso para el fiscal, Bulot, y para el gobierno[13].

En un momento dado, Bulot interrumpió el transcurso del juicio porque «ha llegado un paquete para mí conteniendo materia fecal». Pidió salir a lavarse las manos. Fénéon replicó que nadie se había lavado las manos «con tanta solemnidad» desde Poncio Pilatos. Fénéon contribuyó a destruir los argumentos de la fiscalía con su humor mordaz. Cuando el juez le acusó de ser «el amigo íntimo del anarquista alemán Kampssmayer», Fénéon contestó: «La intimidad no

ha podido ser mucha. Yo no sé ni una palabra de alemán y él no habla nada de francés». Cuando el atribulado juez mostró un frasco de mercurio que se habían encontrado en la oficina de Fénéon en el Ministerio de la Guerra (un lugar de lo más insólito para que un anarquista encontrara trabajo), Fénéon indicó que había pertenecido a Émile. Cuando el juez le recordó que el mercurio podía emplearse para hacer fulminato de mercurio, Fénéon le recordó al tribunal que también se usaba para fabricar termómetros y barómetros. Ortiz y los otros dos ladrones fueron condenados, el primero a 15 años de trabajos forzados. Los intelectuales fueron todos absueltos.

Esa absolución ayudó a poner punto final a los peligrosos días de la «propaganda por los hechos» en París. No mucho tiempo después, un historiador advertía de que «debería evitarse cualquier tipo de legislación excepcional. No está justificada de ningún modo […]. Para los fanáticos que aspiran a la corona del martirio los castigos no parecen disuasorios, sino una expiación». Después de todo, las ejecuciones de Ravachol, Vaillant y Émile Henry no evitaron el asesinato de Carnot. ¿Quería eso decir que «la sociedad está indefensa frente al anarquismo»? Su respuesta era sí, si el Estado confiaba en la represión «y no en el poder de la convicción». Muchas personas se habían inclinado por el anarquismo porque el Estado los trataba como delincuentes comunes simplemente por albergar simpatía por el anarquismo. Solamente la justicia y la libertad podían derrotar al anarquismo, pero no la fuerza bruta y la injusticia continuada. Maurice Barrès ya había llegado a esa misma conclusión. En su opinión, la ejecución de Émile había hecho un flaco favor a la sociedad. La batalla contra las ideas anarquistas requería armas intelectuales, no los «accesorios» de Deibler[14]. Marie-François Goron, un ex director de la Policía, también creía que la intimidación había demostrado ser un mal freno[15]. El miedo a la cárcel o incluso a la muerte no había detenido a Ravachol o a Émile. En último término, era una derrota detener a cientos de personas que habían sido denunciados por los espías de la Policía, separarlos de sus familias y aumentar su odio hacia el Estado y la sociedad. La última redada de anarquistas había dado unos resultados pobrísimos. El jurado en el Juicio de los Treinta había mostrado más sensatez que la Policía. Las absoluciones ayudaron a poner punto final a los atentados anarquistas, porque ya no había nada que exigiera una respuesta. Previamente, la reacción exagerada del Estado a las palabras y las acciones del anarquismo había incitado una violencia aún mayor. Este ciclo ahora se rompía.

Durante varios años, un pequeño grupo de compagnons conmemoró la ejecución de Émile haciendo una peregrinación a la posada de Brévannes[16]. Pero, a lo largo de los años, el número fue disminuyendo. En 1896 alguien se las apañó para entrar en el cementerio y dejar unas flores con el lema «Memoria y venganza». También se depositó una piedra sobre la tumba de Émile en la que se había escrito: «Asesinado, una víctima de la sociedad». Parece que en 1901 la señora Henry hizo saber que acogería a los «camaradas» como lo haría con cualquier cliente, pero que no toleraría discursos y cánticos. Élisa Gauthey, aunque aún vivía en París, había aparecido en Brévannes en al menos uno de los aniversarios de la ejecución de Émile, charlando con los pocos compagnons presentes.

Después de su salida de la cárcel, Fortuné Henry empezó a trabajar en la Farmacia Central de París, donde ya había estado empleado. En 1896, Fortuné y Jules dijeron a los anarquistas que acudieron a la posada a rendir homenaje a Émile que ambos se harían «hombres de acción» únicamente cuando su madre hubiera muerto. Pero en 1904 Fortuné fundó una comunidad anarquista en Aiglemont, en las Ardenas, donde alquiló un pequeño terreno. Construyó allí una cabaña de arcilla y troncos. Más tarde adquirió el lugar por 800 francos pero, como nunca creyó en la propiedad, puso como dueño nominal a un amigo suyo. Fortuné empezó a cultivar la tierra y se las apañó para atraer allí a once personas más. Parecía el tipo de comunidad ideal, natural, que Proudhon había anunciado que traería la felicidad y transformaría la sociedad. Pero los participantes empezaron a discutir, tal vez debido a la personalidad bastante autoritaria de Fortuné. La comunidad se esforzó hasta 1909. Después de cinco años «de ridículas privaciones y sentimientos heridos, el intento terminó miserablemente»[17]. La experiencia práctica de Fortuné en el anarquismo había fracasado. En cuanto a Jules, se hizo cargo de la posada de su madre cuando llegó a la mayoría de edad, siete años después de la ejecución. En lugar de convertirse en un militante anarquista, empezó un pequeño negocio de venta de huevos y mantequilla, y prosperó[18].

Una vez que la «propaganda por los hechos» ya no tenía partidarios, los anarquistas centraron sus esfuerzos en el sindicalismo, esperando que dichas organizaciones proporcionaran una base para la revolución futura[19]. Los sindicatos habían sido ilegales en Francia hasta 1884 (aunque de facto habían existido en muchos oficios mediante sociedades de ayuda o de amistad y algunos

de ellos habían asumido un papel de «sociedades de resistencia» cuando era necesario apoyar las huelgas). La Federación Nacional de Sindicatos se crearía dos años después. En 1892, los anarquistas de Londres, entre ellos Kropotkin y Malato, ya habían pedido una mayor implicación con los sindicatos. Pouget en concreto se había quedado impresionado con el éxito de los sindicatos británicos y condujo a sus seguidores hacia el sindicalismo. Como Errico Malatesta –a quien Émile había atacado por sus opiniones «asociacionistas»– Pouget terminó por creer que la fuerza del Estado podía contrarrestarse únicamente con la organización obrera. Además, los sindicatos presionaban a favor de reformas como la jornada de ocho horas y así ayudaban a integrar a los obreros, a los sindicatos y al socialismo dentro del esquema político de la Tercera República.

En 1895, Les Temps Nouveaux, que se había iniciado en mayo de ese año con el apoyo de Reclus y Kropotkin, publicó un artículo del organizador obrero militante Fernand Pelloutier: «Anarquismo y los sindicatos». Mortalmente enfermo de tuberculosis, Pelloutier describía lo que él esperaba que fuera la «moribunda sociedad» del capitalismo y explicaba su giro hacia el sindicalismo. Lo que se llamó en ocasiones el «anarcosindicalismo» insistía en que la fábrica ofrecía no solamente los mejores medios para planificar la revolución, sino también un atisbo de una solidaridad y organización humana futura. En opinión de Pelloutier esa visión no requería de la dinamita para ser escuchada. La acción directa mediante los sindicatos o mediante la implicación política, no mediante las acciones o las bombas individuales, sería el medio para la revolución.

Más obreros militantes, entre ellos muchos anarquistas, también se volvieron hacia los sindicatos, que habían hecho un buen uso de las Bolsas de Trabajo que habían empezado a surgir en las ciudades industriales francesas a finales de la década de 1880. Los obreros podían acudir allí a enterarse de ofertas de trabajo y para debatir sobre sus quejas y sus esperanzas de futuro. Además, las Bolsas proporcionaban solidaridad y una vida social para las familias de clase obrera. Los «días heroicos del sindicalismo», que empezaron en 1895 y duraron en Francia hasta 1907, trajeron más huelgas, a medida que los obreros perseguían el sueño de una gran Huelga General futura, que pondría de rodillas al capitalismo. En 1902 las Bolsas se unieron a la Confederación General del Trabajo (CGT), que se había creado en 1895 como una estructura que albergara a los sindicatos. Al lograr algunas reformas claras, como el establecimiento de la responsabilidad legal del patrón ante los accidentes industriales y reduciendo la jornada laboral de mujeres y niños a diez horas, los sindicatos mejoraron gradualmente las vidas de muchos obreros.

En 1898, un personaje muy parecido a Émile apareció en la literatura francesa, en Paris (1898) de Zola, el pequeño Victor Mathis «liviano y casi imberbe, con una frente lisa y tenaz, ojos grises con brillo de inteligencia, una nariz en punta y unos labios finos que expresaban una voluntad recia y un odio implacable»[20]. Como Émile, Mathis era un burgués culto y podría haber ingresado en la École Normale. En el relato Mathis venga la ejecución del personaje Salvat, como Émile había vengado la de Vaillant. Mathis es, como Émile, «el destructor puro y simple, el teórico de la destrucción, el intelectual frío y enérgico […] en su deseo de hacer del asesinato el instrumento de la evolución social, […] un poeta, un visionario, pero el más aterrador de todos los visionarios, […] que anhelaba la inmortalidad más horrible». Pero para cuando Paris se publicó, la época de la «propaganda por los hechos» en Francia se había clausurado.

A pesar del hecho de que las «leyes canallescas» habían dificultado muchísimo la impresión de la propaganda anarquista, los anarquistas en 1914 aún publicaban 12 periódicos. Pero seguían siendo una minoría, en los márgenes. En Londres los anarquistas se habían dispersado. Incluso la tienda de comestibles de Victor Richard en Charlotte Street les recibían con los brazos mucho más cerrados[21]. El funeral de Martial Bourdin, el anarquista francés que había muerto por la explosión de la bomba que transportaba por Greenwich Park con la intención de destruir el Meridiano, se había encontrado con manifestaciones en contra y una multitud había destrozado las ventanas del Autonomy Club. El club cerró en febrero de 1894 y los anarquistas se mudaron discretamente a barrios más alejados. Se enfrentaban a una creciente hostilidad en Londres. El 1 de Mayo de ese año las multitudes acosaron a los anarquistas que se reunieron en Hyde Park.

Por todo Europa el número de militantes anarquistas empezaba a declinar[22]. A principios de marzo de 1894 la Jefatura de Policía llegó a la conclusión de que no residían más de 500 en París, un descenso impresionante. En 1897, un experto de la Policía apuntó la cifra de 4.000, de una población francesa de 39 millones de personas. Los considerados realmente peligrosos eran pocos y eran solitarios, como Émile y Caserio, hombres que prácticamente no actuaban ni hablaban, sino que se preparaban en la sombra. Nadie, ni siquiera los militantes anarquistas, podía predecir sus intenciones. El actor solitario, del que Émile era el mejor ejemplo, era por encima de todo discreto y su transformación en asesino, en vengador de los males sociales, a menudo era repentina. Era casi

imposible monitorizar a esa gente.

Por supuesto que aún se producían atentados anarquistas. Entre diciembre de 1911 y mayo de 1912, una banda violenta de supuestos anarquistas aterrorizó Francia y Bélgica. Dirigidos por un criminal de poca monta y mecánico de automóviles convertido en anarquista, Jules Bonnot, esos hombres usaban automóviles (en esto eran muy modernos) y rifles en una serie de atracos audaces, en especial a bancos, que en ocasiones se saldaban con muertos. Fueron abatidos o capturados por la Policía y tres de sus miembros fueron guillotinados. La banda de Bonnot aterrorizaba a pequeña escala, pero no provocó un revival de la «propaganda por los hechos»[23]. Los miembros de la banda eran «ilegalistas», en los márgenes de lo que quedaba del movimiento. En 1914, en la víspera de la Primera Guerra Mundial, solamente quedaban unos 1.000 militantes anarquistas en Francia. El terrorismo ya no se consideraba un medio eficaz para un fin; incluso los anarquistas más duros compartían esta conclusión.

En otros lugares el anarquismo continuó una carrera frenética. En Italia la represión gubernamental después del asesinato del rey Umberto I en 1900 por el anarquista Gaetano Bresci segó el movimiento, reduciendo los ataques anarquistas. De la misma manera que en Francia, los obreros cada vez más se decantaron por los sindicatos y la política. Por contraste, en España el anarquismo siguió siendo extremadamente potente, especialmente en el puerto y en los suburbios industriales de Barcelona y entre los jornaleros pobres y explotados de la Andalucía rural. En estrecha alianza con los nobles y la Iglesia, el gobierno emprendió un programa de represión brutal seguido de la promulgación de una legislación en 1896 que permitía, entre otras cosas, torturar a los sospechosos de ser anarquistas. Esto encendió las iras de los pobres. Como decía un anarquista español: «El problema no era el pan, sino el odio». Las ejecuciones provocaban más atentados, perpetuando una cadena de violencia.

En mayo de 1906, mientras el rey Alfonso XIII y su esposa, una nieta de la reina Victoria de Gran Bretaña, regresaban en carruaje de la ceremonia de su boda y se dirigían al Palacio Real, un anarquista les tiró una bomba. Salieron sin un rasguño, pero el atentado mató a 23 personas e hirió a más de 100. Tres años más tarde, los soldados y la Policía española mataron a más de 200 personas durante la Semana Trágica, cinco días de combate en las calles de Barcelona durante una huelga general en la que los anarquistas tuvieron un papel destacado. La tortura de un anarquista muy conocido, Francisco Ferrer, atrajo la atención mundial, logrando simpatía para los anarquistas al tiempo que

suscitando rechazo por las políticas gubernamentales. Que el movimiento obrero español siguiera relativamente desorganizado, comparado con sus coetáneos francés e italiano, suponía que muchos obreros contemplaran con esperanza el anarquismo. Así, mientras que la prensa en muchos otros países ayudaba a fijar la imagen del anarquista como un terrorista peligroso, en España seguía siendo un mártir perseguido por el Estado. Los atentados anarquistas en España continuaron después de la Primera Guerra Mundial. A pesar del doble juego de sus rivales estalinistas, los anarquistas desempeñarían un papel principal en la defensa de la República contra las fuerzas nacionalistas de Franco durante la Guerra Civil Española (1936-1939). Pero finalmente la débil alianza que defendía la República perdió y 150.000 personas fueron ejecutadas por el nuevo gobierno, incluyendo a miles de anarquistas.

En Estados Unidos, los atentados anarquistas mataron a más de 50 personas entre 1914 y 1920[24]. En 1919, se enviaron unas 30 bombas por correo a funcionarios del gobierno, desde el fiscal general hasta alcaldes. Dos meses más tarde, las explosiones hicieron temblar las residencias de funcionarios de siete ciudades. El 16 de septiembre de 1920 un atentado en Wall Street, probablemente obra de anarquistas italianos, mató a 33 personas e hirió a más de 200. En Rusia, la revolución de 1917 se convirtió rápidamente en una pesadilla para los anarquistas. En 1920, los bolcheviques habían aplastado a sus aliados anarquistas, con quienes se habían unido en la Guerra Civil contra el Ejército Blanco en Ucrania. Una revolución en buena medida popular se transformó en una dictadura: «Han demostrado cómo no hacer la revolución»[25], insistía Kropotkin. El anarquista le dijo a Lenin: «Vladimir Ilich, tus acciones concretas son totalmente indignas de las ideas que pretendes defender […] ¿Qué futuro le espera al comunismo cuando uno de sus defensores más importantes pisotea de esta manera todo sentimiento honrado?».

El «club de la dinamita» en Francia era un producto de la imaginación más que una realidad. Fue una creación de los temerosos parisinos con la ayuda de la prensa popular. Un especialista de la Policía con una buena posición en aquella época escribió que quienes creyeran que las acciones anarquistas eran el resultado de una trama organizada se equivocaban de plano. La verdadera amenaza eran los terroristas anarquistas individuales, como Émile. Eso no contribuía para nada a tranquilizar a las clases altas, pero sí apuntaba a que era una estupidez perseguir conspiraciones organizadas. En las palabras de este

agente en concreto, «no había ninguna»[26].

Entonces, ¿qué vinculaba a los anarquistas que habían acabado en la guillotina? Ravachol era un personaje marginal, «un gran bandido, un rebelde salvaje que se había puesto al servicio de la causa anarquista»[27]. Vaillant era un hombre de familia hundido por el hambre y la pobreza, incapaz de alimentar a su familia, que explotó en un intento desesperado de llamar la atención hacia las desgracias de los pobres. Pauwels era un jornalero ocasional, un matón y un asesino nato. Caserio, aislado en su desgracia a sus 21 años, había aprendido a odiar a los ricos.

Émile era diferente. Era un joven intelectual de clase media que podría haber disfrutado de una vida productiva si no fuera por el trato que su padre había recibido a manos del Estado, exacerbado por la horrible pobreza que Émile presenció en París. Émile siguió siendo una persona compleja, un burgués que se odiaba a sí mismo y que proclamaba una y otra vez su odio a la «burguesía». Tenía aplomo, orgullo, incluso arrogancia. Era distante, frío, despreciaba a la «muchedumbre», a la que consideraba «cobarde» e ignorante de sus propios intereses. «A diferencia de Vaillant, que amaba al pueblo», Charles Malato recordaba, «Émile Henry únicamente amaba la idea. Se sentía claramente distinto de la plebe servil e ignorante, un sentimiento que compartían una serie de anarquistas literarios y artistas», entre los que Malato incluía, entre otros, a Camille Pissarro, Laurent Tailhade y el amigo de Émile, Félix Fénéon[28]. Durante sus últimos días en la celda de la Roquette, Émile escribió: «Amo a toda la gente en su humanidad y por lo que deberían convertirse, pero siento desprecio por cómo son»[29].

A su manera, Émile podría describirse como un Hamlet del siglo XIX[30]. Se levantó en armas contra el mar revuelto que devastaba buena parte de la humanidad, buscando terminar con ellos mediante sus bombas.

En 1900 París se presentaba con orgullo ante los turistas como «una ciudad pacificada. Lejos quedan los días trágicos y sangrientos de la revolución». La Policía omnipresente, con guarniciones de soldados siempre listos para ayudar si era necesario, garantizaba el orden público. La Ciudad de las Luces era un lugar diferente, mucho más rico que antes. Los barrios tradicionalmente revolucionarios de la orilla derecha perdieron mucha población, la textura misma

de algunos de ellos había sido destruida o por lo menos alterada por los bulevares de Haussmann. Además, progresivamente, las personas corrientes se fueron a vivir a la periferia urbana. París había sido domada[31].

El Estado francés, contra el que lucharon los anarquistas, contribuyó a meter a Europa en una guerra mortífera en 1914. La Gran Guerra mató a unos 9.000.000 de hombres, incluyendo a 1.500.000 de soldados franceses, y desató los demonios del siglo XX.

[1] La Renaissance, 20 de mayo de 1896.

[2] Le Journal, 19 de febrero de 1894, citado en Maitron (ed.), Dictionnaire biographique, op. cit.

[3] J. Joll, «Singing, Dancing and Dynamite», Times Literary Supplement, 10 de septiembre de 1976.

[4] Leyrat, En plein faubourg, op. cit., pp. 161-165.

[5] L'Écho de Paris, 22 de mayo de 1894.

[6] L'Événement, 22 de mayo de 1894.

[7] Sonn, Anarchism and Cultural Politics, op. cit., p. 247; Ba 1115, 11 de mayo de 1894; DiPaola, «Italian Anarchists», op. cit., p. 57. El periódico belga era La Débâcle Sociale.

[8] Ba 1115, 22 de noviembre de 1893, comisario especial de Boissy St. Léger al prefecto y su contrapartida en Versalles, 22 de noviembre de 1894; La Renaissance (G. Pérot), 20 de mayo de 1896.

[9] Léger, Journal, op. cit., pp. 250 y 302, saluda a Caserio, «que asestó el golpe más grande. Eliminar a un presidente de la República es algo principesco […]»

[10] Kedward, The Anarchists, op. cit., p. 42; Levy, «The Anarchist Assassin», op. cit., p. 13.

[11] Eisenzweig, Fictions, op. cit., capítulo II/3, esp. pp. 300-303, 325; R.

Garraud, L’anarchie et la répression, París, 1895, pp. 11, 19-23, 114-115 y 133.

[12] M. P. Fabreguettes, De la complicité, op. cit., pp. 39-41; Machelon, La République, op. cit., pp. 409-445; Varennes, De Ravachol, op. cit., pp. 246-272; R. Garraud, L’anarchie, op. cit., p. 53, cita el artículo 2 de la ley del 28-7-94; F7 12508, «consideraciones generales» de enero de 1894; Loubat, Code de la législation, op. cit., pp. 177-178.

[13] Préposiet, Histoire, op. cit., p. 400; Manevy, Sous le plis, op. cit., p. 75; E. V. Zenker, Anarchism: A Criticism and History of the Anarchist Theory, Nueva York, 1897, pp. 320-323; Varennes, De Ravachol, op. cit., pp. 286-349.

[14] Le Journal, 22 de mayo de 1894. En cualquier caso, las «leyes canallescas» siguieron vigentes durante décadas; la tercera, promulgada en julio de 1894, siguió en el código hasta 1992.

[15] MarieFrançois Goron, Les mémoires de Goron, ancient chef de la Sûreté, París, 1897-1898, pp. 7-8 y 12-16.

[16] Ba 1115, informes policiales del 12 de febrero y del 16 de mayo de 1896; 31 de mayo de 1897; y 31 de mayo de 1898; La Renaissance, 20 y 23 de mayo de 1896; Foureur, 5 de mayo de 1901; Liberté, 26 de mayo de 1896; prefecto de Policía 21, 23, 25 de mayo y n.d., e Int., 20 de mayo de 1896; informes policiales, 9, 18, 22, 26, y 29 de mayo de 1896; 21, 23, 25, 26, y 27 de mayo de 1901; 14 de mayo de 1902, telegrama del 5 de marzo de 1905, que dice que unos doscientos anarquistas se presentaron en la posada; La Petite République, 26 de mayo de 1896; L’Événement, 25 de mayo de 1896; Les Temps Nouveaux, 31 de mayo de 1901.

[17] Maitron, Histoire, I, op. cit., p. 367.

[18] Zévaès, «Sous le signe», Vendémiaire, 30 de diciembre de 1935 y 6 de enero de 1937.

[19] Sonn, Anarchism and Cultural Politics, op. cit., p. 25; Guérin, Anarchism, p. 78; JeanMarie May y Madeleine Rebérioux, The Third Republic, from Its Origins to the Great War, 1871-1914, Nueva York, 1987, p. 144; Joll, The Anarchists, pp. 180-181 y 187; Woodcock, Anarchism, pp. 321-322.

[20] Zola, Paris, p. 466.

[21] Ba 1509; Oliver, The International, op. cit., pp. 104-105, 141; Ba 1509.

[22] Le Matin, 5 de marzo de 5, 1894. El número descendió de unos 10.000 hasta 8.000 y en París de unos 2.800 a 2.300, aún una cifra considerable, junto con los entre 1.500 y 2.000 de Lyon y su provincia y unos 1.000 en Marsella. F7 13053, Moreau, comisario especial, «L'anarchisme en France», op. cit., 1897.

[23] Maitron, Histoire du mouvement, I, op. cit., pp. 396-406; Joll, «Singing, Dancing, and Dynamite», op. cit. El anarquismo seguía en otros lugares: Jensen, «The International Campaign», op. cit., pp. 18-21; Joll, The Anarchists, op. cit., pp. 207-223.

[24] Jensen, «The International Campaign», op. cit., pp. 23-24.

[25] Joll, The Anarchists, op. cit., pp. 158 y 163.

[26] F7 13053, Moreau, comisario especial, «L'anarchisme en France», op. cit., 1897.

[27] Maitron, Histoire du mouvement, op. cit., p. 222, n. 5 (citando a R. Gressent, L'Humanité Nouvelle, I, 1, París, 1897, p. 631), procedente de J. Grave, Le mouvement libertaire sous la Troisième République, París, 1930, p. 139.

[28] Malato, «Some Anarchist Portraits», op. cit., p. 331.

[29] Henry, Coup pour coup, op. cit., p. 184.

[30] M. Boisson, Les attentats anarchistes sous la Troisième République, París, 1931), pp. 158-159, n. 1. Otra interpretación, que compartía Fortuné, era que las acciones de Émile eran una forma de «suicidio indirecto» porque nunca se habría recuperado de su amor por Élisa Gauthey (R. Gressent, L'Humanité Nouvelle, año 1, París 1897, t. I, vol. 1, p. 631). Pero Émile trató de huir después de poner la bomba en el Café Terminus, para poder matar de nuevo.

[31] Bernard, Les deux Paris, op. cit., p. 240.

AGRADECIMIENTOS

Mientras seguía los pasos de Émile Henry por París, me beneficié de la amabilidad del personal de los Archivos de la Prefectura de Policía, en la comisaría del distrito 5 de París. Aún recuerdo el contraste entre las personas que bajábamos de investigar en los archivos, con el portátil a cuestas, y las personas (entre ellos muchos turistas) que venían a ese lugar porque les habían robado la cartera o el coche o la bicicleta. La máquina de café sigue estando en el gimnasio de artes marciales donde entrena la Policía.

En el transcurso de la escritura de este libro les he preguntado a muchos amigos y colegas cuestiones de detalle y más que eso. Siempre me han respondido con generosidad. Gracias a Richard Sonn, Steven Vincent, Paul Jankowski, Mark Micale, Stephen Jacobson, Vanessa Schwartz, Dominique Kalifa, John Monroe, Brian Skib, Leon Plantagna, Victoria Johnson, Carl Strikwerda, Judith Walkowitz, Richard Bach Jensen, Constance Bantman, Robert Fishman, Ray Jonas, Steven Englund, Mathieu Fruleux, Chris Brouwer, Valerie Hansen, Timothy Messer-Kruse, Beverly Gage, Pascal Dupuy, Darrin McMahon, Martin A. Miller, Eugenia Herbert, George Eisenwein, Yves Lequin, Bruno Cabanes, Carl Levy y Pietro DiPaolo.

Fue un placer dar charlas y recibir comentarios sobre Émile Henry y el anarquismo en Montana State University, Florida State University, University of Connecticut, University of Southern California, University of Minnesota, Washington University en St. Louis, University of Edinburgh, University of Newcastle, Stanford University (donde se reúnen los historiadores franceses del norte de California), Carleton College, Yale University (Department of French) y Brooklyn College. Para la investigación en París recibí una beca de investigación Whitney Griswold en Yale.

Me beneficié de mi participación en un congreso en Arlington, Virginia, en junio de 2007, organizado por David Rapoport: «What Can and Cannot Be Learned from History About Terrorism: A Dialogue Between Historians and Social Scientists».

Tres amigos muy queridos han leído el manuscrito original del libro y, como

suele ser, me hicieron comentarios útiles y agudos. Así pues, muchas gracias a Jay Winter, David Bell y Don Lamm, quienes, junto con Emma Parry y Christy Fletcher, han empujado e imaginado este proyecto desde sus inicios.

He tenido la suerte de disfrutar desde hace décadas de la inspiración y la amistad de Peter Gay y de mi difunto amigo Charles Tilly. Ellos me enseñaron a escribir historia y siempre les deberé muchísimo.

En Houghton Mifflin he tenido una editora brillante y dura, Amanda Cook, que ha ayudado a dar forma a este libro. Estoy en deuda con ella. También agradezco enormemente la maravillosa corrección que ha hecho Susanna Brougham sobre el manuscrito.

Carol, Laura y Christopher Merriman han escuchado versiones de esta historia en los lugares más diversos. Muchas gracias y mucho amor a mi familia, como siempre. Chris también ha tenido la extraña experiencia de cenar en el café que el protagonista de este libro hizo estallar una tarde de febrero hace más de un siglo.

Balazuc, 25 de junio de 2008

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

Archives Nationales

BB24 853

F7 12504, 12506-09, 12518, 12830-32, 12835, 13053

14 AS 25, 14 AS 136

Archives de la Préfecture de Police

Ba 66, 75-79, 103, 140-142, 303, 508-510, 894, 1085, 1115, 1132, 1170, 1215, 1237, 1289, 1500, 1502-1504, 1507-1509

Archives Départementales de la Loire

1M 528, 529, 533,

4M 153, 173, 569, 582 (4)U 299

National Archives of Great Britain

HO 45/10254/X36450

HO 144/587/B2840C

HO 144/545/A55176

L'Endehors

La Révolte

La Petite République

L'Éclair

Le 19e Siècle

La Libre Parole

Le Figaro

L'Intransigeant

Le Matin

La Patrie

Le Gaulois

Débats

Le Rappel

Le Temps

La Cocarde

Le Jour

Le Petit Journal

Le Gil Blas

L'Écho de Paris

L'Événement

Le Soleil

Paris

Gazette des Tribunaux

Le Petit Temps

Justice

Le Journal

La Renaissance

Literatura secundaria

Adamic, L., Dynamite: The Story of Class Violence in America, Nueva York, 1931.

Almanach du Père Peinard, 1894-1896-1897-1898-1899, París, 1984, prólogo de P. Drachline.

Andrieux, L., Souvenirs d'un préfet de police, París, 1885.

Arasse, D., The Guillotine and the Terror, Londres, 1989.

Association de la Presse Judiciaire, The Paris Law Courts: Sketches of Men and

Manners, G. P. Moriarty (trad.), Nueva York, 1894.

Avrich, P., Anarchist Portraits, Princeton, 1988.

Baedeker, K., Paris and Environs, with Route from London to Paris, París, 1896.

Bantman, C., «French Anarchist Exiles in London Before 1914», tesis doctoral no publicada, Universidad de París, 2007.

Bataille, A., Causes criminelles et mondaines de 1894: Les procès anarchistes, París, 1895.

Benjamin, W., «Paris: Capital of the Nineteenth Century», en P. Demetz (ed.), Reflections: Essays, Aphorisms, Autobiographical Writings, Nueva York, 1978 [ed. cast.: «Paris, capital del siglo XIX», en Libro de los pasajes, Madrid, Akal, 2005].

Bérard, A., Sur l’anarchie, Lyon, 1897.

Berlanstein, L. R., The Working People of Paris, 1871-1914, Baltimore, 1984.

Bernard, J.P. A., Les deux Paris: Les représentations de Paris dans le seconde moitié du XIXe siècle, Champ Vallon, 2001.

Bertrand, L., Histoire de la démocratie et du socialisme en Belgique depuis 1830, Vol. 2., Bruselas, 1907.

Besant, W., London North of the Thames, Londres, 1911.

Blond, G., Grande armée du drapeau noir, París, 1972.

Boisson, M., Les attentats anarchistes sous la Troisième République, París, 1931.

Bongar, B.; Brown, L. M.; Beutler, L. E.; Breckenridge, J. N. y Zimbardo, P. G. (eds.), Psychology of Terrorism, Nueva York, 2007.

Bookchin, M., The Spanish Anarchists: The Heroic Years, 1868-1936, San Francisco, 1998.

Bouchardon, P., Ravachol et compagnie, París, 1931.

Boussinot, R., Les mots de l'anarchie, París, 1982.

Brunet, J.-P., Saint-Denis, la ville rouge, 1890-1939, París, 1980.

Bunyan, T., The History and Practice of the Political Police in Britain, Londres, 1976.

Carr, R., Anarchism in France: The Case of Octave Mirbeau, Montreal, 1977.

Chesterton, G. K., The Man Who Was Thursday: A Nightmare, Nueva York, 1975 (1908).

Chevalier, L., Montmartre: Du plaisir et du crime, París, 1980.

Clark, T. J., The Painting of Modern Life: Paris in the Art of Manet and His Followers, Nueva York, 1984.

Cobb, R., The Police and the People: French Popular Protest, 1789-1820, Nueva York, 1972.

Collyer, M., «Secret Agents: Anarchists, Islamists, and Responses to Politically Active Refugees in London», Ethnic and Racial Studies 28, 2 (marzo de 2005), pp. 278-303.

Conrad, J., The Secret Agent, Nueva York, 1998 (1907) [ed. cast.: El agente secreto, Madrid, Alianza, 2004].

Courty, J.-P., Endehors, París, 1974.

David, H., The Fitzrovians: A Portrait of Bohemian Society, 1900-1955, Londres, 1988.

Delacour, A., Les lettres de noblesse de l'anarchie, París, 1899.

Destrée, J. y Vandervelde, É., Le socialisme en Belgique, Bruselas, 1903.

DiPaola, P., «Italian Anarchists in London (1870-1914)», tesis doctoral no publciada, Goldsmiths College, University of London, 2004.

—, «The Spies Who Came in from the Heat: The International Surveillance of the Anarchists in London», European History Quarterly 37 (2), pp 189-215.

Dostoievski, F., Crime and Punishment, Nueva York, 2003 (1866). [ed. cast.: Crimen y castigo, Madrid, Akal, 2008].

Dubois, F., Le péril anarchiste, París, 1894.

Dumas, R., Ravachol: L'homme rouge de l'anarchie, Saint-Étienne, 1981.

Eisenwein, G., «Sources of Anarchist Terrorism in Late-Nineteenth-Century Spain», artículo no publicado.

Eisenzweig, U., Fictions de l'anarchisme, París, 2001.

Evenson, N., Paris: A Century of Change, 1878-1978, New Haven, 1979.

Fabreguettes, M. P., De la complicité intellectuelle et des délits d'opinion: De la provocation et de l'apologie criminelle de la propaganda anarchiste, París, 1894-1895.

Faure, S.; Barbedette, L.; Méric, V.; y Voline, La véritable révolution sociale, Limoges, 1933.

Fitzgerald, E. P., «Émile Pouget, the Anarchist Movement, and the Origins of Revolutionary Trade-Unionism in France (1880-1901)». Tesis doctoral no publicada, Yale University, 1973.

Fleming, M., The Anarchist Way to Socialism: Élisée Reclus and Nineteenth-Century European Anarchism, Totowa, Nueva Jersey, 1979.

—, «Propaganda by the Deed: Terrorism and Anarchist Theory in Late-Nineteenth-Century Europe», en Y. Alexander y K. A. Myers (ed.), Terrorism in Europe, Nueva York, 1982.

Gage, B., The Day Wall Street Exploded: A Story of America, Nueva York, 2009.

Garçon, M., Histoire de la justice sous la IIIe République, Vol. 1., París, 1957.

Garraud, R., L'anarchie et la repression, París, 1895.

Gerould, D., Guillotine: Its Legend and Lore, Nueva York, 1992.

Goron, M.-F., Les mémoires de Goron, ancien chef de la Sûreté, París, 1897-1898.

Grave, J., Le mouvement libertaire sous la Troisième République: Souvenirs d'un révolté, París, 1930.

—, Quarante ans de propagande anarchiste, París, 1973.

—, La société mourante et l'anarchie, París, 1893.

Green, J., Death in the Haymarket: A Story of Chicago, the First Labor Movement, and the Bombing That Divided Gilded-Age America, Nueva York, 2006.

Grison, G., Souvenirs de la place de la Roquette, París, 1883.

Guérin, D., Anarchism: From Theory to Practice, Nueva York, 1970.

Guérin, D. (ed.), No Gods, No Masters, Oakland, 2005.

Halperin, J., Félix Fénéon, Aesthete and Anarchist in Fin-de-Siècle Paris, New Haven, 1988.

Hamon, A., Psychologie de l'anarchiste-socialiste, París, 1895.

—, Socialisme et anarchisme: Études sociologiques, définitions, París, 1905.

Harmel, C., Histoire de l'anarchie: Des origines à 1880, París, 1984.

Harvey, D., Consciousness and the Urban Experience: Studies in the History and the Theory of Capitalist Urbanization, Baltimore, 1985.

(Henry, É.,) Coup pour coup, París, 1977.

Henry, É., Déclaration, París, 1894.

Henry, F., Les chants de l'enfance, París, 1881.

Herbert, E., The Artist and Social Reform: France and Belgium, 1885-1898, New Haven, 1980 (1961).

—, «Les artistes et l’anarchisme», Mouvement Social 36, julio-septiembre 1961.

Herbert, R. L., Impressionism: Art, Leisure, and Parisian Society, New Haven, 1988.

Higonnet, P., Paris: Capital of the World, Cambridge, Massachusetts, 2002.

Hobsbawm, E. J. «Political Violence and Political Murder», en Wolfgang Mommsen and Gerhard Hirschfeld (ed.), Social Protest, Violence, and Terror, Nueva York, 1982.

—, Primitive Rebels: Studies in Archaic Forms of Social Movements in the Nineteenth and Twentieth Centuries, Nueva York, 1959 [ed. cast.: Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas sociales en los siglos XIX y XX, Barcelona, Crítica, 2014].

Horowitz, I. L., The Anarchists, Nueva York, 1964.

Iviansky, Z., «Individual Terror», Journal of Contemporary History 12 (1977), pp. 43-63.

Jacquement, G., «Belleville ouvrier à la belle époque», Le Mouvement Social 118 (enero de 1982), pp. 61-77.

Jaeger, G. A., Anatole Deibler, carnets d’exécutions (1885-1939), París, 2004.

—, Anatole Deibler (1863-1939): L’homme qui a trancha 400 têtes, París, 2001.

Jensen, R. B., «Daggers, Rifles, and Dynamite: Anarchist Terrorism in Nineteenth-Century Europe», Terrorism and Political Violence 16, 1 (primavera 2004), pp. 116-153.

—, «The International Campaign Against Anarchist Terrorism, 1880-1914/1930s», Terrorism and Political Violence 21 (2009), pp. 89-109.

Joanne, P., Paris, París, 1889.

—, Paris-Diamant, París, 1894.

Joll, J., The Anarchists, Londres, 1979.

—, «Singing, Dancing, and Dynamite», Times Literary Supplement, 10 de septiembre de 1976.

Jonas, R. A., France and the Cult of the Sacred Heart: An Epic Tale for Modern Times, Berkeley, 2000.

—, «Sacred Mysteries and Holy Memories: CounterRevolutionary France and the Sacré-Cœur», en Ian Germani y Robin Swales (ed.), Symbols, Myths and Images of the French Revolution, Regina, 1998.

—, «Sacred Tourism and Secular Pilgrimage: Montmartre and the Basilica of Sacré-Cœur», en Gabriel P. Weisberg (ed.), Montmartre and the Making of Mass Culture, New Brunswick, 2001.

Jordan, D. P., Transforming Paris: The Life and Labors of Baron Haussmann, Nueva York, 1995.

Kalifa, D., Crimes et culture au XIXe siècle, París, 2005.

—, L'encre et le sang, París, 1995.

Kalken, F. van, Commotions populaires en Belgique (1834-1902), Bruselas, 1936.

Kedward, R., The Anarchists: The Men Who Shocked an Era, Londres, 1971.

Kossmann, E. H., The Low Countries, 1780-1940, Oxford, 1995.

Kropotkin, P., The Conquest of Bread, Nueva York, 1927 [ed. cast.: La conquista del pan, Barcelona, Penguin Random House, 2017].

Langlais, R. (ed.), Père Peinard, Poitiers, 1976.

Laqueur, W., The Age of Terrorism, Boston, 1987.

—, A History of Terrorism, New Brunswick, 2006.

Lefrère, J.-J. y Oriol, P., Zo d'Axa: Un patrician de l'anarchie, París, 2002.

Léger, A., Journal d'un anarchiste, París, 1895.

Levy, C., «The Anarchist Assassin and Italian History: 1870s to 1930s», en S. Gundley y L. Rinaldi (eds.), Assassinations and Murder in Modern Italy. Transformations in Society and Culture, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2016 [2007].

—, «Anarchism, Internationalism, and Nationalism in Europe, 1860-1939», Australian Journal of Politics and History 50, 3 (2004), pp. 330-342.

Leyret, H., En plein faubourg, París, 2000 (1895).

Longoni, J. C., Four Patients of Dr. Deibler: A Study in Anarchy, Londres, 1970.

Loubat, G., Code de la législation contre les anarchistes (commentaire des lois du 28 juillet 1894, 12 décembre 1893, et 18 décembre 1893), París, 1895.

Loyer, F., «Le Sacré-Cœur de Montmartre» en Pierre Nora (ed.), Les lieux de mémoire, III, París, 1992.

Machelon, J.-P., La République contre les libertés? Les restrictions aux libertés publiques de 1879 à 1914, París, 1976.

Maitron, J., «Un "anar", qu'estce que c'est?», Le Mouvement Social 83, abril-junio 1973.

—, De la Commune à l'anarchie, París, 1894.

—, Dictionnaire biographique de mouvement ouvrier français: 1871-1914, París, 1973.

—, Histoire du mouvement anarchiste en France, 1880-1914, París, 1951.

—, Le mouvement anarchiste en France, 2 vols., París, 1975.

—, Paul Delesalle, an «anar» de la belle époque, París, 1985.

Maitron, J. y Droguet, A., «La presse anarchiste française de ses origines à nos jours», Le Mouvement Social 83 (abril-junio de 1973).

—, Ravachol et les anarchistes, París 1964.

Malato, C., Les joyeusetés de l'exile, Ossas-Suhare, 1985.

—, «Some Anarchist Portraits», Fortnightly Review 333, 1 de septiembre de 1894.

Manevy, R., Sous les plis du drapeau noir, París, 1949.

Martin, F., Notice historique et archéologique sur LimeilBrévannes, Corbeil, 1880.

Mayeur, J.-M. y Rebérioux, M., The Third Republic from Its Origins to the Great War, 1871-1914, Nueva York, 1987.

Merriman, J., Aux marges de la ville: Faubourgs et banlieues en France, 1815-1870, París, 1994.

Miller, M. A., «Dance Macabre: Problems in the History of Terrorism», presentado en la conferencia «What Can and Cannot Be Learned From History about Terrorism» y publicado con el título «Ordinary Terrorism in Historical Perspective», Journal for the Study of Radicalism 2, 1 (2008), pp. 125-154.

—, «The Intellectual Origins of Modern Terrorism in Europe», en M. Crenshaw (ed.), Terrorism in Context, University Park, 1995.

—, Kropotkin, Chicago, 1976.

—, «Ordinary Terrorism in Historical Perspective», Journal for the Study of Radicalism 2, 2 (2008).

Miquel, P., Les anarchistes, París, 2003.

Monroe, J. W., Laboratories of Faith: Mesmerism, Spiritism, and Occultism in Modern France, Ithaca, 2008.

Mulatière, M. F. de la, Regards sur Limeil-Brévannes, Saint-Georges-de-Luzençon, 1988.

Nadal, J. y Tafunell, X., Sant Martí de Provençals, pulmó industrial de Barcelona, 1847-1992, Barcelona, 1992.

Nataf, A., La vie quotidienne des anarchistes en France, 1880-1910, París, 1986.

Nord, P., Parisian Shopkeepers and the Politics of Resentment, Princeton, 1986.

Oliver, H., The International Anarchist Movement in Late Victorian London, Londres, 1983.

Ory, P., L'Expo Universelle, París, 1989.

O'Squarr, F., Les coulisses de l'anarchie, París, 1990 (1892).

Patsouras, L., Jean Grave and French Anarchism, Middletown, Nueva Jersey, 1995.

Pentalow, M. y Row, M., Characters of Fitzrovia, Londres, 2001.

Polasky, J., The Democratic Socialism of Émile Vandervelde: Between Reform and Revolution, Oxford, 1995.

Post, J. M., Leaders and Their Followers in a Dangerous World: The Psychology of Political Terror, Ithaca, 2004.

Préposiet, J., Histoire de l'anarchisme, París, 2002.

Quillard, P., «Entretien sur la vie et la mort de Ravachol», Mercure de France, septiembre de 1892.

Rapoport, D. C., «The Four Waves of Modern Terrorism», en A. Cronin y J. Ludes (ed.), Attacking Terrorism: Elements of a Grand Strategy, Washington, 2004.

Raynaud, E., Souvenirs de police (au temps de Ravachol), París, 1923.

Reclus, P., Les frères Élie et Élisée Reclus, París, 1964.

Reich, W. (ed.), Origins of Terrorism: Psychologies, Ideologies, Theologies, States of Mind, Cambridge, England, 1990.

Rewald, J., «Félix Fénéon», Gazette des Beaux-Arts 31, series 6, 1947, y 32-33, 1948.

Ribeyre, H., «Chronique politique», La Revue Blanche 6 (marzo de 1894).

Rochefort, H., The Adventures of My Life, vol. 2, Londres, 1896.

Salmon, A., La terreur noire, París, 1959.

Schwartz, V. R., Spectacular Realities: Early Mass Culture in Fin-de-Siècle Paris, Berkeley, 1998.

Scott, J. W., The Glassmakers of Carmaux: French Craftsmen and Political Action in a Nineteenth-Century City, Cambridge, Mass., 1974.

Seigel, J., Bohemian Paris: Culture, Politics, and the Boundaries of Bourgeois Life, 1830-1930, Nueva York, 1986.

Shattuck, R., The Banquet Years: The Origins of the Avant-Garde in France, 1885 to World War I, Nueva York, 1968.

Sonn, R. D., Anarchism and Cultural Politics in Fin-de-Siècle France, Lincoln, Neb., 1989.

—, «Marginality and Transgression: Anarchy's Subversive Allure», en Gabriel P. Weisberg (ed.), Montmartre and the Making of Mass Culture, New Brunswick, 2001.

Stafford, D., From Anarchism to Reformism: A Study of the Political Activities of Paul Brousse, Toronto, 1971.

Sweeney, J., At Scotland Yard: Being the Experiences During Twenty-Seven Years of Service of John Sweeney, Londres, 1904.

Taylor, K. F., In the Theater of Criminal Justice: The Palais de Justice in Second Empire Paris, Princeton, 1993.

Tilly, C.; Tilly, L. y Tilly, R., The Rebellious Century: 1830-1930, Cambridge, Mass., 1975 [ed. cast.: El siglo rebelde, 1830-1930, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 1998].

Trempé, R., Les mineurs de Carmaux, 1848-1914, París, 1971.

Tuchman, B. W., The Proud Tower: A Portrait of the World Before the War, 1890-1914, Nueva York, 1967.

Van Kalken, F., Commotions populaires en Belgique, 1834-1902, Bruselas, 1936.

Varennes, H., De Ravachol à Caserio, París, 1895.

Varias, A., Paris and the Anarchists: Aesthetes and Subversives During the Fin-de-Siècle, Nueva York, 1996.

Vincent, K. S., PierreJoseph Proudhon and the Rise of French Republican Socialism, Nueva York, 1984.

Vizetelly, E. A., The Anarchists: Their Faith and Their Record, Londres, 1911.

Williams, R. H., Dream Worlds: Mass Consumpion in Late-Nineteenth-Century France, Berkeley, 1982.

Winock, M., La Belle Époque, París, 2002.

Winter, J., Dreams of Peace and Freedom, New Haven, 2006.

Wolgensinger, J., L’histoire à l’une: La grande aventure de la presse, París, 1989.

Woodcock, G., Anarchism: A History of Libertarian Ideas and Movements, Nueva York, 1962.

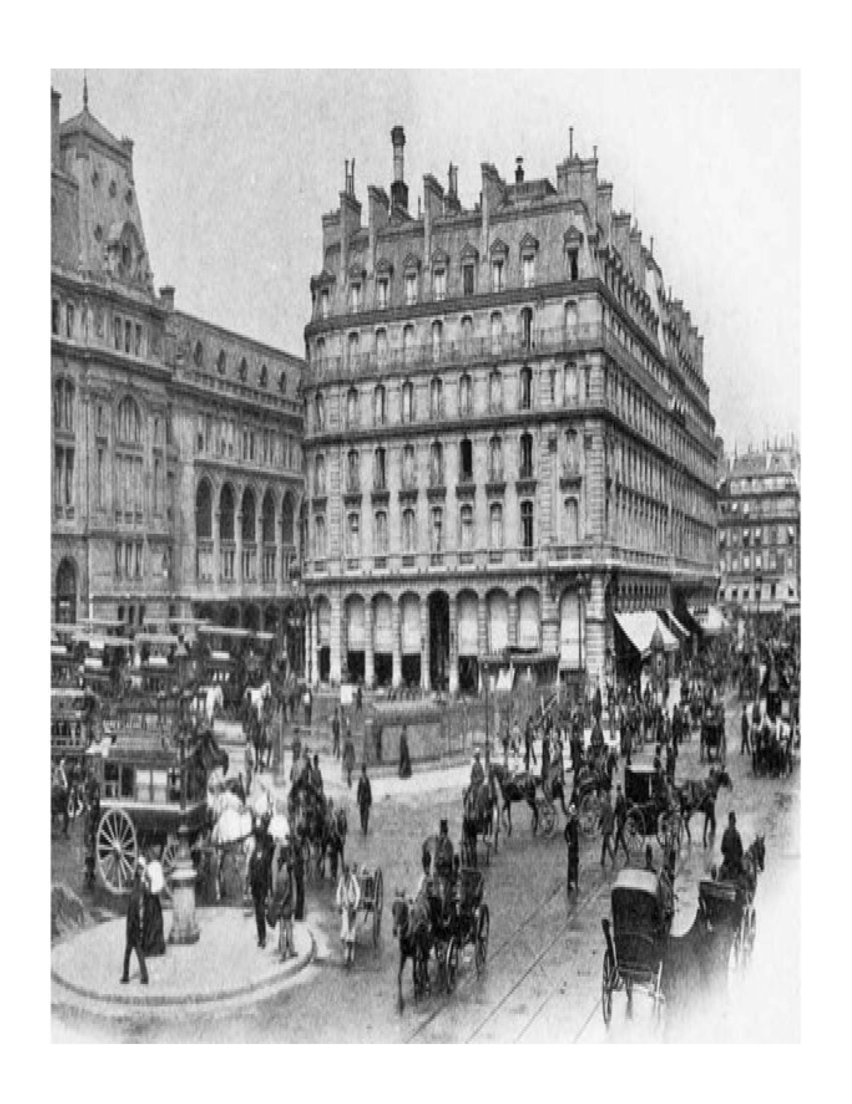
Wright, G., Between the Guillotine and Liberty: Two Centuries of the Crime Problem in France, Nueva York, 1983.

Zenker, E. V., Anarchism: A Criticism and History of the Anarchist Theory, Nueva York, 1897.

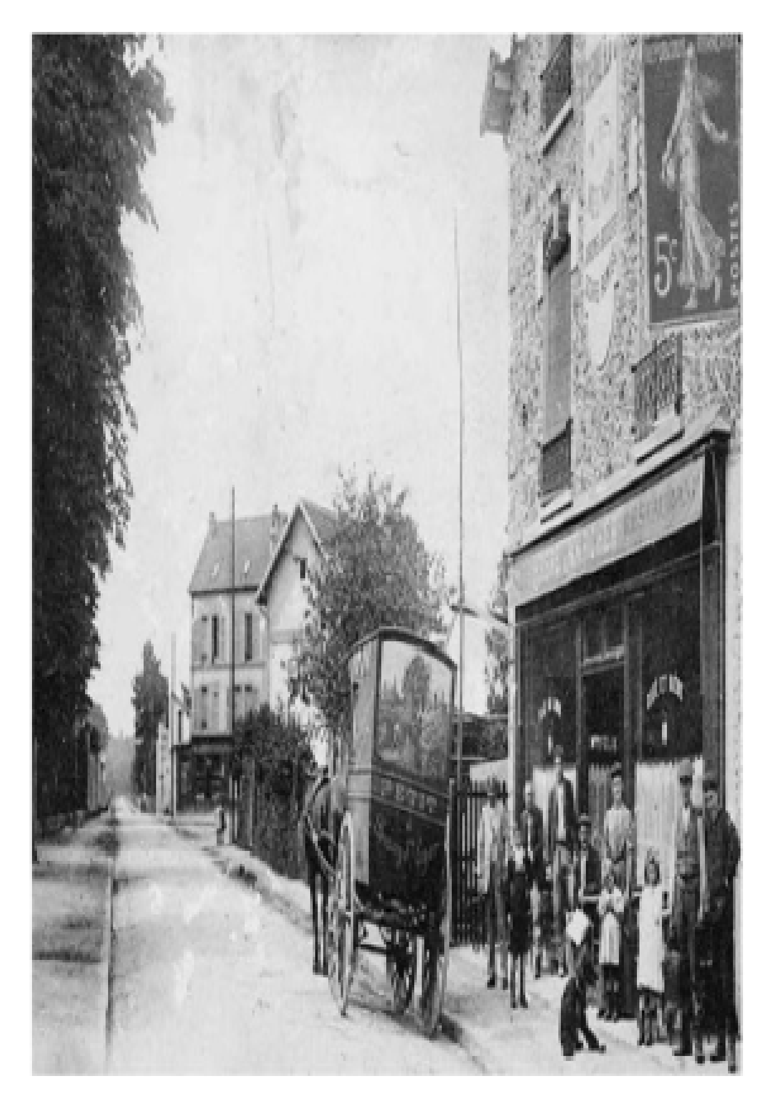
Zévaès, A.-L., «Sous le signe de la dynamite: Émile Henry», Vendémiaire, 30 de diciembre de 1936, y 6 de enero de 1937.

Zola, É., Germinal, París, 1895 [ed. cast.: Germinal, Madrid, Akal, 2017].

—, Paris, París, 1898 [ed. cast.: París, Madrid, Cabaret Voltaire, 2010].



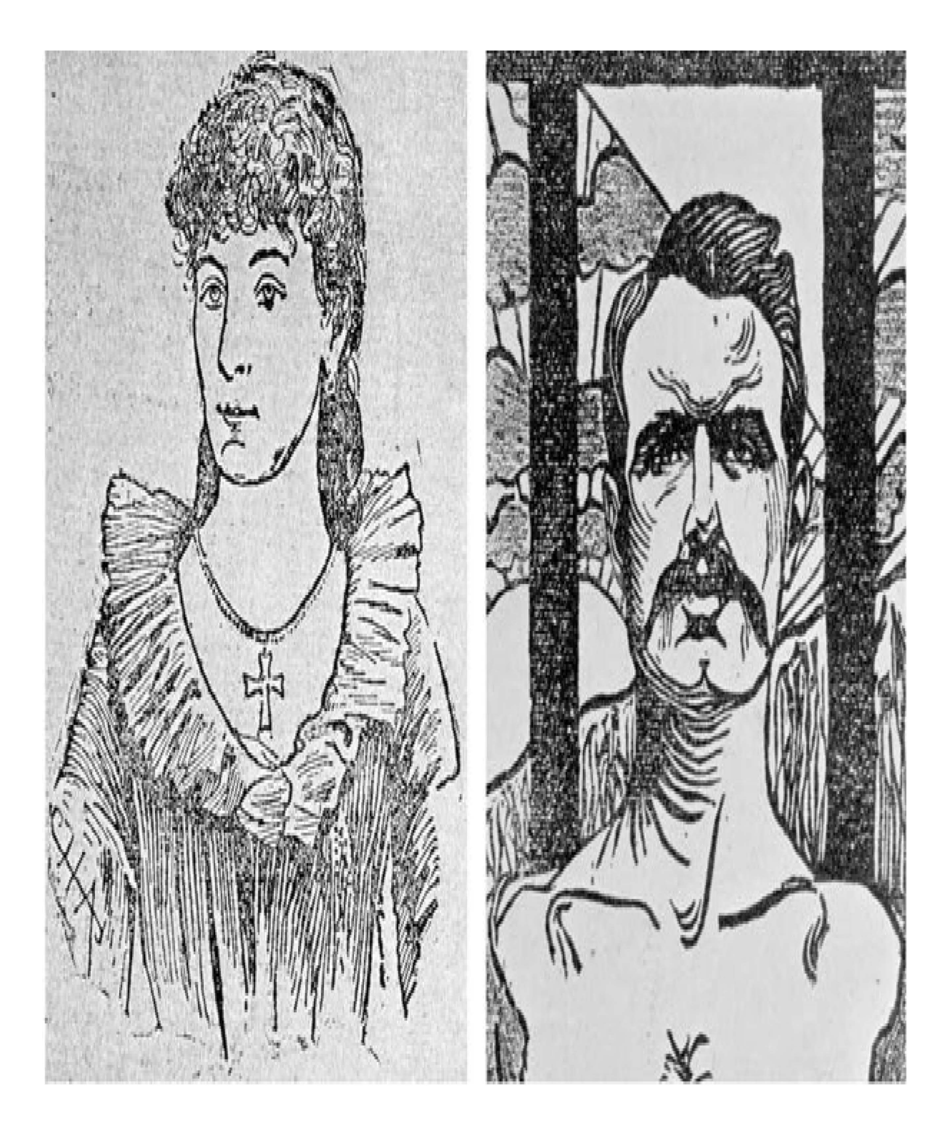
El Hôtel Terminus, con el Café Terminus a la derecha y la estación Saint-Lazare a la izquierda del hotel.



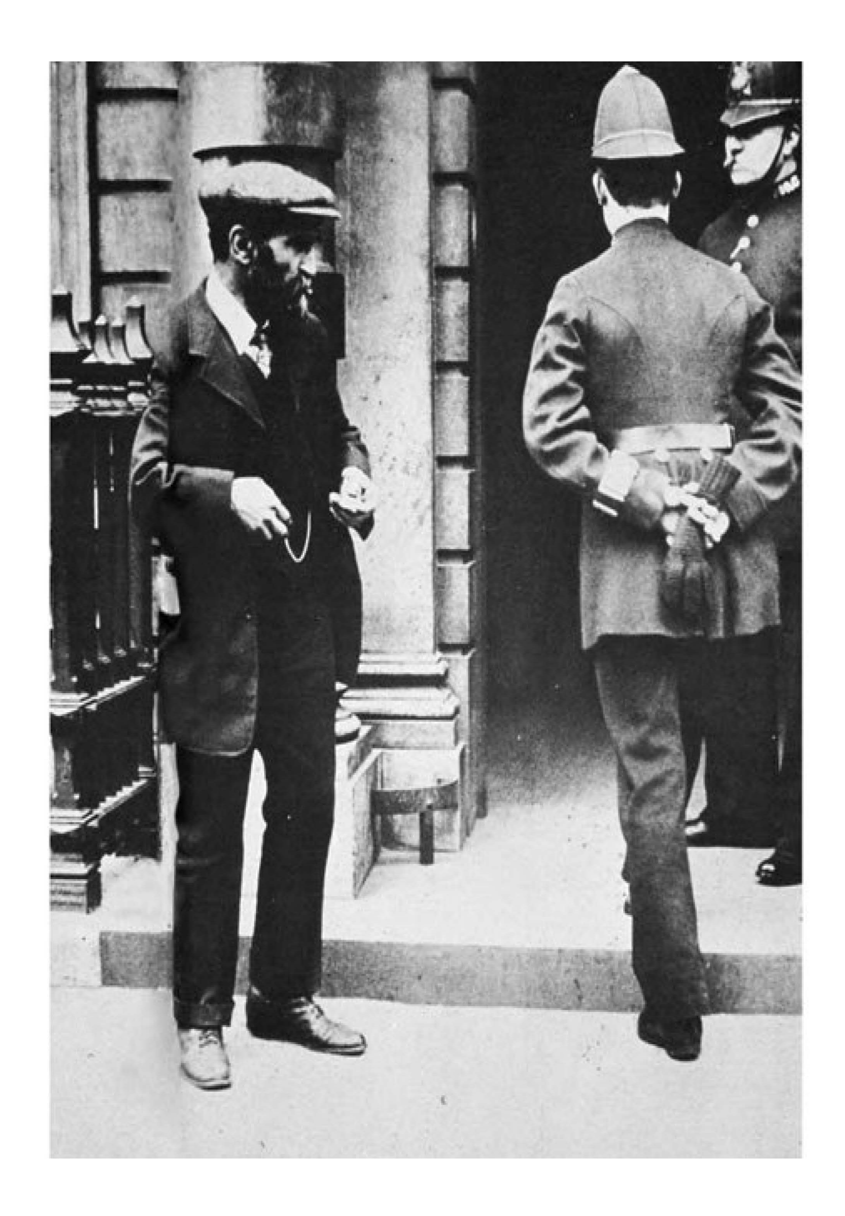
El pueblo de Brévannes, donde vivían Rose Caubet Henry y su familia.



El pueblo de Brévannes, donde vivían Rose Caubet Henry y su familia.



Izquierda: Élisa Gauthey, el objeto de la pasión no correspondida de Émile Henry.
Derecha: Ravachol, como un mártir heroico aureolado con la guillotina.



El anarquista italiano Errico Malatesta, exiliado en Londres.



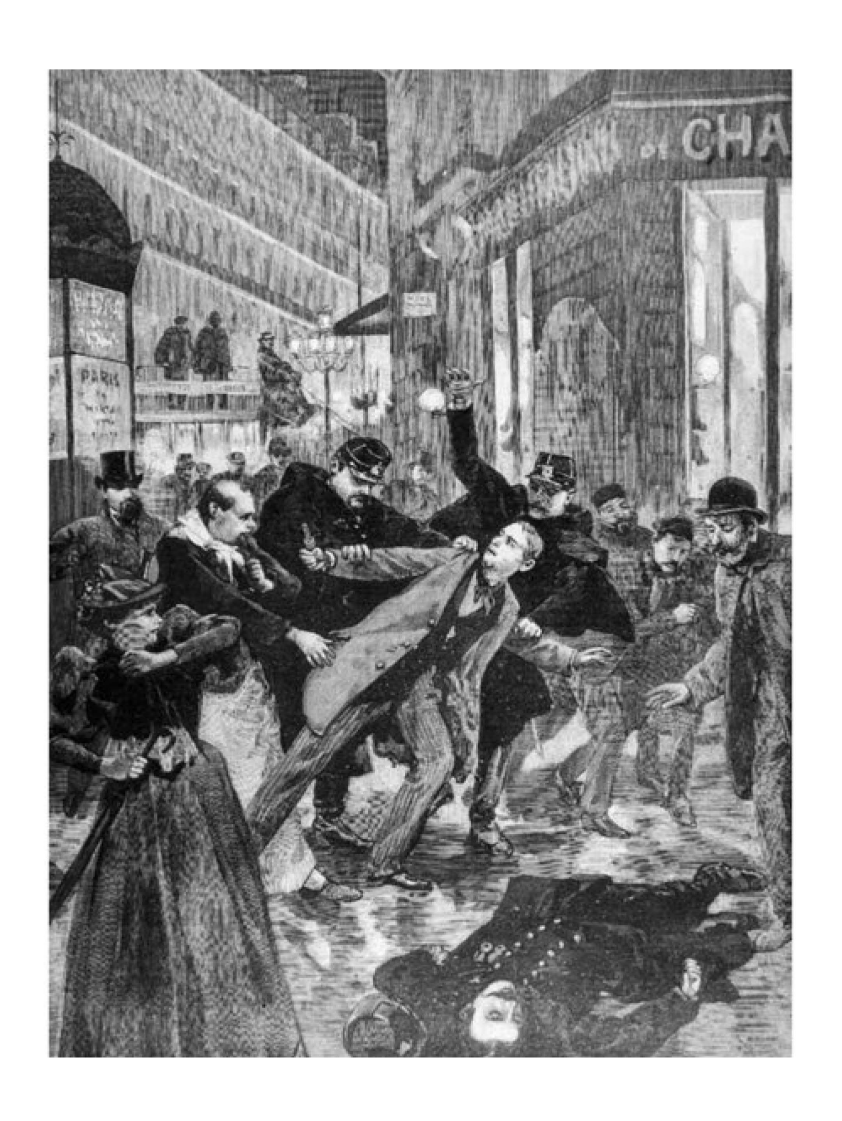
Avenue de l'Opéra en París, con el Gran Palacio de la Ópera a lo lejos. Las oficinas de la Compañía Minera de Carmaux estaban en el número 11, a tres manzanas a la izquierda.



La Villa Faucheur en París.
La mujer está señalando al cuarto de Émile Henry.



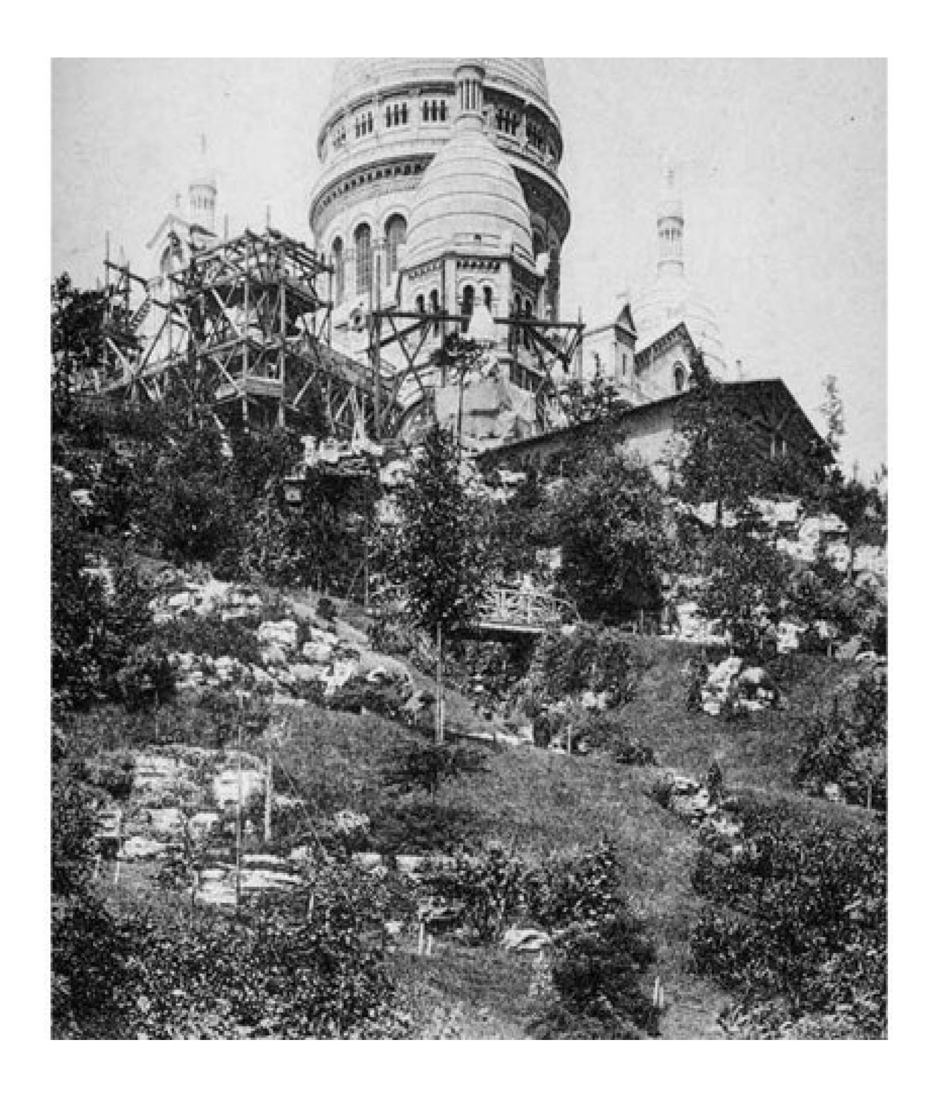
La explosión de la bomba en el Café Terminus, 12 de febrero de 1894.



La detención de Émile Henry.



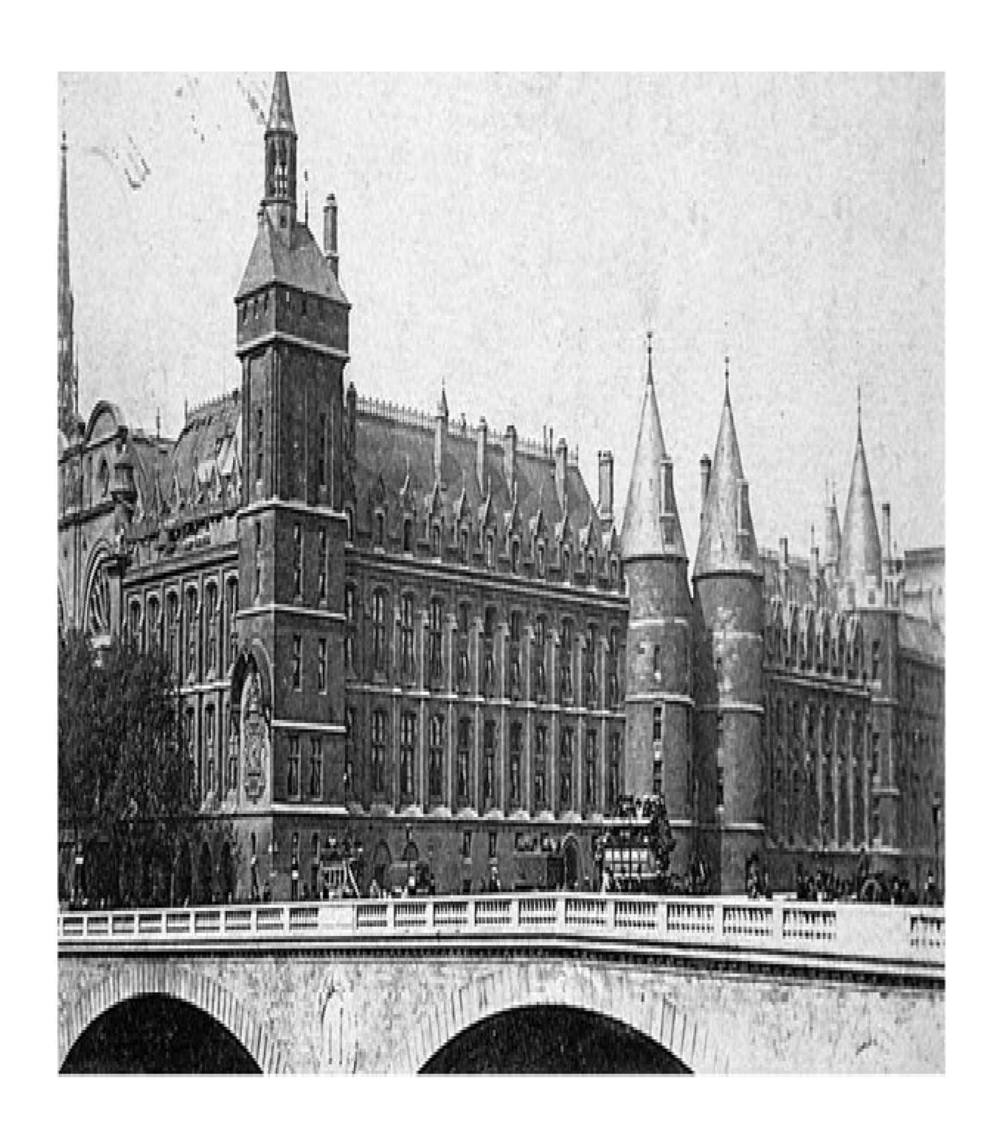
Émile Henry.



La basílica del Sacré-Cœur, aún en construcción.



Bocetos policiales de Émile Henry.



El Palacio de Justicia, donde juzgaron a Émile Henry y la Conciergerie, la cárcel en la que estuvo preso..



Louis Deibler, «Monsieur de Paris», el verdugo principal de la ciudad.



Una Guillotina Esperando.